

Congregación para la Evangelización de los Pueblos
Obras Misionales Pontificias



**Bautizados
y enviados**

**LA IGLESIA DE CRISTO
EN MISIÓN EN EL MUNDO**

MES MISIONERO EXTRAORDINARIO

Octubre 2019



SAN PAOLO

Congregación para la Evangelización de los Pueblos
Obras Misionales Pontificias

BAUTIZADOS Y ENVIADOS: LA IGLESIA DE CRISTO EN MISIÓN EN EL MUNDO

MES MISIONERO EXTRAORDINARIO
OCTUBRE 2019

Octubre
2019



SAN PAOLO



Bautizados y enviados

Octubre
2019

© EDIZIONI SAN PAOLO s.r.l., 2019
Piazza Soncino, 5 - 20092 Cinisello Balsamo (Milano)
www.edizionisanpaolo.it
Distribuzione: Diffusione San Paolo s.r.l.
Piazza Soncino, 5 - 20092 Cinisello Balsamo (Milano)

Progetto grafico: Ink Graphics Communication, Milano

ISBN 978-88-922-1787-4

ÍNDICE

Introducción a la Guía Octubre 2019 pág. 5

PARTE INTRODUCTORIA

PAPA FRANCISCO

Carta al cardenal Fernando Filoni con ocasión del centenario de la promulgación de la Carta apostólica « <i>Maximum illud</i> »	»	9
Discurso a los Participantes en la Asamblea General de las Obras Misionales Pontificias de 2017	»	15
Discurso a los Directores Nacionales de las Obras Misionales Pontificias de 2018	»	19
Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 2018	»	23

CARDENAL FERNANDO FILONI

Carta a los Obispos Ordinarios, del 3 de diciembre de 2017	»	29
Carta a los Superiores y Superioras Generales de los Institutos de Vida Consagrada y de las Sociedades de Vida Apostólica, del 3 diciembre de 2017	»	33
Carta a los Obispos Ordinarios, del 8 de abril de 2018	»	37
Carta a los Superiores y Superioras Generales de los Institutos de Vida Consagrada y de las Sociedades de Vida Apostólica, del 8 de abril de 2018	»	41
Carta a los Responsables Internacionales de los Movimientos Eclesiales, Nuevas Comunidades y de las Asociaciones Laicales, del 8 de abril de 2018	»	45
Carta a los Rectores y Formadores de los Seminarios Mayores, del 8 de abril de 2018	»	49

MONS. GIAMPIETRO DAL TOSO

La *missio* en la Trinidad, origen de la *missio* de la Iglesia pág. 53

P. FABRIZIO MERONI

La misión de la Iglesia y la *missio ad gentes*.
Algunas observaciones iniciales » 69

PRIMERA PARTE

EL ENCUENTRO CON JESUCRISTO

Comentarios a los textos bíblicos de la liturgia
del mes de octubre de 2019 » 83
Homilías y Ángelus del papa Francisco » 199

SEGUNDA PARTE

LOS TESTIGOS DE LA MISIÓN

Santa Teresa del Niño Jesús » 205
San Francisco Javier » 210
San Francisco de Asís » 214
Beato Pablo Manna » 219
Venerable Pauline Marie Jaricot » 223
Charles de Forbin-Janson » 228
Juana Bigard » 232
Ana María Dengel » 237
Beato Benedicto Daswa » 240
Caterina Zecchini » 245
Beato Cipriano Miguel Iwene Tansi » 250
Venerable Delia Tétreault » 254
Siervo de Dios Ezequiel Ramin » 259
Siervo de Dios Félice Tantardini » 265
Jean Cassaigne » 268
Beato Justo Takayama Ukon » 273
Beato Lucien Botovasoa » 276

Mon Filomena Yamamoto	pág. 281
Beato Pedro To Rot	» 285
Beato Pierre Claverie	» 290
Simón Mpecke	» 295
Beato Tito Brandsma	» 298
Beata Victoria Rasoamanarivo	» 301
Vivian Uchechi Ogu	» 306
Wanda Błęńska	» 311

TERCERA PARTE CONSIDERACIONES SOBRE LA MISIÓN

Aspectos importantes de la Carta apostólica <i>Maximum illud</i>	» 319
Trinidad, Misión e Iglesia	» 331
La Pascua de Jesucristo: fundamento de la misión	» 337
María y la Iglesia	» 343
Palabra de Dios, Bautismo y Eucaristía en la misión de la Iglesia	» 353
Bautizados y pastores en la <i>missio ad gentes</i> : las Obras Misionales Pontificias	» 361
Laicos y familias en misión en el mundo	» 369
Misión y virginidad consagrada	» 377
Misión: Iglesia y Movimientos Eclesiales	» 383
Misión de la Iglesia, Religiones y Culturas en diálogo	» 389
Caridad misionera y comunión entre las Iglesias	» 395
Misión, pobreza y justicia social	» 403
Logo Octubre 2019: símbolos y colores	» 409
<i>Oración para el Mes Misionero Extraordinario Octubre 2019</i>	» 411
<i>Omnis Terra - Publicaciones PUM CIAM</i>	» 412

INTRODUCCIÓN A LA GUÍA

OCTUBRE 2019

Después de una amplia consulta a las Iglesias locales, nos complace presentar la Guía para el Mes Misionero Extraordinario, de octubre de 2019, con el tema **«Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo»**. Se trata de una contribución realizada con los aportes provenientes de cristianos de todo el mundo y dirigida a los cristianos de todo el mundo. Un auténtico trabajo de comunión eclesial, que también ha sido posible gracias a la mediación de las direcciones nacionales de las Obras Misionales Pontificias presentes en los distintos países. Un instrumento nacido en un clima «sinodal» para servir a las Iglesias locales en sus necesidades de formación y de animación misionera, y para preparar y vivir el Mes Misionero Extraordinario querido por el papa Francisco con motivo del centenario de la promulgación de la Carta apostólica *Maximum illud* del papa Benedicto XV, del 30 de noviembre de 1919.

Los textos que aquí se presentan servirán para inspirar la creatividad de las Iglesias locales y de los fieles cristianos para afrontar los desafíos inherentes a la evangelización a partir de la *missio ad gentes* y de su propio contexto. Al tratarse de una guía y no de un libro, la obra no pretende ser lineal, con un contenido exhaustivo o estructurada de acuerdo con una progresión lógica; tampoco pretende proponerse como una reflexión completa, articulada y sistemática sobre la teología o sobre la catequesis referente a la *missio ad gentes*. Se ha tratado de respetar, hasta donde ha sido posible, la simplicidad, los contenidos y los estilos de todas las contribuciones recibidas en distintas lenguas. No se trata de un texto prescriptivo: nuestra verdadera intención es la de inspirar, sugerir y estimular la creatividad local. De este modo queremos observar fielmente el rol que ejercen la Congregación para la Evangelización de los Pueblos (CEP) y las Obras Misionales Pontificias (OMP) al servicio

del ministerio del Papa como Pastor Universal, que, como Sucesor de Pedro, custodia la fe y la misión de todas las Iglesias diseminadas por el mundo.

Las partes que componen esta Guía se corresponden con las dimensiones espirituales dadas por el Santo Padre Francisco al convocar este Mes Misionero Extraordinario: el encuentro personal con Jesucristo vivo en la Iglesia, el testimonio de los santos y de los mártires de la misión, la formación catequética para la misión y la caridad misionera. El texto se publica en inglés, italiano, francés, español y portugués. La edición típica, aprobada y de referencia, en lo que se refiere a los contenidos, es la edición en lengua italiana.

Después de una recopilación de los textos oficiales del Santo Padre Francisco y del cardenal Fernando Filoni, Prefecto de la CEP, sigue una reflexión sobre la misión de Mons. Giampietro Dal Toso, Secretario adjunto de la CEP y Presidente de las OMP. Mis consideraciones iniciales sobre la *missio ad gentes* son reflexiones abiertas y no exhaustivas que solo pretenden ayudar a comprender mejor la *missio ad gentes*, su consistencia, su crisis y su paradigmaticidad para toda la Iglesia.

La PRIMERA PARTE: «El encuentro con Jesucristo», ofrece meditaciones espirituales de carácter misionero sobre las lecturas bíblicas de la santa misa cotidiana del mes de octubre de 2019. Dichos textos se pueden utilizar durante la celebración de la santa misa o bien en otros momentos de oración y de formación.

La SEGUNDA PARTE: «Los testigos de la misión», se centra en mujeres y hombres, santos y mártires, canonizados o no, que las distintas Iglesias locales esparcidas por todo el mundo nos han sugerido y presentado como modelos e intercesores en la fe y en la misión. Quienes deseen obtener mayor información acerca de los testimonios aquí presentados, ulteriores indicaciones bibliográficas y sugerencias varias, pueden contactar libremente con las direcciones nacionales de las OMP de los respectivos países.

La TERCERA PARTE: «Consideraciones sobre la misión», presenta una serie de temas importantes, puestos de relieve por las Iglesias locales y por los directores nacionales de las OMP, válidos para la formación y la animación pastoral para la misión. Sin la pretensión de elaborar una teología exhaustiva

o propuestas completas, estos textos contienen ideas y sugerencias para encuentros de formación sobre la misión.

Se invita a una lectura integral y contextualizada de los contenidos proféticos sobre la *missio ad gentes* de la Carta apostólica *Maximum illud*. Al mismo tiempo, para nuestro compromiso de oración, reflexión y formación misionera, también se sugiere tener en cuenta otros importantes textos magisteriales como: *Lumen gentium*, *Ad gentes*, *Nostra aetate*, *Gaudium et spes*, *Evangelii nuntiandi*, *Redemptoris missio*, *Dialogo e annuncio*, *Deus caritas est*, *Evangelii gaudium*, además del *Catecismo de la Iglesia católica* y el *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*.

Después de haber evaluado y aprobado los contenidos, la CEP y las OMP se complacen de poner los textos aquí publicados a disposición de todos los que deseen servirse de ellos para la preparación y la implementación del Mes Misionero Extraordinario, de octubre de 2019. Se trata de una Guía escrita a varias manos –no de un solo autor–, y compuesta gracias al ingente trabajo de recopilación de datos, análisis y selección por parte del *Working Team October 2019*¹. Todo el que lo desee podrá servirse de estos subsidios ya sea integralmente ya sea parcialmente, de acuerdo con las circunstancias eclesiales y las necesidades locales. Para profundizar algo más en toda esta temática os reenviamos a los siguientes sitios internet, donde podréis encontrar ulteriores materiales a vuestra disposición: www.october2019.va, www.fides.org, www.ppoomm.va.

Nuestro agradecimiento más sincero a todas las personas que han contribuido a idear y a hacer realidad esta Guía.

Ciudad del Vaticano, 30 de noviembre de 2018

P. FABRIZIO MERONI²

¹ Se trata del grupo formado por seis miembros: dos representantes de POM, dos de la CEP y dos de la Pontificia Universidad Urbaniana (PUU).

² El P. Fabrizio Meroni, sacerdote misionero del Pontificio Instituto Misiones Extranjeras (PIME), es Secretario general de la Pontificia Unión Misional, Director del Centro Internacional de Animación Misionera (CIAM) y de la Agencia de información Fides en las Obras Misionales Pontificias y la Congregación para la Evangelización de los Pueblos.

CARTA DEL SANTO PADRE FRANCISCO
**CON OCASIÓN DEL CENTENARIO
DE LA PROMULGACIÓN DE LA CARTA APOSTÓ-
LICA «MAXIMUM ILLUD» SOBRE LA ACTIVIDAD
DESARROLLADA POR LOS MISIONEROS
EN EL MUNDO**

*Al venerable hermano
cardenal Fernando Filoni
Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos*

El 30 de noviembre de 2019 se cumplirá el centenario de la promulgación de la Carta apostólica *Maximum illud*, con la que Benedicto XV quiso dar un nuevo impulso al compromiso misionero de anunciar el Evangelio. Corría el año 1919 cuando el Papa, tras un tremendo conflicto mundial que él mismo definió como una «matanza inútil»³, comprendió la necesidad de dar una impronta evangélica a la misión en el mundo, para purificarla de cualquier adherencia colonial y apartarla de aquellas miras nacionalistas y expansionistas que causaron tantos desastres. «La Iglesia de Dios es católica y propia de todos los pueblos y naciones»⁴, escribió, exhortando también a rechazar cualquier forma de búsqueda de un interés, ya que solo el anuncio y la caridad del Señor Jesús, que se difunden con la santidad de vida y las buenas obras, son la única razón de la misión. Así, haciendo uso de las herramientas conceptuales y comunicativas de la época, Benedicto XV dio un gran impulso a la *missio ad gentes*, proponiéndose despertar la conciencia del deber misionero, especialmente entre los sacerdotes.

Esto responde a la perenne invitación de Jesús: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16,15). Cumplir con este mandato

³ Carta a los jefes de los pueblos beligerantes, 1 de agosto de 1917: AAS IX (1917) 421-423.

⁴ BENEDICTO XV, Carta ap. *Maximum illud*, 30 de noviembre de 1919: AAS 11 (1919) 445.

del Señor no es algo secundario para la Iglesia; es una «tarea ineludible», como recordó el Concilio Vaticano II⁵, ya que la Iglesia es «misionera por su propia naturaleza»⁶. «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar»⁷. Para responder a esa identidad y proclamar que Jesús murió en la cruz y resucitó por todos, que es el Salvador viviente y la Misericordia que salva, «la Iglesia –afirma el Concilio– debe caminar, por moción del Espíritu Santo, por el mismo camino que Cristo siguió, es decir, por el camino de la pobreza, de la obediencia, del servicio y de la inmolación de sí mismo»⁸, para que pueda transmitir realmente al Señor, «modelo de esta humanidad renovada, llena de amor fraterno, de sinceridad y de espíritu pacífico, a la que todos aspiran»⁹.

Este empeño de Benedicto XV, de hace casi cien años, así como todo lo que el Documento conciliar nos enseña desde hace más de cincuenta años, siguen siendo de gran actualidad. Hoy, como entonces, «la Iglesia, enviada por Cristo para manifestar y comunicar la caridad de Dios a todos los hombres y pueblos, sabe que tiene que llevar a cabo todavía una ingente labor misionera»¹⁰. A este respecto, san Juan Pablo II observó que «la misión de Cristo redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse», y que «una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos y que debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio»¹¹. Por eso él, usando unas palabras que deseo ahora proponer de nuevo a todos, exhortó a la Iglesia a un «*renovado compromiso misionero*», convencido de que la misión «renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. *¡La fe se fortalece dándola!* La nueva evangelización de los pueblos cristianos hallará inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal»¹².

⁵ Decreto *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 7 de diciembre de 1965, 7: AAS 58 (1966) 955.

⁶ *Ib.*, 2: AAS 58 (1966) 948.

⁷ SAN PABLO VI, Ex. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 8 de diciembre de 1975, 14: AAS 68 (1976) 13.

⁸ Decreto *Ad gentes*, 5: AAS 58 (1966) 952.

⁹ *Ib.*, 8: AAS 58 (1966) 956-957.

¹⁰ *Ib.*, 10: AAS 58 (1966) 959.

¹¹ SAN JUAN PABLO II, Carta enc. *Redemptoris missio*, 7 de diciembre de 1990, 1: AAS 83 (1991) 249.

¹² *Ib.*, 2: AAS 83 (1991), 250-251.

En la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, que recoge los frutos de la XIII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, convocada para reflexionar sobre la *nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, quise presentar de nuevo a la Iglesia esta urgente vocación: Juan Pablo II nos invitó a reconocer que «es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio» a los que están alejados de Cristo, «porque esta es la tarea primordial de la Iglesia». La actividad misionera «representa aún hoy día el mayor desafío para la Iglesia» y «la causa misionera debe ser la primera». ¿Qué sucedería si nos tomáramos realmente en serio esas palabras? Simplemente reconoceríamos que la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia¹³.

Lo que quería decir entonces me parece que sigue siendo absolutamente urgente: «Tiene un sentido programático y consecuencias importantes. Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están. Ya no nos sirve una “simple administración”. Constituyámonos en todas las regiones de la tierra en un «estado permanente de misión»¹⁴. Con la confianza en Dios y con mucho ánimo, no tengamos miedo de realizar una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se conviertan en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral solo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de *salida* y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad. Como decía san Juan Pablo II a los Obispos de Oceanía, «toda renovación en el seno de la Iglesia debe tender a la misión como objetivo para no caer presa de una especie de introversión eclesial»¹⁵.

¹³ FRANCISCO, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 15: AAS 105 (2013) 1026.

¹⁴ *Ib.*, 25: AAS 105 (2013) 1030.

¹⁵ *Ib.*, 27: AAS 105 (2013) 1031.

La Carta apostólica *Maximum illud* exhortó, con espíritu profético y franqueza evangélica, a salir de los confines de las naciones para testimoniar la voluntad salvífica de Dios a través de la misión universal de la Iglesia. Que la fecha ya cercana del centenario de esta carta sea un estímulo para superar la tentación recurrente que se esconde en toda clase de introversión eclesial, en la clausura autorreferencial en la seguridad de los propios confines, en toda forma de pesimismo pastoral, en cualquier nostalgia estéril del pasado, para abrirnos en cambio a la gozosa novedad del Evangelio. También en nuestro tiempo, desgarrado por la tragedia de las guerras y acechado por una triste voluntad de acentuar las diferencias y fomentar los conflictos, la Buena Noticia de que en Jesús el perdón vence al pecado, la vida derrota a la muerte y el amor gana al temor, llegue también con ardor renovado a todos y les infunda confianza y esperanza.

Con estos sentimientos, y acogiendo la propuesta de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, convoco un Mes Misionero Extraordinario en octubre de 2019, con el fin de despertar aún más la conciencia misionera de la *missio ad gentes* y de retomar con un nuevo impulso la transformación misionera de la vida y de la pastoral. Nos podremos disponer para ello, también durante el Mes Misionero de octubre del próximo año, para que todos los fieles lleven en su corazón el anuncio del Evangelio y la conversión misionera y evangelizadora de las propias comunidades; para que crezca el amor por la misión, que «es una pasión por Jesús, pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo»¹⁶.

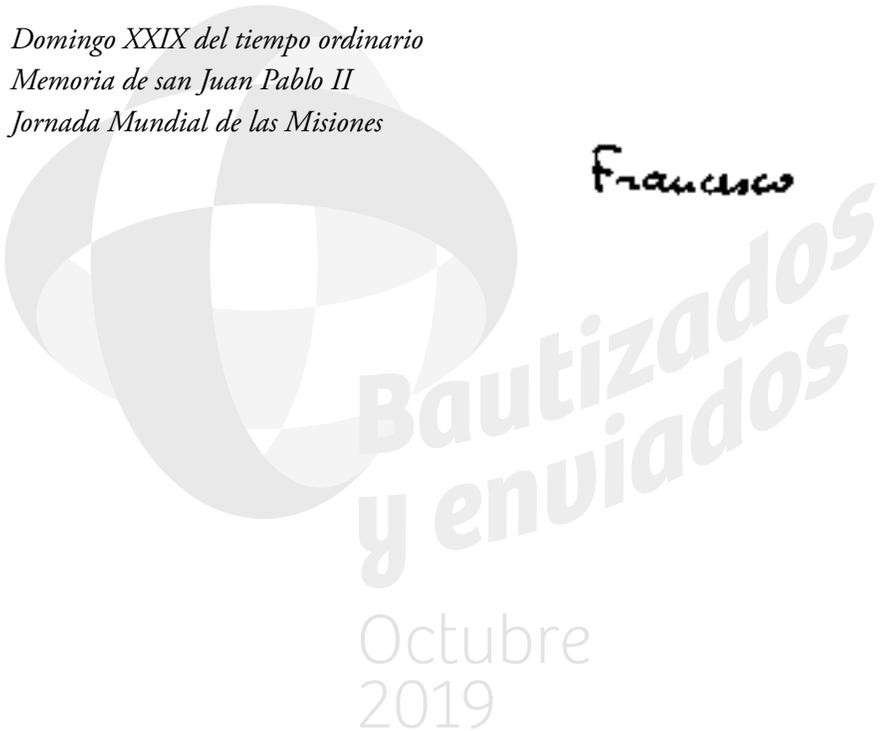
A usted, venerado hermano, al Dicasterio que preside y a las Obras Misionales Pontificias confío la tarea de preparar este evento, especialmente a través de una amplia sensibilización de las Iglesias particulares, de los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, así como de las asociaciones, los movimientos, las comunidades y otras realidades eclesiales. Que el Mes Misionero Extraordinario sea un tiempo de gracia intensa y fecunda para promover iniciativas e intensificar de manera especial

¹⁶ *Ib*, 268: AAS 105 (2013) 1128.

la oración –alma de toda misión–, el anuncio del Evangelio, la reflexión bíblica y teológica sobre la misión, las obras de caridad cristiana y las acciones concretas de colaboración y de solidaridad entre las Iglesias, de modo que se avive el entusiasmo misionero y nunca nos lo roben¹⁷.

Vaticano, 22 de octubre de 2017

Domingo XXIX del tiempo ordinario
Memoria de san Juan Pablo II
Jornada Mundial de las Misiones



¹⁷ *Ib.*, 80: AAS 105 (2013) 1053.

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO

**A LOS PARTICIPANTES
EN LA ASAMBLEA GENERAL DE LAS OBRAS
MISIONALES PONTIFICIAS DE 2017**

Sala Clementina

Sábado, 3 de junio de 2017

*Señor Cardenal,
queridos hermanos y hermanas:*

Os acojo con alegría al finalizar vuestra Asamblea General y doy las gracias al cardenal Fernando Filoni por sus palabras. Con él saludo a todos los superiores, secretarios generales, directores nacionales y a todos vosotros aquí presentes.

Conocéis bien mi preocupación por las Obras Misionales Pontificias, muy a menudo reducidas a una organización que recoge y distribuye, en nombre del Papa, ayudas económicas para las Iglesias más necesitadas. Sé que estáis buscando nuevos caminos, modalidades más adecuadas, más eclesiales para desarrollar vuestro servicio a la misión universal de la Iglesia. Dejémosos sostener, en este proceso de urgente reforma, también por la intercesión de los santos Carlos Lwanga y sus compañeros, mártires de Uganda, cuya memoria litúrgica celebramos hoy.

Para renovar el ardor y la pasión, motores espirituales de la actividad apostólica de innumerables santos y mártires misioneros, he acogido con placer vuestra propuesta, elaborada junto con la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, de convocar un tiempo extraordinario de oración y reflexión sobre la *missio ad gentes*. Pediré a toda la Iglesia que el mes de octubre del año 2019 se dedique a esta finalidad, porque en ese año celebraremos el centenario de la Carta apostólica *Maximum illud*, del papa

Benedicto XV. En este importantísimo documento de su Magisterio sobre la misión, el Papa recuerda cuán necesaria es, para la eficacia del apostolado, la santidad de la vida; aconseja, por lo tanto, una unión cada vez más fuerte con Cristo y una implicación más convencida y alegre en su divina pasión de anunciar el Evangelio a todos, amando y siendo misericordioso con todos. También hoy esto resulta más que nunca esencial para la misión. Hombre y mujeres «distinguidos por celo y santidad» son cada vez más necesarios en la Iglesia y en la misión. «Quien predica a Dios, sea hombre de Dios», exhortaba Benedicto XV¹⁸.

Renovarse requiere conversión, requiere vivir la misión como oportunidad permanente de anunciar a Cristo, de hacerlo encontrar testimoniando y haciendo a los otros partícipes de nuestro encuentro personal con Él. Deseo que vuestra asistencia espiritual y material a las iglesias haga que estén cada vez más fundadas en el Evangelio y en la participación bautismal de todos los fieles, laicos y clérigos, en la única misión de la Iglesia: haga el amor de Dios próximo a cada hombre, especialmente a los más necesitados de su misericordia. El Mes Misionero Extraordinario de oración y reflexión sobre la misión como primera evangelización servirá a esta renovación de la fe eclesial, para que su corazón esté y obre siempre la Pascua de Jesucristo, único salvador, Señor y esposo de su Iglesia.

La preparación de este tiempo extraordinario dedicado al primer anuncio del Evangelio nos ayude a ser cada vez más Iglesia en misión, según las palabras de san Pablo VI, en su Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, carta magna del compromiso misionero post-conciliar. Escribía el papa Montini: «Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma. Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor. Pueblo de Dios inmerso en el mundo y, con frecuencia, tentado por los ídolos, necesita saber proclamar las grandezas de Dios (cf He 2, 11; 1Pe 2, 9), que

¹⁸ BENEDICTO XV, Carta ap. *Maximum illud*, 30 de noviembre de 1919: AAS XI (1919) 449.

la han convertido al Señor, y ser nuevamente convocada y reunida por Él. En una palabra, esto quiere decir que la Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el Evangelio»¹⁹.

En el espíritu de la enseñanza de san Pablo VI, deseo que la celebración de los 100 años de la *Maximum illud*, en el mes de octubre de 2019, sea un tiempo propicio para que la oración, el testimonio de tantos santos y mártires de la misión, la reflexión bíblica y teológica, la catequesis y la caridad misionera contribuyan a evangelizar sobre todo a la Iglesia, para que, reencontrada la frescura y el ardor del primer amor por el Señor crucificado y resucitado, pueda evangelizar al mundo con credibilidad y eficacia evangélica.

Os bendigo a todos en este día previo a la solemnidad de Pentecostés. Pido a la Virgen María, Reina de los Apóstoles y Madre de la Iglesia que nos anime siempre con el testimonio de su fe y con la garantía tranquilizadora de su materna intercesión. Los beatos apóstoles Pedro y Pablo, los santos mártires Carlos Lwanga y compañeros, el beato Pablo Manna no dejen nunca de rezar por todos nosotros, sus misioneros.

Octubre
2019

¹⁹ SAN PABLO VI, Ex. Ap., *Evangelii nuntiandi*, 15.

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO
**A LOS DIRECTORES NACIONALES
DE LAS OBRAS MISIONALES
PONTIFICIAS DE 2018**

Sala Clementina

Viernes, 1 de junio de 2018

*Señor Cardenal,
queridos hermanos y hermanas:*

Con motivo de vuestra Asamblea General, os doy la bienvenida con alegría y os saludo cordialmente. Agradezco al cardenal Filoni sus palabras introductorias y saludo al nuevo Presidente de las Obras Misionales Pontificias, Mons. Giampietro Dal Toso, quien participa por primera vez en vuestro encuentro anual. Deseo expresaros mi profundo agradecimiento por vuestro trabajo de sensibilización misionera del pueblo de Dios y os aseguro mi recuerdo en la oración.

Tenemos ante nosotros un camino interesante: la preparación del Mes Misionero Extraordinario de octubre de 2019, que convoqué durante la pasada Jornada Mundial de las Misiones de 2017. Os invito con fuerza a vivir esta fase de preparación como una gran oportunidad para renovar el compromiso misionero de toda la Iglesia. También es una ocasión providencial para renovar nuestras Obras Misionales Pontificias. Siempre se deben renovar las cosas: renovar el corazón, renovar las obras, renovar las organizaciones, porque, de otro modo, terminaríamos todos en un museo. Nos tenemos que renovar para no acabar en un museo. Sabéis bien cuánto me preocupa el peligro de que vuestro trabajo se reduzca a la mera dimensión monetaria de la ayuda material –es una gran preocupación–, convirtiéndoos en una agencia más, aunque sea de inspiración cristiana.

No es esto lo que querían los fundadores de las Obras Misionales Pontificias y el papa Pío XI cuando las crearon y las organizaron al servicio del sucesor de Pedro. Por esta razón propongo de nuevo, como actual y urgente, para la renovación de la conciencia misionera de toda la Iglesia hoy, la valiente y gran intuición del papa Benedicto XV, contenida en su Carta apostólica *Maximum illud*: es decir, la necesidad de dar una nueva impronta evangélica a la misión de la Iglesia en el mundo.

Este objetivo común puede y debe ayudar a las Obras Misionales Pontificias a vivir una comunión de espíritu, colaboración recíproca y apoyo mutuo. Si la renovación es auténtica, creativa y eficaz, la reforma de vuestras Obras consistirá en una refundación, una reestructuración según las exigencias del Evangelio. No se trata simplemente de replantear las motivaciones para mejorar lo que ya hacéis. La conversión misionera de las estructuras de la Iglesia²⁰ requiere santidad personal y creatividad espiritual. Por lo tanto, no solo renovar lo viejo, sino permitir que el Espíritu Santo cree lo nuevo. No nosotros: el Espíritu Santo. Hacer espacio al Espíritu Santo, dejarle que cree algo nuevo, que haga nuevas todas las cosas (cf Sal 104,30; Mt 9,17; 2Pe 3,13; Ap 21,5). Él es el protagonista de la misión: es él el «jefe de la oficina» de las Obras Misionales Pontificias. Es él, no nosotros. No tengáis miedo de la novedad que proviene del Señor Crucificado y Resucitado: esta novedad es hermosa. Temed otras novedades: esas no están bien. Las que no vienen de esa raíz. Sed audaces y valientes en la misión, colaborando con el Espíritu Santo en comunión con la Iglesia de Cristo²¹. Y esta audacia significa caminar con la valentía, con el fervor de los primeros que anunciaron el Evangelio. Que vuestro libro frecuente de oración y de meditación sea los Hechos de los Apóstoles. Id allí a encontrar inspiración. Y el protagonista de este libro es el Espíritu Santo.

Para vosotros, Obras Pontificias –que junto con la Congregación para la Evangelización de los Pueblos estáis preparando el Mes Misionero Extraordinario–, ¿qué comporta recapacitaros evangélicamente? Creo que

²⁰ Cf PAPA FRANCISCO, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 27.

²¹ Cf Id, Ex. Ap. *Gaudete et exsultate*, 131.

significa simplemente una *conversión misionera*. Necesitamos recapacitarnos –la intuición de Benedicto XV–, recapacitarnos a partir de la misión de Jesús, dar una nueva impronta al esfuerzo de recaudar y distribuir las ayudas materiales a la luz de la misión y de la formación que esta requiere, para que la conciencia, el conocimiento y la responsabilidad misionera vuelvan a ser parte de la vida ordinaria de todo el pueblo santo de Dios.

«Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo». Este es el tema que hemos elegido para el Mes Misionero Extraordinario de octubre de 2019. Con él se quiere subrayar que el envío a la misión es una llamada inherente al bautismo y es para todos los bautizados. De este modo la misión es envío para la salvación, que realiza la conversión del enviado y del destinatario: nuestra vida es, en Cristo, una misión. Nosotros mismos *somos* misión porque somos el amor de Dios comunicado, somos la santidad de Dios creada a su imagen. Por lo tanto, la misión es nuestra propia santificación y la del mundo entero, desde la creación (cf Ef 1,3-6). La dimensión misionera de nuestro bautismo se traduce así en testimonio de santidad que da vida y belleza al mundo.

Por tanto, renovar las Obras Misionales Pontificias significa hacer propia desde un compromiso serio y valiente la santidad de cada uno y de la Iglesia como familia y comunidad. Os pido que renovéis con creatividad la naturaleza y la acción de las Obras Misionales Pontificias, poniéndolas al servicio de la misión, para que la santidad de la vida de los discípulos misioneros esté al centro de nuestras preocupaciones. De hecho, para colaborar en la salvación del mundo, debemos amarlo (cf Jn 3,16) y estar dispuestos a dar la vida sirviendo a Cristo, único Salvador del mundo. Nosotros no tenemos un producto que vender –no tiene nada que ver con el proselitismo, no tenemos un producto que vender–, sino una vida que comunicar: Dios, su vida divina, su amor misericordioso, su santidad. Y es el Espíritu Santo quien nos envía, nos acompaña, nos inspira: es Él el autor de la misión. Es Él quien conduce la Iglesia, no nosotros. Tampoco la institución de las Obras Misionales Pontificias. Podemos preguntarnos: ¿Le dejo a Él ser el auténtico protagonista? ¿O quiero domesticarlo, enjaularlo en estructuras

mundanas que, al final, nos llevan a concebir las Obras Misionales Pontificias como una compañía, una empresa, como algo nuestro, pero con la bendición de Dios? No, esto no funciona. Debemos hacernos esta pregunta: ¿Dejo que sea Él o lo enjaulo? Él, el Espíritu Santo, hace todo, nosotros solo somos sus siervos.

Como bien sabéis, durante el mes de octubre de 2019, Mes Misionero Extraordinario, celebraremos el Sínodo para la Amazonía. Acogiendo la preocupación de muchos fieles, laicos y pastores, he querido que nos reunamos para orar y reflexionar sobre los desafíos de la evangelización de estas tierras sudamericanas, donde viven importantes Iglesias particulares. Deseo que esta coincidencia nos ayude a fijar nuestra mirada en Jesucristo para afrontar problemas, desafíos, riquezas y pobreza; que nos ayude a renovar nuestro compromiso de servir al Evangelio para la salvación de los hombres y mujeres que viven en esas tierras. Oremos para que el Sínodo para la Amazonía pueda recapacitar evangélicamente la misión también en esta región del mundo sometida a tantas pruebas, explotada injustamente y necesitada de la salvación de Jesús.

María, cuando fue a ver a Isabel, no lo hizo como algo personal, fue como misionera. Fue como sierva del Señor que llevaba en su seno: de ella misma no dijo nada, solo llevó al Hijo y alabó al Señor. Una cosa es cierta: iba deprisa. Ella nos enseña esta fiel *premura*, esta espiritualidad de la *urgencia*. La prontitud de la fidelidad y de la adoración. No era ella la protagonista, sino la sierva del único protagonista de la misión. Y que esta imagen nos ayude. Gracias.

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO

**PARA LA JORNADA MUNDIAL
DE LAS MISIONES DE 2018**

Junto a los jóvenes, llevemos el Evangelio a todos

Queridos jóvenes, deseo reflexionar con vosotros sobre la misión que Jesús nos ha confiado. Dirigiéndome a vosotros lo hago también a todos los cristianos que viven en la Iglesia la aventura de su existencia como hijos de Dios. Lo que me impulsa a hablar a todos, dialogando con vosotros, es la certeza de que la fe cristiana permanece siempre joven cuando se abre a la misión que Cristo nos confía. «La misión refuerza la fe», escribía san Juan Pablo II²², un Papa que tanto amaba a los jóvenes y que se dedicó mucho a ellos.

El Sínodo que celebraremos en Roma el próximo mes de octubre, Mes Misionero, nos ofrece la oportunidad de comprender mejor, a la luz de la fe, lo que el Señor Jesús os quiere decir a los jóvenes y, a través de vosotros, a las comunidades cristianas.

La vida es una misión

Cada hombre y mujer *es* una misión, y esta es la razón por la que se encuentra viviendo en la tierra. Ser *atraídos* y ser *enviados* son los dos movimientos que nuestro corazón, sobre todo cuando es joven en edad, siente como fuerzas interiores del amor que prometen un futuro e impulsan hacia adelante nuestra existencia. Nadie mejor que los jóvenes perciben cómo la vida sorprende y atrae. Vivir con alegría la propia responsabilidad ante el

²² SAN JUAN PABLO II, Carta enc. *Redemptoris missio*, 2.

mundo es un gran desafío. Conozco bien las luces y sombras del ser joven, y, si pienso en mi juventud y en mi familia, recuerdo lo intensa que era la esperanza en un futuro mejor. El hecho de que estemos en este mundo sin una previa decisión nuestra, nos hace intuir que hay una iniciativa que nos precede y nos llama a la existencia. Cada uno de nosotros está llamado a reflexionar sobre esta realidad: «Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo»²³.

Os anunciamos a Jesucristo

La Iglesia, anunciando lo que ha recibido gratuitamente (cf Mt 10,8; He 3,6), comparte con vosotros, jóvenes, el camino y la verdad que conducen al sentido de la existencia en esta tierra. Jesucristo, muerto y resucitado por nosotros, se ofrece a nuestra libertad y la mueve a buscar, descubrir y anunciar este sentido pleno y verdadero. Queridos jóvenes, no tengáis miedo de Cristo y de su Iglesia. En ellos se encuentra el tesoro que llena de alegría la vida. Os lo digo por experiencia: gracias a la fe he encontrado el fundamento de mis anhelos y la fuerza para realizarlos. He visto mucho sufrimiento, mucha pobreza, desfigurar el rostro de tantos hermanos y hermanas. Sin embargo, para quien está con Jesús, el mal es un estímulo para amar cada vez más. Por amor al Evangelio, muchos hombres y mujeres, y muchos jóvenes, se han entregado generosamente a sí mismos, a veces hasta el martirio, al servicio de los hermanos. De la cruz de Jesús aprendemos la lógica divina del ofrecimiento de nosotros mismos (cf 1Co 1,17-25), como anuncio del Evangelio para la vida del mundo (cf Jn 3,16). Estar inflamados por el amor de Cristo consume a quien arde y hace crecer, ilumina y vivifica a quien se ama (cf 2Co 5,14). Siguiendo el ejemplo de los santos, que nos descubren los amplios horizontes de Dios, os invito a preguntaros en todo momento: «¿Qué haría Cristo en mi lugar?».

²³ PAPA FRANCISCO, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 273.

Transmitir la fe hasta los confines de la tierra

También vosotros, jóvenes, por el bautismo sois miembros vivos de la Iglesia, y juntos tenemos la misión de llevar a todos el Evangelio. Vosotros estáis abriéndooos a la vida. Crecer en la gracia de la fe, que se nos transmite en los sacramentos de la Iglesia, nos sumerge en una corriente de multitud de generaciones de testigos, donde la sabiduría del que tiene experiencia se convierte en testimonio y aliento para quien se abre al futuro. Y la novedad de los jóvenes se convierte, a su vez, en apoyo y esperanza para quien está cerca de la meta de su camino. En la convivencia entre los hombres de distintas edades, la misión de la Iglesia construye puentes inter-generacionales, en los cuales la fe en Dios y el amor al prójimo constituyen factores de unión profunda.

Esta transmisión de la fe, corazón de la misión de la Iglesia, se realiza por el «contagio» del amor, en el que la alegría y el entusiasmo expresan el descubrimiento del sentido y la plenitud de la vida. La propagación de la fe por atracción exige corazones abiertos, dilatados por el amor. No se puede poner límites al amor, porque es fuerte el amor como la muerte (cf Cant 8,6). Y esa expansión crea el encuentro, el testimonio, el anuncio; produce la participación en la caridad con todos los que están alejados de la fe y se muestran ante ella indiferentes, a veces opuestos y contrarios. Ambientes humanos, culturales y religiosos todavía ajenos al Evangelio de Jesús y a la presencia sacramental de la Iglesia representan las extremas periferias, «los confines de la tierra», hacia donde sus discípulos misioneros son enviados, desde la Pascua de Jesús, con la certeza de tener siempre con ellos a su Señor (cf Mt 28,20; He 1,8). En esto consiste lo que llamamos *missio ad gentes*. La periferia más desolada de la humanidad necesitada de Cristo es la indiferencia hacia la fe o incluso el odio contra la plenitud divina de la vida. Cualquier pobreza material y espiritual, cualquier discriminación de hermanos y hermanas es siempre consecuencia del rechazo a Dios y a su amor.

Los confines de la tierra, queridos jóvenes, son para vosotros hoy muy relativos y siempre fácilmente «navegables». El mundo digital, las redes

sociales que nos invaden y traspasan, difuminan fronteras, borran límites y distancias, reducen las diferencias. Parece todo al alcance de la mano, todo tan cercano e inmediato. Sin embargo, sin el don comprometido de nuestras vidas, podremos tener miles de contactos, pero no estaremos nunca inmersos en una verdadera comunión de vida. La misión hasta los confines de la tierra exige el don de sí en la vocación que nos ha dado quien nos ha puesto en esta tierra (cf Lc 9,23-25). Me atrevería a decir que, para un joven que quiere seguir a Cristo, lo esencial es la búsqueda y la adhesión a la propia vocación.

Testimoniar el amor

Agradezco a todas las realidades eclesiales que os permiten encontrar personalmente a Cristo vivo en su Iglesia: las parroquias, asociaciones, movimientos, las comunidades religiosas, las distintas expresiones de servicio misionero. Muchos jóvenes encuentran en el voluntariado misionero una forma para servir a los «más pequeños» (cf Mt 25,40), promoviendo la dignidad humana y testimoniando la alegría de amar y de ser cristianos. Estas experiencias eclesiales hacen que la formación de cada uno no sea solo una preparación para el propio éxito profesional, sino el desarrollo y el cuidado de un don del Señor para servir mejor a los demás. Estas formas loables de servicio misionero temporal son un comienzo fecundo y, en el discernimiento vocacional, pueden ayudaros a decidir el don total de vosotros mismos como misioneros.

Las Obras Misionales Pontificias nacieron de corazones jóvenes, con la finalidad de animar el anuncio del Evangelio a todas las gentes, contribuyendo al crecimiento cultural y humano de tanta gente sedienta de verdad. La oración y la ayuda material, que generosamente son dadas y distribuidas por las OMP, sirven a la Santa Sede para procurar que quienes las reciben para su propia necesidad puedan, a su vez, ser capaces de dar testimonio en su entorno. Nadie es tan pobre que no pueda dar lo que tiene, y antes

incluso lo que es. Me gusta repetir la exhortación que dirigí a los jóvenes chilenos: «Nunca pienses que no tienes nada que aportar o que no le haces falta a nadie: Le haces falta a mucha gente y esto piénsalo. Cada uno de vosotros piénselo en su corazón: Yo le hago falta a mucha gente»²⁴.

Queridos jóvenes: el próximo octubre misionero, en el que se desarrollará el Sínodo que está dedicado a vosotros, será una nueva oportunidad para hacernos discípulos misioneros, cada vez más apasionados por Jesús y su misión, hasta los confines de la tierra. A María, Reina de los Apóstoles, a los santos Francisco Javier y Teresa del Niño Jesús, al beato Pablo Manna, les pido que intercedan por todos nosotros y nos acompañen siempre.

Vaticano, 20 de mayo de 2018

Solemnidad de Pentecostés

Bautizados
y enviados
Francisco

Octubre
2019

²⁴ Id, *Encuentro con los jóvenes*, Santuario de Maipú, 17 de enero de 2018.

CARTA DEL CARDENAL FERNANDO FILONI
A LOS OBISPOS ORDINARIOS

A los Eminentísimos y Excelentísimos Ordinarios

Vaticano, 3 de diciembre de 2017

San Francisco Javier

Queridos hermanos en el episcopado:

Acogiendo la invitación que el Santo Padre me ha dirigido en su carta del 22 de octubre de 2017, me gustaría compartir con vosotros y con las Iglesias que os han sido confiadas algunas reflexiones y propuestas sobre la celebración del Mes Misionero Extraordinario, de octubre de 2019.

En el centro de esta iniciativa, en la que está involucrada la Iglesia universal, estarán la *oración*, el *testimonio* y la *reflexión* sobre la centralidad de la *misio ad gentes* como estado permanente de envío para la primera evangelización (cf Mt 28,19). El compromiso de la conversión personal y comunitaria a Cristo crucificado, resucitado y vivo en su Iglesia, renovará el ardor y la pasión de dar testimonio, con el anuncio y con la existencia cristiana, del Evangelio de la vida y de la alegría pascual (cf Lc 24,46-49). La misión de la Iglesia en los contextos humanos, religiosos y culturales que todavía no han sido impregnados por el Evangelio, supone que la transmisión de la fe pueda generar estilos de vida personales, culturas y modos de convivencia social, forjados por la alegría evangélica y los valores cristianos. La fe cristiana se expresa como misión auténtica cuando está totalmente comprometida con la salvación del mundo. El testimonio de la caridad, el compromiso por la paz y la justicia, el diálogo intercultural con las tradiciones religiosas dentro del pleno respeto a la vida humana y

a su dignidad, especialmente de los más pobres, estructuran la misión de la Iglesia en torno al anuncio de la Pascua de Jesucristo.

La *missio ad gentes*, señalada en *Evangelii gaudium* como modelo de la acción pastoral ordinaria de toda la Iglesia²⁵, representa lo que el papa Francisco nos pide que pongamos en el centro de la conmemoración del centenario de la Carta apostólica *Maximum illud*, de su predecesor el papa Benedicto XV (30 de noviembre de 1919). Se trata de «poner la misión de Jesús en el corazón de la misma Iglesia, transformándola en criterio para medir la eficacia de las estructuras, los resultados del trabajo, la fecundidad de sus ministros y la alegría que estos son capaces de suscitar. Porque sin alegría no se atrae a nadie»²⁶.

El Santo Padre ha indicado cuatro dimensiones²⁷ como modo de preparar y vivir el Mes Misionero Extraordinario, de octubre de 2019, con el fin de que se puedan superar las separaciones y contraposiciones entre pastoral ordinaria y misión, entre los desafíos de la evangelización en contextos de antigua cristiandad hoy indiferentes y secularizados, y la *missio ad gentes* en culturas y religiones que todavía siguen siendo ajenas al Evangelio²⁸. Estas dimensiones son:

1. Encuentro personal con Jesucristo, vivo en su Iglesia: Eucaristía, Palabra de Dios, oración personal y comunitaria.
2. Testimonio: santos, mártires de la misión y confesores de la fe, que son expresión de las Iglesias repartidas por el mundo entero.
3. Formación: bíblica, catequética, espiritual y teológica sobre la *missio ad gentes*.
4. Caridad misionera: como apoyo material para el inmenso trabajo de evangelización, de la *missio ad gentes* y de la formación cristiana de las Iglesias más necesitadas

²⁵ Cf Id, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 15.

²⁶ Id, Encuentro con el Comité directivo del CELAM, Nunciatura Apostólica de Bogotá, jueves 7 de septiembre de 2017.

²⁷ Id, Discurso a los directores nacionales de las Obras Misionales Pontificias, reunidos en la Asamblea general, Ciudad del Vaticano, sábado 3 de junio de 2017.

²⁸ Cf Id, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 14.

Sugiero que cada Iglesia particular y cada Conferencia Episcopal determinen, de la forma más apropiada y conveniente para sus cristianos, la forma de vivir y dejarse plasmar por estas dimensiones para alcanzar una conversión renovada hacia la misión de Jesús. Os ruego, igualmente, que hagáis partícipes de esta iniciativa misionera del Santo Padre a los miembros de los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, así como a las asociaciones y movimientos eclesiales presentes en vuestras comunidades diocesanas.

En este tiempo de preparación, propongo que cada una de vuestras Iglesias participe en un ejercicio de oración y reflexión en el que se vean involucradas las comunidades contemplativas monásticas y claustrales. En medio del mundo, estos hermanos y hermanas nuestros, gracias a la radicalidad bautismal de su vocación contemplativa, son una señal eficaz de la pertenencia filial de cada hombre a Dios. En la vida diaria ordinaria de sus monasterios y comunidades, viven la esencia cristiana que representa el corazón de la misión, el centro de todo anuncio y de todo testimonio evangélico. Debemos hacer referencia a estas personas para que todo, la humanidad y el mundo, puedan ser transfigurados por la misión de Cristo y de su Iglesia, para la gloria de Dios Padre. Estoy seguro de que cada Iglesia particular encontrará las formas y los tiempos apropiados para implicar a los monjes y religiosos de clausura en esta iniciativa del Mes Misionero Extraordinario, de octubre de 2019.

Las Obras Misionales Pontificias (OMP), junto con la Congregación para la Evangelización de los Pueblos (CEP), están directamente involucradas en el trabajo de preparación y de difusión del Mes Misionero Extraordinario. Los directores nacionales y diocesanos de las OMP, presentes y activos en sus Iglesias particulares, están llamados a trabajar con vosotros para conseguir que esta iniciativa propuesta por el Santo Padre pueda servir para renovar la pasión por el Evangelio, el celo y el ardor misionero de nuestras Iglesias. He considerado oportuno solicitar al Secretariado Internacional de la Pontificia Unión Misional (PUM) que coordine la preparación, la formación y el desarrollo del Mes Misionero Extraordinario. Además, en colaboración

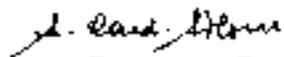
con nuestra Universidad Pontificia Urbaniana, se está pensando en realizar momentos de reflexión y formación teológica y misionológica a nivel internacional y continental.

Más adelante se ofrecerán algunas sugerencias e indicaciones, con textos y reflexiones, como fruto de una amplia consulta a cristianos de todo el mundo, que servirán de inspiración, estímulo y propuesta para la creatividad de las Iglesias particulares. A su debido tiempo, también se informará sobre los momentos de celebración presididos por el Santo Padre, propuestos como eventos de la Iglesia Universal dirigidos a la Iglesia que vive en Roma.

Por último, os pido que indiquéis figuras de testigos misioneros, hijos e hijas de sus Iglesias, que se hayan distinguido por su testimonio cristiano y que gocen de fama de santidad entre sus comunidades cristianas. Sería aconsejable enviar algunas notas biográficas de los mismos. También les agradecería que señalaran algunos miembros de sus Iglesias que puedan ayudar en la preparación de textos de meditación espiritual misionera a partir de la Sagrada Escritura. Os ruego nos enviéis estas sugerencias, indicaciones y propuestas al Secretariado Internacional de la PUM (october2019@ppoomm.va).

Os adjunto una copia de la carta que me envió el Santo Padre el 22 de octubre de 2017 y del texto de su discurso a los directores nacionales de las Obras Misionales Pontificias del 3 de junio del 2017.

En este tiempo de Adviento, encomendemos la preparación a la Santísima Virgen María, Reina de los Apóstoles, a san Francisco Javier, a santa Teresa del Niño Jesús y al beato Pablo Manna. Esperando copiosos frutos de conversión a Cristo en favor de la obra misionera de la Iglesia, os saludo cordialmente.



CARDENAL FERNANDO FILONI

*Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos
y Presidente del Comité Supremo de las Obras Misionales Pontificias*

CARTA DEL CARDENAL FERNANDO FILONI

A LOS SUPERIORES Y SUPERIORAS GENERALES

Vaticano, 3 de diciembre de 2017

San Francisco Javier

Queridos hermanos y hermanas,
Superiores y Superioras Generales,
de Institutos de Vida Consagrada y
Sociedades de Vida Apostólica

Acogiendo la invitación que el Santo Padre me ha dirigido en su carta del 22 de octubre de 2017, me gustaría compartir con vosotros y con vuestras comunidades algunas reflexiones y propuestas sobre la celebración del Mes Misionero Extraordinario, de octubre de 2019.

En el centro de esta iniciativa, en la que está involucrada la Iglesia universal, estarán la *oración*, el *testimonio* y la *reflexión* sobre la centralidad de la *missio ad gentes* como estado permanente de envío para la primera evangelización (cf Mt 28,19). El compromiso de la conversión personal y comunitaria a Cristo crucificado, resucitado y vivo en su Iglesia, renovará el ardor y la pasión de dar testimonio, con el anuncio y con la existencia cristiana, del Evangelio de la vida y de la alegría pascual (cf Lc 24,46-49). La misión de la Iglesia en los contextos humanos, religiosos y culturales que todavía no han sido impregnados por el Evangelio, supone que la transmisión de la fe pueda generar estilos de vida personales, culturas y modos de convivencia social, forjados por la alegría evangélica y los valores cristianos. La fe cristiana se expresa como misión auténtica cuando está totalmente comprometida con la salvación del mundo. El testimonio de la caridad, el compromiso por la paz y la justicia, el diálogo intercultural con las tradiciones religiosas dentro del pleno respeto a

la vida humana y a su dignidad, especialmente de los más pobres, estructuran la misión de la Iglesia en torno al anuncio de la Pascua de Jesucristo.

La *missio ad gentes*, señalada en *Evangelii gaudium* como modelo de la acción pastoral ordinaria de toda la Iglesia²⁹, representa lo que el papa Francisco nos pide que pongamos en el centro de la conmemoración del centenario de la Carta apostólica *Maximum illud*, de su predecesor el papa Benedicto XV (30 de noviembre de 1919). Se trata de «poner la misión de Jesús en el corazón de la misma Iglesia, transformándola en criterio para medir la eficacia de las estructuras, los resultados del trabajo, la fecundidad de sus ministros y la alegría que estos son capaces de suscitar. Porque sin alegría no se atrae a nadie»³⁰.

El Santo Padre ha indicado cuatro dimensiones³¹ como modo de preparar y vivir el Mes Misionero Extraordinario de octubre de 2019, con el fin de que se puedan superar las separaciones y contraposiciones entre pastoral ordinaria y misión, entre los desafíos de la evangelización en contextos de antigua cristiandad hoy indiferentes y secularizados, y la *missio ad gentes* en culturas y religiones que todavía siguen siendo ajenas al Evangelio³². Estas dimensiones son:

1. Encuentro personal con Jesucristo, vivo en su Iglesia: Eucaristía, Palabra de Dios, oración personal y comunitaria.
2. Testimonio: santos, mártires de la misión y confesores de la fe, que son expresión de las Iglesias repartidas por el mundo entero.
3. Formación: bíblica, catequética, espiritual y teológica sobre la *missio ad gentes*.
4. Caridad misionera: como apoyo material para el inmenso trabajo de evangelización, de la *missio ad gentes* y de la formación cristiana de las Iglesias más necesitadas.

²⁹ Cf Id, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 15.

³⁰ Id, Encuentro con el Comité directivo del CELAM, Nunciatura Apostólica de Bogotá, jueves 7 de septiembre de 2017.

³¹ Id, Discurso a los directores nacionales de las Obras Misionales Pontificias, reunidos en la Asamblea general, Ciudad del Vaticano, sábado 3 de junio de 2017.

³² Cf Id, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 14.

Sugiero que vuestras comunidades, según el carisma propio de cada una, determinen, de la forma más apropiada y conveniente, la forma de vivir y dejarse plasmar por estas dimensiones para alcanzar una conversión renovada hacia la misión de Jesús.

En este tiempo de preparación remota, propongo que las comunidades contemplativas monásticas y claustrales se dediquen a un ejercicio de oración y de reflexión que pueda ayudar a las Iglesias particulares, a los fieles y a los pastores en su tarea de conversión y de misión. En medio del mundo, vosotros, hermanos y hermanas, gracias a la radicalidad bautismal de vuestra vocación contemplativa, sois una señal eficaz de la pertenencia filial de cada hombre a Dios. En la vida diaria ordinaria de los monasterios y comunidades, vivís la esencia cristiana que representa el corazón de la misión, el centro de todo anuncio y de todo testimonio evangélico. A nuestros hermanos monjes y a nuestras hermanas claustrales debemos hacer referencia, para que todo, la humanidad y el mundo, puedan ser transfigurados por la misión de Cristo y de su Iglesia, para la gloria de Dios Padre.

Las Obras Misionales Pontificias (OMP), junto con la Congregación para la Evangelización de los Pueblos (CEP), están directamente involucradas en el trabajo de preparación y de difusión del Mes Misionero Extraordinario. Los directores nacionales y diocesanos de las OMP, presentes y activos en las Iglesias particulares, están llamados a trabajar junto a ustedes para conseguir que esta iniciativa propuesta por el Santo Padre pueda servir para renovar la pasión por el Evangelio, el celo y el ardor misionero de nuestras Iglesias. He considerado oportuno solicitar al Secretariado Internacional de la Pontificia Unión Misional (PUM) que coordine la preparación, la formación y el desarrollo del Mes Misionero Extraordinario. Además, en colaboración con nuestra Universidad Pontificia Urbaniana, se está pensando en realizar momentos de reflexión y formación teológica y misionológica a nivel internacional y continental.

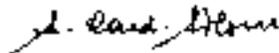
Más adelante se ofrecerán algunas sugerencias e indicaciones, con textos y reflexiones, como fruto de una amplia consulta a cristianos de todo el mundo, que servirán de inspiración, estímulo y propuesta para la creatividad de

las Iglesias particulares. A su debido tiempo, también se informará sobre los momentos de celebración presididos por el Santo Padre, propuestos como eventos de la Iglesia Universal dirigidos a la Iglesia que vive en Roma.

Por último, os pido que indiquéis figuras de testigos misioneros, hijos e hijas de vuestros Institutos, que se hayan distinguido por su testimonio cristiano y que gocen de fama de santidad entre sus comunidades y en las Iglesias a las que han servido ejemplarmente. Sería aconsejable enviar algunas notas biográficas de los mismos. También les agradecería que señalaran algunos hermanos o hermanas que puedan ayudar en la preparación de textos de meditación espiritual misionera a partir de la Sagrada Escritura. Os ruego nos enviéis estas sugerencias, indicaciones y propuestas al Secretariado Internacional de la PUM (october2019@ppoomm.va).

Os adjunto una copia de la carta que me envió el Santo Padre el 22 de octubre de 2017 y del texto de su discurso a los directores nacionales de las Obras Misionales Pontificias del 3 de junio del 2017.

En este tiempo de Adviento, encomendemos la preparación a la Santísima Virgen María, Reina de los Apóstoles, a san Francisco Javier, a santa Teresa del Niño Jesús y al beato Pablo Manna. Esperando copiosos frutos de conversión a Cristo en favor de la obra misionera de la Iglesia, os saludo cordialmente.



CARDENAL FERNANDO FILONI

*Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos
y Presidente del Comité Supremo de las Obras Misionales Pontificias*

CARTA DEL CARDENAL FERNANDO FILONI
A LOS OBISPOS ORDINARIOS

A los Eminentísimos y Excelentísimos Ordinarios

Vaticano, 8 de abril de 2018
Domingo de la Octava de Pascua

Queridos hermanos en el episcopado:

¡Que la paz del Señor Resucitado sea nuestra esperanza!

En línea con mi carta del pasado 3 de diciembre de 2017, os escribo nuevamente sobre la iniciativa misionera que el Santo Padre Francisco anunció a la Iglesia entera el domingo 22 de octubre de 2017. El Mes Misionero Extraordinario (octubre de 2019) representa para todos nosotros una ocasión única: la celebración del centenario de la Carta apostólica *Maximum illud*, del papa Benedicto XV, nos ayuda a volver a encender el ardor y la pasión por la misión de Jesús. Renovar evangélicamente la misión, como pedía el papa Benedicto XV en el lejano 30 de noviembre de 1919, se revela también hoy de gran actualidad, si observamos la condición del mundo y de la Iglesia.

La finalidad espiritual, pastoral y teológica de este Mes Misionero Extraordinario consiste en reconocer, vivir y convencernos de que la misión es y debe ser cada vez más el paradigma de la vida y de la obra de toda la Iglesia y, por lo tanto, de todo cristiano. Convirtiendo nuestros corazones y nuestras mentes en discípulos misioneros, el Espíritu nos empuja a salir al mundo para anunciar a Cristo crucificado y resucitado. Volver a poner la *misio ad gentes* –en sus diversos aspectos– en el centro de la vida de la Iglesia y reconocer la misión de Jesús como corazón e identidad de la Iglesia

nos hace redescubrir la genuina y desafiante relación que Dios tiende con el mundo amado, creado y redimido por Él (cf Jn 17; Ef 1).

El Santo Padre Francisco nos ha comunicado el tema para el mes de octubre de 2019:

BAUTIZADOS Y ENVIADOS: LA IGLESIA DE CRISTO EN MISIÓN EN EL MUNDO

La oración, la reflexión y la acción nos ayudarán a vivir el Mes Misionero Extraordinario en esta dimensión. En efecto: «Nosotros, con el bautismo, somos inmersos en esa fuente inagotable de vida que es la muerte de Jesús, el más grande acto de amor de toda la historia; y gracias a este amor podemos vivir una vida nueva, no ya en poder del mal, del pecado y de la muerte, sino en la comunión con Dios y con los hermanos»³³. Se nos invita a confirmar nuestra identidad bautismal como encuentro personal con Jesucristo vivo: Él nos envía para ser testigos suyos en el mundo.

La misión de la Iglesia prolonga, efectivamente, la misión que Jesús recibe del Padre en el Espíritu. Anunciando a Jesucristo en la Palabra y en el sacramento, la misión de la Iglesia responde a la sed de vida auténtica y llena de sentido que alberga el corazón de toda mujer y de todo hombre. Ofrecer a los hombres de este mundo el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (cf Mt 28,19) y partir con ellos el pan de la Eucaristía significa dar la vida de Dios, que nos salva del mal y de la muerte (cf Jn 6,48-51; 10,10). En el agua y en el Espíritu, la sangre de Cristo (cf 1Jn 5,1-13) nos redime, nos dona la fe y nos ofrece al mundo para la salvación. A los pobres, a nosotros, prisioneros del pecado, se nos anuncia verdaderamente la gracia que nos libera y nos salva (cf Lc 4,14-22). Nada ni nadie está excluido del amor misericordioso de Dios que nos envía a la misión para atraernos a todos hacia sí.

³³ ID, Audiencia general, miércoles 8 de enero de 2014.

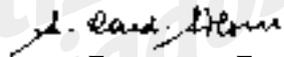
Agradecemos al Santo Padre Francisco que nos haya querido guiar, con el tema que nos ha confiado, en el camino hacia el Mes Misionero Extraordinario (octubre de 2019). Bajo esta visión, me permito sugerirles, en un espíritu de comunión fraterna entre las Iglesias particulares a las que sirven con su ministerio de Pastor Universal, algunas iniciativas para la celebración de este importante evento eclesial. Soy consciente de que falta todavía mucho tiempo, pero me parece el único modo de que cada Iglesia con sus Pastores pueda ya iniciar a reflexionar sobre el modo de vivir el Mes Misionero Extraordinario. Lo que, como Congregación para la Evangelización de los Pueblos y Obras Misionales Pontificias, proponemos pretende ser una inspiración a la creatividad de las Iglesias locales a ustedes confiadas. No se trata, por lo tanto, de sugerencias exhaustivas, sino de ejemplos, para facilitar la celebración a nivel local, acompañando a la celebración a nivel universal.

1. Organizar una celebración diocesana o nacional para la apertura del Mes Misionero Extraordinario, de octubre de 2019.
2. Celebrar la vigilia misionera con el tema propuesto por el Santo Padre.
3. Proponer una celebración eucarística a nivel diocesano para el domingo de la Jornada Mundial de las Misiones.
4. Proponer pequeños grupos de personas o familias que se reúnan en casas para rezar el Santo Rosario por las intenciones misioneras, inspirados por la original intuición de la venerable Pauline Jaricot, fundadora de la Pontificia Obra de la Propagación de la Fe.
5. Promover una peregrinación a un santuario mariano o a un santuario que conserve la memoria de algún santo o mártir de la misión.
6. Promover colectas de fondos para sostener el trabajo apostólico de la *missio ad gentes* y la formación misionera.
7. Proponer a los jóvenes una actividad pública de anuncio del Evangelio.
8. Organizar una celebración diocesana o nacional para la conclusión del Mes Misionero Extraordinario, de octubre de 2019.

Estas propuestas que les hemos sugerido pueden encontrar en los directores nacionales y diocesanos de las Obras Misionales Pontificias presentes en sus Iglesias locales un oportuno punto de referencia de colaboración para pensar y trabajar juntos. Gracias a ellos estamos recogiendo importantes reflexiones para la publicación de un subsidio que estará disponible en forma electrónica antes de finales de este año. El subsidio, único en su género, es fruto de la fe de muchos cristianos provenientes de las Iglesias locales del mundo entero. Doy las gracias de todo corazón a aquellos que están contribuyendo y ayudando en esta importante obra de animación misionera.

Rezo y deseo que todo aquello que seamos llamados a vivir, a reflexionar y a orar en vista del Mes Misionero Extraordinario, de octubre de 2019, pueda contribuir a una genuina conversión misionera hacia Cristo. Con María, Reina de los Apóstoles, unidos en el cenáculo, invocamos el don del Espíritu Santo para el día de Pentecostés.

Cordialmente os doy las gracias y os saludo.



CARDENAL FERNANDO FILONI

*Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos
y Presidente del Comité Supremo de las Obras Misionales Pontificias*

Octubre
2019

CARTA DEL CARDENAL FERNANDO FILONI

A LOS SUPERIORES Y SUPERIORAS GENERALES

Vaticano, 8 de abril de 2018
Domingo de la Octava de Pascua

Queridos hermanos y hermanas,
Superiores y Superioras Generales,
Institutos de Vida Consagrada,
Institutos de Vida Apostólica:

¡Que la paz del Señor Resucitado sea nuestra esperanza!

En línea con mi carta del pasado 3 de diciembre de 2017, enviada a los obispos de todo el mundo, os escribo ahora directamente a vosotros sobre la iniciativa misionera que el Santo Padre Francisco anunció a la Iglesia entera el domingo 22 de octubre de 2017. El Mes Misionero Extraordinario, de octubre de 2019, representa para todos nosotros una ocasión única: la celebración del centenario de la Carta apostólica *Maximum illud*, del papa Benedicto XV, nos ayuda a volver a encender el ardor y la pasión por la misión de Jesús. Renovar evangélicamente la misión, como pedía el papa Benedicto XV en el lejano 30 de noviembre de 1919, si observamos la condición del mundo y de la Iglesia, se revela también hoy de gran actualidad.

La finalidad espiritual, pastoral y teológica de este Mes Misionero Extraordinario consiste en reconocer, vivir y convencernos de que la misión es y debe ser, cada vez más, el paradigma de la vida y de la obra de toda la Iglesia y, por lo tanto, de todo cristiano. Haciendo de nuestros corazones y de nuestras mentes discípulos misioneros, el Espíritu nos empuja a salir al mundo para anunciar a Cristo crucificado y resucitado. Volver a poner la *misio ad gentes* —en sus diversos aspectos— en el centro de la vida de la Iglesia

y reconocer la misión de Jesús como corazón e identidad de la Iglesia nos hace redescubrir la genuina y desafiante relación que Dios establece con el mundo amado, creado y redimido por Él (cf Jn 17; Ef 1).

El Santo Padre Francisco nos ha comunicado el tema para octubre de 2019:

BAUTIZADOS Y ENVIADOS: LA IGLESIA DE CRISTO EN MISIÓN EN EL MUNDO

La oración, la reflexión y la acción nos ayudarán a vivir el Mes Misionero Extraordinario en esta dimensión. En efecto: «Nosotros, con el bautismo, somos inmersos en esa fuente inagotable de vida que es la muerte de Jesús, el más grande acto de amor de toda la historia; y gracias a este amor podemos vivir una vida nueva, no ya en poder del mal, del pecado y de la muerte, sino en la comunión con Dios y con los hermanos»³⁴. Se nos invita a confirmar nuestra identidad bautismal como encuentro personal con Jesucristo vivo: Él nos envía para ser testigos suyos en el mundo.

La misión de la Iglesia prolonga, efectivamente, la misión que Jesús recibe del Padre en el Espíritu. Anunciando a Jesucristo en la Palabra y en el sacramento, la misión de la Iglesia responde a la sed de vida auténtica y llena de sentido que alberga el corazón de toda mujer y de todo hombre. Ofrecer a los hombres de este mundo el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (cf Mt 28,19) y partir con ellos el pan de la Eucaristía significa dar la vida de Dios, que nos salva del mal y de la muerte (cf Jn 6,48-51; 10,10). En el agua y en el Espíritu, la sangre de Cristo (cf 1Jn 5,1-13) nos redime, nos dona la fe y nos ofrece al mundo para la salvación. A los pobres, a nosotros, prisioneros del pecado, se nos anuncia verdaderamente la gracia que nos libera y nos salva (cf Lc 4,14-22). Nada ni nadie está excluido del amor misericordioso de Dios que nos envía a la misión para atraernos a todos hacia sí.

³⁴ ID, Audiencia general, miércoles 8 de enero de 2014.

Agradecemos al Santo Padre Francisco que nos haya querido guiar, con el tema que nos ha confiado, en el camino hacia el Mes Misionero Extraordinario, de octubre de 2019. Bajo esta visión, me permito proponeros, en un espíritu de comunión, que crezcáis en una mayor conciencia de su vocación misionera, que parte del bautismo. Además de las sugerencias ofrecidas a los obispos, os propongo iniciar un proceso recíproco de escucha, a fin de que todos podamos cooperar a esa conversión misionera del complejo eclesial, a la que tan insistentemente ha hecho referencia el papa Francisco³⁵. Escucharnos en el Espíritu nos convierte y nos hace crecer en comunión a partir de la misión y en favor de la misión.

El hecho de tomar mayor conciencia del don del bautismo, de la Eucaristía, del don de la Iglesia; el hecho de identificarnos más conscientemente con la llamada específica a vivir la *missio ad gentes*, la consagración virginal y el ministerio ordenado para servir, en formas carismáticas diferentes, a Cristo y a su Iglesia, pueden convertirse en fuentes de comunicación en el Espíritu de experiencias de vida cristiana y de apostolado misionero para escuchar y compartir. A la luz del criterio bautismal que nos ha dado el papa Francisco, podremos emprender juntos una reflexión con el tema: Anuncio, sacramento y testimonio cristiano en la *missio ad gentes*. El tono de la reflexión, fruto de la oración y de la vida, podría ser de tipo teológico-experiencial. Se trata de, juntos, narrar la propia experiencia misionera con una sólida base teológica y espiritual. Jesucristo y la Iglesia –en la Escritura, en los sacramentos, en la caridad y en el diálogo con el mundo, las culturas y las religiones– representan el corazón de aquello que queremos comunicarnos escuchándonos, discerniendo y compartiendo. Cada uno de vuestros institutos puede organizar –según sus propias modalidades, posibilidades y necesidades– esta escucha recíproca, la oración y la reflexión.

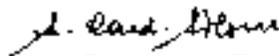
Como Congregación para la Evangelización de los Pueblos y en las Obras Misionales Pontificias, proponemos que algunos miembros seleccionados

³⁵ Cf Id, Exh. ap, *Evangelii gaudium*, 25, 27, 30, 32 y 33.

de vuestras comunidades puedan articular estos procesos de escucha, discernimiento espiritual y reciprocidad junto a nuestras realidades de formación misionera: el Secretariado Internacional de la Pontificia Unión Misionera (PUM) y el Centro Internacional de Animación Misionera (CIAM). Una propuesta concreta es el encuentro y la reflexión de los miembros de un mismo instituto, o bien de varios distintos, en el CIAM. El fruto de este compromiso de fe y de discernimiento sobre la *missio ad gentes* puede ayudarnos a todos a dar más calidad evangélica a la misión, a partir de lo que el Espíritu nos dona para vivir como cristianos, como familias de consagrados y consagradas, como institutos misioneros, como ministros ordenados en la única Iglesia de Cristo. He pedido al Secretario general de la Pontificia Unión Misionera (PUM) y Director del Centro Internacional de Animación Misionera (CIAM), el P. Fabrizio Meroni, que se ponga a vuestra disposición para recibir vuestras respuestas a esta propuesta (e-mail: fabrizio.meroni@ppoomm.va; teléfono: PUM [+39] 06-69880228; CIAM [+39] 06-69882484). También los directores nacionales y diocesanos de las Obras Misionales Pontificias, presentes en las distintas Iglesias locales, pueden ser para vosotros un punto de referencia de colaboración para pensar y trabajar juntos. Gracias a ellos estamos recogiendo importantes reflexiones para la publicación de un subsidio que, a su debido tiempo, os haremos llegar.

Rezo y deseo que todo aquello que seamos llamados a vivir, a reflexionar y a orar en vista del Mes Misionero Extraordinario, de octubre de 2019, pueda contribuir a una genuina conversión misionera hacia Cristo. Con María, Reina de los Apóstoles, unidos en el cenáculo, invocamos el don del Espíritu Santo para el día de Pentecostés.

Cordialmente os doy las gracias y os saludo.



CARDENAL FERNANDO FILONI

*Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos
y Presidente del Comité Supremo de las Obras Misionales Pontificias*

CARTA DEL CARDENAL FERNANDO FILONI

**A LOS RESPONSABLES INTERNACIONALES
DE LOS MOVIMIENTOS ECLESIALES,
NUEVAS COMUNIDADES
Y DE LAS ASOCIACIONES LAICALES**

Vaticano, 8 de abril de 2018
Domingo de la Octava de Pascua

Queridos hermanos y hermanas,
Responsables Internacionales,
Movimientos Eclesiales y Nuevas Comunidades,
Asociaciones Laicales:

¡Que la paz del Señor Resucitado sea nuestra esperanza!

En línea con mi carta del pasado 3 de diciembre de 2017, enviada a los obispos de todo el mundo, os escribo ahora directamente a vosotros sobre la iniciativa misionera que el Santo Padre Francisco anunció a la Iglesia entera el domingo 22 de octubre de 2017. El Mes Misionero Extraordinario, de octubre de 2019, representa para todos nosotros una ocasión única: la celebración del centenario de la Carta apostólica *Maximum illud*, del papa Benedicto XV, nos ayuda a volver a encender el ardor y la pasión por la misión de Jesús. Renovar evangélicamente la misión, como pedía el papa Benedicto XV en el lejano 30 de noviembre de 1919, si observamos la condición del mundo y de la Iglesia, se revela también hoy de gran actualidad.

La finalidad espiritual, pastoral y teológica de este Mes Misionero Extraordinario consiste en reconocer, vivir y convencernos de que la misión es y debe ser, cada vez más, el paradigma de la vida y de la obra de toda la Iglesia y, por lo tanto, de todo cristiano. Haciendo de nuestros corazones

y de nuestras mentes discípulos misioneros, el Espíritu nos empuja a salir al mundo para anunciar a Cristo crucificado y resucitado. Volver a poner la *missio ad gentes* –en sus diversos aspectos– en el centro de la vida de la Iglesia y reconocer la misión de Jesús como corazón e identidad de la Iglesia nos hace redescubrir la genuina y desafiante relación que Dios establece con el mundo amado, creado y redimido por Él (cf Jn 17; Ef 1).

El Santo Padre Francisco nos ha comunicado el tema para octubre de 2019:

BAUTIZADOS Y ENVIADOS: LA IGLESIA DE CRISTO EN MISIÓN EN EL MUNDO

La oración, la reflexión y la acción nos ayudarán a vivir el Mes Misionero Extraordinario en esta dimensión. En efecto: «Nosotros, con el bautismo, somos inmersos en esa fuente inagotable de vida que es la muerte de Jesús, el más grande acto de amor de toda la historia; y gracias a este amor podemos vivir una vida nueva, no ya en poder del mal, del pecado y de la muerte, sino en la comunión con Dios y con los hermanos»³⁶. Se nos invita a confirmar nuestra identidad bautismal como encuentro personal con Jesucristo vivo: Él nos envía para ser testigos suyos en el mundo.

La misión de la Iglesia prolonga, efectivamente, la misión que Jesús recibe del Padre en el Espíritu. Anunciando a Jesucristo en la Palabra y en el sacramento, la misión de la Iglesia responde a la sed de vida auténtica y llena de sentido que alberga el corazón de toda mujer y de todo hombre. Ofrecer a los hombres de este mundo el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (cf Mt 28,19) y partir con ellos el pan de la Eucaristía significa dar la vida de Dios, que nos salva del mal y de la muerte (cf Jn 6,48-51; 10,10). En el agua y en el Espíritu, la sangre de Cristo (cf 1Jn 5,1-13) nos redime, nos dona la fe y nos ofrece al mundo para la salvación. A los pobres, a nosotros, prisioneros del pecado, se nos

³⁶ ID, Audiencia general, miércoles 8 de enero de 2014.

anuncia verdaderamente la gracia que nos libera y nos salva (cf Lc 4,14-22). Nada ni nadie está excluido del amor misericordioso de Dios que nos envía a la misión para atraernos a todos hacia sí.

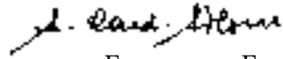
Agradecemos al Santo Padre Francisco que nos haya querido guiar, con el tema que nos ha confiado, en el camino hacia el Mes Misionero Extraordinario, de octubre de 2019. Me parece particularmente relevante el hecho de que el Santo Padre haya querido indicar el bautismo como punto de partida de la misión. Muchas experiencias de movimientos y nuevas comunidades eclesiales nacen precisamente como carismas suscitados para renovar nuestra pertenencia a Cristo a través del bautismo, en la estela del Concilio Vaticano II. Bajo esta visión, me permito pedirlos, en un espíritu de comunión, que hagáis vuestra esta especial solicitud del papa Francisco y que discernan las formas más adecuadas para vivir y organizar, dentro de sus propias realidades eclesiales, el Mes Misionero Extraordinario de octubre de 2019, como fuente de nuevo impulso misionero para sus mismos movimientos, al servicio de toda la Iglesia.

En la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y en las Obras Misionales Pontificias estaremos encantados de que puedan compartir sus iniciativas con nosotros. He pedido al Secretario general de la Pontificia Unión Misional (PUM) y Director del Centro Internacional de Animación Misionera (CIAM), el P. Fabrizio Meroni, que se ponga a vuestra disposición para recibir vuestras respuestas a esta propuesta (e-mail: fabrizio.meroni@ppoomm.va; teléfono: PUM [+39] 06-69880228; CIAM [+39] 06-69882484). También los directores nacionales y diocesanos de las Obras Misionales Pontificias, presentes en las distintas Iglesias locales, pueden ser para vosotros un punto de referencia de colaboración para pensar y trabajar juntos. Gracias a ellos estamos recogiendo importantes reflexiones para la publicación de un subsidio que, a su debido tiempo, os haremos llegar.

Rezo y deseo que todo aquello que seamos llamados a vivir, a reflexionar y a orar en vista del Mes Misionero Extraordinario, de octubre de 2019, pueda contribuir a una genuina conversión misionera hacia Cristo. Con

María, Reina de los Apóstoles, unidos en el cenáculo, invocamos el don del Espíritu Santo para el día de Pentecostés.

Cordialmente os doy las gracias y os saludo.



CARDENAL FERNANDO FILONI

*Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos
y Presidente del Comité Supremo de las Obras Misionales Pontificias*



Bautizados
y enviados

Octubre
2019

CARTA DEL CARDENAL FERNANDO FILONI
**A LOS RECTORES Y FORMADORES
DE LOS SEMINARIOS MAYORES**

Vaticano, 8 de abril de 2018
Domingo de la Octava de Pascua

Queridos Rectores y Formadores
de los Seminarios Mayores:

¡Que la paz del Señor Resucitado sea nuestra esperanza!

En línea con mi carta del pasado 3 de diciembre de 2017, enviada a los obispos de todo el mundo, les escribo ahora directamente a ustedes sobre la iniciativa misionera que el Santo Padre Francisco anunció a la Iglesia entera el domingo 22 de octubre de 2017. El Mes Misionero Extraordinario, de octubre de 2019, representa para todos nosotros una ocasión única: la celebración del centenario de la Carta apostólica *Maximum illud*, del papa Benedicto XV, nos ayuda a volver a encender el ardor y la pasión por la misión de Jesús. Renovar evangélicamente la misión, como pedía el papa Benedicto XV en el lejano 30 de noviembre de 1919, si observamos la condición del mundo y de la Iglesia, se revela también hoy de gran actualidad.

La finalidad espiritual, pastoral y teológica de este Mes Misionero Extraordinario consiste en reconocer, vivir y convencernos de que la misión es y debe ser, cada vez más, el paradigma de la vida y de la obra de toda la Iglesia y, por lo tanto, de todo cristiano. Haciendo de nuestros corazones y de nuestras mentes discípulos misioneros, el Espíritu nos empuja a salir al mundo para anunciar a Cristo crucificado y resucitado. Volver a poner la *missio ad gentes* –en sus diversos aspectos– en el centro de la vida de la

Iglesia y reconocer la misión de Jesús como corazón e identidad de la Iglesia nos hace redescubrir la genuina y desafiante relación que Dios establece con el mundo amado, creado y redimido por Él (cf Jn 17; Ef 1).

El Santo Padre Francisco nos ha comunicado el tema para octubre de 2019:

BAUTIZADOS Y ENVIADOS: LA IGLESIA DE CRISTO EN MISIÓN EN EL MUNDO

La oración, la reflexión y la acción nos ayudarán a vivir el Mes Misionero Extraordinario en esta dimensión. En efecto: «Nosotros, con el bautismo, somos inmersos en esa fuente inagotable de vida que es la muerte de Jesús, el más grande acto de amor de toda la historia; y gracias a este amor podemos vivir una vida nueva, no ya en poder del mal, del pecado y de la muerte, sino en la comunión con Dios y con los hermanos»³⁷. Se nos invita a confirmar nuestra identidad bautismal como encuentro personal con Jesucristo vivo: Él nos envía para ser testigos suyos en el mundo.

La misión de la Iglesia prolonga, efectivamente, la misión que Jesús recibe del Padre en el Espíritu. Anunciando a Jesucristo en la Palabra y en el sacramento, la misión de la Iglesia responde a la sed de vida auténtica y llena de sentido que alberga el corazón de toda mujer y de todo hombre. Ofrecer a los hombres de este mundo el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (cf Mt 28,19) y partir con ellos el pan de la Eucaristía significa dar la vida de Dios, que nos salva del mal y de la muerte (cf Jn 6,48-51; 10,10). En el agua y en el Espíritu, la sangre de Cristo (cf 1Jn 5,1-13) nos redime, nos dona la fe y nos ofrece al mundo para la salvación. A los pobres, a nosotros, prisioneros del pecado, se nos anuncia verdaderamente la gracia que nos libera y nos salva (cf Lc 4,14-22). Nada ni nadie está excluido del amor misericordioso de Dios que nos envía a la misión para atraernos a todos hacia sí.

³⁷ ID, Audiencia general, miércoles 8 de enero de 2014.

Agradecemos al Santo Padre Francisco que nos haya querido guiar, con el tema que nos ha confiado, en el camino hacia el Mes Misionero Extraordinario, de octubre de 2019. Bajo esta visión, me permito proponeros, en un espíritu de comunión, que crezcáis en una mayor conciencia de vuestra vocación misionera, que parte del bautismo. Además de las sugerencias ofrecidas a los obispos sobre iniciativas para vivir en las Iglesias particulares de las que son miembros, os propongo iniciar un proceso recíproco de escucha, para que todos podamos cooperar a esa conversión misionera del complejo eclesial, a la que tan insistentemente ha hecho referencia el papa Francisco³⁸. Escucharnos en el Espíritu nos convierte y nos hace crecer en comunión a partir de la misión y en favor de la misión.

El hecho de tomar mayor conciencia del don del bautismo, de la Eucaristía, del don de la Iglesia; el hecho de identificarnos más conscientemente con la llamada específica a vivir la *missio ad gentes*, la consagración virginal y el ministerio ordenado para servir, en formas carismáticas diferentes, a Cristo y a su Iglesia, pueden convertirse en fuentes de comunicación en el Espíritu de experiencias de vida cristiana y de apostolado misionero para escuchar y compartir. A la luz del criterio bautismal que nos ha dado el papa Francisco, podremos emprender juntos una reflexión con el tema: «Anuncio, sacramento y testimonio cristiano en la *missio ad gentes*». El tono de la reflexión, fruto de la oración y de la vida, podría ser de tipo teológico-experiencial. Se trata de, juntos, narrar la propia experiencia misionera con una sólida base teológica y espiritual. Jesucristo y la Iglesia –en la Escritura, en los Sacramentos, en la caridad y en el diálogo con el mundo, las culturas y las religiones– representan el corazón de aquello que queremos comunicarnos escuchándonos, discerniendo y compartiendo. Cada una de sus comunidades de formación puede organizar –según sus propias modalidades, posibilidades y necesidades– esta escucha recíproca, la oración y la reflexión.

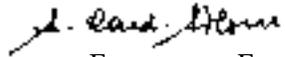
También los directores nacionales y diocesanos de las Obras Misionales Pontificias, presentes en las distintas Iglesias locales, pueden ser para ustedes

³⁸ Cf Id, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 25, 27, 30, 32 y 33.

un punto de referencia de colaboración para pensar y trabajar juntos. Gracias a ellos estamos recogiendo importantes reflexiones para la publicación de un subsidio que, a su debido tiempo, les haremos llegar.

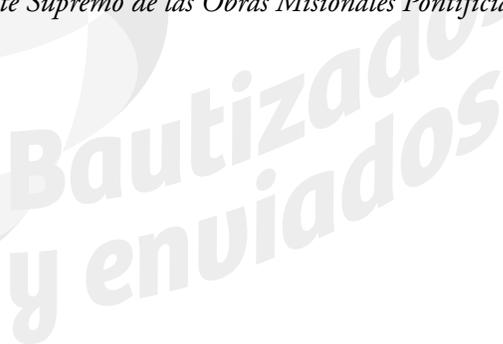
Rezo y deseo que todo aquello que seamos llamados a vivir, a reflexionar y a orar en vista del Mes Misionero Extraordinario, de octubre de 2019, pueda contribuir a una genuina conversión misionera hacia Cristo. Con María, Reina de los Apóstoles, unidos en el cenáculo, invocamos el don del Espíritu Santo para el día de Pentecostés.

Cordialmente os doy las gracias y os saludo.



CARDENAL FERNANDO FILONI

*Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos
y Presidente del Comité Supremo de las Obras Misionales Pontificias*



Octubre
2019

LA *MISSIO* EN LA TRINIDAD, ORIGEN DE LA *MISSIO* DE LA IGLESIA

El tema de la misión es obviamente muy extenso y bastante complejo, especialmente en el contexto cultural actual. Por esta razón, queremos analizar el tema fundamentalmente desde el punto de vista de la *missio*, refiriéndonos principalmente al Concilio ecuménico Vaticano II. De hecho, el Concilio tomó una posición clara sobre este tema en el decreto *Ad gentes*. Este decreto solo es comprensible en el contexto más amplio de la constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, ya que solo a la luz de una reflexión sobre la esencia de la Iglesia se puede comprender verdaderamente su tarea misionera. Joseph Ratzinger se expresó en este sentido ya en 1967, cuando escribió que «el texto central del Concilio por esencia, tarea y método de la misión, que apoya todos los demás textos del Concilio sobre la misión, incluido el mismo documento sobre la misión, y que contiene los puntos de partida, se encuentra en la constitución sobre la Iglesia, en los números 13-17»³⁹. Una mirada a ese texto nos ayuda a entender ante todo la universalidad de la llamada a ser parte de ese Pueblo que es la Iglesia (cf LG 9): Dios quiere que todos se salven, Dios quiere que todos participen de la redención que Cristo nos ha ganado con su muerte y resurrección, a través de la acción de la Iglesia, el sacramento universal de la salvación (cf LG 1).

Esta universalidad, o catolicidad, no significa, sin embargo, la limitación o la exclusión de la identidad del otro, ni significa la identificación con una forma de fe vivida, sino que quiere indicar el don y la tarea, la gracia y el deber, el ya y el todavía no de una llamada que la Iglesia está obligada

³⁹ J. RATZINGER, *Konzilsaussagen über die Mission außerhalb des Missionsdekrets*, en *Gesammelte Schriften*, vol. 7/2, Friburgo 2012, 920s.

a llevar a cabo al servicio de todos los hombres y, me atrevería a decir, de toda la creación. Así, en las reflexiones que siguen, después de una breve descripción de la misión en nuestros días, queremos presentar con el texto conciliar el origen trinitario de la misión y delinear su cumplimiento en Cristo y en la Iglesia.

La situación de la misión hoy

¿Qué entendemos exactamente por misión? Esta pregunta es de gran actualidad, porque el contexto actual es el de un mundo en constante cambio. El mismo término «misión» en el campo teológico no es tan unívoco, si pensamos que, desde el punto de vista semántico, la misión de la Iglesia se ha convertido en sinónimo de la tarea de la Iglesia. Si detrás de esta evolución está la creencia de que la misión propia es la verdadera tarea de la Iglesia, por otra parte, esta identificación ha hecho perder el aspecto específico de misión como un anuncio de la fe en Jesucristo muerto y resucitado. Esta lectura del mandato misionero también se encuentra en el Concilio: «La misión, pues, de la Iglesia se realiza (*missio Ecclesiae ergo adimpletur*) mediante la actividad por la cual, obediente al mandato de Cristo y movida por la caridad del Espíritu Santo, se hace plena y actualmente (*pleno actu*) presente a todos los hombres y pueblos para conducirlos a la fe, la libertad y a la paz de Cristo por el ejemplo de la vida y de la predicación, por los sacramentos y demás medios de la gracia, de forma que se les descubra el camino libre y seguro para la plena participación del misterio de Cristo» (AG 5). Tanto la constitución *Lumen gentium* (17) como el decreto *Ad gentes* (6) subrayan que esta misión se lleva a cabo en particular con la predicación, de la que surgen nuevas iglesias, sobre las que recae la responsabilidad de continuar la obra de la evangelización, es decir, de proclamar el Evangelio para la salvación de quienes escuchan.

Pero ¿es todavía actual el concepto de *ad gentes*? Desde la fase histórica del Concilio han pasado más de 50 años, durante los cuales la Iglesia realmente

ha alcanzado todos los confines de la tierra y prácticamente ha establecido en cada lugar su presencia mediante una jerarquía local y la creación de varias instituciones. ¿Tiene sentido todavía la atribución *ad gentes*? Observando la realidad de la Iglesia y del mundo de hoy se demuestra no solo su actualidad, sino incluso una necesidad mayor. Por tanto, se pueden distinguir al menos cuatro niveles de esta *missio ad gentes*.

El primero es el clásico significado del anuncio cristiano en las tierras de misión, que todavía están muy lejos de ser plenamente evangelizadas. San Juan Pablo II afirmaba en 1995, en Manila, durante la Jornada Mundial de la Juventud: «Asia es el continente para evangelizar en el tercer milenio». Frente a casi 5.000 millones de asiáticos, solo 300 millones son cristianos. Este horizonte misionero está todavía totalmente abierto.

Un segundo nivel es el de la continuación y el perfeccionamiento de la evangelización de los territorios de misión, a través de una *implantatio Ecclesiae* todavía no ultimada, que comporta en primer lugar una jamás consumada adhesión a Cristo por parte de cada creyente, y de una inculcación de la fe, en el sentido de que la fe se transforma en una cultura y por tanto transforma también el modo de vivir, de pensar, de relacionarse.

Un tercer nivel –por otro lado cada vez más extendido– es la misión, en el sentido del primer anuncio de la fe, en los continentes de antigua cultura cristiana, donde el número de aquellos que no conocen a Cristo, especialmente entre los jóvenes, cada día crece más⁴⁰. La secularización ha incidido fuertemente en el sustrato vital de nuestras civilizaciones occidentales, que no solo se demuestra en las cifras de quienes frecuentan la Iglesia, sino sobre todo en la falta de cultura y conocimientos religiosos. El fenómeno del crecimiento de los ritos paganizantes pone en evidencia exactamente el vacío religioso originado en los últimos 50 años en los países de antigua tradición cristiana. Esto, por otro lado, no debería sorprendernos, pues ya en 1943 H. Godin y Y. Daniel publicaron el famoso *La France, pays de mission?* y en

⁴⁰ De acuerdo con una encuesta del Pew Research Center, publicada el 29 de mayo de 2018, en Europa occidental solo el 27% de los encuestados afirman creer en el Dios que se nos presenta en la Biblia, mientras el 38% simplemente cree en una entidad superior y el 26% no cree en ningún poder superior.

1958 J. Ratzinger atrajo las críticas de muchos con su artículo profético: «Die neuen Heiden und die Kirche». Estos dos textos anticiparon el proceso del preocupante vaciamiento al que la Iglesia debía enfrentarse en Occidente, el primero desde las grandes masas de trabajadores que habían perdido el contacto con la Iglesia y el segundo desde el nuevo consumismo que se imponía.

Un cuarto nivel de la *missio ad gentes* es la presencia en los territorios de la antigua cristiandad de poblaciones que provienen de otros contextos culturales y religiosos y son ajenas a la fe cristiana.

Todos los fenómenos aquí enumerados demuestran que, lejos de cumplirse, la *missio ad gentes* todavía hoy conserva toda su actualidad.

Cuando, en el siglo XVI, con el descubrimiento de nuevos continentes, se planteó la cuestión de la evangelización de personas hasta ahora desconocidas, el papa Gregorio XV fundó, en 1622, la *Congregación de la Propagación de la Fe*. En el siglo XIX, la verdadera explosión del celo misionero condujo a la fundación de innumerables institutos y sociedades misioneras. En esa época, gran parte de la actividad misionera iba de la mano de la colonización, hasta el punto de que el poder colonial decidía, en principio, también la pertenencia religiosa. Benedicto XV se opuso a esto en 1919 con la Carta apostólica *Maximum illud*, en la que esbozaba una clara distinción entre los intereses nacionales y los intereses eclesiásticos. Pío XII con su encíclica *Fidei donum* promovió, en 1957, el pensamiento misionero, invitando a los sacerdotes seculares de las diócesis con numerosos clérigos a dedicarse también a la misión. Este documento fue la ocasión de un nuevo gran impulso misionero de la Iglesia. En este clima de compromiso también nació el decreto misionero del Concilio.

Hemos querido mencionar estas referencias históricas de la *missio ad gentes*, aunque brevemente, porque hoy podemos hablar más bien de una crisis del pensamiento misionero, una crisis que se opone fuertemente al impulso evangelizador que la Iglesia ha conocido a lo largo de los siglos. ¿Cómo se ha llegado a esto? ¿Por qué observamos un marcado declive de las vocaciones a la actividad misionera? ¿Por qué la misión ya no es interesante y muchas veces se reduce a una mera difusión de los llamados

valores del reino de Dios o incluso a la pura cooperación para el desarrollo? Obviamente, las razones son muchas, pero solo mencionaremos algunas.

Desde un punto de vista filosófico y social una razón decisiva es el proceso por el cual la religión cada vez está siendo más relegada a un segundo plano, como si fuera algo irrelevante para la vida del individuo y de la sociedad, cuando no se convierte en una molestia para la convivencia pacífica de los pueblos. Es fuerte también el pensamiento de Rousseau referente al *homo savage*, que vive feliz lejos de cualquier sociedad, cultura y religión, porque el hombre, que en sí mismo es bueno, se hace malo solo por las influencias sociales. Sin embargo, estas razones también están profundamente arraigadas en la misma Iglesia católica. Ciertamente, todavía falta una síntesis convincente en la actitud hacia las otras religiones, o mejor aún, una síntesis entre la misión, la comprensión teológica de las religiones y el diálogo interreligioso. Pero, más profundamente, tiene que ver con la comprensión de Jesús como el mediador universal de la salvación, y esto lleva a una pregunta simple pero significativa: ¿tiene necesidad el hombre del Evangelio? Por razones obvias, no entramos en los méritos de asuntos tan delicados. Sin embargo, mencionarlos nos ayuda a situar la misión en un contexto más amplio y más crítico.

Sin embargo, ante este desarrollo problemático, el Magisterio siempre ha enfatizado fuertemente la importancia de la misión. San Juan Pablo II escribió en la *Redemptoris missio* que la crisis de la misión es una crisis de fe⁴¹, indicando así la relación intrínseca entre fe y misión: se reclaman recíprocamente, se nutren mutuamente, se promueven recíprocamente. *Simul stant et simul cadunt*. La llamada a la esencia misionera de la Iglesia alcanza una intensidad particular en el actual pontificado del papa Francisco. En *Evangelii gaudium* de 2013 presenta la actividad misionera como el paradigma de todo el trabajo de la Iglesia⁴² y apela: «Constituyámonos en todas las regiones de la tierra en un “estado permanente de misión”»⁴³.

⁴¹ Cf SAN JUAN PABLO II, Carta enc. *Redemptoris missio*, 2.

⁴² Cf PAPA FRANCISCO, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 15.

⁴³ *Ib.*, 25.

Esta invitación tiene un significado programático para el papa Francisco. La Iglesia no es un fin en sí misma, sino que se necesita una valiente elección misionera «capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral solo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad»⁴⁴.

Por lo tanto, este tema es central también en el actual pontificado y, por tanto, ahora podemos reconducir la misión de la Iglesia a su verdadero origen en la *missio*, para retomar el enfoque del Concilio, que reconectó la tarea de la misión a su origen trinitario.

La *missio* en la Trinidad

A primera vista, el tema de la misión surge como algo puramente pastoral y parece no tener nada que ver con la teología trinitaria especulativa. Sin embargo, desde una observación más atenta, es exactamente el caso opuesto. La Iglesia de los orígenes, que vive tan profundamente en la misión y se siente impulsada por una dinámica misionera, no conoce ninguna definición misionera puramente pastoral. En cambio, usa el concepto de «*misiones*» para expresar cómo la Trinidad, desde dentro, se abre al mundo con el envío del Hijo y del Espíritu.

El gran sistemático protestante Karl Barth ha sido quien ha recordado –como primer teólogo de la edad moderna– esta raíz trinitaria original del concepto de misión. Él escribió en 1957: «¿No debería hacernos pensar

⁴⁴ *Ib.*, 27.

también en el misionero más fiel, en el seguidor más convencido de la misión, el hecho de que el término *missio* en la Iglesia primitiva era un concepto proveniente de la doctrina trinitaria, es decir, la denominación por el envío que Dios hace de sí mismo a través del envío del Hijo y del Espíritu Santo al mundo?»⁴⁵.

Barth quería demostrar que el origen de la misión no está en el hombre, ni en la Iglesia, sino en Dios. Quería señalar que el fundamento del esfuerzo misionero reside en la dimensión más profunda de la esencia divina, es decir, en enviar al Hijo al mundo, que es la fuente, el arquetipo y el modelo de cualquier misión. La advertencia inherente a esta reconexión teológica es que la misión, por lo tanto, no es una obra humana sino divina.

En el campo católico, la teología trinitaria se desarrolló un par de años más tarde, propuesta por Hans Urs von Balthasar, cuyo pensamiento teológico habla tanto formal como materialmente de la Trinidad⁴⁶. Toda su cristología se basa en el concepto del envío, de la *missio*⁴⁷. Trata de manera original los temas altamente especulativos de la escolástica, en los que las procesiones divinas, las llamadas *procesiones*, continúan en las *missiones ad extra*. Con esto nos referimos a la generación del Hijo, que se prolonga en la Encarnación-Pascua, así como a la inspiración del Espíritu Santo, que se realiza a través de su efusión en el mundo. Balthasar restaura el espacio y la vida a los temas teológico-trinitarios al especificar constantemente que la «misión» del Hijo se funda en su procesión interna desde el Padre⁴⁸.

El mérito de Balthasar y de otros teólogos trinitarios de la era moderna (Klaus Hemmerlé, Walter Kasper, Gisbert Greshake, Leo Scheffczyk y Joseph Ratzinger) está en el reconocimiento de la Trinidad como estructura

⁴⁵ K. BARTH, *Die Theologie und die Mission in der Gegenwart*, in *Theologische Fragen und Antworten. Gesammelte Vorträge*, Vol. 3, Evangelischer Verlag, Zollikon 1957, 125ss.

⁴⁶ Obviamente Balthasar no fue el único. De hecho, de similares características es el trabajo de Klaus Hemmerlé, cuya herencia teológico trinitaria persiste en el movimiento de los focolarinos. Karl Rahner ha escrito algunos trabajos fundamentales. Finalmente, sobre el argumento merece la pena recordar también a Walter Kasper, Gisbert Greshake y Leo Scheffczyk.

⁴⁷ Cf H. U. VON BALTHASAR, *Theodramatik II/2*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1973, 136-238; *Theologik III*, Johannes Verlag, Einsiedeln 2015, 22; *Schleifung der Bastionen*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1952, 17; *Theologie der drei Tage*, Johannes Verlag, Einsiedeln 2011, 21ss.

⁴⁸ Cf Id, *Theodramatik III/2*, o.c.,140; *Theodramatik III*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1980, 332; *Homo creatus est*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1986, 35.

relacional dinámica del uno y único ser divino. La Trinidad representa el fundamento de la comunión dinámica de Dios, que permite su apertura *ad intra* y al mundo. Si, por lo tanto, ahora se afirma que la *misión* del Hijo expande en el mundo la *processio* divina, esto significa que toda la historia de la salvación se convierte en el lugar en que se expresa la dinámica de la eterna Trinidad. El pensamiento trinitario no aparece aquí tan lejos del mundo teórico-especulativo, sino como una guía para la acción práctica de la Iglesia y de cada cristiano. Así como en Dios el *Logos* recibe todo del Padre, para a su vez después donarlo de nuevo en su envío para la salvación del mundo, de este modo no existe ningún verdadero cristiano fuera de esta dinámica de retribución. Cristo manifiesta el amor gratuito del Padre, hace visible al Padre invisible, abriendo así el acceso a la vida trinitaria. Por lo tanto, Cristo es el primer y más grande «misionero», porque nos mostró el mayor misterio que jamás haya existido: quién es Dios y quién (a la luz de esto) es el hombre⁴⁹. Esto conlleva un enorme valor agregado desde el punto de vista teológico-misionero, ya que aquí Dios es mucho más que una especie de «cliente externo» para la conquista misionera del mundo. El Dios trinitario mismo fluye hacia el mundo, para abrirnos el camino de la salvación.

La *missio* de Cristo

La referencia al origen intratrinitario de la «misión» inaugura otro tema, que hoy es más importante que nunca: el de la plenitud y la universalidad. Porque, como la plenitud de la una y única divinidad está «constituida» por la generación del Hijo y la inspiración del Espíritu Santo, así también la Encarnación del Hijo y la efusión del Espíritu Santo acontecen para hacer partícipes a todos los hombres de esta plenitud de amor del ser divino. «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante» (Jn 10,10b).

⁴⁹ Cf W. LÖSER, *Kleine Hinführung zu Hans Urs von Balthasar*, Herder, Friburgo 2005, 110.

Cristo «el enviado» de Dios, por lo tanto, el «primer misionero», en su operar salvífico económico no significa algunos, sino *todos*. «Dios quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tim 2,4). Por esta razón, su envío se prolonga en el envío de la Iglesia por mediación del Espíritu Santo, quien a su vez está en el origen de la Encarnación del mismo Cristo. La Iglesia está destinada a expandir fructíferamente la dinámica del envío de Cristo.

En la víspera de su pasión, Jesús describe una característica esencial de este envío de la Iglesia, cuando dice: «No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca» (Jn 15,16). Esto significa, por un lado, que el origen de la misión de los discípulos es inherente a Dios y que, en consecuencia, Dios es la fuente de gracia de su fecundidad⁵⁰. Todo lo que de Dios podemos conocer, lo aprendemos gracias a la revelación de Cristo y al trabajo de su Espíritu en nosotros. Él fue enviado al mundo por el Padre para salvar el mundo. Esta autoconciencia que Cristo tiene y revela, se expresa repetidamente en los Evangelios: Él viene de Dios, que es su Padre, para cumplir su voluntad, es decir, para ofrecer su vida para la redención de los hombres. El envío del Hijo en la carne de un hombre le permite al hombre participar en la plenitud de la vida divina. De hecho, es ese Hijo quien a su vez envía a la Iglesia a dar fruto.

Sin embargo, el Hijo enviado por el Padre a través del Espíritu manifiesta al Dios uno y trino desde los orígenes de la creación. Es significativo el hecho de que, primero en el libro de la Sabiduría y después en el Nuevo Testamento, tanto Juan como Pablo subrayan el vínculo ontológico entre la creación y Cristo. En el libro de la Sabiduría se dice que «se despliega con vigor de un confín a otro y todo lo gobierna con acierto» (Sab 8,1), pero también que «¿quién sino la sabiduría es artífice de cuanto existe?» (Sab 8,6). La sabiduría de Dios, su *Logos*, en el que todo encuentra un orden, impregna todo lo que existe. Juan escribe, al comienzo de su Evangelio:

⁵⁰ Cf H. MERKELBACH, *Propter Nostram Salutem. Die Sehnsucht nach Heil im Werk Hans Urs von Balthasars*, Lit, Berlín, 2004, 224.

«Él (el Verbo) estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho» (Jn 1,2-3). Pablo trata de describir este razonamiento desde el punto de vista de la creación, cuando escribe: «Él (Cristo) es anterior a todo, y todo se mantiene en él» (Col 1,17). El Espíritu que se cierne sobre las aguas (cf Gén 1,1) adquiere consistencia divinamente revelada en este diseño de amor a su voluntad que plasma en unidad creación y redención.

Esta presencia universal de Cristo como la sabiduría del Padre, la mediación creativa, significa para nosotros ya sea la inteligibilidad de cada cosa, ya sea el hecho de que el universo en sí mismo no es comprensible sin él y está destinado desde siempre a la redención en la sangre del Hijo (cf Ef 1,7-10). San Gregorio Nacianceno escribió: «El mundo es algo bueno y todo está invisiblemente ordenado en él con sabiduría y arte. Por lo tanto, todo es obra de la Palabra viviente y sustancial, porque es el Verbo de Dios»⁵¹. Esto también significa que todo lo que existe se manifiesta –a su manera– en una lógica interna que le anhela, ya que Él es «plenitud». La creación tiene una especie de nostalgia por aquel en quien y para quien fue creada. Las semillas del Verbo no solo indican que la sabiduría deja sus huellas en todas partes, sino también que esa semilla brotará en el pleno conocimiento de la verdad, que es Cristo. No es coincidencia, entonces, que san Pablo en su carta a los Romanos se refiera a la expectativa de toda la creación: «Porque la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rom 8,19-21).

Se trata de un gran y fascinante diseño que da sentido a toda la creación y que encuentra en Cristo la clave para comprender su plena realización. Por lo tanto, la misión es indispensable si la Iglesia pretende dar verdadero significado a toda la realidad y así «realizar por Cristo, en la plenitud de

⁵¹ SAN GREGORIO NACIANCENO, *La grande Catechesi*, Roma 1990, 40. (Ed. esp.: La gran catequesis, Ciudad Nueva, Madrid 1990).

los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra» (Ef 1,10). De este modo podemos decir que la raíz de esa llamada católica, es decir, universal, de la que hemos hablado anteriormente, se encuentra en la sabiduría universal en la que todo ha sido creado, es decir, en Cristo. Esta llamada generalmente se realiza en la Iglesia católica. Henri de Lubac escribe, a este respecto, después de comparar al hombre con un órgano: «La Iglesia puede tocar estos órganos porque, como Cristo, “sabe lo que hay en el hombre” porque entre el dogma [...] y la naturaleza humana [...] hay una correspondencia profunda. Ahora, por el hecho mismo de que llega al fondo del hombre, la Iglesia puede alcanzar a todos los hombres y obtener sus “acuerdos”»⁵².

La *missio* de la Iglesia

A partir de estas consideraciones también está claro que la Iglesia no es autorreferencial, sino que se proyecta fundamentalmente hacia el exterior. Es una Iglesia *ad extra* y, por lo tanto, es misionera por naturaleza, sin importar los lugares donde está radicada. La misión pertenece a la Iglesia, ya que está abierta a todas las personas, incluso a toda la creación. La misión de la Iglesia determina, mediante un mandato evangélico y mediante la colaboración sacramental en la obra divina, la forma, en un estado de realización histórica y dinámica, de toda la creación.

En este sentido, parece apropiado referirse a la siempre válida tripartición de las principales dimensiones eclesiales: Palabra, sacramento, vida de caridad, tal como fue reafirmado magistralmente por Benedicto XVI en su encíclica *Deus caritas est*⁵³. Esta tripartición está dirigida, por así decirlo, hacia dentro y articula toda la actividad de la Iglesia hasta la más pequeña comunidad. Tal articulación no sirve simplemente para la auto-preservación de la Iglesia y no debe llevarnos a limitar nuestra tarea dentro

⁵² H. DE LUBAC, *Cattolicismo. Aspetti sociali del dogma*, Jaca Book, Milán, 1943, 24.

⁵³ BENEDICTO XVI, Carta enc. *Deus caritas est*, 25.

de nuestros muros. La Iglesia proclama, celebra y ama orientándose hacia el exterior, con una mirada misionera, para poder seguir siendo verdaderamente un sacramento, es decir, un signo e instrumento de la salvación para todos. Incluso por así decirlo, desde el exterior, la vida eclesial debe ser un signo, un testimonio. Esto le da a la Iglesia vitalidad, porque reúne sus funciones fundamentales en una unidad más elevada, hacia la cual la Iglesia está orientada, es decir, la salvación de los hombres y de toda la creación en Cristo.

En un artículo titulado «*Deus caritas est* - Programmschrift für eine missionarische Kirche», el profesor K. Baumann, de Friburgo, desarrolla este pensamiento específicamente con respecto a la diaconía de la Iglesia. En un párrafo con el elocuente título «¿Caridad por amor de la misión o misión por amor a la caridad?», afirma, entre otras cosas, que Benedicto XVI, con su encíclica, está claramente en línea con *Ad gentes*, *Evangelii nuntiandi* y *Redemptoris missio* y concluye que: «La acción de la caridad no acontece en nombre de la misión, sino que, por el contrario, la misión solo puede realizarse por amor a la caridad [...] Si uno se pregunta cuál es el programa misionero de la encíclica, el diagnóstico obvio aparece en la propuesta del Papa para dar testimonio de una vida creíble de los fieles y de la Iglesia como base de la misión»⁵⁴.

El mismo artículo, en otro párrafo significativo, que el autor atribuye a la metodología de Benedicto XVI en *Deus caritas est*, nos ayuda a dar un paso más. De hecho, en la encíclica el Papa emérito comienza con la proclamación directa del mensaje divino de la fe y la caridad y luego trata de argumentar y hacer que este mensaje sea plausible incluso en la pluralidad de opiniones, confiando en el libre consentimiento del oyente. El profesor Baumann se pregunta: «¿El Papa tal vez abandona el método dialéctico-teológico, tan elemental para la actividad misionera, para reconectarse con lo que el hombre ya tiene dentro de sí mismo, para ir hacia

⁵⁴ K. BAUMANN, *Deus caritas est – Programmschrift für eine missionarische Kirche*, en J. KREIDLER-TH. BROCH-D. STEINFORT, *Zeichen der heilsamen Nähe Gottes. Auf dem Weg zu einer missionarischen Kirche*, Schwaben, Ostfildern 2008, 462-463.

el hombre contemporáneo y a sus deseos? ¿O no corresponde exactamente a este método, convencido de que la fe proviene de la escucha, ya que el mensaje de la fe cristiana puede vincularse a una predisposición constitutiva del hombre para esta fe, ya que el hombre mismo es creado a imagen y semejanza de Dios?»⁵⁵.

Con esto abordamos una característica fuertemente presente también en el papa Francisco y que se está volviendo cada vez más decisiva para la misión de hoy. Como la fe consiste en un encuentro personal con Dios, el mensaje debe tener en cuenta la concreción de la figura del hombre. Focalizarnos en la dimensión antropológica no significa reducir el mensaje cristiano a una escala humana, pero tenemos que cultivar la atención plena, en la que el hombre debe responder a las preguntas donde están sus «lagunas»; significa entender lo que anhela y lo que se espera que sea liberado y salvado⁵⁶. No se trata de poner en duda el patrimonio de la fe o la institución como tal, sino de entender que, con la desaparición de la *christianitas* y de una antropología comúnmente aceptada, la cuestión antropológica emerge con más fuerza y con ella la pregunta acerca del significado, pregunta ante la cual la cultura de hoy, aunque antropocéntrica, es bastante modesta. ¿Qué es el hombre? ¿Y por qué necesita el Evangelio?

El volver a partir de nuevo desde la cuestión antropológica, es decir, el regreso a una sana antropología y teología de la creación y, por tanto, la semejanza del hombre a Dios y la sabiduría en la que ha sido creado, puede ayudarnos a redescubrir las similitudes del mensaje cristiano con las expectativas del hombre. De esto emerge la eterna modernidad del Evangelio. Como J. Pieper escribió en una pequeña obra titulada *Über das christliche Menschenbild*: «La esencia del moralismo, que para muchos parece ser considerado como un aspecto puramente cristiano, está en el hecho de que distingue el ser y el deber ser, anunciando el deber ser, sin reconocer y hacer visible la reconexión de este último con el ser»⁵⁷.

⁵⁵ *Ib.*, 455.

⁵⁶ Cf *Dives in misericordia*, 2.

⁵⁷ J. PIEPER, *Über das christliche Menschenbild*, Johannes Verlag, Einsiedeln-Friburgo 2010, 26-27.

Lo que se dice aquí de la ética puede aplicarse fácilmente a nuestro esfuerzo de evangelización y a la misión: el anuncio del Evangelio alcanza a un hombre que, por su propia esencia y constitución, porque es creado por medio de la Palabra de Dios, puede encontrar la plenitud precisamente a través de ella. El hombre, desde lo profundo de su ser, anhela desde siempre la plenitud en Cristo, y después del pecado, su redención: plenitud y redención en Jesucristo representan el centro de la misión de la Iglesia. El cristianismo no es un moralismo injertado de algún modo en un ser humano ya realizado, sino un anuncio en el que el hombre redescubre lo que ha esperado y sigue esperando.

Hoy, la actividad misionera debe reapropiarse de esta visión del hombre, es decir, de la convicción de que cada hombre encuentra su plenitud en la proclamación de Cristo. Pero ¿de dónde proviene la falta de plenitud del hombre? ¿Y por qué, a pesar de tantos signos de un corazón insatisfecho, a veces se tiene la impresión de que la teología católica lucha por identificar esta profunda herida que continúa sangrando en nuestros corazones? Una antropología sana –y, por lo tanto, el anuncio cristiano– no puede ignorar la consideración del pecado original. Esta verdad que la Iglesia siempre ha presentado y, últimamente, también ha confirmado el Catecismo de la Iglesia católica (CIC 396-403), merece más atención. De hecho, es la luz del pecado del hombre y el sufrimiento que esto genera, que el envío de Cristo por parte del Padre y el envío de la Iglesia por parte de Cristo encuentran plena luz. Él vino a borrar el pecado del hombre y la misión de la Iglesia consiste en anunciar el fin del sufrimiento del hombre en la victoria de Cristo resucitado. La misión es universal, y por lo tanto dirigida a cada hombre, precisamente porque cada hombre debe ser alcanzado por los méritos de Cristo que lo libera. Un reciente documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe enfatiza: «La fe confiesa, por el contrario, que somos salvados por el bautismo, que nos da el carácter indeleble de pertenencia a Cristo y a la Iglesia, del cual deriva la transformación de nuestro modo concreto de vivir las relaciones con Dios, con los hombres y con la creación (cf Mt 28,19). Así, limpiados del pecado original y de

todo pecado, estamos llamados a una nueva existencia conforme a Cristo (cf Rom 6,4)»⁵⁸.

Este punto de partida antropológico puede convertirse en una instancia importante para la misión. De ella también se origina un método que toma al hombre en serio y lo involucra directamente. El papa Francisco en su Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* destacó el kerigma en este sentido: «Toda formación cristiana es ante todo la profundización del kerigma que se va haciendo carne cada vez más y mejor, que nunca deja de iluminar la tarea catequística, y que permite comprender adecuadamente el sentido de cualquier tema que se desarrolle en la catequesis. Es el anuncio que responde al anhelo de infinito que hay en todo corazón humano»⁵⁹.

Como Presidente de las Obras Misionales Pontificias no puedo sino reafirmar que es en este amplio contexto de una Iglesia misionera donde también las Obras encuentran su lugar. Ellas, en cuanto red de cristianos fieles que ayudan al Papa a mantener vivo el celo misionero y a sostenerlo, llegan a cada creyente para redescubrir la dimensión misionera inherente al bautismo. El don recibido es un don para compartir.

Ciudad del Vaticano, 24 de junio de 2018

ARZOBISPO GIAMPIETRO DAL TOSO
*Secretario adjunto de la Congregación
 para la Evangelización de los Pueblos
 y Presidente de las Obras Misionales Pontificias.*

⁵⁸ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Placuit Deo*, 13.

⁵⁹ PAPA FRANCISCO, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 165.

LA MISIÓN DE LA IGLESIA Y LA *MISSIO AD GENTES* ALGUNAS OBSERVACIONES INICIALES

La certeza de que la misión no solo representa la naturaleza misma de la Iglesia (cf *Ad gentes*, 2), sino su origen, propósito y vida, nos obliga a reconsiderar su raíz trinitaria y cristológica y su origen pneumatológico para que Dios Padre sea glorificado y su creación tenga vida. Las relaciones intratrinitarias (procesiones y misiones) establecen el espacio teológico donde situar a la Iglesia desde la creación en Cristo, para la redención de la Pascua y en su realización escatológica. La misión hace a la Iglesia porque la constituye como mucho más que un mero instrumento para la salvación. La constituye como una comunidad de salvados porque es una verdadera familia de Dios, hijos e hijas en el único Hijo, forma escatológica de toda la creación (Pascua, bautismo y Eucaristía). La Iglesia, sacramento universal de salvación (cf *Lumen gentium*, 1, 9, 48, *Ad gentes*, 1; *Gaudium et spes*, 45), es mucho más que un medio o una marca a superar. La Iglesia es la revelación soteriológica de la Verdad plena sobre el mundo y nuestra humanidad en Dios. «La misión no responde principalmente a las iniciativas humanas; el protagonista es el Espíritu Santo, el proyecto es suyo (cf *Redemptoris missio*, 21). Y la Iglesia es sierva de la misión. No es la Iglesia la que hace la misión, sino que es la misión la que hace la Iglesia. Por lo tanto, la misión no es el instrumento, sino el punto de partida y el fin»⁶⁰. Consiguientemente, la misión de la Iglesia debe entenderse como una efectiva participación histórica y sacramental efectiva en las misiones que Dios Padre confía al Hijo y al Espíritu Santo en el mundo.

⁶⁰ PAPA FRANCISCO, Discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, 3 de diciembre de 2015.

La Iglesia es misionera por naturaleza porque nace y se funda en la Pascua de la muerte y resurrección de Jesús. La cruz, la vida histórica y la resurrección de Jesús de Nazaret y el derramamiento del Espíritu en Pentecostés constituyen la Iglesia en permanente estado de misión, caracterizando por tanto su naturaleza intrínseca como espacio de salvación y como tiempo de reconciliación con Dios, ubicado dentro de la historia y el mundo. El mandato misionero (cf Mt 28,19, He 1,6-8) hace explícita su dimensión universal (hacer discípulos de todos los pueblos), la llamada a participar en la Pascua de Jesucristo en el bautismo (cf Rom 6) y su permanencia en el tiempo y en el espacio geográfico hasta los confines de la tierra, sin reemplazar nunca a su fundador y Señor Jesucristo: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20).

La *missio ad gentes* es la forma original, el paradigma y el modelo que configura toda la misión evangelizadora de la Iglesia, ya que expresa el anuncio del Evangelio y la transformación sacramental del mundo, haciendo de todos los pueblos discípulos misioneros del Señor Jesús. La especificidad de la *missio ad gentes* en la misión evangelizadora de la Iglesia reside en su peculiar relación con el todavía no acontecido encuentro personal con Jesucristo y su Evangelio, con la ausencia de una fe cristiana capaz de generar nuevas culturas, con mujeres y hombres cuyas religiones y pueblos anhelan la liberación del pecado y de la muerte en el aquí y ahora de la historia humana. Conocer a Cristo o no conocerlo, ser bautizado o no serlo, abrazar la fe cristiana y pertenecer a la Iglesia, vivir el Evangelio del perdón y la reconciliación y la experiencia de Dios o no vivirlo constituye la verdadera diferencia. De hecho, para colaborar en la salvación del mundo, debemos amarlo (cf Jn 3,16) y estar dispuestos a dar la vida sirviendo a Cristo, único salvador del mundo. «Nosotros no tenemos un producto que vender –no tiene nada que ver con el proselitismo, no tenemos un producto que vender–, sino una vida que comunicar: Dios, su vida divina, su amor misericordioso, su santidad. Y es el Espíritu Santo quien nos envía, nos acompaña, nos inspira: es él el autor de la misión.

Es él quien conduce la Iglesia, no nosotros»⁶¹. La misión, la conversión, el bautismo, la fe, el amor representan la voluntad del Señor Jesús con respecto a su Iglesia. Vender un producto con fines religiosos para obtener ganancias o aumentar el número de seguidores, manipular la libertad de las personas en sus necesidades materiales y espirituales más profundas para la salvación, unir ideologías y opiniones religiosas es proselitismo. La misión de Jesús, el centro y culmen de la misión de la Iglesia, es la verdadera comunicación de la vida divina, de la vida eterna, de la vida de las hijas e hijos amados desde siempre por aquel que nos ha creado y que es nuestro Padre en Cristo. Dar la vida por Dios Padre, ofrecer la vida por el Espíritu Santo, sacrificar la vida por Cristo representa el origen y la finalidad de la misión, es la originalidad de la *missio ad gentes*, hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste, la morada de Dios entre los hombres (cf Ap 21).

La *missio ad gentes*, como el primer anuncio dirigido a personas, lugares y pueblos todavía no transfigurados por la Pascua de Jesús, cualifica la evangelización de la Iglesia guiada por el Espíritu Santo en su deber irrenunciable por penetrar, convertir y transformar el mundo hasta los confines de la tierra para que todos podamos ser salvados. La *missio ad gentes* corresponde, aunque no se reduce a eso, a la necesidad natural inscrita en el corazón de todo hombre de ser salvado, es decir, de experimentar la plenitud de la vida en la victoria sobre el pecado, la enfermedad y la muerte. En la *missio ad gentes*, la Iglesia es conducida por la salvación de Jesús hacia un mundo que el mismo Dios salvador ya había creado y constituido para ser salvado en su Hijo Jesús. En el anuncio, en los sacramentos y en el amor, propios de la *missio ad gentes*, los destinatarios, así como los misioneros, están todos necesitados de la salvación de Jesucristo, como el cumplimiento del proyecto original de la humanidad y de la vida en plenitud iniciada en la creación y siempre activa durante su camino hacia la eternidad. Toda la creación, en la central mediación antropológica de la vida inteligente, corporal y libre del hombre, pide la eternidad de la vida de Dios.

⁶¹ Id, Discurso a los directores nacionales de las Obras Misionales Pontificias, 1 de junio de 2018.

«Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo». Este es el tema que hemos elegido para el Mes Misionero Extraordinario de octubre de 2019. Con él se quiere subrayar que el envío a la misión es una llamada inherente al bautismo y es para todos los bautizados. De este modo la misión es envío para la salvación, que realiza la conversión del enviado y del destinatario: nuestra vida es, en Cristo, una misión. Nosotros mismos *somos* misión porque somos el amor de Dios comunicado, somos la santidad de Dios creada a su imagen. Por lo tanto, la misión es nuestra propia santificación y la del mundo entero, desde la creación (cf Ef 1,3-6). La dimensión misionera de nuestro bautismo se traduce así en testimonio de santidad que da vida y belleza al mundo»⁶².

Es bien conocida la magistral insistencia y exhortación del Santo Padre Francisco sobre la misión, pertinazmente comunicada en términos pastorales como «Iglesia en salida», «Iglesia hospital de campaña», «Iglesia pueblo fiel y santo de Dios». En el número 15 de la *Evangelii gaudium* el Papa afirma que la misión debe convertirse en el paradigma de la vida y del trabajo ordinario de la Iglesia. Se requiere una auténtica conversión misionera de los discípulos de Jesús y de las estructuras de las comunidades eclesiales (cf *Evangelii gaudium*, 25, 27), como estado permanente de íntima comunión misionera con Cristo, de encuentro personal con Jesús vivo en su Iglesia. Citando a san Juan Pablo II, el papa Francisco nos dice que «la intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión “esencialmente se configura como comunión misionera”»⁶³. La misión de Jesús puesta en el corazón de la Iglesia se convierte así en el criterio de discernimiento espiritual para evaluar la eficacia de sus estructuras pastorales, los resultados de su trabajo apostólico, la fecundidad de sus ministros y la alegría que somos capaces de comunicar, ya que sin alegría no podremos atraer a nadie⁶⁴.

Esta exhortativa insistencia del magisterio pontificio sobre la misión pone de relieve, paradójicamente, una profunda crisis del sentimiento eclesial

⁶² *Ib.*

⁶³ *Id.*, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 23.

⁶⁴ Cf *Id.*, Encuentro con el Comité directivo del CELAM, Bogotá, 7 de septiembre de 2017.

sobre la misión misma, y particularmente en relación con la *missio ad gentes*. Está muy difundido entre los bautizados, fieles y pastores, cierto cansancio misionero en el que se esconde, detrás de supuestas formas de inculturación, la autorreferencialidad eclesial de ciertas Iglesias locales. También la introversión burocrático-clerical de la actividad administrativa pastoral parece estructurar la supervivencia de muchas instituciones y de algunos cristianos dedicados al mantenimiento de lo existente, de acuerdo con el criterio del «siempre se ha hecho así» (cf *Evangelii gaudium*, 33). La irrelevancia social y cultural de los cristianos, junto con la caída de la necesidad de ser aceptados y percibidos como comercialmente atractivos en la era tecnológico-afectiva, nos obliga a una especie de homologación mundana y mediática, lo que desencadena una fuerte tentación centripeta. Aparentamos estar más preocupados por renovar lo viejo que por renacer de lo alto a la novedad de la Pascua: el vino nuevo necesita odres nuevos, porque destruiría los viejos (cf Mt 9,17). Estamos muy tentados por la reducción de la misión a una mera yuxtaposición a estructuras ya existentes y tal vez fugaces, en lugar de tener el coraje apostólico y la audacia necesarios para dejarnos reconstruir y reformar con nuevas formas de presencia y de testimonio cristiano (cf *Gaudete et exsultate*, 130-132).

«A veces perdemos el entusiasmo por la misión al olvidar que el Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas, porque todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno. Cuando se logra expresar adecuadamente y con belleza el contenido esencial del Evangelio, seguramente ese mensaje hablará a las búsquedas más hondas de los corazones: “El misionero está convencido de que existe ya en las personas y en los pueblos, por la acción del Espíritu, una espera, aunque sea inconsciente, por conocer la verdad sobre Dios, sobre el hombre, sobre el camino que lleva a la liberación del pecado y de la muerte. El entusiasmo por anunciar a Cristo deriva de la convicción de responder a esta esperanza”» (*Evangelii gaudium*, 265).

Me parece que podemos señalar algunos puntos esenciales para una acción positiva de la vida eclesial con referencia sobre todo a la experiencia de

la fe y, por tanto, a su inteligencia teológica y a su práctica pastoral para que la misión se convierta en la forma existencial de los bautizados. La *missio ad gentes*, como el mandato divino de la Iglesia para ir a todos los pueblos y hasta los confines de la tierra (cf *Ad gentes*, 1), sigue siendo el movimiento del amor de Dios que invita, envía, convoca y atrae, movimiento de amor que mide y revela la autenticidad misionera de la vida y de la acción eclesial. Tres parecen ser los temas cruciales para la renovación de la conciencia, del ardor y de la responsabilidad misionera.

En primer lugar, debemos redescubrir el vínculo intrínseco entre *misión y salvación cristiana* (cf *Ad gentes*, 7). Discípulos misioneros enviados y destinatarios, iglesias que parten y receptores, culturas y experiencias religiosas no marcadas por el Evangelio de Jesús, cuyos miembros desean plenitud de vida, requieren conversión y ser reconsiderados a la luz de la necesidad universal de salvación del pecado y la muerte. El misterio pascual y la misión histórica de Jesús muestran que la necesidad de amor, la necesidad de salvación del mal y de la muerte, del pecado y del dolor, del odio y de la división, es constitutiva del hombre que, por la creación en Cristo, añora la filiación divina. El interés por el diálogo, por la convivencia pacífica, por la justicia social y económica, por la ecología y la alteridad, debe re-actualizarse y reestructurarse profundamente ante la abundante ofrenda de salvación cuyo centro es el misterio pascual (cf *Gaudium et spes*, 22). Hemos sido llamados a inserirnos más conscientemente en la unicidad salvífica universal de Jesucristo salvador, en la misión soteriológica de la Iglesia ante los desafíos teológicos de las religiones y en el nuevo contexto mundial de la tecnología digital. La preocupación por la salvación realizada por Jesucristo, el único mediador entre Dios y los hombres, es estar interesados en que todos tengan vida y la tengan en abundancia y para siempre. Retomando las palabras del Papa, no se nos ha dado un producto para vender, sino una vida para comunicar: la de Dios, el fruto de su amor reconciliador, que es la plenitud eterna de la vida humana. La salvación y la vida eterna, la cruz y el sacrificio oblato están un poco ausentes de ciertas preocupaciones pastorales y misioneras demasiado centradas la actualidad, en la autograti-

cación de los números y en la exagerada exposición mediática. La insistencia del papa Francisco sobre la santidad en el mundo contemporáneo, con su reciente Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* (19 de marzo de 2018) y el también reciente documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe, aprobado por el Santo Padre, *Placuit Deo* (1 de marzo de 2018), reclaman insistentemente el problema de la salvación en Jesucristo, por la gracia de Dios, como una experiencia de vida nueva, de conversión del pecado, de victoria sobre la muerte, de vida eterna. La Iglesia peregrina, su purificación y su gloria son experiencias de comunión de los salvados, de los santos en la familia de los amigos de Dios.

Un segundo elemento crucial para una verdadera renovación de la Iglesia en un estado permanente de misión es la necesidad de recuperar *la relación con el mundo* (cf *Gaudium et spes*), que nos incluye a todos nosotros, al mundo que nos rodea, el mundo de la materia, del cuerpo y de las cosas, el mundo del tiempo y del espacio, de las culturas y de las religiones. Debemos aprender de Dios que, para salvar al mundo, lo ama desde la creación y nos ofrece su vida divina en el Hijo enviado y sacrificado por nosotros. Dios amó tanto al mundo que envió a su Hijo para que tengamos vida plena, nos dice san Juan en su Evangelio (Jn 3,16; 10,10). La *missio ad gentes*, para renovar evangélicamente la Iglesia, requiere un reavivamiento sustancial de la centralidad bautismal de los fieles laicos y de su secularidad, de su presencia ordinaria en el mundo. El testimonio cristiano renueva la misión del bautismo gracias a la santidad en el mundo, nos recuerda el papa Francisco en la *Gaudete et exsultate*. El testimonio cristiano encuentra, en la fe eclesial de los discípulos de Jesús y en su competencia profesional, la articulación y la eficacia de estar en el mundo a pesar de no ser del mundo ni provenir del mundo. El fiel laico bautizado, en virtud de la experiencia común del amor conyugal que genera vida y familia, junto con su adhesión radical al mundo y a su transformación, gracias a su trabajo, exige ser colocado en el centro de las preocupaciones pastorales del anuncio, de la vida litúrgica, de la formación catequética y de la caridad comunitaria. En su Carta al cardenal Marc Ouellet (19 de marzo de 2016), el papa Francisco enfatiza: «Mirar

al pueblo de Dios significa recordar que todos entramos en la Iglesia como laicos. El primer sacramento, el que sella para siempre nuestra identidad, y del cual siempre debemos estar orgullosos, es el bautismo. Por medio de él y mediante *la unción del Espíritu Santo*, los fieles “se consagran para formar un templo espiritual y un sacerdocio santo” (*Lumen gentium*, 10). Nuestra primera y fundamental consagración tiene sus raíces en nuestro bautismo. Nadie ha sido bautizado como sacerdote u obispo. Nos han bautizado laicos y este es el signo indeleble que jamás nadie podrá cancelar».

Aquí tenemos que recordar, siguiendo las enseñanzas de san Juan Pablo II en la *Christifideles laici* 59, que «una fe que no se hace cultura, es una fe “no plenamente acogida, no enteramente pensada, no fielmente vivida”». La tentación de reducir la Iglesia al mundo clerical y a una cierta pastoral clericalizante, el haber reducido el amor humano entre un hombre y una mujer a una simple actividad pastoral de discutible preparación al matrimonio y a su celebración canónico-ritual, la indiferencia hacia el mundo del trabajo, la profesión y la transformación del mundo, requieren una renovación radical de los contenidos sobre los que se nos pide empeñar nuestro bautismo y nuestra fe. Creo que la experiencia humana básica del amor conyugal entre un hombre y una mujer puede representar el lugar de la salvación para todos⁶⁵, respetando por un lado la esencial necesidad dogmática de la fe cristiana, del bautismo y de la Iglesia para ser salvada en la Pascua de Jesucristo (cf *Lumen gentium*, 14; *Ad gentes*, 7; *Gaudium et spes*, 22), y, por otro lado, respetando la exigencia evangélica de que todos seremos juzgados por amor (cf Mt 25).

Si puede tener sentido hablar de una *missio inter gentes*, complementaría a su dimensión *ad gentes*, pero nunca en contraposición o sustitución, debe entenderse como un modo de presencia dinámica del anuncio y conversión de los pueblos, culturas, religiones y personas que se encuentran y se abren al Evangelio de Jesús y a su Iglesia. La fe cristiana que impregna esta

⁶⁵ CFF. MERONI, *Christ's Salvation, Church and Other Religions in Light of Vatican II*, en ID (ed.), *Mission Makes the Church*, Aracne, Roma 2017, 195-225. Cf ID, *Il mistero nuziale e le sfide del gender. Uomo e donna: è ancora possibile?*, Cantagalli, Siena 2015.

interculturalidad abre nuevos horizontes, transforma las relaciones y los pueblos, transfigura la materia, los cuerpos y el mundo para la gloria de Dios y la vida plena del hombre y de la mujer. El diálogo entre las personas, sus culturas y sus religiones y el respeto indispensable para la libertad religiosa de cada persona representan el horizonte natural y necesario de la misión de la Iglesia en el mundo. La coexistencia pacífica y ordenada de comunidades religiosas diversas y el respeto recíproco mutuo debe garantizar la libre posibilidad de la misión, de la conversión y de la pertenencia religiosa y comunitaria. Presencias cristianas significativas y creativas en lugares mayoritariamente indiferentes u hostiles a la fe, en el que el testimonio cristiano convive día a día con la tragedia del martirio de sangre, los movimientos eclesiales, las asociaciones laicales, los institutos misioneros y las nuevas formas eclesiales de vida comunitaria, son experiencias eclesiales a las que referirnos para comprender la *missio ad gentes* en su reconstrucción paradigmática de toda la misionariedad de la Iglesia enviada al mundo, para la salvación y la transformación del mundo.

Un tercer elemento de vital importancia para que la misión moldee la naturaleza, la vida y las estructuras de la Iglesia se encuentra en la necesidad experiencial y teológica de refundar y entender mejor *la lógica sacramental del evento Jesucristo*, de su Encarnación y de su Pascua. Limitar la misión al anuncio y testimonio de los valores del Reino no solo significa reducirla, sino también privar a la Palabra de Dios y al reino de Dios de la concreta realidad histórico-escatológica de la Encarnación y de la eficacia salvífica y transformadora de la obra misionera de la Iglesia fundada en la Pascua de Jesús. Las bienaventuranzas, el precepto de amor y la liberación de los pobres son teológicamente concretos y pastoralmente eficaces solo dentro de la recíproca fundación sacramental. Lo que fue muy claro para el Concilio ecuménico Vaticano II, es decir, la Iglesia como sacramento universal de salvación (cf *Lumen gentium*, 1, 9, 48; *Ad gentes*, 1; *Gaudium et spes*, 45), su necesidad radicada en la necesidad de la fe teológica y en el bautismo para la salvación de todos, bautizados o no, parece empañado y desabrido en algunas reflexiones misioneras contemporáneas.

El bautismo y la confirmación como inmersión e identificación pneumatológica con el misterio pascual; la Eucaristía como una forma de comunión de auténtica y corpórea unidad de Dios en Cristo con nuestra humanidad en el orden del sacrificio y la oblación; el matrimonio como sacramental unidad de Dios con su criatura humana, de Jesucristo con su Iglesia; la reconciliación y la unción de los enfermos como verdadera liberación del pecado y recreación de la vida plena; el sacramento del orden como un ministerio al servicio de la forma eucarística del mundo y de la humanidad redimida, necesitan ser redescubiertos en la reflexión teológica y en la acción pastoral en la misión. Sin el sacramento, el amor y la misericordia siguen siendo vagas intuiciones de fraternidad y de reconciliación configuradas según criterios mundanos y establecidas asistencialmente como meras organizaciones no gubernamentales, tal como a menudo subraya el papa Francisco. Solo en el sacramento se comprende el verdadero significado del mundo, de la materia y del cuerpo que, enfermo por el pecado, anhela la recreación pascual de la vida. Como bien nos recuerda el papa emérito Benedicto XVI en la exhortación apostólica *Sacramentum caritatis*: «En efecto, la doctrina católica afirma que la Eucaristía, como sacrificio de Cristo, es también sacrificio de la Iglesia, y por tanto de los fieles. La insistencia sobre el *sacrificio* –“hacer sagrado”– expresa aquí toda la densidad existencial que se encuentra implicada en la transformación de nuestra realidad humana ganada por Cristo (cf Flp 3,12). El nuevo culto cristiano abarca todos los aspectos de la vida, transfigurándola»⁶⁶. Por lo tanto, la Iglesia es recibida por Dios y vivida en el Espíritu del Señor resucitado como pueblo santo y fiel de Dios, cuerpo y esposa de Jesucristo, templo del Espíritu Santo. Descuidar el sacramento como un momento sacrificado y resucitado de la Palabra de Dios proclamada y encarnada pone en peligro la exclusión de gran parte del trabajo pastoral ordinario de muchas comunidades cristianas, pastores y misioneros, por lo que la reflexión sobre la misión hoy parece ser insignificante. Una articulación ponderada y sabia del anuncio, del sacra-

⁶⁶ BENEDICTO XVI, Ex. Ap. *Sacramentum caritatis*, 70-71.

mento y del testimonio cristiano en la *missio ad gentes*, podría ayudarnos a renovar y reformar radicalmente en sentido misionero toda la vida y la actividad de la Iglesia.

En esta perspectiva, ante la urgente necesidad de un despertar misionero, no nos sorprende la decisión del papa Francisco, comunicada públicamente el 22 de octubre de 2017 durante la Jornada Mundial de las Misiones, de anunciar un Mes Misionero Extraordinario para octubre de 2019. La celebración del centenario de la Carta apostólica *Maximum illud* del papa Benedicto XV se convierte para el papa Francisco en una oportunidad providencial para invitar a toda la Iglesia a renovarse y convertirse cada vez más a Cristo, recualificando su misión evangélica. Una oportunidad cuya calidad celebrativa de oración, reflexión, formación y caridad misionera revelará el estado de verdadero interés y la dimensión misionera de la vida y la fe de los cristianos. El papa Francisco ha confiado a la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y a las Obras Misionales Pontificias la responsabilidad de coordinar en su nombre la preparación y la celebración del mencionado mes. El Mes Misionero Extraordinario representa una oportunidad providencial para renovar evangélicamente nuestro servicio a la misión de la Iglesia. No se trata de una simple renovación de lo antiguo, sino de ser fieles y creativos en la novedad del Espíritu de Dios.

Ciudad del Vaticano, 11 de junio de 2018

P. FABRIZIO MERONI

PRIMERA PARTE

EL ENCUENTRO CON JESUCRISTO

La intimidad de la Iglesia con Jesús
es una intimidad itinerante, una comunión misionera

(Evangelii gaudium, 23)

Octubre
2019



MES MISIONERO EXTRAORDINARIO OCTUBRE 2019

Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo

1 DE OCTUBRE DE 2019

Martes, 26^a semana del tiempo ordinario

Memoria de santa Teresa del Niño Jesús, virgen y doctora de la Iglesia

Zac 8,20-23

Sal 87,1b-7

Lc 9,51-56

La palabra profética de Zacarías 8,20-23 alimenta la esperanza del pueblo de Dios, cuyo cumplimiento debe entenderse al final de los tiempos: la peregrinación universal de los pueblos a Jerusalén (cf Zac 8,22). El libro de Zacarías, situado en el penúltimo lugar entre los Doce Profetas, se atribuye a uno de los últimos profetas activos, junto a Ageo, después del exilio babilónico en la epopeya de la recomposición de la comunidad judía religiosa y civil en la «tierra de los padres», para la finalización de la reconstrucción del templo en Jerusalén.

La promesa profética en la formulación de Zac 8,20-23 pertenece a la tercera parte del libro (cf Zac 8,12-14), pero ya tiene su anticipación en la primera parte en Zac 2,10-11, en armonía con una tradición profética en la peregrinación de las naciones a Jerusalén, en cumplimiento de la paz, como en Is 2,1-4, texto casi completamente idéntico a Miq 4,1-4. Es sobre todo la tradición de la escuela de Isaías la que desarrolla el tema de esta esperanza, que el judaísmo ya coloca definitivamente al final de los tiempos, junto con la venida del Mesías (cf Is 49,22-23).

Con respecto a la conversión final de los pueblos paganos al Señor, la tradición profética está unánimemente de acuerdo en que este no será el fruto de una obra de evangelización misionera por parte de Israel. El movimiento de conversión comenzará desde la misma acción del Señor en los corazones de los pueblos, lo que los conducirá hacia una conversión verdadera y completa, al final de los tiempos.

El pasaje evangélico sobre el viaje de Jesús a Jerusalén arroja nueva luz sobre cómo las palabras de los profetas pueden cumplirse con la conversión de los paganos al Señor, a través de la imagen de la gran peregrinación hacia Jerusalén al final de los tiempos. La referencia de Jesús a los días en que habría sido elevado a lo alto (cf Lc 9,51) no se refiere solo a su ascensión al cielo (cf Lc 24,50-51, He 7,46), sino que también incluye el misterio de su pasión y muerte en Jerusalén. Jesús ya les había dicho esto por primera vez a sus discípulos, aclarando al mismo Pedro el significado de su profesión de fe en él, Jesús el Mesías: «El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día» (Lc 9,22). Él repitió esto a los discípulos después de su transfiguración (cf Lc 9,44) y una tercera vez a los Doce, antes de su ascenso final de Jericó a Jerusalén (cf Lc 18,31-33). En cada una de estas tres circunstancias, a los discípulos se les dijo que no podían entender el significado de sus palabras.

El plan salvífico universal, tanto para Israel como para los paganos, pasa por Jerusalén como un lugar donde Jesús fue «elevado» (Jn 12,32). Es la atracción profunda, irresistible y divina del misterio de la cruz vivida, atestiguada y transfigurada por Jesús para despertar, promover y acompañar el movimiento de la conversión de los paganos a Jerusalén, lugar elegido por el Señor para el misterio de la salvación. Jesús primero involucró a los Doce en su misión, luego a la Iglesia que él había establecido por medio de una llamada específica. Los discípulos no pueden dejar de seguir a Jesús, aunque les resulta muy difícil de entender y asumir sus propias palabras y acciones: es un viaje de conversión, que comienza con una llamada y continúa durante toda la vida.

El paso por la región habitada por los samaritanos, en el viaje de Jesús a Jerusalén, se convierte en un episodio emblemático de la conversión que los discípulos de Jesús tienen que hacer en todo momento, para acompañarlo y apoyarlo en su misión de evangelización y de salvación. Mientras envía mensajeros para que le preparen la entrada y el alojamiento en un pueblo samaritano (cf Lc 9,52), Jesús es plenamente consciente de la hostilidad

que divide a judíos y samaritanos (cf Jn 4,9.20), pero no por ello se resigna; también los discípulos, además, deben aprender a afrontar de otro modo una hostilidad arraigada. Ante la respuesta negativa de los habitantes del pueblo samaritano (cf Lc 9,53), la reacción de los discípulos Santiago y Juan, que el propio Jesús, un tanto irónicamente, había apodado «hijos del trueno» (Mc 3,17), es irritable y violenta (cf Lc 9,54). Los dos hermanos actúan animados por el impulso de creerse erróneamente poseedores, de algún modo, de una verdad religiosa superior. Una variante de la tradición evangélica, conservada también en griego, en siríaco y en latín, agrega una glosa explicativa a la pregunta de los dos discípulos: «Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo que acabe con ellos, como hizo también Elías?» (cf 2Re 1,10-12; cf Si 48,3). Para Jesús fue una petición equivocada y una apelación inoportuna a la autoridad de las Sagradas Escrituras: «Él se volvió y los regañó» (Lc 9,55). La propia tradición evangélica profundiza el sentido del reproche de Jesús, diciendo: «Vosotros no sabéis de qué Espíritu sois, porque el Hijo del Hombre no ha venido para destruir las almas de los hombres, sino para salvarlas» (Lc 9,55-56). Esta catequesis cristiana recuerda la naturaleza de la misión de Jesús, que no había sido enviado a ejercer una venganza divina; la referencia al Espíritu, que en cambio está moviendo a Santiago y Juan, es significativa en la obra teológica de la escuela de Lucas, que incluye el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles. En la historia del Evangelio, Jesús se limita a cambiar de aldea (cf Lc 9,56). Es una indicación pastoral (cf Lc 10,10-11) que también seguirá a Pablo y Bernabé en su primer viaje misionero a Antioquía de Pisidia (cf He 13,6). Jesús no dice nada sobre el rechazo de los samaritanos de esa aldea, pero una de las primeras misiones de la Iglesia de Jerusalén será ciertamente entre los samaritanos. Será el diácono Felipe quien comience, movido por el Espíritu Santo (cf He 8,5), seguido después de Pedro y Juan, que completaran el trabajo (cf He 8,14-17).

La misión de la Iglesia es conformarse a la persona y al misterio de Cristo: una conversión que compromete toda la vida, dejando al Señor la tarea de abrir las puertas de la misión y conmover los corazones de las personas.

Los tiempos y las modalidades de la conversión de los paganos son obra del Señor; a la Iglesia le compete la tarea de convertirse al Espíritu y a la persona del Señor Jesús.



2 DE OCTUBRE DE 2019

Miércoles, 26^a semana del tiempo ordinario

Memoria de los santos Angeles Custodios

Neh 2,1-8

Sal 137,1-6

Mt 18,1-5.10

Las dos lecturas de la liturgia de hoy, de Neh 2,1-8 y de Mt 18,1-5.10, se pueden entender como textos emblemáticos de la Escritura para trazar una espiritualidad misionera también para nuestro tiempo.

Nehemías, que pertenecía a la corte del Imperio persa, donde desempeñaba el cargo de copero del rey (cf Neh 1,11b), lleva consigo un vivo y sufrido recuerdo de la Jerusalén destruida (cf Neh 1,5-11); no es un patriotismo nostálgico, sino un aspecto fundamental de la oración bíblica de la época del exilio y del post-exilio babilónicos (cf Sal 137,5-6). Es un rasgo acorde con el mensaje sobre el nuevo éxodo de la deportación babilónica para regresar a la «tierra de los padres» (cf Is 40,9-11). Es un plan que el Señor mismo traza para su pueblo, utilizando también la autoridad de un pagano, Ciro, rey de Persia, uno de los poderosos de la tierra en ese momento (cf Esd 1,1-4). Nehemías entiende que, por su posición en la corte del Imperio persa alrededor de diciembre del año 446 a.C., durante el reinado de Artajerjes I, casi un siglo después del edicto de Ciro, su vocación o misión debe ser reconstruir Jerusalén, en el sentido más amplio de la expresión: para hacer frente a los problemas concretos de los judíos que tienen que reconstruir la comunidad cultural y administrativa en la provincia de Judea con su epicentro en Jerusalén.

Nehemías, aunque pertenece a la corte imperial, sabe que no puede compartir con ella su identidad judía más auténtica, porque su dolor por la Jerusalén destruida y abandonada podría ser entendida por el rey persa

como el principio de un movimiento subversivo, obra de un exponente de una minoría étnico-religiosa dentro del imperio. La pregunta del rey a Nehemías se vuelve directa: «¿Qué quieres?» (Neh 2,4), como si quisiera ahondar en la justificación de su actitud, debida a su sufrimiento interno. El judío en la corte persa corre el riesgo de decir una palabra de más, equivocada: «Yo, encomendándome al Dios del cielo...» (Neh 2,4). En el libro de Proverbios, de hecho, se dice: «El hombre tiene proyectos, el Señor proporciona la respuesta» (Prov 16,1). A la luz de esta fe, el judío puede pedir ser enviado a Judea para reconstruir Jerusalén (cf Neh 2,5).

De hecho, ahora todo se mueve rápidamente en el sentido diseñado por el Señor. El rey solo pregunta sobre el tiempo necesario para la misión en Judea, pero ahora su consentimiento es claro (cf Neh 2,6). Nehemías continúa con su prudente política, necesaria para llevar a cabo la misión, pero ahora es el Señor quien actúa (cf Neh 2,8).

El «misionero» actuó con prudencia en el mundo hostil dentro del cual tuvo que actuar; sin embargo, la prudencia y la sabiduría no habrían sido suficientes sin la «mano benéfica» del Señor. El «misionero» ahora tendrá que aprender a conocer el mundo palestino en el que tendrá que moverse para cumplir la misión a la que el Señor lo llama.

El episodio evangélico, con las palabras de Jesús con respecto a la conversión para llegar a ser como niños, ilumina la profundidad del trabajo de conversión necesario dentro de la misma Iglesia, para llevar a cabo la misión a la que estamos llamados. La misión puede contaminarse desde la comunidad de los discípulos de Jesús a partir de las tentaciones del orgullo, de ser los mejores y del poder, aunque sea envuelta en un lenguaje religioso (cf Mt 18,1). En el tramo final del mismo Evangelio, que delinea de forma emblemática las contraindicaciones para poder seguir a Jesús que sube a Jerusalén, la última tentación, la más difícil de mantener bajo control, después del ejercicio desordenado de la sexualidad (cf Mt 19,1-12) y el apego al dinero (cf Mt 19,16-26), es la del poder, que parece ser irreductible incluso entre los discípulos de Jesús (cf Mt 20,20-28).

Para evitar el fracaso de cualquier misión, Jesús contrapone un gesto significativo y un compromiso vital: hacerse pequeños como los niños (cf Mt 18,2-4). Cualquiera que se sienta llamado a una misión tanto dentro de la Iglesia como fuera de sus fronteras necesita una conversión muy exigente: llegar a ser como un niño. Todos hemos sido niños y nunca más volveremos a serlo en un sentido puramente humano. Nehemías debe tener una conciencia específica y precisa tanto del mundo en el que se mueve y del cual forma parte, como del mundo hacia el cual siente que debe dirigirse. Así, el discípulo de Jesús que percibe que está llamado a una misión debe tener fe en Dios, confiar y rendirse únicamente a Él. El discípulo misionero debe tener la misma inmensa confianza que los Hijos tienen en sus padres, seguros de su amor y de su protección, y por lo tanto confiados en el presente, que para ellos ya es el comienzo del futuro.

Es la misma experiencia que Jesús tiene como Hijo del Padre: plenamente consciente de la realidad, totalmente seguro y dispuesto a rendirse a Él. Solo de esta manera, en la conformación total con Jesús mismo, el discípulo puede avanzar hacia la misión a la que ha sido llamado. El cristiano que realmente se ha hecho niño, en el sentido entendido por Jesús, aprende con su vida que la fecundidad de su misión está en manos de Aquel que ha resucitado a Cristo de la muerte y que lo envía. Ay de la comunidad cristiana que considere esta fe como algo insignificante, despreciándola o convirtiéndola en un objeto de compasión: «Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles están viendo siempre en los cielos el rostro de mi Padre celestial» (Mt 18,10).

Volverse como un niño le da al discípulo misionero la forma de su relación con Jesús, su Maestro y Señor. En él descubre su vocación filial como Hijo del Padre, y su libre obediencia, fruto de una pertenencia en la fe y la misión. Hijo en el Hijo, cada discípulo es misionero porque es enviado a anunciar, apoyado y custodiado por los ángeles, mensajeros divinos que lo mantienen abierto a la contemplación, el fundamento de su misión y a los desafíos del mundo, que representan el momento de su conversión y de su testimonio. Al igual que el ángel custodio que se nos

confía a cada uno de nosotros, el discípulo niño no deja de contemplar en Jesús el rostro del Padre para descubrir siempre y en todos el rostro de su hermano, de su hermana, a quienes debe amar y salvar.



**Bautizados
y enviados**

Octubre
2019

3 DE OCTUBRE DE 2019

Jueves, 26ª semana del tiempo ordinario

Fiesta o memoria de san Francisco de Borja, presbítero

Neh 8,1-12

Sal 19,8-11

Lc 10,1-12

Los libros de Esdras y Nehemías proponen, en una epopeya religiosa y de fe, lo más destacado de la reconstrucción de la comunidad del pueblo de Dios en la antigua tierra de sus padres después del exilio en Babilonia. Entre las dificultades y los sufrimientos, se cumple el plan del Señor, ya anunciado en Is 55,12-13 y acontecido a través de las decisiones de un rey pagano, Ciro de los Aqueménidas de Persia: según 2Cro 36,22-23 y Esd 1,1-4, la política de Ciro hacia la minoría étnico-religiosa judía debe ser entendida como expresión de un oráculo del Señor mismo. Sin embargo, el regreso de una parte de los exiliados no se configura a través una epopeya de felicidad barata. El plan del Señor se va cumpliendo por medio de las caravanas de exiliados que regresan a la tierra de sus padres, en una «historia sagrada» que tiene su modelo en el éxodo de Egipto hasta el ingreso en la tierra prometida (cf Neh 8,17). En el libro de Nehemías, los trabajos de reconstrucción del templo y de la ciudad de Jerusalén, encuentran su cumplimiento en la consolidación de la comunidad de acuerdo con las instrucciones de la ley (cf Neh 8,1-10,40), en la amplia participación de los miembros de la comunidad (cf Neh 11,1; 12,26), en la fiesta de la dedicación de la «casa de Dios» (cf Neh 12,27; 13,3) y en las pruebas de los compromisos asumidos (cf Neh 13,4.31).

La solemne celebración de la liturgia de la palabra para la fiesta de los tabernáculos representa una fase decisiva en la reconstrucción de la comunidad cultural en la tierra de los padres. En el primer día de la fiesta, la liturgia

de la palabra se lleva a cabo al aire libre (cf Neh 8,1-2), porque toda la tierra de los padres es lugar sagrado, especialmente la ciudad de Jerusalén, y la Torá es también más grande que el templo y sus sacrificios. Esdras, sacerdote y escriba, debe ser visto y oído por todos mientras proclama la ley de Moisés (cf Neh 8,4), mientras que otro grupo de personas, y los levitas tienen la tarea de leer algunos fragmentos de la ley y explicar su significado al pueblo (cf Neh 8,7-8). Las tradiciones judías posteriores han interpretado el significado del verbo «explicar», junto al verbo «leer» el texto bíblico, como el comienzo de la tradición de parafrasear en arameo –la más conocida por los exiliados retornados de Babilonia– el texto bíblico leído en hebreo, o como el comienzo del comentario (*midrash*) del texto sagrado, que trata de buscar al Señor a través de su palabra. La verdadera comprensión de la palabra del Señor provoca las lágrimas (cf Neh 8,9.11), una señal de arrepentimiento verdadero, sobre todo por la conciencia de haber violado la santidad del Señor mismo, de haber despreciado su amor y su misericordia de acuerdo con el lenguaje profético. Por un regalo del Señor, la Palabra ha llegado al corazón de todos y por lo tanto está impulsando a las personas hacia el camino de la conversión. Por lo tanto, la celebración litúrgica se convierte en un icono para cada generación de creyentes, mucho más allá del mero evento histórico original. El dolor y las lágrimas se transforman en la alegría de la palabra del Señor redescubierta (cf Neh 8,9); aquellos que han explicado la palabra del Señor a la gente pueden y deben ayudar a transformar el arrepentimiento en alegría (cf Neh 8,11). De acuerdo con la tradición de Dt 16,13-14, con motivo de la fiesta de la cosecha, que se ha convertido en la fiesta de los tabernáculos en recuerdo del camino por el desierto durante el Éxodo, recomendaba que parte de la cosecha fuese destinada a los pobres de la comunidad. Es el propio gobernador Nehemías, durante la liturgia, quien da la indicación concreta de compartir el banquete festivo con aquellos que no tienen nada preparado (cf Neh 8,10). Compartir, como un signo de comunión de la fiesta, es fuente de alegría y atestigua que la palabra del Señor se ha entendido con la mente, el corazón y la vida (cf Neh 8,12).

La llamada de Jesús a los setenta o setenta y dos discípulos, que representan a cada una de las doce tribus del Israel de Dios, tiene lugar después de la de los Doce (cf Lc 9,1-6). Ambas misiones queridas por Jesús son subsidiarias y preparatorias para su pasaje personal. La preparación para la misión consiste en pertenecer a la comunidad de los discípulos de Jesús en el sentido más amplio del término, incluso entre los no judíos; es la misma persona de Jesús que se eleva a Palabra de Dios, análogamente al papel asumido por la ley de Moisés (cf Neh 8,1) en la comunidad de los supervivientes en el tiempo de Esdras y Nehemías. En la comunidad original de sus discípulos, Jesús mismo comienza a explicar las Escrituras como un Evangelio (cf Lc 24,44-48), ya que la función de una lectura de las Escrituras, explicada y entendida, es esencial en la comunidad de los discípulos de Jesús (cf Lc 24,25-35).

Al encomendar a los discípulos la misión de proclamar «el reino de Dios», Jesús precisa también las modalidades de la misión misma: equipamiento y praxis (cf Lc 10,1-11). Se reconocen las características circunstanciales, en parte concernientes a la cultura judeo-palestina de la época, como la valorización del «protocolo de la hospitalidad» (cf Lc 10,4-7; cf Gén 18,1-8), pero también la urgencia y la prioridad absoluta de la misión con respecto a la cultura de la época (cf Lc 10,4). Es un anuncio de paz (cf Lc 10,5; 24,36), confortado por gestos a favor tanto de los evangelizadores como de los evangelizados (cf Lc 10,8-9a) y que tiene como objeto la proximidad del «reino de Dios» (Lc 10,9b): la llegada del Señor Jesús, su pasaje (cf Lc 10,1). Así sucedió entonces en el mundo palestino, y siempre es así en todas partes del mundo y en todo momento. Es una práctica misionera amplia, no a gran escala (cf Lc 10,2), expuesta a peligros (cf Lc 10,3). También las instrucciones de Jesús sobre el comportamiento que han de tener los discípulos en el caso del rechazo de la hospitalidad, así como la proclamación del «reino de Dios», se basan en la prioridad de la misión (cf Lc 10,10-11), práctica que también Pablo y Bernabé adoptarán frente a la oposición de la comunidad judía (cf He 13,44-51).

Jesús pretende tranquilizar a sus misioneros afirmando que cuando les rechacen no debe importarles, sino que deben confiarlo totalmente al Señor (cf Lc 10,12). El rechazo y la persecución de Jesús y por Jesús pueden llegar incluso a convertirse en oportunidades de configuración de discípulos misioneros en la Pascua de su Maestro, donde el mensaje anunciado, el Reino proclamado, su persona divina y humana y su destino como Mesías y salvador se convierten en una única preocupación: hacer la voluntad del Padre para la salvación del mundo. El juicio de salvación de las ciudades a las cuales se lleva el anuncio de la proximidad salvadora de la Pascua de Jesucristo, el reino de Dios alcanzado en la persona de Hijo, sigue siendo propiedad divina del Padre. A nadie se le permite anticipar la condena y la condenación (cf Mt 13,24-43): a los discípulos misioneros se les pide que se inflamen de la misma pasión y del amor por el mundo para que todos se salven, que vayan a buscar a los hombres y mujeres de todas las generaciones, de todos los lugares y ciudades para que nadie se pierda el anuncio del Evangelio de la salvación.

Bautizados
y enviados

Octubre
2019

4 DE OCTUBRE DE 2019

Viernes, 26ª semana del tiempo ordinario

Memoria de san Francisco de Asís

Bar 1,15-22

Sal 79,1-5.8.9

Lc 10,13-16

Para una comprensión más profunda de la misión a la que están llamados todos los cristianos, es útil iniciar por las palabras de Jesús en Lc 10,13-16, para después acudir a la oración de Bar 1,15-22, destacando así la historia del Israel de Dios, formado por los que pertenecen al Israel histórico y por los que se pasan a formar parte del Israel de Dios a través de la fe en Cristo y el bautismo.

El discurso con el que Jesús acompaña el envío de la misión de los discípulos se completa con una severa advertencia dirigida a los pueblos de Corazaín y Cafarnaún en Galilea (cf Lc 10,13-15). Las aldeas palestinas mencionadas habían visto los milagros con que Jesús había acompañado su proclamación del reino de Dios (cf Mt 11,21); en Cafarnaún se había manifestado la primera rebeldía al anuncio de Jesús (cf Lc 4,23), pero aquí Jesús había demostrado el poder del «reino» de Dios (cf Lc 4,31-41) y allí se había visto la fe de un centurión del ejército romano, pagano pero simpatizante del judaísmo (cf Lc 7,1-10); de Betsaida provenía Felipe, uno de los Doce (cf Jn 1,44; 12,21). La severa advertencia de Jesús a las aldeas palestinas, que le habían recibido y donde también había encontrado sorprendentes respuestas de fe, nunca fue una condena definitiva e irreversible. Al final de su discurso a los discípulos enviados en misión, Jesús hace hincapié en la importancia de la misión misma de la evangelización: evangelizar y ser evangelizados comporta responsabilidades ineludibles delante del juicio divino, que no se anticipa en una condena prematura sin apelaciones, pero que se

lo conoce como el punto de referencia suprema al final de los tiempos (cf Lc 10,14-15). Antes de eso, la puerta al arrepentimiento y a la conversión siempre ha estado abierta, incluso a través de los caminos misteriosos de la providencia y la misericordia divinas. Jesús se identifica con aquellos que ha enviado y habla explícitamente del riesgo, en estos casos, de rechazar a Dios, sea cual sea el motivo o la fe religiosa que pueda llevar a rechazar la evangelización llevada a cabo por los discípulos de Jesús (cf Lc 10,16).

El trauma del Israel bíblico después del exilio de Babilonia es un caso en el que meditar y del que partir para comprender la larga oración atribuida a Baruc (cf Bar 1,15; 3,8) en el libro que lleva su nombre.

La oración de Baruc (1,15-22) comienza señalando que todo lo que el profeta Jeremías había anunciado a los exiliados de la primera deportación de Babilonia (cf Jer 29,4-23) se había hecho realidad, y que era el tiempo de orar para que los gobernantes de Babilonia tuviesen larga vida, para que no fuesen sometidos a nuevas severas represalias (cf Bar 1,11-12), como el mismo Jeremías había recomendado en su tiempo (cf Jer 29,5-7). Ahora es fundamental la toma de conciencia de una historia de pecado que ha involucrado a todas las generaciones del Israel bíblico, desde la liberación de Egipto (cf Bar 1,15-22). La obstinación en no querer escuchar la voz del Señor precipitó al Israel bíblico hacia el desastre del exilio y el silencio de Dios o la incapacidad para escuchar su voz. En el centro de la reconsideración no están la historia y las condiciones de Israel, sino el Señor. Y este es el verdadero arrepentimiento, el verdadero camino de conversión.

Lo que aconteció en la historia, que también puede ser debido a la soberbia, a la crueldad y a la dureza de la política internacional, no ha visto el asombro del Señor, y debe ser entendido en verdad como una expresión de su «justicia» (Bar 1,15), entendida como la voluntad de devolver al Israel bíblico al centro de su vocación. El descubrimiento de esta justicia de Dios es un don del Señor mismo, y no puede ser confundida con la culpabilidad ni con la resignación, en la que caemos para encontrar una reconciliación con la vida; también está en las antípodas de la rebelión y de la deserción definitiva hacia el Señor. La oración comienza desde el presente

más cercano para llegar a los orígenes del Israel bíblico (cf Bar 1,15-16): la catástrofe y el trauma del exilio afectan a toda su historia, sobre todo explicable a la luz del pecado contra el Señor y en contra de su palabra (cf Bar 1,17-18). «Pecar contra el Señor» es fracasar en la relación con Él: una tragedia estructural que se consume en lo concreto, de manera consciente, pero también sin preocupaciones, en la «desobediencia» cotidiana al Señor, en el «no escuchar su voz», que también se oye en sus «decretos». El Israel bíblico no puede inventar por sí mismo un camino con el que pretender tener una relación con Dios. Las palabras de Baruc dejan entrever que el desastre vivido en la historia del pecado y en el exilio comprometió, ante los ojos de los paganos, también la credibilidad de reyes, jefes y profetas (cf Bar 1,16). Esta historia del pecado y de castigo no es la última palabra: las catequesis de Moisés habían predicho que, al recibir el impulso de la conversión, el Israel bíblico sería recogido por el Señor (cf Dt 30,1-4).

La historia del Israel bíblico que vuelve a ser el Israel de Dios es también la historia de la Iglesia que, mediante la fe en Cristo, se convierte en parte del Israel de Dios. Así como la dura advertencia de Jesús a las ciudades de Galilea no es una sentencia final de abandono, así también el exilio del Israel bíblico no marca la conclusión de la historia. El camino de conversión, que debe caracterizarse por el reconocimiento de un pecado personal y estructural, es siempre un regalo del Señor, pero corre el riesgo de disiparse en una apresurada autoafirmación, o en una recuperación predominantemente formal y fundamentalista de gestos y de ritos, de fórmulas y de frases hechas, que nunca tendrán la fuerza de una misión evangelizadora.

2019

5 DE OCTUBRE DE 2019

Sábado, 26ª semana del tiempo ordinario

Fiesta mayor: T mporas de acción de gracias y de petición

Bar 4,5-12.27-29

Sal 69,33-37

Lc 10,17-24

En el Evangelio al que dedicamos nuestra meditación de hoy, los setenta –o setenta y dos– discípulos regresan de la misión con alegría, para dar cuenta a su maestro Jesús de su éxito pastoral: «hasta los demonios se nos someten en tu nombre» (Lc 10,17). Y Jesús entra en la alegría de sus discípulos: «Estaba viendo a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lc 10,18). Como discípulos de Cristo, hemos recibido el poder de caminar sobre las serpientes y los escorpiones y sobre cada poder del enemigo y nada nos podrá dañar (cf Lc 10,19). Esta es la misma promesa que Jesús presenta a todos sus discípulos en Marcos 16,18: «Coger n serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les har  daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos». Jesús nos advierte que la misión será ardua y difícil, pero con su Espíritu y su gracia siempre saldremos victoriosos sobre las fuerzas del mal en el mundo. «Sin embargo, no est is alegres porque se os sometan los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres est n inscritos en el cielo» (Lc 10,20). Es legítimo que el discípulo de Cristo est  orgulloso y feliz con los éxitos de sus propias misiones de evangelización, pero la razón principal de su alegría debería ser la escatológica. Debemos entrar en la alegría de la salvación, la alegría de la esperanza: «Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor» (Mt 25,21.23). Es la alegría del sirviente inútil (cf Lc 17,10), quien hizo lo que tenía que hacer.

Lo que importa de verdad para los discípulos es que sus nombres est n «inscritos en el cielo» (Lc 10,20). En el idioma hebraico de la época, esto

significa que los setenta –setenta y dos–, al volver de la misión, son reconocidos por Dios como ciudadanos del cielo. Esta es su verdadera casa, el Reino en el que Jesús les permite invitar a otros para que sean enviados. Después, espontáneamente, en medio de su conversación con los discípulos misioneros, Jesús se dirige a otro interlocutor, su Padre que está en los cielos. Como ciudadanos del reino de Dios apenas confirmados, los setenta –y nosotros, observándoles– escuchan una conversación divina. Somos testigos de un momento de profunda oración entre Jesús y su Padre. Jesús da gracias al Padre por su misericordiosa voluntad: los grandes misterios han sido revelados «a los pequeños» antes que «a los doctos y sapientes», para quienes permanecen invisibles.

En el contexto histórico de Jesús, los discípulos enviados en misión son como «niños» no solo porque deben afrontar su primera experiencia misionera, sino también porque probablemente no habían recibido una educación formal al mundo de Dios semejante a la de los doctores rabinos, los escribas y los demás líderes del hebraísmo del tiempo. Esto no significa negar el valor de la formación teológica, sino reconocer que el encuentro con Dios es siempre un don de Dios, que la fe en él es el fundamento de cada misión.

Después Jesús reflexiona en voz alta, por así decirlo, sobre la naturaleza de su relación con el Padre. Aquí, en un pasaje bastante similar a otro de Mateo (cf Mt 11,25-30) y a muchos otros de Juan (cf Jn 3,35; 13,3; 14,9-11), Jesús revela el completo conocimiento recíproco entre el Padre y el Hijo y la absoluta apertura del uno al otro: esto es fuente de alegría y de comunión, la causa de la fecundidad y de la misión.

Precisamente en virtud de esta relación, Jesús tiene el poder de invitar a los otros a la relación con Dios, a participar en su comunión divina. En esta intimidad, sabemos que es el Hijo conocido y amado por el Padre, y que es el Padre conocido y amado por el Hijo. Los setenta, llamados a aliviar el sufrimiento y la opresión en el nombre de Jesús, encuentran el sentido de su misión en el Padre y en el Hijo y en su comunión de amor. Escuchando hoy este mensaje evangélico, estamos invitados a entrar más profundamente

en esta relación. Naturalmente, solo sobre la base del encuentro con el Padre tal como Jesús nos lo ha revelado poseemos el don del amor de Dios para ofrecernos en misión por los otros.

La Palabra de Dios nos llama hoy a observar no solo los diversos aspectos de la misión, sino también a descubrir activamente lo que estas realidades nos revelan de Dios. Cuando con fe reconocemos los modos mediante los cuales Dios viene y actúa en nosotros, podemos permitir que su Espíritu realice su misión en los demás por mediación nuestra. La profunda comunión de los discípulos misioneros con Jesús, en su efusiva unidad divina con el Padre, da alegría, pasión y celo por el empeño misionero. Mucho más que por el éxito, los discípulos misioneros se alegran por el amor, por la comunión con su Maestro y Señor, por la vocación de ser hijos de Dios, cuyo nombre está escrito en los cielos.

En tal sentido, el papa Francisco, en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, escribe: «La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera. La experimentan los setenta y dos discípulos, que regresan de la misión llenos de gozo (cf Lc 10,17). La vive Jesús, que se estremece de gozo en el Espíritu Santo y alaba al Padre porque su revelación alcanza a los pobres y pequeños (cf Lc 10,21). La sienten llenos de admiración los primeros que se convierten al escuchar predicar a los apóstoles, en Pentecostés, “porque cada uno los oía hablar en su propia lengua” (He 2,6). Esa alegría es un signo de que el Evangelio ha sido anunciado y está dando fruto. Pero siempre tiene la dinámica del éxodo y del don, del salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá. El Señor dice: “Vayamos a otra parte, a predicar también en las poblaciones vecinas, porque para eso he salido” (Mc 1,38). Cuando está sembrada la semilla en un lugar, ya no se detiene para explicar mejor o para hacer más signos allí, sino que el Espíritu lo mueve a salir hacia otros pueblos» (EG 21).

6 DE OCTUBRE DE 2019

Domingo, 27ª semana del tiempo ordinario

Ciclo C

Hab 1,2-3; 2,2-4

Sal 95,1-2.6-9

2Tim 1,6-8.13-14

Lc 17,5-10

El Evangelio de hoy nos ofrece un significativo relato sobre la fe y una breve parábola sobre nuestro papel como servidores de Dios. Estas dos enseñanzas siguen a otro precepto significativo de Jesús sobre el pecado y el perdón, y conducen al relato de la curación de Jesús de los diez leprosos cerca de un pueblo de Samaría. No hay una clara conexión lógica entre los relatos de Jesús en Lucas 17, ni entre los relatos y la historia de la curación que prosigue. Sin embargo, contemplando la tarea cristiana de la misión, escuchamos el eco de los discípulos –aquí llamados apóstoles– mientras imploran a Jesús: «Auméntanos la fe» (Lc 17,5).

A la petición de una mayor fe –aparentemente, una santa petición de crecimiento espiritual– Jesús responde haciendo una confrontación entre dos extremos, utilizando la imagen de una semilla proverbialmente pequeña, la de la mostaza, con la de un gran árbol, la higuera. Nos invita a ir más allá de la lógica ordinaria utilizando una imagen original sugiriéndonos que la fe no actúa según los normales criterios humanos, sino que, por el contrario, aparece incomprensible ante la mirada humana, como una higuera en medio del mar. En cambio, la fe, en su base, es la profunda confianza en Dios y en su modo de actuar. Posiblemente cada misionero con una cierta experiencia ha experimentado los frutos producidos por la acción de Dios en circunstancias que parecían completamente hostiles a cualquier resultado. El Evangelio de hoy nos invita a creer en Dios más allá de los límites

de la lógica humana y del sentido de lo posible, formando así una unidad con la mente, la imaginación, la lógica y el corazón de Dios.

«Los apóstoles dijeron al Señor: “Auméntanos la fe”» (Lc 17,5-6): San Lucas llama «apóstoles» a los Doce que Jesús eligió al comienzo de su ministerio (cf Lc 6,12-16). Apóstoles quiere decir «enviados». Mientras los otros Evangelios solo utilizan este término una sola vez, para designar a este grupo particular de discípulos de Jesús, Lucas lo usa seis veces en su Evangelio y veintiocho veces en los Hechos de los Apóstoles. En la Iglesia primitiva se era consciente del privilegio no transmisible de los Doce: la autenticidad de su mandato, de su misión, se fundaba en la elección personal de Jesús. Él los había elegido y enviado. Esos apóstoles son de este modo los testigos oficiales de la buena noticia del resucitado. Y en tal sentido ellos deberán tener la suficiente fe en él. Son los testigos privilegiados de las enseñanzas y de los milagros de Jesús (cf Lc 18,31), y al mismo tiempo son hombres frágiles como todos nosotros, expuestos a las dudas y a la falta de fe (cf Lc 24,11.25.38-39). De ahí su oración dirigida a Jesús en el Evangelio de hoy: «Auméntanos la fe», en la certeza de que él es Dios.

¿Cuáles son las enseñanzas para todos nosotros como los «enviados» de hoy? Debemos reconocer con humildad que nos falta mucha fe en nuestra misión de evangelizar el mundo. Tal vez el Señor también nos dice: «Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: “Arráncate de raíz y plántate en el mar”, y os obedecería» (Lc 17,6). Por tanto, no es posible tener una fe capaz de transportar montañas si nos falta la fe esencial en el Señor Jesús, en el Jesús resucitado que vive en nosotros y en su Iglesia. ¿Qué sentido tiene querer poseer una fe que realiza milagros delante de las masas, o poderes de curación, o poderes excepcionales para mistificar paganos y cristianos de hoy? Jesús mismo hizo muchísimos milagros delante de sus contemporáneos y de sus apóstoles, y eso no aumentó su fe. Lo esencial es tener la humildad de los apóstoles y orar continuamente al Señor para que venga en nuestra ayuda. «Creo, pero ayuda mi falta de fe»: así gritaba el padre del endemoniado epiléptico del Evangelio (Mc 9,24; cf Lc 9,37-43). En cada Eucaristía, encuentro con el resucitado, pidámosle también nosotros

la fe necesaria para poderlo encontrar vivo en nuestras vidas y en nuestro mundo. Solo la oración incesante, el alma de la misión, hace posible la fe.

A continuación (cf Lc 17,5-10), el relato evangélico de Lucas nos pone frente a un escenario propio de la vida doméstica cotidiana para ofrecernos una enseñanza sobre el apostolado: por muy maravillosos que puedan ser los resultados de nuestro trabajo, tan solo estamos cumpliendo las tareas que nos han sido asignadas por Dios. En la vida de todos los días, en tiempos de Jesús, las expectativas que los patrones y sus esclavos tenían respecto a sus tareas estaban bien establecidas. El patrón manda y el esclavo obedece. Es lógico esperar que el esclavo pase directamente del trabajo en el campo al trabajo en la casa sin ninguna tregua. El siervo no puede quejarse de cansancio, de hambre o de sed. No debe interpretarse que el punto de vista de Jesús estuviera justificando la institución económica de la esclavitud de su época: simplemente está utilizando como metáfora una realidad social milenaria, para sugerir una analogía entre dicha realidad y nuestro servicio a Dios.

Cuando pregunta: «¿Acaso tenéis que estar agradecidos al criado porque ha hecho lo mandado?», Jesús se dirige a un público –que nos incluye también a nosotros– del que se espera una respuesta, obviamente negativa. Jesús continúa afirmando que, cuando hayamos hecho por Dios todo lo que se nos ha ordenado, deberíamos decir: «Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que teníamos que hacer». La exageración de la ejemplificación quiere pedagógicamente convertir al discípulo misionero a la lógica de la fe: no es la eficacia y la utilidad del servicio, sino la fecundidad de la fe como comunión con Jesús.

Mediante nuestras mismas palabras y mediante la experiencia de la vida cotidiana, Jesús nos pone de frente al hecho de que la expectativa de la recompensa es desproporcionada respecto a la realidad. En cambio, lo que es proporcionado es la comprensión de quién es Dios y de lo que a él le debemos. Jesús aspira a que reconozcamos que Dios espera de nosotros un compromiso serio y sincero con la obra a la que nos llama, en la misión de dar a conocer a Cristo en el mundo.

Las otras dos lecturas de hoy nos invitan a reflexionar sobre estos temas de fe y de servicio a Dios desde perspectivas diferentes. El profeta Habacuc, escribiendo poco antes de que el pueblo hebraico fuese exiliado de su tierra natal en el siglo VI a.C., invoca la ayuda de Dios en medio de la destrucción y de la violencia. Como respuesta, el Señor declara que algunas personas se sienten disgustadas, a pesar de no tener un «ánimo recto», mientras que «el justo por su fe vivirá» (Hab 2,4). Habacuc insiste en el hecho de que, en contraste con aquellos que utilizan la violencia y ocasionan conflictos, algunas personas se confían en Dios. Esta es la fe, pura y simple, esto es lo que le hace sentir en paz con Dios.

Cuando Pablo encuentra a Jesús, el Señor resucitado, la comprensión de la fe de la que habla Habacuc se transforma. Él ha venido a conocer los modos extraordinarios en los que Dios nos ha amado, los caminos que Dios ha recorrido para llevarnos a la justa relación con Él. Pablo ha visto que la confianza en el poder creativo de Dios opera también sobre nosotros, en Cristo. La libertad y la fe en nuestra relación con Dios que Pablo ha descubierto, son las que le empujan –a él y a cada creyente después de él– a ir por el mundo dando a conocer la buena noticia del amor regenerador de Dios, a anunciar la Pascua redentora de Jesús.

La nueva lógica de la fe está centrada en Cristo. La fe en Cristo nos salva porque en él la vida se abre radicalmente a un amor que nos precede y nos transforma desde dentro, que obra en nosotros y con nosotros. Así aparece con claridad en la exégesis que el apóstol de los gentiles hace de un texto del Deuteronomio, interpretación que se inserta en la dinámica más profunda del Antiguo Testamento. Moisés dice al pueblo que el mandamiento de Dios no es demasiado alto ni está demasiado alejado del hombre. No se debe decir: «¿Quién de nosotros subirá al cielo y nos lo traerá?» o «¿Quién de nosotros cruzará el mar y nos lo traerá?» (cf Dt 30,11-14). Pablo interpreta esta cercanía de la Palabra de Dios como referida a la presencia de Cristo en el cristiano: «No digas en tu corazón: “¿Quién subirá al cielo?”», es decir, para hacer bajar a Cristo. O “¿quién bajará al abismo?”», es decir, para hacer subir a Cristo de entre los muertos» (Rom 10,6-7). Cristo ha

bajado a la tierra y ha resucitado de entre los muertos; con su Encarnación y resurrección, el Hijo de Dios ha abrazado el camino del hombre y habita en nuestros corazones a través del Espíritu Santo. La fe sabe que Dios se ha hecho muy cercano a nosotros, que Cristo se nos ha dado como un gran don que nos transforma interiormente, que habita en nosotros, y así nos da la luz que ilumina el origen y el final de la vida, el arco completo del camino humano.

Así podemos entender la novedad que aporta la fe. El creyente es transformado por el amor, al que se abre por la fe, y al abrirse a este amor que se le ofrece, su existencia se dilata más allá de sí mismo. Por eso, san Pablo puede afirmar: «No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20), y exhortar: «Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones» (Ef 3,17). En la fe, el «yo» del creyente se ensancha para ser habitado por Otro, para vivir en Otro, y así su vida se hace más grande en el amor. En esto consiste la acción propia del Espíritu Santo. El cristiano puede tener los ojos de Jesús, sus sentimientos, su condición filial, porque se le hace partícipe de su amor, que es el Espíritu. Y en este amor se recibe en cierto modo la visión propia de Jesús. Sin esta conformación en el amor, sin la presencia del Espíritu Santo que lo infunde en nuestros corazones (cf Rom 5,5), es imposible confesar a Jesús como Señor (cf 1Co 12,3)» (*Lumen fidei* 20-21).

Octubre
2019

7 DE OCTUBRE DE 2019

Lunes, 27^a semana del tiempo ordinario

Memoria de Nuestra Señora la Virgen del Rosario

Jon 1,1-2,2.11

Jon 2,3-5.8

Lc 10,25-37

Lucas presenta esta parábola como una historia dentro de un pasaje más amplio, el del encuentro de Jesús con un doctor de la ley que cree poder ponerlo a prueba. Jesús ya había sido puesto a prueba precisamente al comienzo de su vida pública, cuando fue conducido por el Espíritu Santo al desierto y fue tentado por el diablo. En tres ocasiones a lo largo de la historia de la tentación (cf Lc 4,2.12.13) el diablo empuja a Jesús al límite para ver si realmente es el Hijo de Dios, y si permanece fiel a la voluntad de Dios. En la tercera «prueba» Jesús aleja al diablo pronunciando las últimas palabras de su batalla contra Satanás: «No tentarás al Señor, tu Dios» (Lc 4,12).

El fragmento evangélico de Lucas dice así: «En esto se levantó un maestro de la ley y le preguntó para ponerlo a prueba» (Lc 10,25). Todo lector atento que ha visto a Jesús demostrar que verdaderamente es el Hijo de Dios, sabe que el doctor de la ley se propone hacer algo para que finalmente el diablo fracase y que Jesús, el Hijo de Dios, ha prohibido explícitamente; es mucho más probable que sea él quién se encuentre puesto a prueba.

La parábola del buen samaritano es célebre y fácil de representarse mentalmente, pero el Evangelio de hoy comienza con el anuncio de que un doctor de la ley se acerca a Jesús para ponerlo a prueba. También hoy, en nuestro mundo, muchos expertos en ciencias de la felicidad pretenden poner a prueba a los apóstoles del Evangelio de nuestros días. ¿Qué debemos hacer para alcanzar la vida eterna? ¿Qué hacer para alcanzar la felicidad? Nuestra respuesta no debe ser otra que la enseñanza del Maestro. Para

alcanzar la felicidad, es necesario amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, con todo el Espíritu, y amar al prójimo como a nosotros mismos. Amar a Dios y al prójimo. Amar a Dios a través del prójimo. Amar al prójimo como Dios quiere. Pero, concretamente, ¿cómo hacerlo?

Jesús nos da un ejemplo por medio de la experiencia del buen samaritano. Lucas es el único evangelista, sin embargo, que nos ha hecho llegar esta página extraordinaria de las enseñanzas de Jesús. «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó»: él deja la esfera del templo, de lo sacro, de la ciudad santa, y se dirige hacia la periferia, hacia el fondo de la tierra; Jericó, no lejos del mar Muerto, es de hecho una de las ciudades más bajas del mundo. Él deja la montaña de Sión para bajar a los abismos, lugar de inseguridad y caos. Y probablemente cayó en las manos de los bandidos. Es exactamente la misma situación del hombre contemporáneo que ya no cree, que abandona lo sacro para bajar día tras día a los abismos de la incerteza mundana y de la finitud. Y nunca faltan bandidos a lo largo del camino capaces de derribarlo, dejándolo inconsciente, solo y abandonado. Desgraciadamente, un sacerdote que baja por el sendero pasa de largo junto al moribundo sin pararse. También un levita pasa por aquel lugar, ve al hombre y prosigue su camino sin detenerse. El texto no nos dice su lugar de origen; como el sacerdote, no tiene corazón para con el moribundo. «Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó» (Lc 10,33-34).

El samaritano retrasa su viaje para hacerse cargo de un desconocido, su hermano en la humanidad. Jesús ha hecho lo mismo de modo sublime, por medio de su muerte redentora. Nos ha lavado con su sangre y con el agua que brotó de su costado abierto sobre la cruz. Al día siguiente, el samaritano recompensa con dos monedas de oro al propietario de la posada pidiéndole que se haga cargo del enfermo. De este modo Jesús ha pagado sobre la cruz el precio de nuestra sanación, de nuestro rescate. Él está siempre dispuesto a reembolsar todas las deudas que contraemos con nuestros

pecados cotidianos. De los tres, el prójimo de aquel que cayó en manos de los bandidos es el samaritano que tuvo compasión de él.

¿Cuáles son las enseñanzas para nosotros que hemos sido llamados a la misión? Solo el amor evangeliza eficazmente. No se trata de desarrollar una religión del culto, de la moral, de las prescripciones legalistas: se trata de hacer prójimos de Cristo a todas las mujeres y hombres que encontramos, heridos, sobre los caminos de nuestro Jericó. Se trata de aplazar nuestros minuciosos programas para dar prioridad a los casos de tantos heridos que encontramos en nuestros caminos. Se trata de socorrer con aquello que tenemos, el aceite de la misericordia y el vino del amor. Se trata de construir una humanidad, mediante la fe en Cristo, cada día más cercana a la bondad salvadora de Dios. Es la fe en Cristo muerto y resucitado la que nos familiariza cada vez más con los modos de hacer de Dios, con sus criterios de salvación. El samaritano es bueno no por sí mismo. Es bueno porque razona y se comporta como se habría comportado Jesús en tal situación. Es bueno gracias a la bondad de Dios que por la fe nosotros podemos recibir y comunicar.

Bautizados
y enviados

Octubre
2019

8 DE OCTUBRE DE 2019

Martes, 27ª semana del tiempo ordinario

Fiesta

Jon 3,1-10

Sal 130,1b-2.3-4ab.7-8

Lc 10,38-42

«Ponte en marcha y ve a la gran ciudad de Nínive; allí les anunciarás el mensaje que yo te comunicaré» (Jon 3,2). Después de algunas divagaciones, Jonás se encuentra delante de la llamada insistente de Dios. El Señor no lo ha olvidado y le renueva su orden misionera: esta vez no puede rehuirle. Muchas veces también nosotros somos como Jonás, rápidos para encontrar excusas y evitar nuestro deber misionero. El mundo en el que vivimos y al que hemos sido enviados en misión es tan pagano, que Nínive se encuentra en cualquier puerta, en cada ciudad, en los cruces de los caminos que atravesamos. Jonás se levantó y, según la palabra del Señor, partió para Nínive, una ciudad extraordinariamente grande: eran necesarios tres días para atravesarla. También a nosotros el mundo a evangelizar nos parece enorme y delante de nosotros la incredulidad se mantiene fuerte, aparentemente impenetrable. El estilo de vida moderno, la sociedad consumista, el desenfreno ante el dinero y una felicidad que se revela ficticia son una gran Nínive. «Dentro de cuarenta días, Nínive será arrasada» (Jon 3,4). Comprendemos la reticencia del profeta, dado que se encuentra hablando con esos «paganos malvados» que él quisiera ver eliminados por Dios. Pero Dios es Dios, es decir, lleno de misericordia para con sus hijos y, a pesar de que el profeta no confiaba en la posibilidad de su conversión, los ninivitas regresaron completamente hacia Dios. «Los ninivitas creyeron en Dios, proclamaron un ayuno y se vistieron con rudo sayal, desde el más importante al menor» (Jon 3,5). La predicación de los profetas a lo largo

de los siglos no había sido suficiente para convertir al pueblo de Israel, pero es suficiente la predicación de un solo día para cambiar el corazón de los tan despreciados ninivitas. He aquí las maravillas de Dios: Él siempre nos sorprende en nuestras expectativas pastorales. Jesús mismo se refiere a ellos en el Evangelio: «Los hombres de Nínive se alzarán en el juicio contra esta generación y harán que la condenen; porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás» (Mt 12,41). Y Dios ha restablecido su misericordia: en simples palabras, esto significa que Dios no desea la muerte del pecador, sino su conversión (cf Ez 33,11). También en los momentos en los que Dios parece amenazarnos con un castigo, es el amor y únicamente el amor lo que prevalece y la fe la que nos salva. El mundo de hoy también necesita sentir este anuncio.

Jonás es enviado a entrar en la ciudad de Nínive, en las relaciones con los ninivitas, con su presencia profética y su predicación de conversión. Jesús es enviado por el Padre para entrar en el corazón de la ciudad, en la casa de Marta y María. La alegría de la inesperada conversión de los ninivitas suscita resistencia en el corazón de Jonás. La alegría del servicio y de la acogida ante la presencia del Maestro hacen de Marta y de María verdaderas hermanas en el discipulado misionero de Jesús.

Atravesar la puerta de una casa significa entrar en el corazón de las relaciones y descubrir, junto con las alegrías y los afectos, las heridas y las fragilidades del vivir en familia. Estamos hechos de carne, y esto nos lo revela cada relación profunda y plena con quien parece acercarse a nuestras necesidades: Jesús, hombre y Señor de nuestra historia, tiene los rasgos del que sabe hacerse extremadamente cercano a nuestro corazón. Tan cercano como para entrar en nuestra casa. Jesús, de camino hacia Jerusalén, de camino hacia el misterio de su muerte y resurrección, cruzando el umbral de la casa no hace sino cruzar el umbral del corazón de Marta y de María.

La casa de Betania, reconocida como la casa de los afectos, nos revela la humanidad de Cristo, es decir, al Jesús de Nazaret que no permanece extraño ante los sufrimientos y las dificultades humanas: él llora, escucha, consuela, predica, enjuga las lágrimas, se ofrece a sí mismo como alimento

y como bebida (Eucaristía). Esto significa «atravesar la puerta de una casa». Jesús entra íntimamente en la casa de Betania: lo hace como amigo, poniendo en juego su corazón y sus relaciones con los vivos y con los muertos (cf Jn 11). En la misión que le había dado su Padre, Jesús se implica totalmente. Jesús nos invita a cambiar nuestro modo de pensar y de actuar: a través del personaje fundamental de la mujer, atareada y agitada por el servicio, se nos proponen nuevas reglas sobre la hospitalidad que debe reservarse a Cristo por parte de los discípulos misioneros, acerca de la salvación para vivir y comunicar.

Las de Marta y María son dos vocaciones distintas y complementarias, movidas por la misma intención: reconocer la unicidad de Aquel que ha llamado a la puerta (cf Ap 3,20). Las dos mujeres, por tanto, no deben configurarse como antítesis, como muchas veces se ha subrayado. El servir y el escuchar son acciones recíprocas, en lugar de opuestas, en la misión que Jesús ha confiado a la Iglesia para la salvación del mundo. La presencia de Jesús nos invita a ponernos en camino para entrar en el corazón de cada hombre con la escucha de la Palabra y el servicio fraterno, con el anuncio de la Pascua de la resurrección y con el banquete eucarístico de la reconciliación que crea comunión y unidad. Todo esto acontece en la casa de Betania, donde la muerte de su amigo Lázaro es la ocasión para purificar y para fortificar la propia escucha, el propio servicio, la propia fe en la muerte y resurrección de Jesús, amigo y Señor.

Octubre
2019

9 DE OCTUBRE DE 2019

Miércoles, 27ª semana del tiempo ordinario

*Fiesta o memoria de san Dionisio, obispo, y compañeros, mártires
o memoria de san Juan Leonardi, presbítero*

Jon 4,1-11

Sal 86,3-6.9-10

Lc 11,1-4

El Padre Nuestro es más que una oración; es, como decía Tertuliano, «el compendio de todo el Evangelio», porque en él encontramos los principios fundamentales, así como las esperanzas más profundas y las exigencias más determinantes de los discípulos de Jesús.

El Evangelio de Lucas presenta, en primer lugar, el don de llamar Padre al Dios de Jesucristo. Considerar a Dios como a un Padre no es nada de extraño en el Antiguo Testamento (cf Dt 32,6; Mal 2,10; Jer 3,19; 31,9; Sal 103,13); pero dirigirse a él, como hace Jesús, con la particular ternura e intimidad de un niño que exclama: ¡Padre!, es insólito. El Señor, llama a Dios *Abbá* con razón, porque él es el Hijo del eterno Padre. Por la fe, Jesús concede a sus discípulos, mientras les enseña cómo orar, la capacidad de dirigirse a Dios como a un Padre eternamente misericordioso e infinitamente amoroso. Les concede entrar en su comunión filial. En el tercer Evangelio el Padre Nuestro es el punto de llegada de la pregunta que un doctor de la ley hace a Jesús sobre lo que se debe hacer para heredar la vida eterna (cf Lc 10,25ss): es determinante la disponibilidad de la escucha, así como el tratamiento misericordioso hacia todos, sin excepciones. La misión de Jesús en la fe y en la oración nos abre a la paternidad de Dios, fundamento de nuestra fraternidad de hijos.

Una de las más profundas esperanzas evidenciadas en el Padre Nuestro es la santificación del nombre de Dios. Es verdad que el nombre de Dios ya

es santo de por sí (cf Lev 11,44; 19,2; Sal 33,21); sin embargo, el auspicio de la santificación del nombre de Dios determina el empeño de vivir como el pueblo de su pertenencia: «Guardad mis mandamientos poniéndolos por obra. [...] No profanéis mi santo nombre, para que yo sea santificado entre los hijos de Israel» (Lev 22,31-32). De acuerdo con la tradición del Antiguo Testamento en la que se basa el Padre Nuestro, el mejor modo para que el nombre de Dios sea santificado es precisamente que aquellos que dicen ser el pueblo de Dios vivan según su voluntad.

El segundo elemento de esperanza que contiene el Padre Nuestro es la venida del Reino. Jesús tiene la convicción de que el Reino de su Padre está presente y operante en la historia; anuncia que Dios entra en la historia del hombre para comenzar un tiempo nuevo, en el que nadie se sentirá solo, en el que se podrá construir un mundo más justo, una sociedad pacífica y fraterna donde sea respetada la dignidad de cada persona. Cuando decimos «venga tu Reino», expresamos la esperanza de que la voluntad de Dios se realice entre nosotros, como gracia, y al mismo tiempo como tarea permanente de la libertad y de la responsabilidad humanas.

La primera necesidad implorada, presentada en el Padre Nuestro en la versión de Lucas, se expresa con estas palabras: «Danos cada día nuestro pan cotidiano» (Lc 11,3). La petición puede tener dos connotaciones. Por una parte, frente al peligro de perder asombro y gratitud, el Padre Nuestro nos recuerda la necesidad de pedir a Dios el alimento de cada día. Por otra parte, no se implora el «mío», sino «nuestro» pan, probablemente para subrayar la necesidad de compartirlo caritativamente con los demás: la verdadera vida es fruto de la comunión y del compartir.

La segunda petición es el perdón. Lucas presupone que para pedir perdón es necesario reconocer honestamente que todos, sin excepciones, nos equivocamos y necesitamos de la divina misericordia (cf Lc 5,8; 6,39-42). Partiendo de este presupuesto, el tercer evangelista introduce la convicción de que la eficacia del perdón de Dios nos conduce a perdonar a los demás (cf Mt 6,14-15). El perdón de Dios siempre se nos da, se nos ofrece gratuitamente. Su eficacia en cada uno de nosotros depende de nuestra

disponibilidad a dejarlo actuar en nuestra vida, en nuestras relaciones y en nuestros afectos.

Finalmente, el Padre Nuestro introduce la petición: «y no nos dejes caer en tentación» (Lc 11,4; cf Jn 17,15). Primero ha sido reconocida la culpa; ahora nuestro Padre nos ayuda a crecer en el reconocimiento de nuestra fragilidad, de nuestra debilidad. No pedimos a Dios que nos aparte de las tentaciones, sino que nos ayude a superarlas.

La oración es siempre la experiencia de una relación con Dios, del encuentro con Jesucristo en el Espíritu Santo. El Padre Nuestro, como compendio del Evangelio, nos ofrece los criterios fundamentales para este encuentro y la misión que fluye de ella. La gracia de dirigirnos a Dios como Padre nos predispone para vivir como hermanos. El empeño de santificar el nombre de Dios nos compromete, con su gracia, en la construcción de su Reino. La bendición del perdón que nos ofrece el Dios de Jesucristo nos hace conocedores de la gran necesidad de suscitar y acompañar auténticos procesos de reconciliación, que lleven no solo a la experiencia del perdón, sino también, gradualmente, a la erradicación de los pecados.

La paternidad de Dios, plenamente revelada en Jesucristo (cf Jn 12,45; 14,9), hace de la comunidad de los discípulos misioneros una verdadera familia, a cuya mesa de la palabra y de la Eucaristía todos son invitados y atraídos. En este movimiento de ida y de vuelta al Padre, Jesús introduce nuestra misión en su misión, la misión de su Iglesia para la salvación del mundo (cf Jn 8). Si Dios es el origen de toda paternidad (cf Ef 3,14-21), en la Iglesia de su Hijo el Espíritu del resucitado regenera a todos como hijos e hijas del mismo Padre gracias al bautismo. El reino de Dios, cumplido por Jesús en su Pascua, encuentra en su Iglesia, todavía peregrina, su inicio y germen aquí en la tierra, en calidad de sacramento universal de salvación ofrecido por Dios Padre a todos.

10 DE OCTUBRE DE 2019

Jueves, 27^a semana del tiempo ordinario

Fiesta o memoria de santo Tomás de Villanueva, obispo

Mal 3,13-20b

Sal 1,1-4.6

Lc 11,5-13

En el Evangelio de hoy (Lc 11,5-13) el tema de la amistad adquiere gran importancia. Los Evangelios están llenos de ejemplos con los que Jesús se acerca a los demás como amigo. San Lucas muestra a un Jesús compasivo que se acerca a los leprosos, a los parálíticos, a los pecadores, a los recaudadores de impuestos, a los centuriones, a las viudas, a los endemoniados, a los epilépticos: la lista es muy larga. Jesús mismo es el buen samaritano (Lc 10,29-37) y el padre compasivo (Lc 15,11-32), que extiende a todos generosa y espontáneamente su mano misericordiosa ofreciendo amistad.

También el Evangelio de Juan nos proporciona intuiciones profundas sobre Jesús y la amistad. La amistad-amor de Jesús por María, Marta y Lázaro es descrita en el capítulo once: «Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro» (Jn 11,5). Cuando Jesús fue informado de la muerte de Lázaro, dijo: «Lázaro, nuestro amigo, está dormido» (Jn 11,11), y a continuación Jesús llora por la muerte de su amigo. «Los judíos comentaban: “¡Cómo lo quería!”» (Jn 11,36).

En la Última Cena, ofreciéndonos el mandamiento de amarnos los unos a los otros, Jesús dijo: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido» (Jn 15,13-16). De este modo, Jesús manifiesta la profundidad de

su amistad-amor muriendo en la cruz por todos nosotros. Como subraya san Pablo: «*Dios nos demostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros*» (Rom 5,8).

Cada uno es llamado a experimentar que Jesús es el amigo, más aún el amigo personal, de cada ser humano. La amistad con Cristo consiste en crecer en intimidad con el Maestro, además de ser una existencia en Cristo. Esta profunda dimensión de la amistad revitaliza al Espíritu Santo dentro de nosotros. La amistad con Cristo, incluso en la enfermedad y en las fragilidades, nos ofrece una fuerza que prevalece sobre la amargura, sobre el cansancio de la vida y sobre toda desesperación. La amistad es una «cuestión de corazón», en la que uno revela al otro lo que tiene en lo más profundo de su propio corazón, con confianza y reciprocidad. El crecimiento de la amistad pasa por la autorrevelación recíproca. En este proceso, nos damos cuenta de que estamos más comprometidos, en una relación más profunda con Dios y con nuestro prójimo. Las personas se animarán a seguir a Cristo cuando vean cómo su amistad ha transformado personalmente al discípulo misionero que anuncia y testimonia.

La amistad que se nos ha descrito en el Evangelio de hoy no parece suficiente para obtener lo que se pide: debe ser sostenida por la insistencia de la petición y la certeza de la fe que pide y por la capacidad de dar de la persona a la que nos dirigimos, incluso en momentos inoportunos. La oración constante, sin desfallecer nunca (cf Lc 18,1), pone a prueba y refuerza la fe como relación de amistad, una relación verdadera de paternidad y de filiación. Los panes y el Espíritu Santo claramente recordados en la oración tienen claras connotaciones eucarísticas y bautismales de la amistad con Jesús y de la relación con su Padre. «Del mismo modo, el Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escruta los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios» (Rom 8,26-27).

La insistencia de la oración para poder tener tres panes que compartir con el huésped quiere subrayar la comunión que alimenta y atiende al

prójimo. La oración, si es auténtica, abre nuestra relación de amistad con Dios hacia el prójimo y nos empuja a la misión. Se pide para obtener algo para nosotros y para los demás, por la Iglesia que formamos gracias al Espíritu del Padre y al pan eucarístico que compartimos. Nunca se pide solo para uno mismo, pues entonces no sería oración. Se pide para que crezca la comunión y para que se amplíen los confines de la comunidad de Jesús.

En su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, el papa Francisco subraya: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús» (EG 1). El Papa prosigue: «Solo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en *feliz amistad*, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad [...] Allí está el manantial de la acción evangelizadora» (EG 8). Somos «aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad» (EG 27). El papa Francisco cree que «todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno» (EG 265). Nuestra fe misionera «se sostiene con la propia experiencia, constantemente renovada, de gustar su amistad y su mensaje» (EG 266).

El papa Francisco usa frecuentemente una descripción sencilla y útil de la misión: «La misión es una pasión por Jesús, pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo» (EG 268). Esto significa que quien, como misionero, experimenta un encuentro profundo con Jesús por la amistad personal, como evangelizador tratará de compartir con los demás los frutos de dicho encuentro. Del encuentro personal con Dios nace el deseo de ser amigo de los demás y compartir con ellos la propia amistad con el Señor Jesús.

11 DE OCTUBRE DE 2019

Viernes, 27ª semana del tiempo ordinario

Fiesta o memoria de san Juan XXIII

o memoria de santa Soledad Torres Acosta

Jl 1,13-15; 2,1-2

Sal 9,2-3.6.16.8-9

Lc 11,15-26

El Evangelio de hoy profundiza en el tema de la relación con Dios y presenta una doble convicción: no es posible la neutralidad y no hay estados definitivos en la vida de los discípulos, sino solo la fidelidad de Dios.

La relación con Dios se manifiesta en la reducción y en la victoria sobre el mal. El Evangelio relaciona la temática precedente de la oración (cf Lc 11,1-13) con la actividad de Jesús como exorcista; antes se pedía la llegada del reino de Dios, ahora Jesús afirma que ya está llegando y que el signo principal es la expulsión de los demonios. El asunto más interesante es que, mientras en los versículos precedentes se insistía de distintas formas en la relación de Jesús con el Padre, ahora sus adversarios tergiversan cuanto han dicho y acusan a Jesús de estar confabulado con Belcebú (cf Lc 11,15). Sin embargo, el Evangelio continúa afirmando que Jesús, gracias a su comunión profunda con Dios, está en grado de combatir y erradicar el mal que existe en las personas y en torno a ellas.

La neutralidad no es posible. No es posible ser neutrales frente a la esperanza de una verdadera y real disminución y eliminación del mal, porque, como dice Jesús: «El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo desparrama» (Lc 11,23). En el compromiso de hacer presente el reino de Dios, por tanto, es necesario tomar la decisión de estar a favor de Jesús, de recoger con él; porque no hacer el bien como Jesús significa que, en cierto sentido, ya se está permitiendo el mal. No ha habido estados definitivos

en la lucha contra el mal, sino en la victoria pascual de Jesús sobre la muerte. En el caso de los discípulos, la condición fundamental para poder unirse a la construcción del Reino es la convicción de que en el peregrinar de la vida terrena no hay estados definitivos. Para explicar este concepto, el tercer evangelista introduce el relato de los versículos 24-26. Así resulta claro, por ejemplo, que la transformación de la realidad acontece no solo porque se hace algo bueno, sino porque se hace constantemente: conformarse es un modo de hacer crecer el mal. Además, cuando vuelve el Espíritu inmundo, aquella persona es peor que antes, porque había creído ser liberada para siempre.

El discípulo misionero tiene la responsabilidad, como Jesús, de implicarse en la lucha y en la erradicación del mal. Este conflicto contra el mal debería ser una de sus ocupaciones principales, porque demuestra auténticamente su relación filial con Dios y su comunión con Jesús. Curiosamente, sin embargo, el testimonio exige que el discípulo se confronte con su humanidad. Por una parte, de hecho, debe ser capaz, en virtud de la gracia y del propio esfuerzo, de participar en la misión del Señor (cf Lc 9,1-6; 10,1-16). Sin embargo, a las grandes posibilidades que el Señor concede a sus discípulos, se corresponden también las indicaciones de sus límites: son presentados, en la persona de Pedro, como pecadores (cf Lc 5,8); o también como personas vulnerables ante la crítica blasfema de los líderes religiosos. Es el ser con Jesús, el pertenecer a él, lo que determina y sostiene la lucha contra toda forma de mal.

Por tanto, podemos decir que Lucas no teme la realidad: presenta a los discípulos destacando sus virtudes y sus empeños, pero también sus defectos y sus extravíos. Al mismo tiempo el evangelista, pero sobre todo el Señor Jesús, sabe que en el reconocimiento de esta limitación está su grandeza, porque todo discípulo ha de saber que siempre debe crecer, aunque jamás estará capacitado para conseguir, al menos en la vida presente, victorias definitivas. El discípulo misionero debe vivir siempre en gerundio: convirtiéndose, empeñándose, aprendiendo; porque precisamente el día en el que pretenda vivir el participio –convertido, empeñado, instruido– entonces comenzará a sentirse lleno de sí, deseoso de salvarse él solo.

12 DE OCTUBRE DE 2019

Sábado, 27^a semana del tiempo ordinario

Fiesta de Nuestra Señora del Pilar, día de la hispanidad

Jl 4,12-21

Sal 97,1-2.5-6.11-12

Lc 11,27-28

En el breve Evangelio de hoy aparece la palabra «bienaventurado»: este término se refiere a un estado de bienestar espiritual, en el que se experimenta la verdadera alegría en el alma, pero también puede ser utilizado con el significado de «respetado, venerado». ¿Quiénes son, por tanto, las personas que merecen ser llamadas «bienaventuradas»? La respuesta de Jesús es clara y directa: «Bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen» (Lc 11,28). Estas palabras abren el camino a una profunda reflexión sobre nuestra vocación misionera cristiana. El significado más profundo de la escucha de la Palabra de Dios nos es revelado a través de una extraordinaria imagen ofrecida por algunos profetas del Antiguo Testamento. A Ezequiel le fue ordenado: «"Hijo de hombre, come lo que tienes ahí; cómete este volumen [...]". Abrí la boca y me dio a comer el volumen» (Ez 3,1-2). Jeremías dice: «Si encontraba tus palabras, las devoraba: tus palabras me servían de gozo, eran la alegría de mi corazón» (Jer 15,16).

La escucha auténtica de la Palabra de Dios significa «comerla», meditarla, habitar en ella, tomársela en serio. Esto requiere permitir que enraíce en nuestros corazones, que crezca en nuestra conciencia, que desafíe nuestros valores y actitudes. Nuestra misma vida y el amor de Dios se entrecruzan, y esto requiere un constante abandono en las manos de Dios, que no es sencillo ni automático. El comer profético de la Palabra de Dios nos recuerda el comer del banquete eucarístico.

La segunda parte de la advertencia de Jesús se concentra en el vivir la Palabra de Dios. Esto requiere una comprometida decisión para poner en práctica la Palabra de Dios, observar sus mandamientos, ubicar el amor de Dios en las acciones concretas, traducir el mensaje de Dios a la vida cotidiana. Aunque esta tarea tiene una dimensión personal, también comporta un gran compromiso social. ¿Cómo demostramos la escucha real de la Palabra de Dios y la respuesta de fe? Podemos citar a Santiago cuando afirma: «Yo con mis obras te mostraré la fe» (Sant 2,18), y añadir: y demostraré que he escuchado la Palabra de Dios.

En los últimos tiempos, los Papas han subrayado la importancia de integrar «escucha» y «puesta en práctica» de la Palabra de Dios; es necesario ser al mismo tiempo «oyentes» y «ejecutores». La evangelización requiere tanto la contemplación como la acción concreta. Recordemos el desafío presentado por el papa san Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan, es porque dan testimonio» (EN 41).

Una mirada atenta al Nuevo Testamento revela que la primera persona que recibe el honor de ser llamada «dichosa» es la propia María. Lucas, describiendo la escena de la visitación, dice que: «Se llenó Isabel de Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: “¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! [...] Bienaventurada la que ha creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá”» (Lc 1,41-45). María es bendecida precisamente porque cree: cree en la Palabra de Dios pronunciada por medio del ángel; cree y pronuncia su *fiat* incondicional al Señor.

Es evidente que las palabras de Jesús se refieren a la Virgen María. Los versículos 27-28 son una clara alusión a su Madre, como ejemplo indiscutible de esta actitud de discípulo dispuesto a acoger la Palabra (cf Lc 2,16-21), puesto que ya desde el inicio del Evangelio de Lucas se dice que María «conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2,19). «Conservar» tiene el significado de preservar, cuidar, proteger, salvaguardar en la memoria, e implica siempre atención y responsabilidad. Pero la Virgen María, además de «conservar» todas estas cosas, las meditaba

en su corazón; es decir, trataba de entender el auténtico significado de lo que estaba sucediendo.

El Evangelio de hoy no debe ser interpretado como un rechazo de Jesús a su madre; más bien subraya que la atención a la Palabra de Dios, por la fe, es más importante que la relación biológica con Jesús. Esta misma afirmación se encuentra en otros pasajes del Evangelio (cf Mt 12,48; Mc 3,33; Lc 8,21), cuando Jesús pregunta: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?». Con ello, Jesús está indicando claramente la importancia del recibir y obedecer a la Palabra de Dios.

Un pasaje de la *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II observa: «A lo largo de su predicación [Jesús], [María] acogió las palabras con que su Hijo, exaltando el reino por encima de las condiciones y lazos de la carne y de la sangre, proclamó bienaventurados (cf Mc 3,35; Lc 11,27-28) a los que escuchan y guardan la Palabra de Dios, como ella lo hacía fielmente (cf Lc 2,29 y 51). Así avanzó también la Santísima Virgen en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida (cf Jn 19,25)» (LG 58).

La imagen de María como «discípula fiel» que vive una «peregrinación de fe» es la que estimula la sensibilidad de la gente moderna y la comprensión de la Iglesia como llamada al discipulado. El papa Francisco, refiriéndose también a la encíclica *Redemptoris mater* de san Juan Pablo II, escribe en la *Evangelii gaudium*: «María es la mujer de fe que vive y camina en la fe, y “su excepcional peregrinación de la fe representa un punto de referencia constante para la Iglesia”. Ella se dejó conducir por el Espíritu, en un itinerario de fe, hacia un destino de servicio y fecundidad. Nosotros hoy fijamos en ella la mirada, para que nos ayude a anunciar a todos el mensaje de salvación, y para que los nuevos discípulos se conviertan en agentes evangelizadores [...]. “Pues de este modo María, durante muchos años, permaneció en intimidad con el misterio de su Hijo, y avanzaba en su itinerario de fe”» (EG 287).

Cuando hablamos de compartir la Palabra como buena noticia, sabemos que la información es necesaria y también indispensable; sin embargo, no es

lo primero ni lo más importante: la Palabra principalmente consiste no en hablar, sino en dar testimonio. Lucas presenta de una forma muy coherente esta convicción en el relato en el que Juan el Bautista envía a dos de sus discípulos a preguntar a Jesús si él es el Mesías (cf Lc 7,18ss). Pero Jesús, en vez de dar una respuesta, ofrece una prueba incuestionable, mostrando las consecuencias del reino de Dios. El Evangelio subraya claramente: «En aquella hora curó a muchos de enfermedades, achaques y malos espíritus, y a muchos ciegos les otorgó la vista» (Lc 7,21). Esto significa que la bondad más profunda de la buena noticia que nos comunica Jesús no está en el ámbito de las cosas que pueden decirse teóricamente, sino en sus consecuencias existenciales. Consiguientemente, la Palabra tiene necesidad de discípulos que, como la Santísima Virgen, quieran escucharla con disponibilidad, y al mismo tiempo deseen vivirla con generosidad.

Bautizados
y enviados

Octubre
2019

13 DE OCTUBRE DE 2019

Domingo, 28ª semana del tiempo ordinario

Ciclo C

2Re 5,14-17

Sal 98,1.2-4

2Tim 2,8-13

Lc 17,11-19

«La gratitud es la memoria del corazón». Resulta desconcertante leer que solo uno de los diez leprosos curados por Jesús volvió para decirle: «gracias». Ser agradecidos no es solo un deber social recíproco, sino la afirmación de nuestra interioridad que se convierte también en un acto espiritual.

El episodio evangélico de la curación de los diez leprosos podría haber sido remodelado sobre la base de la historia de la curación de Naamán en el Antiguo Testamento. El comandante del ejército sirio, Naamán, es un gran hombre, una persona de la confianza del rey y un valeroso guerrero, pero está afligido por la lepra, la enfermedad más temida en la antigüedad. Hará falta una muchacha, una prisionera de guerra israelita, para que este «gran hombre» descubra cómo curarse. La curación, como la anónima muchacha aconseja a la mujer de Naamán, consiste en «presentarse ante el profeta que hay en Samaría» (2Re 5,3). Naamán primero debe pedir el permiso al rey de Arán, quien le dice que debe presentarse al rey de Israel con una carta suya. Portando consigo algunos regalos, Naamán viaja a Israel llevando consigo la carta, en la que se confunde al rey de Israel con el profeta. Pensando que el rey de Arán le quiere provocar, el rey de Israel rasga sus vestiduras. El profeta Eliseo, cuando se entera de lo sucedido, invita al rey a enviarle el enfermo: «Que venga a mí y sabrá que hay un profeta en Israel» (2Re 5,8). El encuentro personal y el reconocimiento son

fundamentales para la curación del comandante. Naamán llegó a la puerta de la casa de Eliseo, con una comitiva impresionante. Así esperaba del profeta una sesión de curación más amplia y elaborada, en sintonía con su estatus de comandante del ejército. El profeta Eliseo, sin embargo, no salió a recibirlo y le envió un mensajero indicándole lo que debía hacer: bañarse siete veces en el río Jordán (un signo profético de nuestro bautismo). Era algo demasiado simple para que Naamán confiara en ello. ¿No sería mejor tener un encuentro personal con el profeta? ¿Acaso no hay mejores ríos en Damasco? Aquí el narrador sugiere que una cosa es estar curado y otra estar sano. La curación es física, mientras que la sanación es interna. Naamán, a pesar de estar muy enfadado, obedece. Cuando se da cuenta de que se ha curado, «regresa» donde Eliseo para darle las gracias, y le ofrece algunos regalos en señal de agradecimiento. Es entonces cuando por fin conoce personalmente al profeta. La curación total, la verdadera conversión, es el resultado de su obediencia a la palabra del profeta, del encuentro personal con él y de la mediación sacramental del agua del río Jordán. Un encuentro que lo lleva, finalmente, a reconocer al Dios de Israel.

En el pasaje evangélico Lucas nos permite encontrar ahora la figura del extranjero, haciéndonos seguir el itinerario del viaje de Jesús. Este camino tiene como meta geográfica Jerusalén, pero como meta existencial la consigna total de su vida en la cruz, signo de la disponibilidad ilimitada del Hijo en su relación con el Padre y de su proyecto salvífico universal. Jesús se dirige a la capital de Judea, la «ciudad santa», pero primero atraviesa aquellos territorios que los judíos creían demasiado cercanos a los extranjeros (la así llamada «Galilea de los gentiles») o incluso impuros, porque estaban habitados por herejes (la población de Samaría).

Precisamente durante estas arriesgadas travesías es cuando Jesús se encuentra una categoría humana particularmente marginada: un grupo de leprosos, como Naamán el sirio. La lepra era una enfermedad de la piel considerada como un castigo para los pecadores (cf el rey Ozías en 2Crón 26,20), lo que les hacía impuros para el culto y, además, determinaba el alejamiento de la comunidad de quienes la contrajesen, obligándoles a

vivir lejos de los grupos humanos (cf Lev 13,46). Por tanto, los leprosos eran hombres y mujeres excluidos de la sociedad, obligados a deambular en soledad, a ser acompañados solamente por otros leprosos y a anunciarse siempre que se acercaban a los alrededores de los centros habitados. Además, estaban obligados a llevar vestiduras rotas y la cabeza descubierta, algo que suponía también una humillación.

Un grupo de diez leprosos va al encuentro de Jesús. Ellos le piden ayuda, de la única manera en que les está permitido: desde la distancia. Solo tienen a su disposición la voz y la utilizan, gritando con todas las fuerzas que les permite su garganta: «Jesús, maestro, ten compasión de nosotros» (Lc 17,13). Al llamar a Jesús «maestro» se relacionan con él como discípulos, y Jesús los mira y les tiene en consideración, pidiéndoles que hagan un gesto muy concreto: «Id a presentaros a los sacerdotes» (Lc 17,14). En Israel, eran los sacerdotes quienes tenían la responsabilidad de verificar tanto la aparición como la desaparición de la enfermedad (cf Lev 13,9-10; 14,2).

Los diez leprosos fueron a Jesús, pero se mantuvieron a distancia. Esto es una indicación de la cuarentena, recogida en las leyes de la pureza (cf Lev 13,45-46). También puede significar que el enfermo, como los gentiles «que están lejos» (He 2,39), a pesar de la vergüenza que les supone su condición, recibirá la llamada de Dios. Es una imagen acertada para recordarnos que Dios es quien toma la iniciativa y acorta las distancias. Los leprosos se dirigen a Jesús como «maestro», en lugar del habitual título de «Señor»; esto puede revelar que la fe que tienen en Jesús es solo preliminar. Imploran piedad a Jesús, obedecen sus mandatos, pero no son capaces de percibir el verdadero significado de su curación.

Lucas subraya el hecho de que Jesús «vio» a los diez leprosos, en respuesta a su oración. También en otro lugar Lucas equipara «ver» con «salvar» (cf, por ejemplo, Lc 13,12). En este encuentro inicial, la curación no tiene lugar inmediatamente, como en el caso de Naamán. Fiel a la Torá, Jesús ordena a los leprosos que se presenten a los sacerdotes (cf Lc 17,14). La curación, por tanto, implicaría la escucha de la palabra de Jesús y, como en el caso de Naamán, el agradecimiento al sanador. Nueve leprosos, a pesar

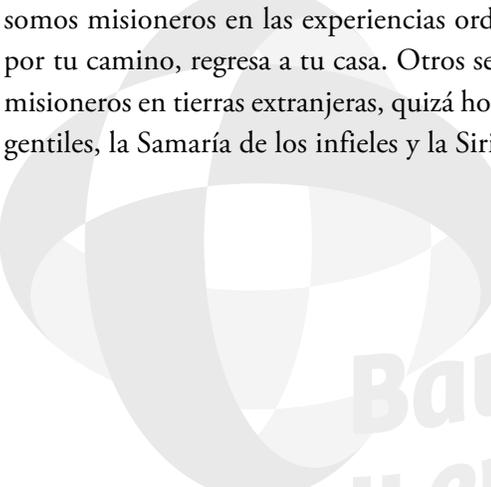
de haber obedecido las órdenes de Jesús y haber tenido el privilegio de encontrarse personalmente con él, no están dispuestos a correr un riesgo mayor: convertirse a Jesús. Solo lo hace solo uno de ellos: un samaritano, y por tanto un «enemigo». Cuando, sin embargo, «ve» que ha sido curado, «regresa» donde Jesús (cf Lc 17,15). Para Lucas, «ver» significa que el samaritano ha abierto los ojos de la fe. Ahora, sin embargo, se trata de tomar una decisión personal, de fe, y esto solo acontece cuando decide «regresar» donde Jesús. La apasionada glorificación de Dios por parte del extranjero, que se pone a los pies del maestro para darle las gracias, indica que en este segundo encuentro personal con Jesús el samaritano no está simplemente pagando una deuda de agradecimiento, sino que experimenta una curación total y un cambio interior. El agradecimiento normalmente está dirigido a Dios: este es el único caso del Nuevo Testamento en el que dicho agradecimiento se dirige a Jesús. Finalmente, el extranjero, cuya fe en Jesús lo ha transformado, está listo para ser enviado en misión: «Levántate, vete» (Lc 17,19; cf Lc 10,3).

La curación de Naamán y la de los diez leprosos son dos historias vinculadas al tema de la conversión interior que pasa por un encuentro personal con Dios. Tal encuentro tiene lugar después de una crisis personal, como puede ser una enfermedad grave, y es una iniciativa divina. La persona debe dar el siguiente paso para reconocer y acoger el significado de este encuentro que le conducirá a la conversión.

La sanación definitiva es solo posible para aquellos en los que la curación y el agradecimiento se entretajan, cuando el restablecimiento del cuerpo y la conversión del corazón se entrelazan. El agua del río Jordán y la referencia a los sacerdotes evidencian la importancia de la acción sacramental en la obra de la salvación. No se trata de una simple curación individual y abstracta. De sentirnos separados, excluidos y extranjeros, ahora nos sentimos integralmente reconciliados con nosotros mismos, con nuestro cuerpo y con la comunidad, porque estamos reconciliados en lo profundo de nuestro corazón con Dios, el Dios de Jesucristo dentro de la obra de la Iglesia. Como sucedió con Naamán y con el samaritano leproso, solo

quien hace esta experiencia de comunión purificadora y reconciliadora puede ser reintegrado en la comunidad y enviado en misión.

La misión de la Iglesia lleva y comunica la gracia salvífica de Dios porque aleja a los hombres y mujeres de la destrucción del pecado, de la separación de la muerte, y los re-crea. Acoger el Evangelio significa entrar en el misterio pascual de Cristo, aceptando su muerte regeneradora y contemplando su fidelidad en la resurrección. Regenerados en la fuente bautismal, el nuevo Jordán de la Iglesia, y agradecidos por una salvación que no merecemos, somos misioneros en las experiencias ordinarias de la vida: levántate, ve por tu camino, regresa a tu casa. Otros serán elegidos para ser discípulos misioneros en tierras extranjeras, quizá hostiles y paganas: la Galilea de los gentiles, la Samaría de los infieles y la Siria de los paganos.



Bautizados
y enviados

Octubre
2019

14 DE OCTUBRE DE 2019

Lunes, 28ª semana del tiempo ordinario

Fiesta o memoria de san Calixto I, papa y mártir

Rom 1,1-7

Sal 98,1-4

Lc 11,29-32

La liturgia de la Palabra de hoy se concentra en la potencia del anuncio del Evangelio. La Palabra anunciada está llena de salvación y por esto necesita encontrar oyentes dispuestos a acogerla y escucharla: la escucha es el Evangelio, que retoma el Salmo invitatorio: «Ojalá escuchéis hoy su voz: “No endurezcáis el corazón”» (Sal 95,8).

En la primera lectura, san Pablo se presenta a sí mismo y su apostolado a los creyentes de Roma, comunidad que no ha fundado, pero a la que ama profundamente y a la que pide ayuda para llevar a cabo su proyecto de evangelización de España. Para darse a conocer mejor e instaurar una buena armonía espiritual con esta comunidad a la que todavía no ha visitado personalmente, el apóstol se entretiene hablando de su ministerio y de su llamada. Su servicio a Cristo y su apostolado junto a los paganos fundamentan sus raíces en el misterio extraordinario de la elección en virtud de la cual Jesucristo lo ha escogido para anunciar el Evangelio de Dios. El servicio de Pablo se fundamenta en la palabra de Cristo, se nutre de la palabra de Cristo y comunica la palabra de Cristo. Su vida es cristocéntrica. Al comienzo de esta carta se advierte el dinamismo de la salvación de Dios, que de lo particular se dirige a la universalidad: en Cristo la salvación ya no tiene destinatarios privilegiados, sino que se dirige a todos, también a los lejanos.

El relato evangélico nos habla de los extranjeros y de sus relaciones con Dios. El Maestro es rodeado por las masas que lo asaltan y denuncia un comportamiento deformante que desprecia la experiencia de la fe: la búsqueda

angustiosa de los signos. La generación con la que Jesús tiene que enfrentarse es una generación «perversa» (Lc 11,29) porque continuamente pide demostraciones exteriores, casi como queriendo meter a Dios y su voluntad salvífica dentro los estrechos parámetros de una relación automática, mágica, de causa y efecto, ajustable y domable por el poder humano.

Jesús no quiere dar ningún signo, si no es el signo de Jonás. El libro de Jonás está entre los libros proféticos y los sapienciales y se presenta como un relato didáctico de la existencia de un profeta enviado a predicar fuera de Israel, a Nínive, capital de los asirios, enemigos acérrimos del pueblo de la alianza y paganos: auténticos extranjeros, en todos los sentidos, y alejados por excelencia. La inesperada misión obligó a Jonás a hacer la experiencia del ardiente deseo que Dios tiene de atraer consigo a los lejanos, de anunciar su perdón también a los paganos, de salvarles gracias a la penitencia y la conversión. Rebelde y reacio ante la Palabra divina, Jonás se convierte en el signo del actuar salvífico para los ninivitas.

También el Hijo del hombre es puesto como signo por su generación, el único signo creíble. Ya en la sinagoga de Nazaret (cf Lc 4,25-27), Jesús recuerda que Dios ha enviado a sus profetas Elías y Eliseo para curar no solo a los no hebreos, sino también a los paganos. Ahora él manifiesta que su venida no está dirigida a traer la salvación solamente a Israel, sino a todos. En su Hijo hecho hombre, Dios abre la elección exclusiva de Israel a la universalidad. Jesús, precisamente porque es Dios unido a todos los hombres y mujeres, con el signo elocuente de su humanidad reclama un verdadero cambio de mentalidad, un corazón nuevo dispuesto a la escucha y a la acogida de la lógica divina que quiere que todos se salven. Jesús muestra a su generación, a su mismo pueblo, que la reina de Saba, a pesar de ser pagana, en la sabiduría del rey Salomón reconoce las huellas del amor del Señor, y que los ninivitas, incluso extranjeros y pecadores antiguos, de frente al oráculo de la desgracia pronunciado por el profeta Jonás, aprovecharon la invitación a la conversión.

El pueblo de Dios, por el contrario, se resiste a la visita de su Señor: por esto será juzgado por los lejanos, por aquel «no pueblo» representado por

la reina del sur y por los ninivitas. Se describe por tanto el drama de la falta de escucha de Israel, de su rechazo a reconocer el paso de Dios, el tiempo propicio de la salvación, de la visita del Señor (cf Lc 19,44; Rom 9-11). La elección particular de Israel y las promesas de Dios a su pueblo no crean superioridad exclusiva ni privilegios. La lógica de la elección divina consiste en la veracidad histórica de la salvación y en su vicaria representatividad de todos aquellos que, como seres humanos, comparten el mismo origen y el mismo destino creatural.

Siendo Jonás, con su experiencia dentro del vientre de la ballena, una clara referencia a la Pascua de Jesús, la apertura eficaz de la misión a la salvación de todos, esa se encuentra en la Iglesia, en su universalidad y en su sacramentalidad. Gracias a la muerte y resurrección de Jesús, el pueblo elegido y los paganos se convierten en el único pueblo de los redimidos (cf Ef 2,11-19) que en el bautismo es asociado a la Pascua del Señor (cf Rom 6). Su presencia en el mundo como enviados y partícipes de la misión de Jesús es signo visible y eficaz de la salvación actual en el corazón de las personas, sin discriminaciones ni rechazos de parte de Dios. La Iglesia de Jesucristo, sacramento universal de salvación, en permanente estado de misión, es enviada a todos, convoca a todos en Cristo. En la persecución revive la pasión redentora de su Señor, en la acogida experimenta la eficacia de su Pascua y en el crecimiento bautismal de sus hijos la fecundidad generosa de la misericordia y del perdón de su Señor, maestro y esposo, Jesucristo.

Octubre
2019

15 DE OCTUBRE DE 2019

Martes, 28ª semana del tiempo ordinario

Fiesta de santa Teresa de Jesús, virgen y doctora de la Iglesia

Rom 1,16-25

Sal 19,2-5

Lc 11,37-41

En la primera lectura, la pérdida por la que el hombre se ha condenado contra la voluntad de Dios es releída por san Pablo a través de una especie de historia de pecado que él da a los creyentes de Roma. Creado por Dios para la verdad y la justicia, el ser humano ha vuelto a la impiedad y la injusticia. Al contemplar el mundo y tener la capacidad de captar, a partir de las obras presentes en la creación, las perfecciones invisibles del Creador, el hombre se ha perdido en sus razonamientos y ha terminado en los callejones sin salida de la impureza, sometiendo al cuerpo a todo tipo de placeres para convertirlo en un objeto, y en idolatría, adorando y sirviendo a las criaturas en lugar del Creador. Parece que esta pérdida ha sido permitida por Dios para que el hombre aprenda a no confiar más en sí mismo, sino en Aquel que solo hace lo correcto.

Pablo relee esta historia de pecado para poner de relieve que, si bien el hombre merecería la ira de Dios solo por aquella estupidez que le ha hecho soberbio, Dios ha querido amar y por tanto justificarlo, salvarlo. El justo vivirá por su fe: la criatura humana no tiene pruebas que superar delante de Dios, sino un amor inmerecido para acogerlo, un amor que realiza una transformación extraordinaria que hace del pecador un justo, del perverso un redimido. Este Evangelio, escuchado y acogido, es una verdadera y auténtica *dynamis*, una fuerza que dilata el corazón, que lo abre a la fe y comunica la salvación. Se propaga de modo irresistible. Es tan contagioso que llega hasta los confines del mundo, como una especie de testimonio

que el cielo consigna a la tierra y a todo el cosmos para alcanzar todo el espacio y todo el tiempo, como recuerda el Salmo responsorial. También los cielos, llenos de esta redención, cantan la gloria de Dios.

El fragmento evangélico tomado del Evangelio de Lucas nos hace contemplar, todavía, un obstáculo a la difusión de la Palabra viva y enérgica del maestro: se trata de la dependencia exagerada de las tradiciones por parte de los fariseos, una actitud que les impide captar el alcance salvífico universal de la presencia y de las acciones de Jesús.

Mientras Jesús enseña a la muchedumbre, un fariseo lo invita a comer. Ser admitidos a la misma mesa es un gesto que manifiesta acogida, pero también estima y aprobación. Entre dos comensales no pueden contemplarse barreras, sino solamente familiaridad e intimidad. Jesús acepta la invitación del fariseo, como también acepta la de los publicanos, y se sienta con ellos en la misma mesa, escandalizando sin embargo a quien lo ha invitado porque no sigue la praxis de las abluciones que los fariseos tenían costumbre de hacer antes de comer. La relación de Jesús con los fariseos, en realidad, siempre resulta muy difícil: en Lc 7,36-50 un fariseo se escandaliza porque Jesús se deja tocar por una mujer pecadora, que estaba llena de amor por él. En Lc 14,1-6 él desapruueba la observancia formal de los fariseos que, con tal de respetar la ley, son capaces de ir incluso contra el amor, que es la síntesis y el compendio de la ley (cf Mt 22,37). En Lc 20,45-47 Jesús advierte sobre la hipocresía de los fariseos que ostentan su justicia recurriendo a gestos exteriores estériles y sin significado.

Las tradiciones, los usos y costumbres, cuando son impuestos y observados de forma inflexible, alejan de su finalidad secundaria e instrumental de educar al bien y al amor el corazón débil e influenciado del hombre. Se convierten, por el contrario, en verdaderas y auténticas barreras de separación y contraposición. Solo la recuperación de la conversión al diálogo amoroso con Cristo, que no teme la superación de barreras, preceptos estériles y tradiciones vacías, puede generar vida y nuevas relaciones de comunión; internamente también la ley y los preceptos pueden ayudar a vivir bien y ordenadamente la novedad de la salvación. Desde la exterioridad

de la preservación se pasa a la interioridad del corazón enamorado de Dios, unido a Cristo, que no tiene miedo de arriesgarlo todo, hasta la propia vida, para permanecer siempre en comunión con él, para invitar a todos a este banquete de vida y de alegría.



16 DE OCTUBRE DE 2019

Miércoles, 28^a semana del tiempo ordinario

Fiesta o memoria de santa Eduvigis, religiosa

o memoria de santa Margarita María de Alacoque, virgen

Rom 2,1-11

Sal 62,2-3.6-7.9

Lc 11,42-46

En la primera lectura, dirigiéndose a los creyentes de Roma, Pablo explica que también los judíos, como los paganos, hacen el mal. Él destaca, por el contrario, la extrema facilidad con la que los judíos acusan de inmoralidad y de degradación social a los paganos, congratulándose en la convicción de ser mejores que los demás gracias a su observancia total de la ley. Para demostrar a sus compatriotas que están en el camino equivocado, el apóstol trata de desmontar algunas de sus falsas seguridades, que también habían sido suyas antes de su encuentro con el Señor resucitado. Confiando inicialmente en la carne y en la pertenencia al pueblo que había recibido la ley, Pablo se convierte después a Cristo mediante la fe, que justifica y actúa en virtud del amor, y no por la observancia ritual de los preceptos. No basta creer con la boca, con la práctica exterior de la ley: es preciso vivir en la fe. El juicio, de hecho, será sobre el amor, fruto de la adhesión de la fe a Cristo muerto y resucitado. La fe es participación en la naturaleza divina y en el amor divino de Jesús.

Pablo denuncia el pecado de la dureza de corazón y la obstinación de un pueblo que cree ser el único que merece la salvación. Ha terminado el tiempo de los privilegios y comienza un tiempo en el que cada uno debe enfrentarse a Cristo y afrontar las consecuencias de sus propias acciones. Es el comienzo de un tiempo en el que todos deben someterse a la paciencia de Dios, descubriendo que su bondad quiere expandirse también sobre los

que han estado alejados de él. Solo Dios es el juez de las personas: todos estamos sometidos a su juicio, nadie está excluido. La seguridad de sentirse justo y la arrogancia de sentirse poseedores y defensores de la verdad y de la moral (la ley) pueden llevar al desprecio de Dios, considerando su misericordia como debilidad, y a la exclusión injusta del hermano de la salvación.

El texto del Evangelio de Lucas (cf Lc 11,42-46) recuerda a una filípica profética contra los fariseos y los doctores de la ley, y advierte a la comunidad cristiana de ayer y de hoy contra las tentaciones del legalismo, del formalismo y del ritualismo discriminatorio, que alimentan al gran enemigo de la obra salvífica de Cristo, que es la soberbia e impenetrable autorreferencialidad. La perversión de la ley en el formalismo exterior y la reducción de la vocación del pueblo elegido a un privilegio exclusivista contra los paganos desgastan la universalidad de la salvación y la misión de los discípulos de Jesús.

Jesús denuncia especialmente los abusos de los fariseos en el ámbito de las limosnas, que son capaces de observar normas mínimas y marginales, como el diezmo de la menta, de la ruda y de todas las hierbas. Jesús no quiere eliminar estas prácticas (la ofrenda anual del diezmo al templo ya era de hecho solicitada por Dt 14,22), sino colocarlas en el justo contexto de la verdadera relación de fe con Dios y de amor con el prójimo. Ofrecer una ofrenda sin una implicación personal en un camino de conversión puede convertirse, por el contrario, en la excusa para descuidar los preceptos fundamentales, como la justicia y el amor de Dios, realidades que exigen una transformación decidida y continua del propio corazón y del mundo.

La otra denuncia está puesta por Jesús contra la tendencia a procurar honores, a recibir gratificaciones y a ambicionar las apariencias de poder, ocupando los primeros puestos. La insistente preocupación por aparentar es el resultado de una corrupción interior que hace al hombre semejante a un sepulcro, tal vez suntuoso externamente, pero lleno de podredumbre interior. Mientras internamente permanece invisible a los ojos de los demás, cuida de su exterior con exageración para fines egoístas.

Las palabras de Jesús resuenan con fuerza y frustran no solo a los fariseos sino también a los doctores de la ley, que se sienten profundamente ofendidos por él. También para ellos Jesús tiene una dura recriminación, en particular contra su praxis de cargar sobre los hermanos el peso insostenible de observancias en las que ellos, sin embargo, no se implican personalmente, revelando así la profunda incoherencia entre sus enseñanzas y su vida. La ley existe para servir a la vida, custodiándola y promoviéndola. La fe no es nunca una realidad que deshumaniza, por el contrario, siempre estimula a cada criatura a su pleno florecimiento.

Nos encontramos en una perspectiva claramente apostólica: frente a la exigencia de la universalidad de la salvación de Dios y de la misión de Jesús y de sus discípulos, los fariseos y los doctores de la ley deben poner en cuestión el propio modo de pensar la relación con Dios, de hacer y de proponer la salvación. La ocasión para la reacción crítica de Jesús está en sentarse en la mesa sin haber hecho las abluciones antes de comer.

La primera crítica severa (cf Lc 11,39-44) denuncia la práctica que evidencia una falsa concepción de la vida y de la relación con Dios. El fariseo se sorprende (cf Lc 11,38) del comportamiento de Jesús. Él recibe una respuesta inmediata y dura por parte de Jesús (cf Lc 11,39). La importancia que Lucas atribuye a la discusión, el tono de las críticas de Jesús, la alusión a los profetas y a los apóstoles con referencia a la sabiduría de Dios (cf Lc 11,49) evidencian la seriedad. Lo que está en juego en el comportamiento equivocado de los interlocutores de Jesús es la restricción particularista de la salvación a la observancia exterior de la ley, que pone en peligro la misión universal fundada en la voluntad salvífica del Dios de la Alianza.

La cuestión se pone sobre todo en el ámbito de la discriminación entre lo puro y lo impuro, en términos de interno y externo, de normas impuestas a los demás y no practicadas por quien las impone. Esto reclama la visión de Pedro antes del encuentro con el centurión Cornelio, con su afirmación puritana: «Nunca entró en mi boca cosa profana o impura» (He 11,8). En el relato evangélico de Lucas la respuesta de Jesús es clara: Dios ha hecho lo interior y lo exterior, todo es obra de sus manos, por

lo que todo es puro (cf He 10,15; Mc 7,15). Ningún hombre puede ser declarado profano o impuro, añade Pedro (cf He 10,28). El apostolado y la misión son la manifestación de la benevolencia del Padre, Dios creador de todos, que no admite ninguna barrera de separación ritual o formal. El misionero está llamado a hacerse prójimo de todos (cf He 10,46-47), porque para Dios no hay distinción de personas (cf He 10,34).

Lucas utiliza una fórmula llena de significado para expresar la apertura universal de la salvación ofrecida por Dios en Jesús y en la misión de su Iglesia: «¡Necios! El que hizo lo de fuera, ¿no hizo también lo de dentro? Con todo, dad limosna de lo que hay dentro, y lo tendréis limpio todo» (Lc 11,40-41). Para ser puros, practicada la misericordia, hay que vivir la caridad. En el reino de Dios lo que regula las relaciones entre las personas, superando las barreras de la discriminación y la separación, se funda en el misterio de la benevolencia de Dios que en Jesús se hace prójimo de cada hombre y es misericordioso con todos. Los discípulos misioneros de Jesús están llamados a donar todo lo que poseen interiormente. No solo dar los bienes materiales como donativo, sino ofrecerse sobre todo a sí mismos: la propia vida y el propio corazón. No se piden simples actos exteriores ni la realización de preceptos rituales: al discípulo misionero se le pide darse totalmente a Jesús, ofrecerse íntegramente, en alma y cuerpo, dentro y fuera, corazón y afectos, relaciones y normas, todo por la causa de la salvación de todos en la misión.

Octubre
2019

17 DE OCTUBRE DE 2019

Jueves, 28ª semana del tiempo ordinario

Memoria de san Ignacio de Antioquía, obispo y mártir

Rom 3,21-30

Sal 130,1b-6ab

Lc 11,47-54

Al final de su presentación (Rom 1,18-3,20), Pablo hace una afirmación dramática: «Tanto judíos como griegos, todos están bajo el pecado» (Rom 3,9). Siendo así las cosas, cuando solo se confía en las propias capacidades humanas, parece que no exista ninguna posibilidad de salvación para nadie. Pero Pablo cree que la intervención del Dios de Jesucristo es capaz de cambiar totalmente la desesperada situación del hombre: «Pero ahora [...] se ha manifestado la justicia de Dios» (Rom 3,21). Así Pablo contrapone el poder salvífico de Dios a la esclavitud del pecado. El poderoso gesto liberador del Padre se realiza en el tiempo presente, porque su libre iniciativa toma forma histórica en Cristo muerto y resucitado (cf Rom 3,24-25; 4,25). Una vez que el hombre recibe la fe (cf Rom 3,22-28.30), su existencia cambia completamente: es liberado de la subordinación al poder del mal y de la muerte (cf Rom 3,24) y vive como un amigo fiel de Dios y del prójimo, de acuerdo con la lógica de la solidaridad propia de la alianza, es decir, como «justo» (Rom 3,26).

Pablo presenta aquí una teología totalmente opuesta a la de la mentalidad de su tiempo. El judaísmo tardío había reducido la ley divina a dominio absoluto, desligándola de su relación constitutiva y originaria con la historia y con la alianza divina, asumiéndola como válida de por sí. De este modo había sustituido la obediencia a Yahvé con la meticulosa y escrupulosa observancia de las prescripciones y con las prohibiciones. Con este modo de pensar se había propiciado una gran autosuficiencia del hombre frente

al destino de su vida. La redención basada en las «obras de la ley», típicas del judaísmo rabínico, ensalza de hecho al hombre hasta el pedestal de los autócratas religiosos, desconocedor de la gracia divina y autorreferencial. De ahí derivaba una orientación sectaria y discriminatoria que hacía una neta distinción entre los hebreos, conocedores de la ley y observantes, y los paganos, constitucionalmente sin ley y, por tanto, destinados a la perdición.

El apóstol nos presenta una idea teológica de la justificación como alternativa a la doctrina judaica. Apela a la justicia salvífica de Dios e indica la fe como la única posibilidad de redención del pecado y alternativa a la muerte eterna. En la práctica, Pablo excluye la imagen severa de un Dios inmisericorde, revelando su verdadero rostro de Padre que, por amor, actúa e interviene en favor de la humanidad pecadora. Ante la extraordinaria iniciativa de Dios, los hebreos y los paganos son iguales: tanto unos como otros tienen necesidad de la salvación ofrecida como don y son llamados constantemente a la fe, porque todos se encuentran bajo la ley del pecado. En este proceso universal de conversión, Israel es salvado y consigue el puesto que le espera en la elección divina (cf Rom 9-11). Será salvado junto a todos los pueblos de la tierra. La elección del pueblo se convierte en un signo eficaz del comienzo histórico de la salvación para todos los israelitas y para todos los paganos.

A partir de esta participación en el modo de ver de Jesús, el apóstol Pablo nos ha dejado en sus escritos una descripción de la existencia creyente. El que cree, aceptando el don de la fe, es transformado en una criatura nueva, recibe un nuevo ser, un ser filial que se hace hijo en el Hijo. «*Abbá, Padre*», es la palabra más característica de la experiencia de Jesús, que se convierte en el núcleo de la experiencia cristiana (cf Rom 8,15). La vida en la fe, en cuanto existencia filial, consiste en reconocer el don originario y radical, que está a la base de la existencia del hombre, y puede resumirse en la frase de san Pablo a los Corintios: «¿Tienes algo que no hayas recibido?» (1Cor 4,7). Precisamente en este punto se sitúa el corazón de la polémica de san Pablo con los fariseos, la discusión sobre la salvación mediante la fe o mediante las obras de la ley. Lo que san Pablo rechaza es la actitud de quien

pretende justificarse a sí mismo ante Dios mediante sus propias obras. Este, aunque obedezca a los mandamientos, aunque haga obras buenas, se pone a sí mismo en el centro, y no reconoce que el origen de la bondad es Dios. Quien obra así, quien quiere ser fuente de su propia justicia, ve cómo pronto se le agota y se da cuenta de que ni siquiera puede mantenerse fiel a la ley. Se cierra, aislándose del Señor y de los otros, y por eso mismo su vida se vuelve vana, sus obras estériles, como árbol lejos del agua. San Agustín lo expresa así con su lenguaje conciso y eficaz: “*Ab eo qui fecit te noli deficere nec ad te*” (“de aquel que te ha hecho, no te alejes ni siquiera para ir a ti”). Cuando el hombre piensa que, alejándose de Dios, se encontrará a sí mismo, su existencia fracasa (cf Lc 15,11-24). La salvación comienza con la apertura a algo que nos precede, a un don originario que afirma la vida y protege la existencia. Solo abriéndonos a este origen y reconociéndolo, es posible ser transformados, dejando que la salvación obre en nosotros y haga fecunda la vida, llena de buenos frutos. La salvación mediante la fe consiste en reconocer el primado del don de Dios, como bien resume san Pablo: “En efecto, por gracia estáis salvados, mediante la fe. Y esto no viene de vosotros: es don de Dios” (Ef 2,8s)» (*Lumen fidei*, 19).

Pablo propone a los romanos los horizontes universales de la gracia de Dios, que están en la base de la misión a él confiada y comunicada a la Iglesia, nacida de la Pascua de Jesús y enviada al mundo por el Espíritu del resucitado.

Octubre
2019

18 DE OCTUBRE DE 2019Viernes, 28^a semana del tiempo ordinario*Fiesta de san Lucas, evangelista*

2Tim 4,10-17b

Sal 145,10-13.17-18

Lc 10,1-9

En el día de la fiesta de san Lucas, escuchamos la carta de san Pablo a su fiel emisario Timoteo, ante quien se lamenta de no tener a nadie con el que viajar, a excepción de Lucas. El relato de Lucas de sus viajes con Pablo está caracterizado por un repentino cambio en la narración: el así llamado «paso al nosotros» de los Hechos de los Apóstoles (cf He 16,10-17; 20,5-15; 21,1-18; 27,1-28). Hasta el versículo 10 del capítulo 16 de los Hechos, Lucas permanece fuera de la escena, escribiendo en tercera persona. En los versículos del 1 al 9 narra los viajes de Pablo por Frigia, Galacia, Misia, Bitinia y Tróade. Pero a partir del versículo 10 Lucas comienza a narrar en la primera persona del plural: «inmediatamente después de la visión intentamos pasar a Macedonia, persuadidos de que Dios nos había llamado para evangelizarlos». Lucas se embarca con Pablo y, mediante el arte narrativo, invita a su público al viaje misionero.

Lucas revela un detalle personal al comienzo de su Evangelio. Él escribe diciendo que está reorganizando algunos acontecimientos «que tuvieron lugar entre nosotros», precisamente como los había recibido de «aquellos que fueron testigos oculares», o de aquellos que acompañaron a Jesús desde el comienzo de su ministerio público (cf Lc 1,1-2). En esta frase introductoria, Lucas revela a su público que ni siquiera él es un testigo directo de los hechos narrados. El evangelista se une a la naciente comunidad cristiana gracias al testimonio personal de aquellos que habían escuchado la predicación de Jesús y habían asistido personalmente a la crucifixión y a la resurrección.

Mateo (10,1), Marcos (6,7) y Lucas (9,1) narran el momento en el que Jesús llamó a «los Doce» y, después de una serie de instrucciones, los envió en misión para anunciar la buena noticia. Pero solo Lucas cuenta que más tarde Jesús eligió a un vasto grupo de setenta y dos discípulos, del que hemos tenido noticias en el Evangelio de hoy. Según Lucas, muchos otros misioneros, además de los habituales Doce, estuvieron implicados en la primera evangelización. Poco antes de dar este mandato, Jesús se había dirigido a Jerusalén (cf Lc 9,51). Envía a los setenta y dos para que lo precedan, anunciando su llegada a varias ciudades. Este segundo encargo prefigura la experiencia personal de Lucas viajando con Pablo.

Con el envío de los setenta y dos (o setenta, según algunos manuscritos), la acción misionera junto a los pueblos no solamente está legitimada, sino anticipada. En la tradición judaica las naciones de la tierra que habían escuchado la promulgación de la ley en el Sinaí eran setenta (cf Gén 10; Dt 32,8). Esto significa que los discípulos han sido enviados a todas las gentes.

El fragmento proclamado en la liturgia de hoy presenta el apostolado como la revelación del Reino y del juicio ya presentes en el mundo. Para Lucas no se trata de comunicar a Israel la grandeza del Reino, sino de anunciar a las naciones que ese ya está cerca. El evangelista escribe en un momento en el que ya existen, «en todas las naciones», testigos del resucitado. Este es el momento decisivo de la historia, en el que a todos es ofrecida la posibilidad de entrar a formar parte del reino de Dios.

El método de trabajo misionero de los setenta y dos discípulos, así como el carácter y las perspectivas de su obra, son parecidos a los de los Doce. Las recomendaciones de Jesús se abren con una invitación a tomar conciencia de la situación: abundantes cosechas y un número reducido de trabajadores se oponen en un significativo contraste. De aquí la recomendación categórica: «Rogad pues al dueño de la mies». «La oración es el alma de la misión» (carta del papa Francisco al cardenal F. Filoni, 22 de octubre de 2017). Dios, que es el propietario de la cosecha, toma la iniciativa: llama y envía. Es la invitación a unirse a la oración de Jesús, a su éxodo hacia el Padre, que se expresa, para los discípulos y para el Señor, poniéndose en

las manos de los hombres: «Os envío como corderos en medio de lobos». Los misioneros no pueden confiarse en la fuerza, el poder o la violencia. Son ricos solo en la fe y en la oración que les fundamenta en la relación de amor personal con Jesús, el Maestro que les envía.

La pobreza de los comienzos constituye el fundamento y el signo de su libertad y del pleno interés por la única tarea que les libera de todo impedimento o retraso. Todo esto es definido con precisión en una serie de normas: libres de todo obstáculo, los enviados se dirigen directamente a la meta sin detenerse, ni siquiera para el saludo que –como exigía la costumbre oriental– habría requerido demasiado tiempo (cf 2Re 4,29). El verdadero saludo, por el contrario, estaba reservado a los destinatarios de la misión. Tal saludo no es una simple profecía o anuncio, sino una Palabra eficaz, que da alegría y felicidad. En pocas palabras, es la «paz» mesiánica, que coincide con la salvación (cf Lc 10,5-6). El enviado, como el Señor, establece con los que lo reciben una relación en la que se comienza a vivir la paz del Reino. Su comportamiento le lleva a depender de quienes le acogen, a los que confía el propio cuerpo y la misma vida. Por tanto, el misionero está completamente expuesto, también en lo que se refiere a su sustento, a los riesgos de la misión: acogida o rechazo, éxito o fracaso. «Casa» y «ciudad» simbolizan la vida privada y la vida pública. El enviado depende de la hospitalidad de quien acoge el mensaje, pero nada puede parar u obstaculizar la continuación de su misión: es un misionero que transmite el último y urgente reclamo hacia la salvación, que debe llegar a los oídos de todos, a los corazones de todos, cueste lo que cueste.

19 DE OCTUBRE DE 2019

Sábado, 28ª semana del tiempo ordinario

*Fiesta o memoria de san Pedro de Alcántara
o memoria de san Pablo de la Cruz*

Rom 4,13.16-18

Sal 105,6-9.42-43

Lc 12,8-12

En el Evangelio de hoy, Jesús anticipa los varios contextos en los que los apóstoles serán testigos, considerando la posibilidad de que encuentren una reacción hostil. Apareciendo en las sinagogas y delante de las autoridades civiles, testimoniarán su fe tanto en el ámbito secular como en el religioso. Sus palabras encuentran cumplimiento en los Hechos de los Apóstoles cuando Pablo predica en la sinagoga de Salamina (cf He 13,4-17) y cuando da testimonio de Jesús delante de las autoridades romanas (cf He 21,33-22,29). Jesús garantiza a sus seguidores que su testimonio terreno llegará a los cielos: así como ellos reconocieron al Hijo del Hombre en los ámbitos terrenos, civiles o religiosos, del mismo modo el Hijo del Hombre les reconocerá a ellos delante de los ángeles de Dios.

Anteriormente, Jesús había invitado a sus discípulos a tener fuerza y confianza en tiempos de persecución. Así como se deduce del resto del discurso misionero, él no les garantiza la serenidad o la inmunidad delante de la violencia y el rechazo, pero les indica el verdadero origen de la libertad: la victoria sobre el miedo cuya fuente se encuentra en la victoria de Jesús sobre la muerte. La Pascua será, para Jesús y para sus discípulos, la experiencia de esta victoria.

Al proceso histórico, en el cual los discípulos están llamados a reconocer públicamente a Jesús como Señor y Mesías, corresponde el juicio final delante de Dios, en el que Jesús mismo, en su papel de Hijo del Hombre, será

el abogado y el defensor. En la imagen del proceso jurídico (cf Is 50,8-9; Rom 8,33), el pensamiento se dirige al Señor resucitado, que vive junto a Dios, pero que está presente en su Iglesia de una manera eficaz, mediante su Espíritu, en el enfrentamiento público con los jefes y los poderosos de este mundo, que los discípulos continúan afrontando (cf Lc 11,11-12).

La afirmación de Jesús, diciendo que la ofensa contra el Espíritu Santo jamás podrá ser perdonada, resulta especialmente sorprendente, si la comparamos con la parte del Evangelio en la que se narra la parábola del hijo pródigo, que tiene como tema principal el perdón de los pecados. Pero esta enseñanza debería ser interpretada a la luz de la particular comprensión de las nociones de Lucas sobre la misión cristiana. Los seguidores del Hijo del Hombre lo rechazarán, como también testimonian las negaciones de Jesús por parte de Pedro, el primero de sus apóstoles, en el momento de ser arrestado. Pedro no es capaz de reconocer a Jesús ni de adherirse totalmente a Él porque todavía no ha asistido a su pasión ni a su resurrección y porque todavía no ha recibido el Espíritu Santo en Pentecostés. Sin embargo, a Pedro le es perdonada esta infidelidad en el saludo del Señor resucitado: «Paz a vosotros» (Lc 24,36) y en el amor (cf Jn 21,15-9). Después de haber recibido el Espíritu Santo, la experiencia del Evangelio es completa, y Pedro, renovado, ahora ya está lleno de la fuerza de Cristo resucitado, convencido del don de la fe. Su misma profesión cristológica fue fruto del Espíritu que habitaba en él (cf Mt 16,18).

Ciertamente, Lucas tiene muy presentes las experiencias de la primitiva Iglesia de los Hechos de los Apóstoles: el testimonio valiente de los apóstoles (cf He 4,8ss; 5,32), pero también el empeño de las comunidades cristianas, expuestas al peligro de la apostasía o a la falta de fe y a las represiones procedentes del exterior. Él también recuerda un dicho de Jesús que debería hacer reflexionar a los cristianos, hacerlos más conscientes y edificarlos: una Palabra contra el Hijo del Hombre puede ser perdonada, pero la blasfemia contra el Espíritu Santo parece no tener perdón. Aquel que rechaza al Hijo del Hombre durante su ministerio terreno será perdonado y tendrá una nueva oportunidad a través del don del Espíritu en Pentecostés; recibirá,

por tanto, una posibilidad de conversión y de perdón; es el caso de Pablo y de numerosos hebreos convertidos. Pero ¿cómo podrá ser perdonado quien rechaza al mismo Espíritu, que es la fuente y la acción del perdón, del arrepentimiento y de la renovación de los discípulos en la Pascua de Jesús? También Lucas ve una confirmación de esto en la experiencia del endurecimiento y en la ofuscación de los que rechazan el testimonio de los apóstoles (cf He 28,25-28). Se trata de una total cerrazón, libre y consciente, a la acción del Espíritu, a su corriente de reconciliación y perdón, hasta tal punto que nadie podrá ser forzado, contra su explícita voluntad y acción, a ser salvado. El encuentro o el rechazo al Espíritu de Dios es una relación misteriosa de nuestra conciencia y de nuestra libertad con Dios: nuestro corazón solo es plenamente escudriñable por Dios y en Dios. Solo Dios, que conoce nuestros corazones, concede el perdón de los pecados y la salvación.

Bautizados
y enviados

Octubre
2019

20 DE OCTUBRE DE 2019

Domingo, 29ª semana del tiempo ordinario

Ciclo C

Jornada Mundial de las Misiones

Éx 17,8-13

Sal 121,1-8

2Tim 3,14-4,2

Lc 18,1-8

*Mensaje del Santo Padre Francisco para la Jornada Mundial
de las Misiones 2019*

Bautizados y enviados: La Iglesia de Cristo en misión en el mundo

La primera lectura, que narra la batalla entre Amalec e Israel, coincidiendo precisamente con el domingo dedicado por la Iglesia a su misión evangelizadora en el mundo, puede causar un cierto embarazo a quien quiera hablar de la importancia de tal empeño cristiano. El texto puede ser interpretado erróneamente como un estímulo a la guerra santa o a un proselitismo fanático, sino que, por el contrario, la misión se centra en el anuncio de la Pascua de Jesús y en la reconciliación divina. Tiene como finalidad testimoniar a Jesucristo, comunicar su Evangelio, fundar su Iglesia, en un clima de sincera fraternidad, de auténtica y respetuosa libertad religiosa en la búsqueda común de una mayor comunión y justicia en el mundo. Sin olvidar que el Evangelio, de acuerdo con el ejemplo de Jesús, también nos enseña el amor hacia los enemigos y la oración por los que nos persiguen. El cristiano bautizado y enviado no posee un producto para vender y para imponer al mundo. Como Iglesia de Cristo en misión, el cristiano recibe la vida divina para anunciar, testimoniar y comunicar, por su salvación y por la salvación de todos.

El texto bíblico de Éxodo 17,8-13 contiene la memoria de un episodio en el que Israel, pueblo expatriado en búsqueda de una tierra donde establecerse, se ve amenazado de exterminio y lucha por su propia supervivencia. Convencido de conseguir la victoria –así como la liberación de Egipto– gracias solo a la ayuda de Dios, el pueblo de Israel conserva el recuerdo de esta batalla, y de las otras que seguirán, como testimonio de su fe en el verdadero Dios, Señor del cielo y de la tierra, Dios de los ejércitos, que socorre a los débiles y libera a los opresores. Es esta la alabanza que el salmista, con confianza y agradecimiento, eleva al Señor, el guardián de Israel: «Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio? El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra» (Sal 121,1-2). Los elementos de agresividad, odio y venganza que históricamente acompañaban este modo veterotestamentario de interpretar la fe fueron gradualmente purificados a lo largo de los siglos por personas santas, como los profetas y los sabios, y sucesivamente, y de una manera definitiva, por el Señor Jesús, el príncipe de la paz y de la justicia, anunciado en sus oráculos y esperado por los siglos. Todo lo que venía significado con la fuerza y la violencia por el exterminio de los ídolos y de los paganos, en Jesús se convierte en pasión ardiente y amor incandescente para la salvación de todos.

La cruz de Jesús es el lugar donde el mal es derrotado por el amor de Aquel que muere por nosotros, que muere en nuestro lugar haciendo suya la experiencia de nuestra muerte. Él también muere por la salvación de sus perseguidores y enemigos. Cada alteración es derrotada por el Dios de Jesucristo, en quien el odio y la muerte causan y provocan, en la comunión trinitaria, un amor cada día más grande y una misericordia cada día más eficaz. Dios ha destruido nuestro pecado, la injusticia y la muerte haciéndoles suyos, y los ha derrotado a través de su inmenso amor. «En su [de Cristo] muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es el amor en su forma más radical. En el Misterio pascual se ha realizado verdaderamente nuestra liberación del mal y de la muerte» (Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 9). El Nuevo Testamento y la unidad de las Sagradas

Escrituras nos introducen y nos educan en este modo de actuar salvífico de Dios dentro del mundo.

En esta perspectiva, la segunda lectura nos muestra cómo Pablo enseña a Timoteo la importancia de las Escrituras: «Desde niño conoces las Sagradas Letras: ellas pueden darte la sabiduría que conduce a la salvación por medio de la fe en Cristo Jesús» (2Tim 3,15). Timoteo, de hecho, las ha estudiado desde pequeño, como todo muchacho hebreo; desde entonces, también los niños cristianos tratan de conocerlas, con la ayuda de los padres y de la comunidad. Timoteo es un joven que, junto con su familia, ha abrazado la fe durante el primer viaje misionero del apóstol Pablo y que, a continuación, pasó a ser miembro de su grupo misionero. Hijo de madre hebrea y de padre griego, Timoteo recibió desde la infancia una profunda y firme educación religiosa de su abuela Loida y de su madre Eunice, que lo introdujeron en el conocimiento de las Sagradas Escrituras. Este requisito se basa en el hecho de que las Escrituras están inspiradas por Dios y, si se explican bien –en lugar de manipular y distorsionar, como dice la segunda carta de Pedro (cf 2Pe 1,19-21)–, nos animan a practicar las buenas obras y nos edifican en la justicia y en la santidad. El auténtico celo misionero no es el proselitismo violento, sino el deseo de un corazón fraterno lleno de Cristo y motivado por el Espíritu Santo a cooperar para la salvación y la felicidad de todas las personas, de todos los grupos étnicos, compartiendo valores éticos y culturales, esperanzas y alegrías, en busca de una vida plena y de una paz verdadera, que es Jesucristo muerto y resucitado. Por eso Pablo exhorta enérgicamente a Timoteo para que, anticipándose a la parusía del Señor, se dedique en cuerpo y alma a la enseñanza de la Palabra.

El apóstol a menudo menciona en sus cartas el servicio prestado por Timoteo a la obra de evangelización: siempre disponible y atento, acompaña a las comunidades eclesiales con generosidad y afecto. Pablo les recuerda a los Filipenses su testimonio y su fidelidad: «Con la ayuda del Señor Jesús, espero mandaros pronto a Timoteo. [...] Conocéis su probada virtud, pues se puso conmigo al servicio del Evangelio como un hijo con su padre»

(Flp 2,19.22). Escribiendo a los Tesalonicenses, él resalta su coraje y su carisma misionero: «Y enviamos a Timoteo, hermano nuestro y colaborador de Dios en el Evangelio de Cristo, para afianzaros y alertaros en vuestra fe, de modo que ninguno titubease en las dificultades presentes» (1Tes 3,2-3). Timoteo, por lo tanto, viaja con prontitud y diligencia para ponerse al servicio de las Iglesias recién fundadas, cada vez que necesitan aclaración de sus dudas o apoyo en sus luchas. El apóstol menciona frecuentemente en sus cartas los servicios prestados por Timoteo a las tareas de la evangelización: siempre disponible y atento, acompaña con generosidad y cariño a las comunidades eclesiales. La Palabra de Dios es su fuerza y su compañía.

El canto al Evangelio nos ofrece, con su impresionante lirismo, con su lenguaje sofisticado, un himno sublime dedicado a la Palabra de Dios, descrita como «viva y eficaz», ya que penetra en nuestra conciencia exactamente como una espada de doble filo. El Dios justo –como dice el salmista– sondea los corazones y las mentes y ve todos nuestros caminos. También en la carta a los Efesios nos encontramos con la metáfora de la espada: atribuida al Espíritu, representa el poder intenso y penetrante de la Palabra de Dios (cf Ef 6,17). Un cruel instrumento de guerra se pliega, por tanto, para simbolizar otra lucha: ese conflicto espiritual que produce arrepentimiento y conversión, alegría y nueva vida, bondad y fidelidad. Estos son los frutos de la Palabra divina, espiritual, viviente y personal; los frutos de la sabiduría que lo ve todo y que lo sabe todo, que todo lo impregna y todo lo juzga, que está presente en la parte más profunda de la conciencia y brilla de tal manera que nadie puede esconderse de su luz. El Evangelio de Jesús, sabiduría divina, es Espíritu y vida, hace levantar a los caídos, restaura la dignidad de los excluidos, da alegría a los afligidos, renueva a toda criatura, transforma, santifica y da vida eterna. Cuando la Palabra ilumina, sin embargo, al mismo tiempo juzga, porque despoja al alma de sus máscaras, revelando la verdad que se expone en la conciencia. En el corazón donde se derramó el Espíritu del resucitado, el juicio de la Palabra penetrante es siempre para el perdón y para la purificación.

La parábola de Jesús en el Evangelio de este domingo retrata a una mujer a quien un juez corrupto le ha negado el derecho a expresarse, una experiencia que incluso hoy en día sufren muchas personas en todo el mundo. La parábola está ambientada «en una ciudad» (Lc 18,2), una ciudad sin nombre, ya que lo que se cuenta parece tener lugar en todas partes: para los enemigos, la ley debe aplicarse; para los propios amigos solamente debe ser interpretada.

La viuda de la parábola no es amiga del juez, por eso no recibe audiencia. Esta viuda perdió la ayuda de su esposo y, en el mundo palestino del primer siglo, no pudo heredar su propiedad. Las viudas eran económicamente vulnerables y podían ser explotadas, como Jesús recuerda agudamente cuando acusa a los líderes religiosos de devorar las casas de las viudas (cf Lc 20,46-47). Al no poder pagar un abogado, la viuda se presenta sola para representar su causa contra su oponente. Jesús expone el razonamiento interno del juez, profundamente corrupto, completamente desinteresado en la denuncia de la viuda y totalmente indiferente hacia su persona: no teme a Dios y no le importa el bien de los hombres. La viuda está decidida a no permanecer invisible e inaudible, ni siquiera ante un juez deshonesto, hasta que el caso se resuelva definitivamente en su favor.

La parábola, de hecho, le sirve a Jesús para ejemplificar la necesidad de la oración, su urgencia y continuidad. Si la oración constituye el corazón de la misión de la Iglesia es porque dentro de esta relación personal y eclesial con Dios (liturgia) la persona y las comunidades se renuevan de acuerdo con los criterios de la salvación ofrecidos y operados por Jesús. Su pregunta sobre la fe en el momento de su regreso parece indicar una cierta preocupación del maestro sobre la efectividad de la misión y la autenticidad del testimonio de los discípulos misioneros. Estos, asociados al misterio pascual, gracias al bautismo, se encuentran ya enviados al mundo como Iglesia de Cristo, es decir, como la comunidad de los redimidos, colocada como una semilla y comienzo del Reino para que toda la historia y la humanidad sea transfigurada y redimida. La eficacia de la oración continua, de la súplica constante, de la búsqueda insistente del amor por la verdad y la justicia,

forja al discípulo en la misión. Solo aquellos que rezan insistentemente ponen a Cristo en el centro de sus vidas y de la misión que se les confía, creciendo en la fe. Solo aquellos que oran insistentemente se vuelven atentos y son capaces de escuchar, comprender y descubrir las necesidades y las peticiones de redención material y espiritual tan presentes en el corazón de la humanidad de hoy.



21 DE OCTUBRE DE 2019

Lunes, 29ª semana del tiempo ordinario

Fiesta

Rom 4,20-25

Lc 1,69-75

Lc 12,13-21

El hilo conductor de las lecturas bíblicas de este día es la gran temática de la vida. Dios confirma a Abrahán (un hombre ahora en el ocaso de su curso terrenal, según la historia del Génesis, sin esperanza de ver realizada la promesa de una descendencia) que el umbral biológico no detendrá su plan divino. Abrahán y Sara, una pareja de «jubilados biológicos» afligidos por el tormento de la infertilidad, conciben a Isaac, nombre que significa, literalmente, sonrisa, alegría de vivir. El mismo ofrecimiento de vida y alegría que se le otorga a Abrahán está asegurado a los creyentes que se adhieren a la fe «contra toda esperanza».

El apóstol Pablo, con la intención de basar la doctrina de la justificación por la fe en argumentos bíblicos, utiliza la narración de la alianza de Dios con Abrahán, en la cual Dios toma la iniciativa y se compromete fielmente. Dios le promete un linaje numeroso como las estrellas del cielo, y Abrahán, a pesar de que su esposa es estéril, cree en la palabra del Señor. Y esto –comenta el autor– es reconocido como justicia. La circuncisión, la alianza, la Ley, todo esto viene después, observa Pablo. En definitiva, la fe en Dios y en su Palabra tiene primacía y nos otorga, gratuitamente, los bienes prometidos, por pura y gratuita benevolencia divina.

La experiencia de Abrahán es importante, ya que emerge claramente de la gratuidad de la iniciativa espontánea de Dios al manifestar su misericordia, sin ningún crédito previamente adquirido de aquellos que disfrutaban de la gracia divina. De hecho, la narración de los hechos de Abrahán co-

mienza simplemente diciendo: «El Señor dijo a Abrahán: “Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti una gran nación y te bendeciré”» (Gén 12,1-2). No se menciona ninguna buena acción de Abrahán que pueda indicar su mérito precedente. El pueblo de Israel no se perdió las advertencias de los profetas para que aprendiese a aceptar con fe la generosidad universal de Dios, no como una recompensa debida, sino como un regalo, gratuito y libre, de su bondad. Todos debemos reconocer que el bien que acontece en nuestras vidas es total y puramente un don de Dios. Esto nos debe estimular a corresponder con la misma generosidad y amor, realizando nuestras acciones similares a las de Dios. En cuanto a los males, la historia de Abrahán muestra que tienen otras causas: el error humano, la mentira, la avaricia, la guerra o las mismas calamidades naturales. Dios, sin embargo, siempre interviene para transformar estos males en su opuesto y hacer el bien a todas sus amadas criaturas.

El tema central de la página evangélica es idéntico: la vida. El contexto es un conflicto entre hermanos por la división de la herencia: un fenómeno tan antiguo como el hombre, como lo confirma el hecho de que el primer asesinato es un fratricidio. Para Caín no era suficiente heredar, como primogénito, el oficio de su padre: entró en crisis por el hecho de que Abel había merecido la mirada de Dios. Las antítesis fisiológicas de las dinámicas que se desarrollan entre hermanos se describen con maestría, en toda su crudeza, en la parábola del padre misericordioso (Lc 15,11-32). En todas estas historias, la carcoma que corroee las relaciones fraternales es la codicia, el deseo de tener todo para sí mismo. Aquí Jesús ofrece una indicación fundamental, si no una advertencia, útil para orientar su vida: «Mirad: guardaos de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes» (Lc 12,15). El apego visceral al dinero es la raíz de todos los males (cf 1Tim 6,10). La necedad reprendida por Jesús en el Evangelio de hoy consiste precisamente en esto: olvidarse de que la vida, en todas sus dimensiones, es un regalo. Una gracia para compartir, y no solo para lucrarse en beneficio propio. Los frutos de la tierra

son una bendición de Dios (cf Dt 28,1-14), pero pueden transformarse en lo opuesto, cuando uno decide apoderarse de ellos y adquirir el control total. La riqueza acumulada compulsivamente ciega al hombre, motivo por lo que es calificado de «estúpido». Él no ve que, más allá de la valla, la muerte se avecina. Sin embargo, las Escrituras advierten al hombre: «El hombre no dura más que un soplo, el hombre pasa como una sombra, por un soplo se afana, atesora sin saber para quién» (Sal 39,6-7). El hombre rico es un insensato porque se mueve olvidando completamente que su vida es un regalo, que se le puede pedir en cualquier momento (cf Sab 15,8). Uno no puede vivir siempre bajo el temor de la muerte, aunque también es igualmente cierto que aquellos que deciden encerrarse en la jaula de su propio egoísmo son como muertos vivientes.

«¿Qué haré?» Esta es una pregunta recurrente en los escritos de Lucas (cf Lc 3,10.12.14; 16,3.4; He 2,37; 16,30). La elección entre la vida y la muerte es la encrucijada frente a la cual se encuentra cada persona. Para Israel, e incluso antes de Adán, el don de la vida (del más alto valor) está estrictamente ligado a la obediencia a Dios. El hombre se autocondena a escapar, al exilio y finalmente a la miseria y la muerte en el momento en que elige los bienes para disfrutar, excluyendo a Dios: «Tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea alegremente» (Lc 12,19). En conjunto, los bienes materiales forman una mesa abundante preparada por Dios para el beneficio de los hombres, comenzando con la creación. El problema surge cuando el hombre, como el sabio administrador de los regalos, se arroga el derecho de convertirse en patrón exclusivo y excluyente. Vivimos en una época que puede definirse como «ansiolítica»: el problema está en que «la ansiedad no nos quita el dolor del mañana, sino que nos priva de la felicidad de hoy», porque la ansiedad es hija de la incertidumbre. Las preocupaciones de este mundo se enumeran con detalle en el sermón de la montaña (cf Mt 5-7). «Por eso os digo: no estéis agobiados por vuestra vida pensando qué vais a comer, ni por vuestro cuerpo pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? [...] Buscad sobre

todo el reino de Dios y su justicia, y todo esto se os dará por añadidura. Por tanto, no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le basta su desgracia» (Mt 6,25.33-34). Solo la fe como vida eterna da la medida correcta a cada cosa, a nuestro tiempo, a nuestras relaciones.



22 DE OCTUBRE DE 2019

Martes, 29ª semana del tiempo ordinario

Fiesta o memoria de san Juan Pablo II

Rom 5,12-21

Sal 40,7-10.17

Lc 12,35-38

El pasaje de Pablo propuesto en la liturgia de hoy se encuentra exactamente en el corazón de la Carta a los romanos. Detrás de la declaración de que el ser humano necesita ser redimido, existe la convicción de que él es culpable en su relación con Dios. Después de haber demostrado, con la ayuda de la experiencia y las Escrituras, que la redención del hombre proviene de Dios por la fe en Jesucristo y no por la circuncisión, el apóstol comienza a tratar «nuestra» experiencia cristiana.

Si alguien rompe una relación de amistad, ofendiendo a su amigo, se crea un desorden en su propio corazón, que solo será superado cuando su amigo lo reciba y lo abrace nuevamente, aceptando sus disculpas. De hecho, la redención –dice Pablo– es la razón y la condición de nuestro vivir en paz con Dios. Pero para que los amigos vuelvan a la amistad, es necesario que alguien medie entre los dos, diciendo al culpable que el otro ya no guarda rencor, y que lo está esperando con el corazón abierto. Y cuando todo haya terminado, el vínculo será más fuerte y la alegría será mayor que antes. Ahora –continúa Pablo–, sabiendo quién actuó como mediador, es decir, Jesús, debéis soportar muchas humillaciones y sufrimientos para encontrarme y convencerme de que confiáis en la bondad del Padre, por cuyo amor yo había tenido desprecio; mi corazón está profundamente agradecido y se dispone con alegría a colaborar con él en los trabajos de reconciliación, participando en sus sacrificios para llevar el mensaje a los otros hermanos.

¿Cómo podemos dudar de este amor –pregunta el Apóstol de las Naciones– después de la demostración extraordinaria que Dios nos ha dado? El hecho histórico de la muerte de Jesús tiene un significado teológico de sufrimiento sustitutivo: él murió por nosotros, en nuestro lugar y en lugar de todos, por nosotros que nos habíamos apartado de Dios. En otras palabras, el que recibió la misión de mediación también resultó ser nuestro gran amigo, asumiendo el peso de todos los males que nos golpearon cuando nos quedamos solos y perdidos. Esta demostración incomparable del amor divino por nosotros brillará en la historia para siempre, iluminando el camino de los pueblos.

Pablo va por todo el mundo, sin detenerse, con gran alegría, dando el todo de sí mismo para difundir esta buena noticia. Jesús no se sacrificó porque fuésemos judíos o griegos, esclavos o libres, educados o ignorantes, ricos o pobres, hombres o mujeres, sino simplemente porque éramos pecadores necesitados de perdón. Y su don fue dispensado sin que los hombres tuvieran ningún mérito. Lo que más agrada a Dios es no infligir castigo, sino dar sin medida su sublime misericordia.

Después de que Dios lograra este misterio inefable de amor, absolutamente gratuito y universal, era imposible –agrega el Apóstol– que Dios no completara la obra de nuestra salvación. La plenitud de la salvación, por lo tanto, se refiere a los bienes futuros, los bienes escatológicos: la gloria y la vida eterna. De esta manera, la paz y la reconciliación que recibimos «ahora» y saboreamos dentro de nuestro corazón están orientadas a su futura realización, ya que son la prenda de los dones que recibiremos más adelante.

Para exponer la triple dimensión de esta liberación, es decir, del pecado, de la ley y de la muerte, Pablo comienza una confrontación que describe la situación del ser humano antes y después de Cristo, mostrando las consecuencias de la desobediencia de Adán –que es la «figura» del que había de venir– y las de la obediencia de Cristo, el nuevo Adán. Reflexionando sobre la historia de la caída del hombre (Adán), en el poema del Génesis, Pablo utiliza la verdad teológica allí presente: el pecado es la causa de la condición trágica de la esclavitud de la humanidad. El carácter etiológico

de la historia del Génesis indica el pecado como la causa de la miseria general de la humanidad (dolor, aflicción, discordia, violencia y muerte). La desobediencia de Adán –tanto en sentido individual como colectivo (cf Gén 1,27)–, ha introducido una fuerza activa e infame en el mundo.

Pero aquí está: Jesucristo es el salvador. A través de él llegó la redención y la vida eterna para todos. Jesús es el «segundo» Adán, la antítesis de nuestro progenitor. El primer ser humano no tuvo fe en su Creador, desobedeció y rompió su amistad con Él. Por el contrario, Jesús es el «hombre nuevo», el nuevo Adán, absolutamente fiel y perfectamente obediente, que da su vida para restaurar nuestra amistad con Dios. La antítesis subraya la incommensurable superioridad del beneficio traído por Jesús en contraposición al daño infligido por Adán. «Si por el delito de uno solo murieron todos, con mayor razón la gracia de Dios y el don otorgado en virtud de un hombre, Jesucristo, se han desbordado sobre todos» (Rom 5,15). El contraste entre «uno» y «todos» resalta el alcance universal del nuevo vínculo de amistad traído por el Señor Jesús.

El tema central del pasaje evangélico de Lucas es la segunda venida del Señor en la gloria, para juzgar a los vivos y a los muertos, como se profesa en el Credo: «Y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos». El paréntesis que separa el camino de los fieles de esta cita inevitable es el momento de la expectativa activa. La idea más importante del pasaje evangélico es la invisibilidad del propietario que, después de haber confiado un patrimonio para ser cultivado y aprovechado, desaparece, pero sin abandonar los suyos a su propio destino. En esta forma de obrar de Dios también existe el misterio de la libertad otorgado al hombre, que puede elegir cómo administrar el don de la vida sin presiones físicas, sin sentir una presencia apremiante.

En las Sagradas Escrituras, la petición de ceñirse la cintura se encuentra por primera vez en Éx 12,11. El contexto es la preparación de la cena pasqual antes del paso del ángel de la muerte y de la salida de la tierra de la esclavitud. Luego se convertirá en una fórmula común para indicar la llamada al servicio, ejemplificada magistralmente por Jesús. «Antes de la fiesta de la

Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, [...] se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos» (Jn 13,1.4-5). En este gesto, el servicio en nombre de Dios ha sido elevado al rango de sacramento del amor, dentro de la Eucaristía, que permite al destinatario participar en la vida de Jesús (cf Jn 6,30-58). No es casual que el cuarto Evangelio narre la Última Cena junto con el lavatorio de los pies. A Pedro, que trata de protegerse de esa iniciativa, «indigna» para el maestro, Jesús le dice: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo» (Jn 13,8). Lavar los pies de los hermanos es un gesto que el maestro confía a sus discípulos como emblema del estilo de vida para llevar a todas las naciones. Después de la resurrección de Jesús, de hecho, los discípulos son disuadidos de seguir mirando al cielo; más bien, se les alienta a ir en misión para hacer todo lo que Jesús dijo e hizo, con la promesa de que el maestro volvería a su lado de la misma manera que se había ido (cf He 1,11). Se anhela con esperanza el regreso del maestro ciñéndose la cintura, es decir, al servicio de los hermanos en la fe, anunciando y haciéndoles participar de la salvación ofrecida como garantía en la Eucaristía.

La metáfora de las lámparas para mantenerse siempre encendidas (como en Éx 27,20; Lev 24,2) califica la espera como un momento de especial vigilancia. La aparente ausencia del amo puede llevar a la tentación de reemplazarlo, pretendiendo convertirse en los árbitros absolutos de la vida, la propia y la de los demás, y eliminando los bienes confiados para custodiarlos. Desde la perspectiva de Dios, la espera responde a la ley del amor. En el que vive los largos tiempos de espera, crece el deseo de encontrarse cara a cara con Dios: es necesario ser lo suficientemente fuertes como para soportar la carga de una palabra dada, pero sin una fecha límite, sostenida por la promesa del regreso sin previo aviso. Es importante que seamos conscientes de que todas las estaciones de una vida bien empleada, buscando y haciendo la voluntad de Dios, son un *kairós*, un tiempo favorable para ser llamados a volver a casa. La vida será un éxito si el fiel se encuentra preparado para este encuentro.

23 DE OCTUBRE DE 2019

Miércoles, 29ª semana del tiempo ordinario

Fiesta o memoria de san Juan Capistrano, presbítero

Rom 6,12-18

Sal 124,1b-8

Lc 12,39-48

Pablo sostiene, en todo el texto de la Carta a los romanos, que es inútil confiar en la ley mosaica, ya que no libera al hombre, sino que lo esclaviza y lo condena. De hecho, hasta la llegada de la ley de Moisés, ya existía el pecado en el mundo, por causa de Adán, así como la muerte. Sin embargo, como aún no se había revelado la ley y todavía no existía ningún precepto, no fue posible hacer responsables a los pecadores de sus deficiencias, en su aspecto formal de transgresiones, ni se les aplicaron las sanciones previstas en la ley. Sin embargo, de acuerdo con la ley natural escrita en el corazón, la responsabilidad personal por el pecado sigue siendo la misma para todos. Por lo tanto, después de haber recibido la ley, los judíos solo vieron aumentar sus responsabilidades y, con ellas, sus culpas.

La expectativa judía era que, en los últimos días, con la llegada del Mesías, este traería una nueva ley o una reinterpretación de la ley. Este tercer período –que Pablo llama «la plenitud del tiempo»– fue inaugurado por el nacimiento y la Pascua de Cristo, el ungido por Dios. Desde su llegada, por lo tanto, hemos sido liberados de la ley, declara el apóstol, porque la gracia del Señor Jesús comenzó a reinar.

Pablo deja de lado la historia de Noé y lo que podría significar sobre la alianza, el pecado y la ley, y pasa directamente de Adán a Moisés. Tiene la intención de afrontar el problema exclusivamente en términos de la ley mosaica, porque fue con este argumento con el que algunos de los judíos, o judíos-cristianos, los falsos hermanos, molestaban a las comunidades

cristianas que él fundó, tratando de imponer a todos la circuncisión como algo necesario para ser redimidos y salvados por Dios.

Ahora, cuando Pablo dice que la ley fue, sin saberlo, la causa de la proliferación de pecado y, aunque de manera indirecta, esto hizo que sobreadundase la gracia de Dios derramada sobre la humanidad pecadora, se expone a la posibilidad concreta de recibir muchas preguntas y ser criticado. Anticipándose a las objeciones que habría recibido, Pablo dice que los cristianos, una vez que experimentaron el misterio pascual de Cristo muerto y resucitado, ya no quieren saber nada más del pecado ni de sus terribles consecuencias. El hecho de que la justificación de Cristo nos redime a todos y que traiga vida y libertad para todos no significa que el pecador pueda continuar pecando como antes o incluso más, abusando de su libertad en Cristo o provocando a Dios para que manifieste todavía más su gracia. El auténtico cristiano se considera muerto a causa del pecado y vive exclusivamente para Dios en Cristo Jesús. Por lo tanto, no estando ya sometido a la ley, sino bajo la protección de la gracia, al cristiano se le insta a ofrecer su cuerpo y todo su ser solo para practicar el bien, el amor mutuo y la justicia; está llamado a consagrarse por completo al servicio de Dios en favor de los demás. Aquí está la gran misión evangelizadora de la Iglesia. De hecho, la redención nos hace renacer a través de un vínculo de adopción filial e implica el comienzo de una nueva vida a la luz del Espíritu Santo.

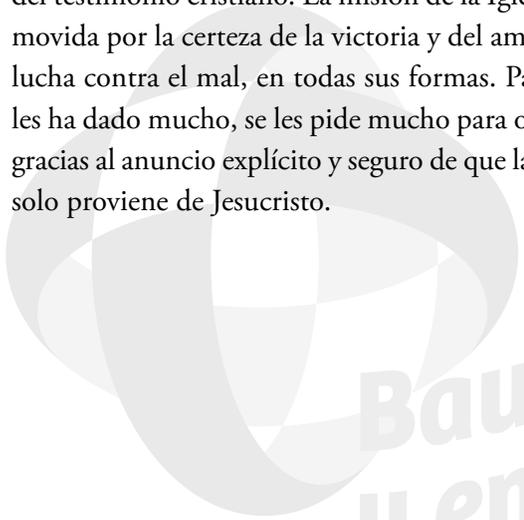
Esta enseñanza de Pablo en relación con la ley está perfectamente en consonancia con la de Jesús. El administrador que ha cometido un error, desobedeciendo una orden explícita de su amo, será castigado con más severidad que el servidor que cometió el mismo error, pero sin conocer la norma entonces vigente. Esta es simplemente la enseñanza que el Apóstol explica en su carta. La ley ha aumentado la responsabilidad y, por lo tanto, la culpa por la transgresión. Todos aquellos que han recibido autoridad y medios en lo religioso, social, político, económico, jurídico, militar, etc., recibirán un castigo muy serio si abusan de su poder para maltratar, explotar y oprimir al pueblo de Dios o destruir su casa, su creación.

La pregunta de Pedro: «Señor, ¿dices esta parábola por nosotros o por todos?» (Lc 12,41) abre el horizonte a la dimensión comunitaria de vigilancia. La parábola de Jesús está dirigida a todos los miembros de la comunidad eclesial, cada uno de los cuales está invitado a llevar a cabo su tarea con felicidad, diariamente, sin posponer nada hasta mañana. Entre aquellos que están llamados a la vigilancia, los que ostentan roles de liderazgo dentro de la comunidad tienen una mayor responsabilidad. El gran desafío de servir a Jesucristo y su Evangelio, en lugar de servirse de él, concierne principalmente a los líderes, a los animadores de las comunidades. Los que se sientan en la cabecera de la mesa deben asegurarse de que otros hayan tenido su ración antes de servirse ellos. Jesús elogia al administrador honesto y sabio, al que no está atrapado por la fascinación del poder y que maneja los recursos con la separación necesaria. «Bienaventurado aquel criado a quien su señor, al llegar, lo encuentre portándose así. En verdad os digo que lo pondrá al frente de todos sus bienes» (Lc 12,43-44). La gestión equitativa de los bienes de la tierra, en la justicia y en la transparencia, son temas de gran relevancia en el mundo contemporáneo: un mundo azotado por la codicia depredadora a escala mundial y en el que a menudo el ser humano vale mucho menos que los bienes y las cosas. «Pero si aquel criado dijere para sus adentros: “Mi señor tarda en llegar”, y empieza a pegarles a los criados y criadas, a comer y beber y emborracharse, vendrá el señor de ese criado el día que no espera y a la hora que no sabe y lo castigará con rigor, y le hará compartir la suerte de los que no son fieles» (Lc 12,45-46).

En estas palabras, es importante prestar atención a la actitud del sirviente infiel, que en su corazón está convencido de que la llegada del Señor está muy lejos, y a la referencia final a los infieles. La locura y el ateísmo aparecen emparejados en los Salmos (14,1; 53,2): «Dice el necio para sí: “No hay Dios”». Para aquellos que deciden excluir a Dios de su corazón, no será fácil acoger a los demás y reconocer el plan divino para él. El Evangelio declara que el Señor vendrá de nuevo como juez y que todos tendrán que rendir cuentas de lo realizado. No es una amenaza. No está dentro de la pedagogía de Dios imponerse con el espectro del castigo. La comunidad

cristiana es la casa del Padre en el que se celebran la vida y el amor. Son las elecciones de cada uno las que producirán el premio o la exclusión.

El mal seriamente considerado, a la luz de la certeza de las victorias de Cristo sobre la muerte, constituye una seria provocación para la misión cristiana en la perspectiva de san Pablo y del Evangelio. La lucha iniciada por Cristo en el corazón del discípulo misionero, gracias a la acción de Espíritu en el bautismo, representa una dimensión central del anuncio y del testimonio cristiano. La misión de la Iglesia, precisamente porque está movida por la certeza de la victoria y del amor misericordioso, no teme la lucha contra el mal, en todas sus formas. Para los creyentes, a quienes se les ha dado mucho, se les pide mucho para ofrecer, proclamar y compartir gracias al anuncio explícito y seguro de que la salvación del mal y la muerte solo proviene de Jesucristo.



Bautizados
y enviados

Octubre
2019

24 DE OCTUBRE DE 2019

Jueves, 29^a semana del tiempo ordinario

Fiesta o memoria de san Antonio María Claret, obispo

Rom 6,19-23

Sal 1,1-4.6

Lc 12,49-53

En los textos bíblicos de esta liturgia es posible ver un tema común: la libertad otorgada por Dios a cada persona humana, el uso que hacemos de ella y las responsabilidades que se derivan. El pasaje de la Carta a los romanos traza una línea clara entre un camino al servicio del pecado y una vida bajo el señorío de Cristo. El resultado también se perfila: el producto final de las obras pecaminosas es la muerte, y la muerte representa una separación sin posibilidad de regreso. Es el destino que se autoimpone el que decide obstinadamente excluir a Dios de su vida. El escenario presentado por Pablo se corresponde perfectamente con el del Evangelio. Junto con la sombría posibilidad del rechazo del Evangelio y la consiguiente condena, también está el amplio horizonte de la vida eterna fundado en Cristo Jesús. Para Pablo, después de una experiencia vivida de estricta observancia de los preceptos religiosos como una forma maestra de obtener la salvación, es importante recalcar repetidamente que la comunión con Dios a través de la persona de Jesucristo es un don inmerecido. Nadie puede reclamar crédito con respecto a Dios. La salvación es gracia, y el hombre está invitado a acogerla en su propia vida y a cultivarla.

Incluso en su brevedad, el pasaje del Evangelio de Lucas contiene un mensaje vibrante, tan fuerte en los tonos y en las imágenes que ningún oyente puede permanecer indiferente. En primer lugar, es un discurso que transmite una sensación de inminencia ante la cual es necesario tomar una posición. La manifestación de Dios en la persona de Jesucristo ha

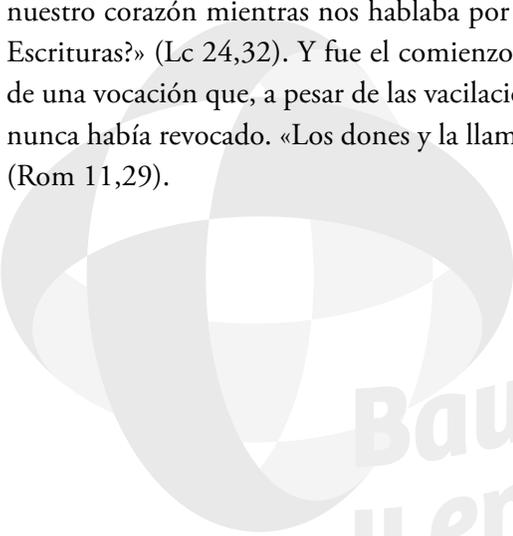
encendido una llama en la historia de la humanidad y en la de las personas. En la Biblia, el fuego simboliza la palabra del Señor proclamada por el profeta (cf Jer 5,14; 23,29; Sir 48,1). Una Palabra similar al martillo que, cuando golpea la roca (cf Jer 23,29), causa mil chispas para estimular. «He venido a prender fuego a la tierra» (Lc 12,49). En el pasaje, el fuego está conectado a las respuestas contrastantes que despiertan la persona y el mensaje de Jesús: la división, no solo entre extraños, sino incluso entre los miembros de la misma familia. Hay una continuidad entre este texto y la profecía de Simeón de que este niño se convertiría en un signo de contradicción (cf Lc 2,34). El fuego también se usa para transmitir un mensaje reconfortante: «Cuando pases por el fuego, no te quemarás» (Is 43,2). Juan el Bautista bautizó con agua, luego Jesús bautizará con fuego (cf Lc 3,16). Es bajo la forma de lenguas de fuego como el Espíritu Santo descenderá sobre la Iglesia reunida en el salón superior, en el día de Pentecostés (cf He 2,2-4). El fuego también se utiliza como una imagen para expresar el juicio de Dios. Todo estará sujeto a la prueba de fuego que separará el heno del grano. De ahí la exhortación del apóstol Pablo: «Mire cada cual cómo construye. Pues nadie puede poner otro cimiento fuera del ya puesto, que es Jesucristo. Y si uno construye sobre el cimiento con oro, plata, piedras preciosas, madera, hierba, paja, la obra de cada cual quedará patente, la mostrará el día, porque se revelará con fuego. Y el fuego comprobará la calidad de la obra de cada cual. Si la obra que uno ha construido resiste, recibirá el salario. Pero si la obra de uno se quema, sufrirá el castigo; más él se salvará, aunque como quien escapa del fuego» (1Cor 3,10b-15).

El fuego que Jesús vino a traer a la tierra está claramente relacionado con su bautismo. Cuando tenga lugar su bautismo, o sea, su pasión, entonces el fuego que ha venido a traer, es decir, el don del Espíritu, también se encenderá. Así, con dos figuras retóricas, Jesús describe el misterio pascual y el fruto que él trajo para nosotros. Juan Bautista, de hecho, había anunciado que el que venía era más poderoso que él, alguien al que ni siquiera era digno de desatar las correas de sus sandalias. Si él bautizaba con agua

para preparar el camino del Señor, invitando a la gente al arrepentimiento y a la conversión, el Hijo del altísimo bautizará en el nombre del Espíritu Santo y con fuego, para que todas las criaturas conozcan la salvación de Dios y sus grandes maravillas. La realización de esta promesa está descrita por Lucas en los Hechos de los Apóstoles, con la historia de Pentecostés, cuando el Espíritu, don pascual, desciende sobre la Iglesia en forma de lenguas de fuego, revistiéndola de la fuerza profética con la que comienza la misión evangelizadora.

Lucas debe haber sido testigo de muchos conflictos familiares durante sus viajes misioneros por todo el mundo, evangelizando constantemente con Pablo, en algunas ocasiones, y también con otros compañeros. Muchos de estos conflictos tuvieron lugar en las mismas sinagogas, como lo demuestran las historias contenidas en los Hechos de los Apóstoles, debido a la aceptación del anuncio por parte de algunos y la negativa de otros. Es obvio que miembros de la misma familia participaron en los ritos en la sinagoga. Esto trae a la mente otra frase de Jesús, que exige de sus discípulos un amor mayor que el amor que tienen por sus familiares. La razón es muy simple: él es la fuente del amor. Es él quien nos enseña a amar de verdad, dando la propia vida por las personas que amamos. El amor motivado solo por los lazos familiares es muy frágil. En cambio, cuando alguien se convierte en un seguidor de Jesús no solo aprende a amar de verdad a su propia familia, sino que abandona toda codicia e hipocresía, todo egoísmo y discriminación, abriendo el corazón a la hermandad universal, aceptando con amor sincero a otras personas diferentes por su religión, origen étnico, cultura, color de la piel, clase social: a personas hasta entonces desconocidas. Esto, sin embargo, puede provocar la hostilidad por parte de la familia y de la comunidad a las cuales no les gusta lo que es diferente: no aceptan las innovaciones que pueden socavar sus tradiciones y creencias, no entienden y rechazan esta nueva forma de vida, que es una auténtica revolución, espiritual y social. Como Lucas mismo dice: «La Ley y los Profetas llegan hasta Juan; desde entonces se anuncia la buena noticia del reino de Dios y todos se esfuerzan por entrar en él» (Lc 16,16).

La paz es una constante en los discursos de Jesús (cf Mt 5,9) y en sus reacciones, incluso frente a la provocación y la violencia: es el príncipe de la paz, es «nuestra paz» (Ef 2,14). Aquellos a quienes Jesús interpela deben decidir en qué campo participar. El fuego que ofrece Jesús calienta los corazones, especialmente a aquellos que no saben adónde ir. Que él nos acompañe, como lo hizo de incógnito con los discípulos de Emaús, quienes al final de un día cansado y descorazonado profesaron: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24,32). Y fue el comienzo de un reinicio, la renovación de una vocación que, a pesar de las vacilaciones de los apóstoles, el Señor nunca había revocado. «Los dones y la llamada de Dios son irrevocables» (Rom 11,29).



Bautizados
y enviados

Octubre
2019

25 DE OCTUBRE DE 2019

Viernes, 29ª semana del tiempo ordinario

Fiesta

Rom 7,18-25a

Sal 119,66.68.76.77.93.94

Lc 12,54-59

Se ha mencionado la afirmación de Pablo de que la ley era la razón de la proliferación del pecado, y las críticas que le hicieron sus oponentes. Pero el objetivo del Apóstol es señalar que la ley no tiene en sí misma el poder de transformar y salvar al ser humano: solo muestra lo que está bien y lo que está mal, y así termina por resaltar todas sus deficiencias. Por eso Pablo responde sin lugar a dudas: la ley es buena y santa, pero el problema está en que a través de ella el pecado, que es la transgresión de los mandamientos, se manifiesta en toda su gravedad. La ley pone ante la gente el camino de la vida y el camino de la muerte.

Pablo conoce muy bien el drama interno que vive cada persona, especialmente cuando se esfuerza por seguir el camino de la perfección. A través de la razón y de la voluntad, el ser humano comprende y desea hacer el bien, de acuerdo con los mandamientos, pero dentro de sí encuentra una tendencia, un impulso, a hacer el mal. Esto muestra que es esclavo y que necesita una fuerza liberadora que no puede venir de él. No nacemos con una culpa personal, pero llevamos los signos del pecado, del desorden cósmico y sufrimos sus consecuencias. «Pues –dice Pablo– no hago lo bueno que deseo, sino que obro lo malo que no deseo» (Rom 7,19). El ser humano experimenta esta dramática contradicción y se pregunta a sí mismo: ¿quién puede liberarme de mi propio «yo» frágil, carnal, para experimentar el «yo» nuevo, sanado y espiritual que le gusta a Dios? Pablo sabe que Jesús es la única fuente de gracia y nuestra redención. Por lo tanto, nos exhorta

a alabar y dar gracias a Dios, junto con él, y por lo tanto podemos orar con el salmista, diciendo: «Que tu bondad me consuele, según la promesa hecha a tu siervo; cuando me alcance tu compasión, viviré, y tu ley será mi delicia» (Sal 119,76-77).

Los que fielmente guardan la ley deben tener mucho cuidado para no caer en el grave pecado del orgullo, como el fariseo del templo que, despreciando a los demás, se consideraba justo delante de Dios, contradiciendo así lo que dice la Escritura: «No llares a juicio a tu siervo, pues ningún hombre vivo es inocente frente a ti» (Sal 143,2). También puede ser que no tuviese el coraje suficiente para dar el siguiente paso, allí donde conduce la misma ley. El que guarda los mandamientos está en el camino que lleva a la vida eterna, como se muestra en el pasaje de la persona que le preguntó a Jesús: «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para heredar la vida eterna?» (Lc 18,18). El Señor confirmó que el joven estaba en el camino correcto. El asunto está en que este viaje lo llevó a Jesús para continuar su búsqueda, siendo el propio Jesús el «camino» de la vida (cf Jn 14,6) y la «puerta» de entrada en el Reino (cf Jn 10,7-9). Cuando Pablo, mediante la luz de la gracia, entendió esto, no dudó en seguir el camino de Jesús con todas sus fuerzas, con su corazón y su mente. Aquel hombre, sin embargo, que era muy rico, no tuvo el mismo coraje.

En la apelación de Jesús a la multitud, que saben cómo discernir los signos de la naturaleza con su experiencia e inteligencia, el maestro divino les reprocha dos defectos: la incapacidad de discernir el tiempo presente y la incapacidad para juzgar lo que es correcto. Saben interpretar el tiempo cronológico y meteorológico, pero no pueden percibir la presencia de tiempo salvífico. En su discurso programático en la sinagoga de Nazaret, citando al profeta Isaías, Jesús había declarado que estaba inaugurando el comienzo del Año del Señor, el «hoy» de la salvación, en el que las promesas de las Escrituras alcanzan su plenitud (cf Lc 4). A partir de ahí, toda la actuación de Jesús, en palabras y acciones, fue una incansable misión evangelizadora. Muchas personas que lo escuchaban y eran testigos de sus obras permanecían asombradas y, glorificando a Dios, decían: «Hoy hemos

visto maravillas» (Lc 5,26). A los discípulos del Bautista, que le preguntaban si realmente era el Mesías o si era necesario esperar a otra persona, Jesús les respondía mostrándoles los frutos de su acción evangelizadora: «Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados» (Lc 7,22). Y si, por una parte, Jesús muestra aflicción por ser perseguido y obstaculizado por las autoridades políticas y religiosas, por los poderosos y los propietarios de tierras que no conocen ningún arrepentimiento y rechazan cualquier oportunidad de conversión, por otro lado, está extasiado contemplando la alegría y la sencillez de los humildes que acogen la luz de su Palabra y se convierten en sus discípulos para entrar en el Reino. Por lo tanto, exultante en el Espíritu Santo, Jesús irrumpe en alabanza y acción de gracias al Padre, porque ha escondido estas cosas de los sabios y expertos y las ha revelado a los pequeños.

Dado que hay mucho en juego, deberíamos mostrarnos menos expertos en la lectura de los fenómenos naturales, pero más lúcidos en la comprensión del tiempo de la historia y del tiempo de Dios; esta última actitud sería menos perjudicial que la cuestionada por Jesús. Dado que se trata, esencialmente, de la gracia de la revelación mesiánica, es urgente y decisivo aceptarla en el mismo momento en que se presenta, y darla todas las posibilidades de producir los frutos de la salvación de los cuales es portadora. Esto solo podría lograrse respondiendo, desde la libertad y la obediencia, a las continuas llamadas a la conversión, dirigidas por el Señor en su camino a Jerusalén. También es necesario prestar la debida atención a los signos particulares de esta época en que la presencia de Cristo desborda de una novedad absoluta, haciéndoles adquirir un increíble significado histórico y providencial para nuestra salvación.

26 DE OCTUBRE DE 2019

Sábado, 29ª semana del tiempo ordinario

Fiesta o santa María en sábado

Rom 8,1-11

Sal 24,1b-4ab.5-6

Lc 13,1-9

La enseñanza de Jesús, en el Evangelio de hoy, comienza con una noticia que le cuentan personas anónimas: el caso de algunos galileos masacrados por Pilato, mientras ofrecían un sacrificio en el Templo. No solo se ejecuta la condena dentro de las paredes del Templo, sino que, además, la sangre humana se ve mezclada con la de los animales sacrificados, lo que causa una seria vergüenza y provoca indignación. No está claro por qué estas personas cuentan el episodio a Jesús. Tal vez porque, siendo Jesús un galileo, querían advertirlo –tal como sucede poco después– de la persecución de Herodes Antipas, que quería matarlo. O tal vez lo amenazaban sórdidamente, porque si lo hubieran denunciado al procurador romano, podría haber corrido la misma suerte. O bien simplemente por el gusto de las habladurías de las tragedias de los demás. Como dice el salmo: las personas que se regocijan con los males de los demás deben retirarse; aquellos que se regocijan de las enfermedades de los demás deberían avergonzarse.

Pero la respuesta de Jesús lleva a suponer la presencia de algo aún más serio en ellos: un juicio condescendiente hacia las víctimas, como si merecieran morir tan violentamente, y en el momento sagrado de la adoración de Dios; como si la brutalidad de los romanos fuera un juicio de Dios sobre los que fueron asesinados. Jesús no hace ningún comentario sobre el evento, pero saca una lección de la actitud de quienes le informan del triste episodio: nadie está autorizado a interpretar el sufrimiento, la enfermedad, los accidentes y las tragedias de los demás como si fuesen un

castigo divino por los pecados cometidos, pero todos deben considerar sus propios pecados como la peor desgracia, y tratar de convertirse con un sincero arrepentimiento. Nadie ha recibido la autoridad para juzgar y dividir a las personas en «buenos» y «malos». Solo el Señor conoce toda la verdad que hay en nuestros corazones.

Apenas le fue comunicada la noticia, Jesús rechaza inmediatamente la lectura según la cual habría una relación causal entre la muerte violenta y la dimensión del pecado. Jesús quiere hacer hincapié en que los incidentes no necesariamente revelan la gravedad de algunos pecados ocultos en la persona que es víctima, sino que son como advertencias que nos recuerdan que la muerte puede llamar a la puerta siempre, y sobre todo cuando menos lo esperamos. De aquí se deriva la conciencia que debe despertar en cada uno de nosotros la necesidad y la urgencia de la conversión interior, aceptándola y actuando antes de que sea demasiado tarde. Por eso Jesús, rechazando que los galileos asesinados por Pilato y las dieciocho personas que perecieron por la caída de la torre de Siloé puedan ser considerados más pecadores que los demás, continúa su discurso dando a entender que si los que le escuchan no se convierten, podrían perecer de la misma manera. Convertirse no porque su arrepentimiento vaya a protegerlos de la muerte, sino porque la conversión pone en buena disposición espiritual y humana para encontrar al Señor de la vida, en total serenidad y paz de corazón. Si la conversión puede liberar de la muerte eterna, no tanto de la desaparición física. La imagen de Dios pensando en la idea de que la muerte violenta revelaría un pecado grave en la víctima no se corresponde con el Dios-Padre revelado por Jesús. Este no es un Dios que se venga de los pecadores, sino un Dios paciente, que espera, concediendo el tiempo necesario, que en un momento dado la humanidad terminará dándose cuenta de ese amor loco con el que es amada, y esto dará los frutos del amor fraterno y de la solidaridad que se espera de ella.

En cualquier caso, esta es la perspectiva indicada por la parábola, el punto teológico que esta dramatiza con la ayuda de la historia de un hombre, de su higuera y de su viñador. Decepcionado por no haber recibido los

frutos que tenía derecho a esperar, después de tantos años de cuidado y trabajo, el hombre decide cortar su higuera, porque no sería bueno continuar dejándola disfrutar de la tierra en vano. Pero, sorprendentemente, su viñador interviene e intercede para que le sea concedida una prórroga a la higuera, el tiempo suficiente para comprobar si trabajando mejor la tierra y poniendo fertilizantes las cosas pudiesen cambiar. No conocemos como continua la historia, ni tampoco se narra si se lleva a cabo la ejecución del veredicto, pero esto abre el camino a la esperanza. Si de alguna manera nos vemos reflejados en la imagen de la higuera, la buena noticia está en que el tiempo de vida que nos ha dado el dueño del universo nos abre un espacio para dejar que actúe en nosotros la gracia divina y produzca sus frutos de paz, de alegría, de justicia y de amor en cada uno de nosotros. Es un regalo, una especie de segunda oportunidad que no deja lugar al error. Por otro lado, si es la figura del viñador la que nos represente, debemos entrever nuestra parte en la intercesión y en los esfuerzos que debemos realizar para contribuir a la conversión de los demás. Como comunidad eclesial, no hace falta decir que estamos llamados a un doble compromiso: convertirnos sin descanso, llegando a ser cada día más transparentes a la Palabra de Dios y dóciles al Espíritu de amor que da la vida y empeñarnos por la conversión del mundo sin ensombrecer el rostro misericordioso y paciente de Dios, Padre de Jesucristo, cuya primera y única voluntad es salvar y no condenar. La experiencia muestra que se obtiene más del corazón al darle confianza: no conquistamos a las personas al amor divino metiéndolas miedo, apriionándolas en sus desgracias. Que esta pedagogía guíe nuestras acciones misioneras, sin que esto atenúe la agudeza profética ni la profunda comprensión de la naturaleza humana y el contenido de la salvación.

La imagen de la higuera plantada en el viñedo sugiere, tal vez, que el reino de Dios (la viña) es mucho más grande que Israel o Jerusalén, representados por la higuera. Por lo tanto, Jesús, el Mesías, el viñador divino, ha venido a buscar en la Ciudad Santa los frutos de la misericordia, de la justicia y de la fidelidad. Estos son los frutos que le gustan a Dios, los frutos esperados por el «dueño de la viña». Pero el tiempo se acaba y se toma la decisión de

cortar la higuera, porque no se han encontrado esos frutos. Este es también el significado del episodio del higo estéril de Marcos (cf Mc 13,28) y de Mateo (cf Mt 21,18-22; 24,32), que condujeron a la maldición del árbol.

Pero, sorprendentemente, en la parábola de Lucas es el viñador el que intercede con el propietario, para que tenga un poco de paciencia con su higuera y, por tanto, para que tenga piedad de Jerusalén. Y como si esto no fuera suficiente, se compromete a hacer todo lo posible para que este árbol sea fructífero. Porque seguramente, como declara el profeta Ezequiel en la aclamación del Aleluya, Dios no disfruta de la muerte de los malvados; más bien es su conversión lo que él desea, para que puedan abandonar su camino equivocado y su vida de pecado. «Convertíos, convertíos de vuestra perversa conducta. ¿Por qué os obstináis en morir, casa de Israel?» (Ez 33,11). Desafortunadamente, la invitación a la conversión no fue aceptada, las advertencias no fueron escuchadas, las señales no fueron entendidas y el tiempo de la gracia no fue disfrutado. Pero antes de que ocurriera la tragedia final de Jerusalén, el mismo árbol de la vida, Jesús, quiso ser cortado de modo que, en última instancia, la raíz de todos los males fuese extirpada y germinase en nuestro corazón, vivificándola eternamente con la fuerza del Espíritu Santo.

Octubre
2019

27 DE OCTUBRE DE 2019

Domingo, 30ª semana del tiempo ordinario

Ciclo C

Si 35,15b-17.20-22a

Sal 34,2-3.17-19.23

2Tim 4,6-8.16-18

Lc 18,9-14

La enseñanza del sabio Ben Sira, heredero de la milenaria doctrina profética de la justicia y del amor preferencial de Dios por los pobres y oprimidos, nos lleva a las cumbres de la verdadera espiritualidad bíblica. El Deuteronomio advirtió que Dios «no es parcial ni acepta soborno» (Dt 10,17), contrariamente a los hombres, que hacen favoritismos basados en prejuicios sociales, raciales o ideológicos, dañando la vida de los humildes. Esta doctrina será ampliamente aplicada por Jesús en su praxis de predicación y de liberación, así como por los apóstoles y los evangelistas, quienes la registraron en sus escritos y la difundieron universalmente. Dios, en su infinita misericordia, nunca deja de encontrarse con todos aquellos que, conscientes de sus defectos y debilidades, buscan su ayuda y su perdón. A los soberbios, sin embargo, los deja vagar confundidos en los orgullosos pensamientos de sus corazones.

La parábola que Jesús contó sobre el publicano y el fariseo muestra su forma de ver a las personas, que es la forma correcta de la mirada de Dios, porque no juzga por las apariencias, ni siquiera por los prejuicios, sino por lo que ve con claridad en las profundidades del corazón humano, discerniendo la verdadera motivación que genera las acciones y oraciones de las personas.

De hecho, la declaración del sabio Ben Sira según la cual Dios no hace preferencias acerca de las personas la encontramos por primera vez en boca

de los oponentes Jesús, que, por mucho que estuvieran conspirando contra él, tuvieron que reconocer públicamente su plena integridad moral, diciendo: «Maestro, sabemos que hablas y enseñas con rectitud y no tienes acepción de personas, sino que enseñas según la verdad el camino de Dios» (Lc 20,21; cf Mt 22,16). Este es el camino de Dios, que Jesús ha practicado y enseñado. Es una práctica evidente no solo en su acercamiento a la gente humilde y los que están excluidos y marginados porque son juzgados pecadores, como las prostitutas y los publicanos, o gente impura y maldecidos, como los leprosos, sino que se distingue en toda su acción evangelizadora, rompiendo todas las barreras de la discriminación, ya sea religiosa, social o racial. Jesús, de hecho, accede a escuchar la humilde petición del centurión romano, y va a su casa para sanar a su sirviente. Además, en sus viajes continuos como maestro itinerante, visita la región de los samaritanos y a menudo los elogia. Al entrar en los territorios paganos, llega a la región de Tiro y cura a la hija de una mujer sirofenicia. Cruzando el otro lado del lago de Tiberíades, se dirige hacia la Decápolis y trata a las personas afectadas por diversas enfermedades. Las diferentes travesías del lago de Galilea muestran el señorío de Jesús sobre la realidad simbólicamente representada por el mar: él es capaz de calmar su fuerza amenazante y caminar en sus profundidades. El mar aterrador, símbolo negativo, ya no se desarrolla ninguna función de separación, sino que se convierte en un puente y, a través del ministerio de Jesús, realiza la reconciliación de las dos partes: la judía y la pagana.

En la sinagoga de Nazaret —donde había expuesto el programa de su ministerio— Jesús había desafiado a los oyentes sobre la posición de Israel en sus relaciones con los otros pueblos considerados como elegidos. De hecho, los presentes habían reaccionado negativamente, condenando su afirmación sobre el cumplimiento de las profecías. Los ejemplos de Elías, que fue enviado a la viuda fenicia, y Eliseo, que sanó al leproso sirio Naamán, fueron suficientes para demostrar que Dios no hace acepción de personas, y que todas las criaturas son preciosas a sus ojos. Como dice el salmista: El Señor es muy bueno con todos, su ternura abraza a cada criatura. Él está cerca de todos los que sinceramente lo invocan. El salmista no menciona

ninguna raza o nacionalidad específica, ni el estado o el color de la piel. Si el amor de Dios impregna a todas las criaturas es porque todas son obra suya y, por lo tanto, el suyo es un amor universal, lleno de cuidado para todos los seres humanos, sin discriminación alguna.

Esto no niega el hecho de que Israel fue elegido por Dios para entrar en una alianza especial con él. Pero esta elección fue en función de una misión específica en favor de todos los pueblos, reflejando la presencia del Dios viviente en la historia como el liberador de los oprimidos y el salvador del ser humano en toda su realidad: «Vosotros sois mis testigos –oráculo del Señor– y también mi siervo, al que yo escogí, para que sepáis y creáis y comprendáis que yo soy Dios. Antes de mí no había sido formado ningún dios, ni lo habrá después» (Is 43,10). Dios, de hecho, no solo ha elegido a su siervo, sino que también lo ha constituido y lo ha instruido: «Yo, el Señor, te he llamado en mi justicia, te cogí de la mano, te formé e hice de ti alianza de un pueblo y luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la cárcel, de la prisión a los que habitan en tinieblas» (Is 42,6-7). Mirando más profundamente las enseñanzas de Jesús en la parábola del publicano y del fariseo en el templo, nos damos cuenta de que lo que hace la diferencia es precisamente lo que se encuentra en el corazón humano expuesto por la presencia de Dios en la oración.

En cualquier caso, tanto el publicano como el fariseo van al templo con la intención de orar, y así por unos momentos se encuentran compartiendo el mismo lugar sagrado. Pero la forma particular en que cada uno de ellos realizará esta intención es lo que determinará su destino y su estado espiritual final. El publicano, habiendo tenido la humildad y la sinceridad de reconocer su indignidad y su pecado e implorar el perdón de Dios, regresa a casa como un hombre más tranquilo, transformado interiormente, reconciliado: ante su auténtica oración, la gracia divina no se hace esperar. Una vez más, se verifica que «todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Lc 18,14b).

Por el contrario, el fariseo es un prisionero en su torre de orgullo espiritual. Demasiado consciente de sus propias obras meritorias y de la excelen-

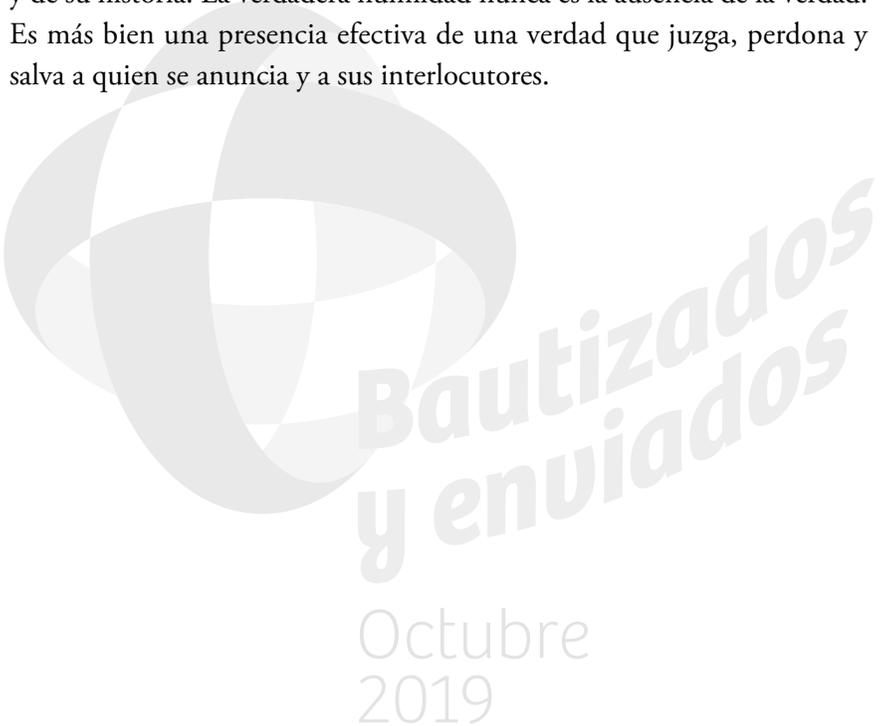
cia de su clase socio-religiosa, se cree superior y mejor que todos los demás, erigiendo barreras entre él y los otros, insultándolos y despreciándolos. Tal vez fue bueno y piadoso hasta ese momento, pero la actitud mostrada reveló la arrogancia presente en su corazón, minando internamente su supuesta virtud.

Además, uno no se pone delante de Dios en el templo para autocelebrarse y contemplarse a sí mismo en una pose autorreferencial, mirando a los demás de arriba abajo. Nos ponemos ante Él para un encuentro de amor, y para encontrarnos con otros en Él. En este sentido, la oración es contemplación del Señor, celebración de las maravillas que su gracia hace cada día por medio de la fragilidad humana, celebración de su infatigable misericordia que ayuda a poner en pie al que ha caído y que quiere levantarse de nuevo.

Escuchando esta parábola, la tentación inmediata sería la de ponerse en el papel del publicano simplemente porque ocupa un lugar destacado. Y aunque esto sucediera, sería la señal de la engañosa manía humana de tranquilizar la propia conciencia. Por otro lado, la parábola invita a mirar hacia adentro para eliminar toda suficiencia y desprecio por los demás, a fin de encontrar un corazón simple, humilde y fraterno que sepa colocar una experiencia misericordiosa y llena de esperanza sobre uno mismo y sobre los demás. En este sentido, a menudo es necesario cuestionar la forma en que oramos. ¿Qué nos dice acerca de la profundidad y la calidad de nuestro corazón? ¿Qué nos dice de nosotros mismos, de la forma en la que nos relacionamos con los demás, en la que los percibimos espontáneamente en relación con nosotros? ¿Qué nos dice esto sobre nuestra relación con Dios y su salvación?

El papa Francisco recuerda constantemente la centralidad de la oración en relación con la Iglesia y su misión. La oración es el alma de la misión: como queriendo decir que la eficacia del encuentro personal con Cristo, las medidas correctas de la relación con uno mismo y con el mundo a la luz del Espíritu Santo, son la raíz de la experiencia de la verdad que salva. El discípulo misionero, gracias a la oración, siempre se incluye en la necesidad

de la salvación que está llamado a anunciar y en los sacramentos que debe comunicar. Lo que es cierto es que la misión de evangelización que nos ha sido confiada como Iglesia no podría ser completada si adoptásemos una actitud dominante en el encuentro con los demás, seguros y convencidos de nuestra superioridad moral y religiosa. La misión tiene que ofrecer una propuesta humilde de la amistad de Cristo, en el respeto infinito de la libertad religiosa de los hombres y mujeres de nuestra época, de sus culturas y de su historia. La verdadera humildad nunca es la ausencia de la verdad. Es más bien una presencia efectiva de una verdad que juzga, perdona y salva a quien se anuncia y a sus interlocutores.



28 DE OCTUBRE DE 2019Lunes, 30^a semana del tiempo ordinario*Fiesta de los santos Simón y Judas, apóstoles*

Ef 2,19-22

Sal 19,2-5

Lc 6,12-16

La liturgia continúa la serie de las fiestas de los Apóstoles recordándonos hoy a dos casi desconocidos, cuyas reliquias se veneran en la Basílica de San Pedro, junto al altar de San José. A los Doce, símbolo de un pueblo completamente nuevo, Jesús los llamó no teniendo en cuenta sus cualidades ni sus méritos, sino que, según dice Lucas, los llamó en una noche de oración, de intensa comunión con el Padre, casi hasta obtener abundantemente de Él ese Espíritu que transmitiría a los llamados, haciéndolos apóstoles. Lucas, en sus relatos evangélicos, en numerosas ocasiones nos muestra cuán importante fue la oración para Jesús, esos encuentros de diálogo íntimo y amoroso con su Padre celestial.

En algunas ocasiones, Lucas se detiene a describir estos episodios e incluso el contenido de las oraciones de Jesús, para que cada discípulo pueda aprender a orar de la manera correcta: aquella en la que el devoto está dispuesto a escuchar lo que el Señor tiene que decir y haciendo lo que Él ordena en lugar de multiplicar sus inútiles palabras para pedirle a Dios que satisfaga todas sus peticiones egoístas. La auténtica oración cristiana nace en Dios, impregna nuestra acción, transforma nuestra existencia y regresa a Dios con sentimientos de gratitud, obediencia filial, auto-ofrecimiento y solidaridad con los demás. Por lo tanto, Lucas subraya cómo todas las decisiones cruciales de la vida de Jesús se han tomado en un contexto de oración, desde el bautismo –incluso podríamos volver a la infancia– hasta Getsemaní y la cruz.

En el episodio del Evangelio de hoy, podemos contemplar a Jesús que pasa toda la noche en oración, porque está a punto de tomar una decisión que fortalecerá para siempre su vínculo con sus discípulos. Es un compromiso definitivo, porque con los Doce establecerá su comunidad mesiánica; elegirá los Doce pilares sobre los que construirá, tal como lo prometieron los profetas, el pueblo de la nueva alianza, la Iglesia. Para este pueblo, y para toda la humanidad, derramará su sangre, consciente y libremente, para el perdón de los pecados. Los «apóstoles» –palabra que significa «enviados»– son elegidos antes de la pasión-muerte-resurrección, pero será solo después de la Pascua y de Pentecostés cuando su misión se desarrollará en todo su potencial, cumpliéndose plenamente. Antes de este momento, sin embargo, están llamados para ser entrenados y preparados para lo que les espera, cuando el maestro se haga presente en el Espíritu. La oración, por lo tanto, se revela como el alma de la misión, o como la presencia fiel y efectiva de Dios en la acción de su Iglesia para la salvación del mundo al que es enviado.

El papa emérito Benedicto XVI, en la audiencia general del 11 de octubre de 2006, reflexionaba así sobre la fe y la vocación de los santos apóstoles Simón el Cananeo y Judas Tadeo:

«Queridos hermanos y hermanas, hoy contemplamos a dos de los Doce Apóstoles: Simón el Cananeo y Judas Tadeo (a quien no hay que confundir con Judas Iscariote). Los consideramos juntos, no solo porque en las listas de los Doce siempre aparecen juntos (cf Mt 10,4; Mc 3,18; Lc 6,15; He 1,13), sino también porque las noticias que se refieren a ellos no son muchas, si exceptuamos el hecho de que el canon del Nuevo Testamento conserva una carta atribuida a Judas Tadeo.

Simón recibe un epíteto diferente en las cuatro listas: mientras Mateo y Marcos lo llaman “cananeo”, Lucas en cambio lo define como “zelota”. En realidad, los dos calificativos son equivalentes, pues significan lo mismo: en hebreo, el verbo *qanà* significa “ser celoso, apasionado” y se puede aplicar tanto a Dios, en cuanto celoso del pueblo que eligió (cf Éx 20,5),

como a los hombres que tienen celo ardiente por servir al Dios único con plena entrega, como Elías (cf 1Re 19,10). Por tanto, es muy posible que este Simón, si no pertenecía precisamente al movimiento nacionalista de los zelotas, al menos se distinguiera por un celo ardiente por la identidad judía y, por tanto, por Dios, por su pueblo y por la ley divina. Si es así, Simón está en las antípodas de Mateo que, por el contrario, como publicano procedía de una actividad considerada totalmente impura. Es un signo evidente de que Jesús llama a sus discípulos y colaboradores de los más diversos estratos sociales y religiosos, sin exclusiones. A él le interesan las personas, no las categorías sociales o las etiquetas. Y es hermoso que, en el grupo de sus seguidores, todos, a pesar de ser diferentes, convivían juntos, superando las imaginables dificultades: de hecho, Jesús mismo es el motivo de cohesión, en el que todos se encuentran unidos. Esto constituye claramente una lección para nosotros, que con frecuencia tendemos a poner de relieve las diferencias y quizá las contraposiciones, olvidando que en Jesucristo se nos da la fuerza para superar nuestros conflictos. Conviene también recordar que el grupo de los Doce es la prefiguración de la Iglesia, en la que deben encontrar espacio todos los carismas, pueblos y razas, así como todas las cualidades humanas, que encuentran su armonía y su unidad en la comunión con Jesús.

Por lo que se refiere a Judas Tadeo, así es llamado por la tradición, uniendo dos nombres diferentes: mientras Mateo y Marcos lo llaman simplemente «Tadeo» (Mt 10,3; Mc 3,18), Lucas lo llama «Judas de Santiago» (Lc 6,16; He 1,13). No se sabe a ciencia cierta de dónde viene el sobrenombre Tadeo y se explica como proveniente del arameo *taddā'*, que quiere decir «pecho» y por tanto significaría «magnánimo», o como una abreviación de un nombre griego: «Teodoro, Teódoto». Se sabe poco de él. Solo san Juan señala una petición que hizo a Jesús durante la última Cena. Tadeo le dice al Señor: «Señor, ¿qué ha sucedido para que te reveles a nosotros y no al mundo?» (Jn 14,22). Es una cuestión de gran actualidad; también nosotros preguntamos al Señor: ¿por qué el resucitado no se ha manifestado en toda su gloria a sus adversarios para mostrar que el vencedor es Dios?

¿Por qué solo se manifestó a sus discípulos? La respuesta de Jesús es misteriosa y profunda. El Señor dice: “El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn 14,23). Esto quiere decir que al resucitado hay que verlo y percibirlo también con el corazón, de manera que Dios pueda poner su morada en nosotros. El Señor no se presenta como una cosa. Él quiere entrar en nuestra vida y por eso su manifestación implica y presupone un corazón abierto. Solo así vemos al resucitado. A Judas Tadeo se le ha atribuido la paternidad de una de las cartas del Nuevo Testamento que se suelen llamar “católicas” por no estar dirigidas a una Iglesia local determinada, sino a un círculo mucho más amplio de destinatarios. Se dirige “a los que son llamados, amados en Dios Padre y custodiados en Jesucristo” (v. 1). Esta carta tiene como preocupación central alertar a los cristianos ante todos los que toman como excusa la gracia de Dios para disculpar sus costumbres depravadas y para desviar a otros hermanos con enseñanzas inaceptables, introduciendo divisiones dentro de la Iglesia: “con estos soñadores pasa lo mismo” (v. 8), así define Judas esas doctrinas e ideas particulares. Los compara incluso con los ángeles caídos y, utilizando palabras fuertes, dice que “tomaron el sendero de Caín” (v. 11). Además, sin reticencias los tacha de «nubes sin lluvia que los vientos se llevan; árboles otoñales y sin frutos que, arrancados de cuajo, mueren por segunda vez; olas encrespadas del mar que arrojan la espuma de sus propias desvergüenzas; estrellas fugaces a las que aguarda la oscuridad eterna de las tinieblas para siempre” (vv. 12-13).

[...]

Se ve con claridad que el autor de estas líneas vive en plenitud su fe, a la que pertenecen realidades grandes, como la integridad moral y la alegría, la confianza y, por último, la alabanza, todo ello motivado solo por la bondad de nuestro único Dios y por la misericordia de nuestro Señor Jesucristo. Por eso, ojalá que tanto Simón el Cananeo como Judas Tadeo nos ayuden a redescubrir siempre y a vivir incansablemente la belleza de la fe cristiana, sabiendo testimoniarla con valentía y al mismo tiempo con serenidad».

29 DE OCTUBRE DE 2019

Martes, 30ª semana del tiempo ordinario

Fiesta

Rom 8,18-25

Sal 126,1b-6

Lc 13,18-21

El salmista, fascinado por la belleza de la creación, se preguntó a sí mismo: «Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado. ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él?» (Sal 8,4-5). Cuántas veces nos ha fascinado la belleza de la creación, al contemplar una noche estrellada, sentados a orillas de un río acariciados por una ligera brisa, admirando una puesta de sol o el arcoíris, o viendo a los niños jugar juntos felizmente sin distinción de raza, color y clase social. Cuántas veces nos hemos preguntado: ¿por qué este mundo maravilloso, que nos acoge y nos da cobijo solo por un corto período de tiempo, debe sufrir tanta violencia por nuestra causa? ¿Por qué no podemos vivir en paz y armonía, convirtiendo la casa común en un paraíso de convivencia fraterna, un lugar agradable para todos? ¡Cuánta insensatez en los proyectos humanos!

En el pasaje de hoy, tomado de la carta a los Romanos, Pablo parece indicar un vínculo profundo y misterioso que une al hombre con todas las demás criaturas; un vínculo que hace que el ser humano sea el portavoz de toda la obra divina de la creación, y también su responsable. El universo entero encuentra en él su conciencia y, a través de él, se manifiesta, se da a conocer y revela gradualmente sus innumerables y magníficos secretos. El Apóstol confía en la larga tradición bíblica, que ve al hombre como el intérprete de la alabanza que toda creación plantea a su Señor, la naturaleza, los seres vivos y todos los elementos del mundo entero, incluidos el tiempo y el espacio.

Los escritores bíblicos, mujeres y hombres que se sucedieron a lo largo de los siglos, se han servido de muchas formas literarias para hablar sobre el mundo y sus criaturas tal como se conocían en su época, naturalmente. Se expresaban poéticamente, con salmos o himnos, con canciones y doxologías, prosopopeyas e historias, pero siempre con una mirada de fe, con asombro y gratitud por la bondad de todo lo que Dios llamó a la existencia, con el poder de su Palabra. Por esta razón, toda la creación trae la Palabra personificada del Creador, y manifiesta algo de la gloria divina y su belleza infinita, algo de su amor tierno e inocente, algo de su sabiduría e inteligencia, que impregna el todo, uniéndose armoniosamente en una silenciosa sinfonía de vida poliédrica.

Pero la actividad creativa de Dios no ha terminado todavía, porque el Padre creador nunca ha dejado de estar presente en el mundo y en la historia de la humanidad dando vida y esperanza, guiando el destino de las naciones y preparando para ellas un futuro maravilloso, un mundo con nuevos cielos y nueva tierra. En todos los acontecimientos principales de la historia de Israel (la promesa a los patriarcas, la liberación de Egipto, la realeza, los oráculos proféticos, el exilio, el regreso, la esperanza mesiánica, el estudio de la palabra de los sabios) percibimos la presencia de Dios y su iniciativa para que sucedan estos acontecimientos. Por lo tanto, podemos decir que en el río de la historia humana fluye el agua de la gracia de Dios. Con inmenso amor, con pedagogía paterna y dulzura materna, él revela progresivamente, a través de hechos y palabras, su proyecto de salvación que abarca a toda la creación. Así, Isaías describe el gozo del universo por la liberación de su pueblo: «Exultad, cielos, porque el Señor ha actuado, aclamad, profundidades de la tierra, romped con gritos de júbilo, montañas, el bosque con todos sus árboles, porque el Señor ha rescatado a Jacob, ha manifestado su gloria en Israel» (Is 44,23). La intervención liberadora del Señor hace que la historia, a pesar de la obstinación y rebeldía de los hombres, llegando a ser, en efecto, una historia de la salvación, que seguramente tendrá éxito porque depende de su amor eterno, de su poder infinito y su probada fidelidad. Aquí está la auténtica esperanza cristiana.

Aunque el hombre se aleja de Dios y quiere deshacerse de él, tratando de ponerse en su lugar para ser el dueño del mundo, sembrando la guerra, el odio y la destrucción, en el continuo intento de prevalecer sobre los demás, Dios continúa liderando el mundo, llevándolo del caos al orden, de la esterilidad a la fertilidad, de la soledad a la comunión, de la división a la unión. Lo hace eligiendo personas, iluminando los corazones, distribuyendo dones y talentos, fortaleciendo la voluntad de hacer el bien. A lo largo de su historia, el pueblo de Dios ha nutrido su confianza en el amor de Dios y en el plan de salvación. Isaías, una vez más, para revivir esta esperanza nos dice: «Mirad: voy a crear un nuevo cielo y una nueva tierra; de las cosas pasadas ni habrá recuerdo ni vendrá pensamiento. Regocijaos, alegraos por siempre por lo que voy a crear: yo creo a Jerusalén “alegría”, y a su pueblo “júbilo”» (Is 65,17-18).

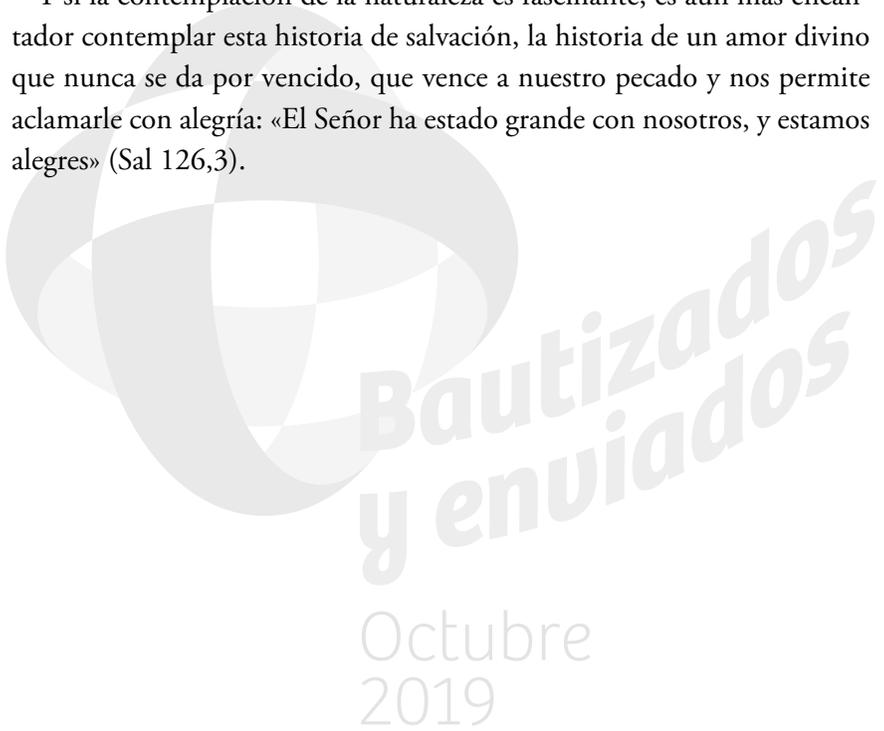
A partir del misterio pascual, en el que brilla toda la luz del poder y el amor de Dios, Pablo puede contemplar en la esperanza el final glorioso de la historia, con la participación de toda la creación. Sembrado en nuestros corazones, es el dinamismo del Reino el que se desarrolla hacia su plenitud; mezclado con nuestra humanidad, es la levadura de Palabra la que nos hace actuar como una nueva criatura. El Espíritu nos hace querer, nos hace participar activamente, y nos hace esperar con perseverancia la manifestación de la gloria prometida a los hijos de Dios.

La hermana tierra «clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella. Hemos crecido pensando que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados a expropiarla. La violencia que hay en el corazón humano, herido por el pecado, también se manifiesta en los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes. Por eso, entre los pobres más abandonados y maltratados, está nuestra oprimida y devastada tierra, que “gime y sufre dolores de parto” (Rom 8,22)» (*Laudato si'*, 2).

Una crítica cristiana sería y propositiva del antropocentrismo moderno, usurpador del papel creativo de Dios, destructor de la comunión entre hombre y mujer y de las relaciones pacíficas entre las comunidades hu-

manas y los pueblos, es la verdadera preocupación de la carta encíclica del papa Francisco sobre la creación. Reducirla a una invitación genérica para proteger la naturaleza y el planeta significa vaciarla de su fuerza crítica y constructiva, que proviene de la fe en Jesucristo, centro del cosmos y de la historia. El cumplimiento renovador de la creación en la Pascua de Jesús manifiesta cuánto cuidado y amor Dios derrama sobre sus obras, que nunca caerán en el vacío de la destrucción de nuestro pecado.

Y si la contemplación de la naturaleza es fascinante, es aún más encantador contemplar esta historia de salvación, la historia de un amor divino que nunca se da por vencido, que vence a nuestro pecado y nos permite aclamarle con alegría: «El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres» (Sal 126,3).



30 DE OCTUBRE DE 2019

Miércoles, 30ª semana del tiempo ordinario

Fiesta

Rom 8,26-30

Sal 13,4-6

Lc 13,22-30

Es el Espíritu Santo quien aglutina en nosotros el grito de la creación y de toda la humanidad sedienta de salvación. Preocupados muchas veces por las cuestiones pasajeras, por los muchos asuntos de la vida, realmente no sabemos qué son las cosas esenciales que debemos pedir. Es, por lo tanto, el Espíritu el que alimenta en nosotros el deseo y la esperanza del verdadero bien que Dios ha preparado para nosotros. El cristiano abre su corazón al Espíritu, que transforma la sed de salvación de todo el universo, en una invocación y espera inminentes. El Padre no se impondrá a sí mismo como una solución necesaria, sino que colmará este poderoso deseo de nuestro corazón, como en un esperado encuentro de amor. Creados con tal anhelo, su satisfacción acontece por medio de la invocación y de la libre adhesión.

Nuestro pecado y nuestra muerte son llevados por el Espíritu Santo a la comunión divina del Padre y del Hijo. Dios, en su amor infinito y desbordante, quema dentro de sí toda forma de maldad, lo devuelve a su origen como criaturas del bien y de la verdad, abriendo la puerta de la salvación para todos. «Para los que están con Jesús, el mal es una provocación para amar cada vez más» (Papa Francisco, Mensaje para la Jornada mundial de las misiones 2018, Roma, 20 de mayo de 2018). La salvación, fruto de la victoria de Cristo en la cruz, gracias a la Pascua de resurrección, se convierte en el contenido, el motivo, la finalidad y el método de cada compromiso misionero de su Iglesia enviada al mundo.

Señor, ¿son pocos los que se salvan? (cf Lc 13,23). Esta es una pregunta muy controvertida en los tiempos de Jesús y, tal vez, también hoy. Y nosotros, pequeños o grandes, ¿estaremos quizá entre los bienaventurados? El tema de la salvación es uno de los más queridos por Lucas y está en el primer plano en su Evangelio. De hecho, ya se distingue en los relatos de la infancia de Jesús: en el Magníficat, María se regocija en el Señor, su salvador (cf Lc 1,47); a los pastores, el ángel les anuncia: «Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor» (Lc 2,11). Realmente es el «poder de la salvación» muy bien recibido por Zacarías, en su cántico, porque ha venido para salvar a su pueblo de los enemigos y para llevarlos la remisión de los pecados (cf Lc 1,67-79). Jesús mismo es la salvación que Lucas tiene el placer de anunciar en su Evangelio, la «luz de las naciones» (cf Lc 2,32), como le gusta definirlo, citando a Isaías (cf Is 42,6; 49,6). Este título corresponde perfectamente al nuevo amanecer de la humanidad, que comienza cuando aparece «el sol que nace de lo alto» (Lc 1,78).

La vida humana está expuesta a muchas amenazas: el tiempo, la enfermedad, la discriminación, la opresión, el hambre y la muerte. ¿Jesús tenía el poder de salvar al hombre? Paradójicamente, Jerusalén cerró los ojos para no ver su luz y los signos de la salvación de Dios. Estos signos, de hecho, estaban presentes en la acción evangelizadora de Jesús, como Lucas señala usando el término «salvar» también en lo referente a la curación física, como en el caso de la mujer que sufre de hemorragia: «Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz» (Lc 8,48); del leproso: «Levántate, vete; tu fe te ha salvado» (Lc 17,19); del ciego sanado en Jericó: «Recobra tu vista, tu fe te ha salvado» (Lc 18,42); de la resurrección de la hija de Jairo: «No temas, basta que creas y se salvará» (Lc 8,50).

Esta característica se encuentra en otros dos episodios: en el caso de la pecadora perdonada, a quien Jesús dice: «Tu fe te ha salvado, vete en paz» (Lc 7,50), y en la conversión del rico y corrupto Zaqueo: «Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán» (Lc 19,9). Todos estos signos, sin embargo, requieren que el enfermo, el pecador y

cada persona se abran por fe a la última dimensión de la salvación. Los cuidados revelan la salvación integral otorgada por Jesús y alcanzada en su Pascua. El evangelista, por lo tanto, habla de una salvación que requiere un cambio en el corazón; el arrepentimiento y la conversión son necesarios, acogiendo la buena nueva.

La respuesta de Jesús a la persona que lo cuestiona sobre el número limitado de personas que se salvan es extremadamente completa y reveladora, mientras abre una ventana en el horizonte de la historia humana. El Señor usa la metáfora de la puerta estrecha para indicar el desafío al que se enfrentan los que quieren entrar en la salvación prometida, y la parábola del banquete del Reino para designar los criterios que permiten a los invitados entrar en la casa de Dios.

A los que declaran: «Hemos comido y bebido contigo, y tú has enseñado en nuestras plazas» (Lc 13,26), el propietario responde, dos veces, que no sabe de dónde vienen. Condena terrible e inesperada contra aquellos que practican la injusticia con la pretensión de ser de los suyos y por tanto tener derecho a la salvación. La urgencia de la conversión en el «hoy» de nuestra vida salta a la vista, de una manera extremadamente dramática. Muchos ricos han encontrado a Jesús, han escuchado su predicación, han hablado con él e incluso lo han invitado a cenar en su casa. Pero ¿cuántos de ellos han aceptado su llamada a la conversión y solidaridad con los pobres, como hizo Zaqueo?

La parábola advierte sobre el resultado final de la elección de vida de los ricos insensibles y corruptos. «Pero ¡ay de vosotros, los ricos!» (Lc 6,24), había advertido a Jesús. Alertados, por lo tanto, sobre el peligro de la riqueza, que es capaz de evitar la entrada en el Reino, los oyentes preguntan: «Entonces, ¿quién se puede salvar?» (Lc 18,26). El evangelista no deja lugar a la ambigüedad. Aquellos que imaginan que el mero conocimiento del Jesús histórico y su doctrina, o la participación en sus comidas y las prácticas litúrgicas son una garantía de salvación, aunque vivan en el pecado del rechazo de Dios, de la corrupción, de la explotación o de cualquier tipo de injusticia, están muy engañados. No hay compatibili-

dad entre la falta de fe, la injusticia y la salvación. Todos están llamados, judíos y paganos, pero para todos existe la misma exigencia de atravesar la puerta estrecha. La violación de la justicia y de los derechos humanos, universalmente discriminatoria, puede bloquearnos la puerta del Reino. La puerta es estrecha, pero aún no ha sido cerrada. La puerta podrá ser también estrecha (cf Lc 13,24), pero siendo Cristo la puerta del Padre (cf Jn 10,7.9), siempre se hace más fuerte la esperanza de poder entrar y por tanto de salvarnos.

Lucas nos advierte que esto también se aplica a los cristianos. De hecho, el título de «Señor» dado a Jesús en la parábola es usado solo por aquellos que reconocen el valor pascual de este nombre. Por lo tanto, la advertencia de Jesús también se dirige a la comunidad eclesial, para que no cometa el error de apoyarse en la garantía de la elección, en lugar de seguir a Jesús en el camino de la fe, de la esperanza, del amor y de la justicia. La regla sigue siendo válida: incluso aquellos que están lejos de casa, los últimos, los marginados, los pecadores, los de diferente cultura y religión pueden convertirse, con la práctica del amor y de la justicia, en invitados de honor en la fiesta del Reino.

Octubre
2019

31 DE OCTUBRE DE 2019

Jueves, 30ª semana del tiempo ordinario

Fiesta

Rom 8,31b-39

Sal 109,21-22.26-27.30-31

Lc 13,31-35

Al acercarnos al final del año litúrgico, la Palabra de Dios nos acompaña en la subida de Jesús a Jerusalén, donde el Señor celebrará su «éxodo», es decir, el misterio pascual de su muerte y resurrección. Son muchos los obstáculos y los peligros que encontró y que valientemente superó a lo largo del camino, desde el intento de sus compatriotas en Nazaret de empujarlo hacia abajo desde la cima de la colina, a la amenaza de muerte de Herodes Antipas. Ser juzgado por Herodes, en Galilea, es solo otra persecución, y no será la última. Pero Jesús no se vuelve atrás, aun sabiendo que algo todavía más terrible le está esperando más allá, en la ciudad santa, ratificando la triste tradición de la impiedad de Jerusalén. Ninguna amenaza puede impedirle avanzar hacia el día señalado, o hacerle vacilar en su determinación de llevar a cabo el plan de salvación que el Padre le ha confiado. Muchos profetas y justos ya habían denunciado en Samaría y en Jerusalén los pecados y crímenes de las autoridades políticas y religiosas de Israel. Casi todos los que fueron enviados sufrieron persecución y muerte. El homicidio de Juan el Bautista es solo el último de una larga serie de crímenes cometidos.

Jesús no necesita revelaciones o visiones extraordinarias para saber qué habría pasado si hubiese interferido ante los poderosos de la ciudad de Jerusalén, la ciudad del Señor Dios, el gran Rey; la ciudad que le pertenecía por derecho, como proclama el Aleluya: «¡Bendito el rey que viene en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en las alturas» (Lc 19,38). Llegó en paz, lleno de ternura materna para recoger y salvar a sus hijos, como una

gallina protege el propio nido debajo de las alas. Él vino a perdonar y salvar a su pueblo, a pesar de las muchas culpas del pasado. De ellos –y de todos nosotros– solo pretende el fruto de una conversión sincera: la práctica de la fe en Dios y de la justicia.

Pero ¿qué ocurriría si la prevista conversión no llegase? ¿Y si fuera rechazado y perseguido como los profetas? Y si su audacia llevara a la lapidación o a la muerte en una cruz, ¿valdría la pena? ¿Por qué alguien debería correr este riesgo y poner su vida en manos de hombres notoriamente corruptos y crueles? El apóstol Pablo tiene una sola respuesta: por el poder de su amor por nosotros. Todo, absolutamente todo lo que Dios puede hacer para demostrarnos su amor, lo hizo enviándonos a su Hijo. ¿Cómo podemos todavía dudar del amor salvífico de Dios, después de todo lo que su Hijo hizo por nosotros, pecadores?

El libro de la Sabiduría ya profetizó las victorias finales de los justos por el bien de Dios y de su eterna fidelidad, diciendo: «Aunque la gente pensaba que cumplía una pena, su esperanza estaba llena de inmortalidad» (Sab 3,4). Lo que el sabio ha proclamado es que los justos que se someten a las pruebas son dignos de Dios porque confían en su amor hasta el final, hasta la muerte. Por lo tanto, no es en la prosperidad terrenal o en el ser perdonados de las tribulaciones donde se manifiesta la bendición y la recompensa divinas, sino en la gloria de la vida inmortal, que se recibe por no haber dudado de su amor y de sus promesas, incluso en las pruebas más difíciles.

Ahora que esta experiencia ha recibido la confirmación y se ha convertido en realidad en Cristo, Pablo no puede contener la voz del Espíritu, que llora en su corazón, elevando su canto de alabanza al misterio indescriptible del amor de Dios por nosotros. Este himno, lleno de lirismo intenso, es quizás la síntesis más poética del Evangelio de Dios, el Evangelio de su Hijo, el Evangelio de Cristo, la buena noticia anunciada por el apóstol a todos, judíos y paganos, con determinación inquebrantable y dedicación infatigable, para que todos puedan ser fructíferos de la salvación a través de la obediencia de la fe. Esta es la respuesta de Pablo a la pregunta de Jesús a sus discípulos: «¿Quién decís que soy yo?». Jesús es el Hijo de Dios que

se entregó por todos nosotros, la prueba viviente, eternamente resplandeciente, del amor incorruptible de Dios Padre por todos nosotros, por toda la humanidad y por toda la creación.

El papa Francisco, en el Mensaje para la Jornada mundial de las misiones 2018, afirmaba: «Esta transmisión de la fe, corazón de la misión de la Iglesia, se realiza por el “contagio” del amor, en el que la alegría y el entusiasmo expresan el descubrimiento del sentido y la plenitud de la vida. La propagación de la fe por atracción exige corazones abiertos, dilatados por el amor. No se puede poner límites al amor: fuerte como la muerte es el amor (cf Ct 8,6). Y esa expansión crea el encuentro, el testimonio, el anuncio; produce la participación en la caridad con todos los que están alejados de la fe y se muestran ante ella indiferentes, a veces opuestos y contrarios. Ambientes humanos, culturales y religiosos todavía ajenos al Evangelio de Jesús y a la presencia sacramental de la Iglesia representan las extremas periferias, “los confines de la tierra”, hacia donde sus discípulos misioneros son enviados, desde la Pascua de Jesús, con la certeza de tener siempre con ellos a su Señor (cf Mt 28,20; He 1,8). En esto consiste lo que llamamos *missio ad gentes*. La periferia más desolada de la humanidad necesitada de Cristo es la indiferencia hacia la fe o incluso el odio contra la plenitud divina de la vida. Cualquier pobreza material y espiritual, cualquier discriminación de hermanos y hermanas es siempre consecuencia del rechazo a Dios y a su amor» (Roma 20 de mayo de 2018).

Cristo es el amor que habita para siempre en nosotros y despierta a los que duermen en el sueño de la muerte; que recorre nuestra historia desde los comienzos para llegar al final de los tiempos y más allá; que desciende a las profundidades y penetra en los cielos; que nos salva de todo temor y esclavitud, de todo enemigo y opresor; que nos libera en la gloria de la vida en comunión. Es el amor que nos fortalece, nos da confianza, nos hace audaces, invencibles, no solo en las relaciones con los enemigos humanos y visibles, sino también de frente a los espíritus invisibles, porque Dios está con nosotros. La acusación que se nos ha dirigido ha sido retirada; el pecado ha sido perdonado; el amor ha vencido al odio; la injusticia ha sido

derrotada. Aflicción y angustia han recibido su consuelo; el abismo ha sido nivelado y las alturas han descendido hacia nosotros; la muerte ha dado paso a la vida y el tiempo ha abierto sus puertas a la eternidad. En su Hijo Jesús, el amor y la fidelidad del Dios de la vida han quedado demostrados. Ahora, nada ni nadie puede separarnos de este amor. También ha llegado el momento de elevar nuestras voces con alegría, diciendo: «Bendito el que viene en nombre del Señor», el que viene por nuestra salvación.



HOMILÍAS Y ÁNGELUS DEL PAPA FRANCISCO¹

1 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*

La humildad es la fuerza del Evangelio; martes, 1 de octubre de 2013.

2 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*

Él ángel y el niño; viernes, 2 de octubre de 2015.

3 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*

La alegría de la memoria cristiana; jueves, 3 de octubre de 2013.

4 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*

La gracia del arrepentimiento, viernes, 6 de octubre de 2017.

5 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*

La fuerza de los pequeños; martes, 29 de noviembre de 2016.

6 de octubre de 2019

Viaje apostólico a Georgia y Azerbaiyán (30 de septiembre - 2 de octubre)

¹ Meditaciones seleccionadas de la predicación del PAPA FRANCISCO (2013-2018) sobre las lecturas bíblicas correspondientes a todos los días del mes de octubre de 2019. Los textos están disponibles en el sitio www.vatican.va.

de 2016). Santa misa en la Iglesia de la Inmaculada. Homilía del Santo Padre; domingo, 2 de octubre de 2016.

7 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*
Aquellos que pasan más allá; lunes, 9 de octubre de 2017.

8 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*
Ante todo la misericordia; martes, 6 de octubre de 2015.

9 de octubre de 2019

Audiencia general, *Plaza de San Pedro*; miércoles, 9 de octubre de 2013.

10 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*
La valentía de la oración; jueves, 10 de octubre de 2013.

11 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*
Vigilantes contra la mundanidad, viernes, 13 de octubre de 2017.

12 de octubre de 2019

Carta apostólica *Maximum illud* del papa Benedicto XV.

13 de octubre de 2019

Homilía del Santo Padre, *Plaza de San Pedro*; domingo, 13 de octubre de 2013.

14 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*
El síndrome de Jonás; lunes, 14 de octubre de 2013.

15 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*
Amor a Dios y al prójimo para vencer los pecados de la idolatría
y la hipocresía; martes, 15 de octubre de 2013.

16 de octubre de 2019

Audiencia general, *Plaza de San Pedro*; miércoles, 16 de octubre de 2013.

17 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*
Discípulos de Cristo y no de la ideología; jueves, 17 de octubre de 2013.

18 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*
El ocaso del apóstol; viernes, 18 de octubre de 2013.

19 de octubre de 2019

Audiencia general, *Aula Pablo VI*, miércoles, 28 de diciembre de 2016.

20 de octubre de 2019

Homilía del Santo Padre, *Plaza de san Pedro*; domingo, 16 de octubre de 2016.

21 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*
Cuánto y cómo; lunes, 19 de octubre de 2015.

22 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*
Inteligencia, corazón, contemplación; martes, 22 de octubre de 2013.

23 de octubre de 2019

Ángelus, *Plaza de San Pedro*; domingo, 11 de agosto de 2013.

24 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*

La lógica del antes y del después; jueves, 24 de octubre de 2013.

25 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*

Capaces de avergonzarse; viernes, 25 de octubre de 2013.

26 de octubre de 2019

Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* III: La nueva evangelización para la transmisión de la fe.

27 de octubre de 2019

Homilía del Santo Padre, *Plaza de San Pedro*; domingo, 27 de octubre de 2013.

28 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*

Una jornada particular; lunes, 28 de octubre de 2013.

29 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*

Si la pastoral no tiene valentía; martes, 31 de octubre de 2017.

30 de octubre de 2019

Ángelus, *Plaza de San Pedro*; domingo, 25 de agosto de 2013.

31 de octubre de 2019

Meditación en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*

Como una gallina con sus polluelos; jueves, 29 de octubre de 2015.

SEGUNDA PARTE

LOS TESTIGOS DE LA MISIÓN

La santidad es el rostro más bello de la Iglesia

(Gaudete et exsultate, 9)

Bautizados
y enviados

Octubre
2019



MES MISIONERO EXTRAORDINARIO OCTUBRE 2019
Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS (1873-1897)

Teresa Martin nació en Alenzón, en Francia, el 2 de enero de 1873, hija de Louis Martin y Zélie Guérin, canonizados en 2015. Después de la muerte de su madre, acaecida el 28 de agosto de 1877, Teresa se mudó con su familia a la ciudad de Lisieux. La maduración humana y espiritual de Teresa se vio acompañada de algunas gracias extraordinarias que le permitieron crecer en la conciencia de la infinita misericordia divina que espera ser reconocida y escuchada por cada hombre. En el día de Pentecostés de 1883 tuvo la gracia particular de curarse de una enfermedad grave, por intercesión de Nuestra Señora de las Victorias; en 1884 recibió su primera comunión y experimentó la gracia de la unión íntima con Cristo.

El gran deseo de seguir a sus hermanas Paulina y María dentro del Carmelo de Lisieux, en la opción de la vida contemplativa, la llevó a implorar con valentía al papa León XIII –aprovechando una peregrinación a Italia y la audiencia que el Papa concedió a los fieles de la diócesis de Lisieux– el permiso de ingresar en el Carmelo con tan solo 15 años. Tras haberlo obtenido, entró en el monasterio en 1888 y profesó sus votos el 8 de septiembre de 1890.

Su camino de santidad se fortaleció confiando plenamente en Dios en los momentos de mayor prueba, tal como nos ha confirmado a través de sus *Manuscritos*, sus *Cartas* y sus *Oraciones*. Su doctrina también se evidencia a partir de los poemas y de las pequeñas representaciones teatrales que escribió para las recreaciones con las Hermanas. Como colaboradora en la formación de las novicias, se comprometió a transmitir sus experiencias espirituales condensadas en *El Caminito de Infancia Espiritual*. También recibió la tarea de acompañar con el sacrificio y la oración a dos «herma-

nos misioneros», una oportunidad para consolidar la vocación apostólica y misionera que la empujaba a arrastrar a todos con ella, al encuentro del Señor sediento de almas.

El 3 de abril de 1896, durante la noche entre el jueves y el viernes santo, tuvo una primera manifestación de la enfermedad que la llevaría a la muerte. En este período comprendió definitivamente cuál era su vocación dentro de la Iglesia como un corazón palpitante que es amado, ama y hace amar. Trasladada a la enfermería por el agravamiento de su salud, murió el 30 de septiembre de 1897, con tan solo 24 años de edad. Como ella misma declara en la oscura noche de la fe: «No muero, entro en la vida», pronunciando las palabras: «Dios mío, te amo».

Canonizada el 17 de mayo de 1925 por Pío XI, dos años después fue proclamada Patrona universal de las misiones junto con san Francisco Javier. San Juan Pablo II, el 19 de octubre de 1997, la proclamó Doctora de la Iglesia. Su fiesta litúrgica se celebra el 1 de octubre.

En el *Manuscrito C de Historia de un alma*, escrito autobiográfico de santa Teresita, aparece descrita la fuerza con la que Dios la atrae hasta la cumbre de su unión con Él: «Comprendo, Señor; que cuando un alma se ha dejado cautivar por *el olor embriagante de tus perfumes*, ya no podría correr sola; todas las almas que ama son atraídas en pos de ella. Esto se hace sin violencia, sin esfuerzo, es una consecuencia natural de su atracción hacia ti. Lo mismo que un torrente que se arroja impetuosamente en el océano, arrastra tras de sí todo lo que encontró a su paso, así también, ¡oh Jesús mío!, el alma que se arroja en el océano sin límites de tu amor, arrastra consigo todos los tesoros que posee... Tú sabes, Señor, que no poseo otros tesoros que las almas que has querido unir a la mía»¹.

El ardor de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz se exalta y alimenta de la vida de unión con el Señor mediante la oración constante, la meditación de su Palabra y la vida sacramental y la fraternidad vividas en el monasterio. La contemplación es una forma de desarrollar una com-

¹ TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma*, San Pablo, Madrid, 2007, 341-342.

pasión más profunda por todas las realidades. Los que se convierten en propiedad absoluta de Dios se hacen también un don de Dios para todos, y su existencia, totalmente entregada al servicio de la alabanza divina en la gratuidad, anuncia y difunde por sí misma la primacía de Dios y la trascendencia de la persona humana, creada a su imagen y semejanza. El ardor de esta pequeña gran santa se expresa en su total confianza en Dios y en el deseo de extender a todos los hermanos su experiencia de encontrarse con él, en un abrazo universal de comunión. Ella ve en la confianza en Dios un poderoso medio de conversión; viviendo para responder al deseo de Jesús de ser amado, ella quiere amarlo y hacerlo amar, hacerlo amar por amor. El mayor deseo de Teresa, la santidad, es inseparable del deseo de salvación para todos sus hermanos, con una particular atención hacia los más pobres. El apostolado especial que una contemplativa vive dentro de las cuatro paredes que delimitan un espacio reservado exclusivamente al Señor está ligado al corazón del cuerpo místico de Cristo, un corazón que ama y transmite amor, permitiendo a cada uno vivir el carisma específico, su misión, su identidad, todo al servicio del Reino.

Una vida ofrecida a Dios, en unión con el sacrificio del Calvario, obtiene la gracia de poder servirlo con fidelidad, creatividad y energía, gastadas en favor de los hermanos: esta es la parte fundamental en la que radican el cuidado pastoral de las almas y la obra misionera. Una fusión de vida activa y contemplativa que tiene lugar en el corazón de quienes responden a la llamada del Señor y se desarrolla en el cuerpo místico de Cristo, en el cual los diversos miembros armonizan su misión específica, sosteniéndose y enriqueciéndose mutuamente. Así es como incluso un lugar reservado exclusivamente para la alabanza del Señor, el monasterio de clausura, se convierte en un lugar adecuado para el trabajo misionero, como un lugar de intercesión y participación orante y fraternal en los esfuerzos misioneros.

«Querría anunciar el Evangelio al mismo tiempo en las cinco partes del mundo y hasta las islas más remotas. Querría ser misionera, no solo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y serlo hasta la consumación de los siglos. Pero, por sobre todo, querría, mi Amado

Salvador, derramar mi sangre por ti hasta la última gota... El *Martirio*: he ahí el sueño de mi juventud [...] porque no podría limitarme a desear un género de martirio. Para quedar satisfecha me harían falta *todos* [...] Jesús, Jesús, si quisiera escribir todos mis deseos, tendría que pedirte prestado *tu libro de vida*; allí están consignadas las acciones de todos los santos y yo querría haber realizado para ti todas ellas»².

Teresa ofreció con alegría sus sufrimientos para apoyar las vocaciones y las obras de los misioneros, y daba explicaciones a las Hermanas que observaban sus esfuerzos sin comprender las fuertes motivaciones que la llevaban a dichos sufrimientos. Teresa no se reservó absolutamente nada para sí misma durante su vida, pues su gran celo la llevó a expresar el deseo de no descansar ni siquiera después de la muerte, para poder continuar viviendo su misión por los hermanos, para llevarlos al Amor, con aún más determinación en su condición de alma plenamente unida a su Señor.

En su relación epistolar con los hermanos misioneros espirituales subraya cómo las armas apostólicas que les había dado el Señor Jesús pueden usarse con mayor facilidad en virtud de las de la oración y del amor puestas a su disposición por Teresa. Ella insiste en la belleza de *El Caminito de la Infancia Espiritual* que ha recorrido para llegar al corazón del Señor y para acercar a él a todos los misioneros y almas a ellos confiadas. En una oración particularmente densa de referencias escriturísticas, Teresa de Lisieux se dirige a Dios de este modo:

«Jesús mío, te doy gracias por haber colmado uno de mis mayores deseos: el de tener un hermano sacerdote y apóstol [...] Tú sabes, Señor, que mi única ambición es hacerte conocer y amar, y ahora mi deseo se va a convertir en realidad. Yo no puedo hacer más que orar y sufrir, pero el alma a la que te has dignado unirte con los lazos de la caridad irá a combatir a la llanura para conquistarte corazones, mientras yo, en la montaña del Carmelo, te pediré que le des la victoria.

Divino Jesús, escucha la oración que te dirijo por el que quiere ser tu

² *Ib.*, 270-271.

misionero, guárdale en medio de los peligros del mundo, y hazle sentir cada día más la vanidad y la nada de las cosas pasajeras y la dicha de saber despreciarlas por tu amor. Que su sublime apostolado se ejerza ya desde ahora sobre los que lo rodean, y que sea un apóstol digno de tu Sagrado Corazón» (*Oración de 1895*).



SAN FRANCISCO JAVIER (1506-1552)

Francisco Javier es conocido como el mayor santo misionero de la época moderna, tanto que Benedicto XV, en la carta apostólica *Maximum illud* (1919), lo comparó con los apóstoles. Francisco Javier nació el 7 de abril de 1506 en el castillo de Javier, en Navarra (España), y murió el 3 de diciembre de 1552 en la isla de Shangchuan, frente a la costa de China. Fue uno de los primeros compañeros de Ignacio de Loyola; junto con él, con Teresa de Ávila y con Felipe Neri, fue canonizado por Gregorio XV en 1622, el mismo año en el que el pontífice erigía la Sagrada Congregación de Propagación de la Fe. Después, en 1748, fue «declarado patrono de Oriente por el papa Benedicto XIV, y sucesivamente, en 1904, fue elegido por Pío X como patrono de la propagación de la fe. Por último, en 1927, junto con santa Teresa del Niño Jesús, fue proclamado por Pío XI patrono de todas las misiones»³. Él es, por tanto, uno de los más significativos representantes de esa Iglesia tridentina definida como «una Iglesia para las almas».

La vida y la obra de Francisco Javier se enmarcan, de hecho, en ese período caracterizado por la reforma de la Iglesia, la lucha contra el protestantismo y también la misión *ad gentes*, que se inauguró a raíz de los grandes viajes oceánicos de los siglos XV y XVI y de la consecuente nueva comprensión de la geografía mundial, primavera misionera al comienzo de la edad moderna. En este horizonte, Francisco Javier llevó a cabo una obra de evangelización tal que le hizo digno merecedor del título de «apóstol de la India y del Japón», un título que solo puede ser entendido adecuadamente a la luz de las condiciones de vida de la época, así como las relativas a los

³ A. CARBONI (ed.), *San Francesco Saverio. Le lettere e altri documenti*, Città Nuova, Roma 1991, 35.

viajes, a las distancias y a los tiempos de los desplazamientos. Por ejemplo, desde 1541 hasta 1552, Francisco Javier recorrió por mar 63.000 km.

La vida de Francisco Javier se desarrolló en dos etapas. En primer lugar, la etapa europea (1506-1541), marcada por el encuentro en París con Ignacio de Loyola, quien, recordando constantemente la frase de Jesús: «¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?» (Mt 16,26), «conquistó» a Francisco Javier entre los primeros compañeros de esa aventura que tomaría el nombre de Compañía de Jesús. En segundo lugar, la etapa como misionero asiático (1541-1552), caracterizada por el apostolado *ad gentes*, cuyos principales destinos fueron la India (1541-1545), las islas Molucas (1545-1549) y Japón (1549-1552), hasta su muerte en Shangchuan. A través de él, el «espectáculo de la santidad» llegó a tierras y pueblos hasta entonces desconocidos por la Iglesia, los cuales podían escuchar el anuncio del Evangelio y recibir la salvación universal en la fe en Jesucristo resucitado.

La relación con Ignacio de Loyola y la experiencia de amistad en Cristo entre los primeros miembros de la Compañía de Jesús son dos elementos iniciales y permanentes de la fisonomía espiritual de Francisco Javier. La centralidad permanente de la persona de Jesucristo se puede comprender desde el origen de la Compañía de Jesús, llamada precisamente así porque nadie dirigía a sus miembros más que Jesucristo, al único al que querían servir. De esto siguió, sin interrupción, la pertenencia al cuerpo de Cristo en la historia que, si en general era la Iglesia dirigida por el Papa como sucesor de Pedro, de una manera particular se trataba de pertenecer a la Compañía de Jesús como lugar de familiaridad con el Jesús resucitado, vivo y presente entre aquellos que se habían hecho amigos y compañeros.

Por lo tanto, la espiritualidad y la actividad misionera de Francisco Javier se basaba en la conciencia expresada por san Pablo: «Porque nos apremia el amor de Cristo al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos. De modo que nosotros desde ahora no conoceremos a nadie según la carne; si alguna vez conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así» (2Cor 5,14-16).

Naturalmente, todo esto se revertía en el contexto concreto en el que Francisco vivió y llevó a cabo su apostolado. De las cartas se pueden extraer indicaciones significativas, como en el caso de la carta a Ignacio de Loyola del 28 de octubre de 1542 y de la dirigida a los compañeros de Roma el 15 de enero de 1544, de las que transcribimos algunos pasajes: «Cuando llegué a estos lugares, bauticé a todos los niños aún no bautizados, así que administré el sacramento a muchísimos niños que no sabían cuál es la diferencia entre la derecha y la izquierda. Tan pronto como llegué a las aldeas, los niños no me dejaban recitar la liturgia de las horas, ni comer ni dormir si antes no les enseñaba algunas oraciones. Entonces comencé a entender por qué de ellos es el reino de los cielos [...]. He conocido grandes talentos entre ellos y si hubiese quien los enseñara en la santa fe, estoy segurísimo de que serían buenos cristianos»⁴.

«En estos lugares, muchos se olvidan de convertirse al cristianismo al no tener personas que se ocupen de menesteres tan piadosos y santos. Muchas veces me conmueve la idea de ir a las universidades de vuestra parte, gritando como un hombre que ha perdido la cabeza, y especialmente a la Universidad de París, diciéndoles a todos en la Sorbona que tienen más ciencia que deseo de hacerla fructificar: “¡Cuántas almas no pueden ir al cielo y van al infierno por vuestra negligencia!”».

De los textos se deduce que la espiritualidad de san Francisco Javier está en constante relación con el apostolado por la salvación de las almas: apostolado realizado de un modo itinerante, con la predicación kerigmática, la instrucción catequística básica, el conocer y compartir los distintos ambientes incluso en condiciones de extrema pobreza. En cuanto al apostolado, se caracterizó por su «trato afable, lleno de comprensión y de respeto por todas las personas que se acercaban a él; esta fue sin duda una de sus dotes humanas más hermosas y atractivas, que escondía, bajo un velo de reserva y de las mejores maneras, su intensa vida espiritual y la íntima unión con Dios que ardía en su corazón»⁵.

⁴ *Ib.*, 102-103.

⁵ *Ib.*, 38.

A estos elementos hay que añadir la experiencia del sacrificio y de las pruebas, tal como Francisco Javier escribió a Ignacio de Loyola, el 9 de abril de 1552, contándole lo que había vivido en Japón: «Por la experiencia que tengo de Japón, los Padres que irán allí a dar sus frutos en las almas, especialmente los que irán a las Universidades, necesitan dos cosas. La primera es que previamente hayan tenido muchas pruebas y hayan sido perseguidos en el mundo, y tengan una gran experiencia y un gran conocimiento interior de sí mismos, porque en Japón serán perseguidos mucho más de cuanto jamás hayan sido perseguidos en Europa. Es una tierra fría y con poca ropa. No duermen en las camas sencillamente porque no las hay. La comida escasea. Desprecian a los extranjeros, especialmente los que van a predicar la ley de Dios, y esto hasta que no llegan a gozar de Dios. A los Padres siempre los perseguirán en Japón, y los que vayan a las Universidades no creo que puedan llevar las cosas necesarias para decir la misa, debido a los muchos ladrones que encontrarán en todos los lugares adonde vayan. Entre las muchas pruebas y tribulaciones, también está la falta del consuelo de la misa y de los poderes espirituales concedidos a las personas que siguen al Señor: Examine vuestra santa caridad las virtudes requeridas a los Padres que deberán ir a las universidades de Japón»⁶.

Pero Francisco Javier vivió los dolores, los sacrificios y las pruebas en la confianza, en la paz y en el gozo procedentes de las gracias que, como testimonia en sus escritos, recibió de Dios. Además de esto, fue ayudado por el testimonio de autenticidad y amistad fiel que experimentó cada vez que recibía las tan esperadas cartas de Ignacio de Loyola y de sus amigos. El amor de Cristo, que se le había manifestado en París en el encuentro con Ignacio de Loyola, fue la experiencia que acompañó a Francisco Javier y que se expresaba a través de su persona y de su vida, dedicada a la proclamación del Evangelio y a la salvación de los hombres y de las mujeres que conoció en el Extremo Oriente de la primera mitad del siglo XVI.

⁶ *Ib.*, 422.

SAN FRANCISCO DE ASÍS (1182-1226)

En 1206 Francisco Bernardone, hijo de un rico comerciante de Asís, comenzó el camino de una profunda conversión y cambió radicalmente el ritmo de su vida. Pasó de ser un muchacho despreocupado y vanidoso a convertirse en un sincero y apasionado buscador de Dios. Aproximadamente dos años más tarde, estando en su iglesia predilecta de Santa María de los Ángeles, al escuchar el pasaje del Evangelio que narra cómo el Señor había enviado a sus discípulos a predicar, quedó muy impresionado. Al oír que los discípulos de Cristo no deberían poseer ni oro, ni plata, ni dinero, sino tan solo predicar el reino de Dios y la penitencia, al instante, saltando de gozo exclamó: «Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo del corazón anhelo poner en práctica»⁷. El Evangelio le mostró el camino y lo empujó a la misión.

La conversión maduró cuando, en la iglesia de San Damián, sintió que el crucifijo le revelaba la voluntad divina de reparar la casa del Señor que yacía en ruinas. La imagen del crucifijo se convirtió para él en el espejo en el que se reflejaban los rostros de todos los hombres crucificados. Francisco puso literalmente en práctica las palabras del Evangelio despojándose de todos sus bienes, incluso de sus buenos vestidos. Con un gesto simbólico, en la plaza de Asís, fue cubierto por el manto episcopal: desde ese momento quedó bajo la protección del obispo Guido.

En cuanto se formó el primer grupo de ocho compañeros, Francisco los envió a los cuatro rincones del mundo a anunciar la Palabra de Dios. Sabía que Dios había confiado una misión universal a su comunidad, y

⁷ *Vida primera*, de Tomás de Celano, 22, en J. A. GUERRA (ed.), *San Francisco de Asís, Escritos, biografías, documentos de la época*, BAC, Madrid 2017, 178.

por ello buscó el reconocimiento del Sumo Pontífice. Esta sensibilidad evangelizadora global se puede observar también en la conversación entre Francisco y el cardenal Hugolino. Contrario a la expansión rápida y caótica de la Orden, Francisco afirmó: «Señor, ¿pensáis y creéis que el Señor Dios ha enviado a los hermanos solo para estas provincias? Os digo de verdad: Dios ha elegido y enviado a los hermanos para provecho y salvación de todos los hombres del mundo entero; serán recibidos no solo en los países de fieles, sino también de infieles»⁸.

La proclamación del Evangelio fue una consecuencia natural de la adhesión total de Francisco a Jesucristo. El criterio cristológico fue decisivo para el *Poverello* en momentos de duda y perplejidad. La *sequela Christi* implicaba no solo la pobreza, la itinerancia y la fraternidad, sino también el compromiso misionero. Francisco deseaba ardientemente dedicarse al trabajo apostólico hasta el sacrificio de sí mismo, como Jesús. El anhelo de lograr la conformidad con el Señor hizo nacer en él la idea de llevar la buena noticia del Evangelio a los infieles.

Después de dos intentos infructuosos de llegar a Tierra Santa y Marruecos (1212-1215) y después de enviar a fray Egidio a Túnez y a fray Elías a Palestina, en 1219 Francisco se unió a la expedición cruzada y llegó a Egipto. En el campamento cristiano de la ciudad de Damietta, en el delta del Nilo, trabajó como asistente espiritual y se ocupó de los soldados heridos. Durante un armisticio, Francisco y fray Iluminado de Rieti fueron al campamento musulmán y solicitaron una audiencia con el sultán al-Malik al-Kamil. «Cuando le arrestaron los sarracenos en el camino, les dijo: “Soy cristiano, llevadme a vuestro señor”. Y una vez puesto en presencia del sultán, al verlo aquella bestia cruel, se volvió todo mansedumbre ante el varón de Dios, y durante varios días él y los suyos le escucharon con mucha atención la predicación de la fe de Cristo»⁹.

Al-Malik al-Kamil, que era, según el juicio concordante de las fuentes, un hombre sabio y generoso, dio la bienvenida a los frailes con cortesía

⁸ *Leyenda de Perusa*, 108, ib., 684.

⁹ *Jacobo de Vitry, Historia orientalis*, ib., 960.

y benevolencia. Francisco no se limitó al protocolario intercambio amistoso, sino que con sencillez, franqueza y valentía hizo profesión de la fe cristiana y anunció el kerigma de la salvación en Cristo. En contraste con los discursos de muchos cristianos de la época e incluso de las alocuciones papales, el *Poverello* no usó un lenguaje ofensivo contra la fe islámica, así no hirió la sensibilidad religiosa de su interlocutor. Pero el objetivo de su misión quedó bien definido, es decir, convertir al sultán y –según la línea de los misioneros medievales– posteriormente también a todos sus súbditos. Algunas fuentes dicen que cuando la ferviente predicación no condujo los resultados deseados Francisco recurrió a otro argumento y propuso la ordalía –la prueba de fuego– como la última verificación y confirmación de sus palabras. El sultán vio el pánico y la ira de sus consejeros y no aceptó el desafío, pero quedó profundamente impresionado por la fe y el coraje del fraile. Su presencia y sus discursos espirituales revelaron otra cara del cristianismo y mostraron una viva y sincera experiencia de Dios.

El viaje de Francisco por Oriente resultó aparentemente infructuoso: el fraile no convirtió al sultán y no obtuvo la palma del martirio. Sin embargo, el *Poverello* se ganó un amigo y confió a su Orden la tarea de continuar la misión y el diálogo pacífico con el mundo islámico. Esta experiencia vivida le permitió, después de regresar a su patria, elaborar un proyecto misionero para su Orden con especial atención hacia los hermanos musulmanes.

La ausencia de Francisco en Italia provocó una crisis en el gobierno de la comunidad de frailes: la naciente orden de carácter internacional necesitaba urgentemente una regulación jurídica precisa y efectiva. Francisco fue el primer fundador de una orden religiosa que introdujo en su legislación una sección completa dedicada a las misiones. El Capítulo XVI de la *Regla no bulada*, compuesta en 1221, es un verdadero «tratado de metodología misionera» y junto con el capítulo XII de la *Regla bulada*, aprobada en 1223 por el Papa Honorio III, traza un programa válido para todos los frailes. Por primera vez, la proclamación del Evangelio no es solo una tarea de personalidades carismáticas individuales, sino que se anima a toda la

Orden Franciscana a seguir algunas líneas operativas concretas para llevar a cabo la misión.

La novedad del diseño misionero concebido por Francisco se manifiesta en el título del capítulo XVI de la *Regla no bulada*: «Los que van entre sarracenos y otros infieles». De hecho, cuando en ese momento los cruzados estaban «en contra» (*contra*) de los musulmanes, el *Poverello* envía a sus frailes no solo «a» (*ad*) ellos, sino que especialmente los envía «entre» (*inter*) en medio, de ellos. La creación de una colonia occidental es completamente ajena al espíritu franciscano. Los requisitos previos para una actividad misionera eficaz son la solidaridad y la amistad con la población local y el conocimiento del entorno islámico.

Más tarde, Francisco presentó dos modos o formas de comportamiento de los misioneros en el territorio musulmán: «Uno es, que no se promuevan disputas ni controversias, sino que estén sometidos *a toda humana criatura por Dios* (cf 1Pe 2,13) y confiesen que son cristianos. El otro es que, cuando vean que agrada al Señor, anuncien la Palabra de Dios para que crean en Dios omnipotente, Padre e Hijo y Espíritu Santo, creador de todas las cosas, y en el Hijo, redentor y salvador, y para que se bauticen y hagan cristianos»¹⁰. En este pasaje vemos una nueva y original estrategia misionera de Francisco. En primer lugar, se sitúa el testimonio de la vida animada por el amor de Dios. La mera presencia debe ser significativa y elocuente. El ejemplo de la fraternidad es el método de evangelización más efectivo y creíble. Por lo tanto, los frailes deben renunciar a toda pretensión de superioridad y de dominación, respetar las diferentes costumbres e introducirse como cristianos en el contexto local. Mediante la práctica de las virtudes cristianas, los testigos silenciosos del Evangelio están llamados a confesar su fe con valentía y humildad.

La segunda actitud es la proclamación explícita de la Palabra de Dios, que solo puede tener lugar después de una evaluación cuidadosa de las circunstancias y después de una paciente espera del momento oportuno.

¹⁰ *Regla no bulada de los Hermanos Menores*, cap. XVI, 6-7, ib., 120.

El misionero no puede apropiarse de la Palabra, no puede ser el usurpador impetuoso de la buena noticia del Evangelio, sino que debe sumergirse en la escucha de Dios y percibir su voluntad. Francisco no pierde de vista el objetivo principal de la misión, es decir, la conversión de los infieles. La adhesión a la fe debe ser una elección personal y no precipitada, más aún, debe verse como la eficacia del testimonio y del anuncio de los frailes.

El viaje misionero del *Poverello* en Oriente dejó huellas en su espiritualidad y lo impulsó a asimilar algunas formas de piedad y oración que había encontrado en el entorno islámico, como leemos en algunas de sus cartas. En la *Carta a las autoridades de los pueblos*, Francisco sugiere crear en los países cristianos el cargo de animador público que –a la manera de un muecín– pueda reunir a la gente para orar: «En el pueblo a vosotros encomendado, deis tanto honor al Señor, que todas las tardes, por medio de pregonero u otra señal, se anuncie a todo el pueblo que ha de alabar y dar gracias al Señor Dios omnipotente»¹¹. Un remoto eco de la propuesta de Francisco fue la iniciativa de fray Benedicto de Arezzo, quién fue ministro provincial en Tierra Santa, al cual debemos el uso de la campana durante el rezo del Ángelus, una práctica que luego fue acogida y propagada por la Orden franciscana en toda la cristiandad.

La idea de la misión está presente en la vida de Francisco desde el comienzo de su conversión. Deriva del deseo de vivir el Evangelio y de seguir los pasos del Divino Maestro. La invención del nacimiento para la Navidad de 1223 en Greccio, y el don de los estigmas, manifiestan su profunda identificación espiritual y corporal con Jesucristo, fuente y razón de su fe y su misión. Enfermo y debilitado por una vida llena de privaciones, murió en Asís la tarde del 3 de octubre de 1226.

¹¹ *Carta a las autoridades de los pueblos*, 7, ib., 74.

BEATO PABLO MANNA (1872-1952)

«**E**n el padre Pablo Manna, entrevemos un reflejo especial de la gloria de Dios. Él entregó toda su existencia a la causa misionera. En todas las páginas de sus escritos emerge viva la persona de Jesús, centro de la vida y razón de ser de la misión».

Estas palabras de san Juan Pablo II, pronunciadas en la homilía de la beatificación del padre Manna, el 4 de noviembre de 2001, sintetizan la fisonomía espiritual de este gran apóstol de la evangelización *ad gentes*, considerado uno de los estudiosos precursores del Concilio Vaticano II.

Pablo Antonio Manna nació en Avellino el 16 de enero de 1872, el quinto de seis hijos. Después de sus estudios de primaria y los técnicos en Avellino y Nápoles, continuó sus estudios en Roma. Mientras asistía al curso de Filosofía en la Universidad Gregoriana, sintió la llamada del Señor a la vida misionera y entró en el seminario del Instituto de Misiones Extranjeras, en Milán, para estudiar teología. Fue ordenado sacerdote el 19 de mayo de 1894 en la catedral de Milán.

Destinado por los superiores a Birmania (ahora República de la Unión de Myanmar), partió el 27 de septiembre de 1895 para la misión de Taungoo. A pesar de estar condicionado por una precaria salud, se prodigó con una dedicación incansable en la evangelización¹² y en la promoción humana de los carianos (en particular de la tribu Ghekhú, sobre la que más tarde escribió una valiosa monografía). La fatiga de los viajes, las fiebres de la

¹² El padre Manna también evangelizó a los padres del primer beato nativo de Birmania (ahora Myanmar), Isidoro Ngei Ko Lat, un catequista, que fue martirizado junto con el padre Mario Vergara, PIME. Ambos, el misionero y el catequista, fueron beatificados el 24 de mayo de 2014 en la catedral de Aversa, perteneciente a la diócesis del mismo nombre, en la provincia de Caserta, Italia.

malaria y la aparición de la tuberculosis lo obligaron a regresar definitivamente el 7 de julio de 1907.

En Italia, el padre Pablo se dedicó plenamente a una intensa y variada actividad de animación misionera, poniendo al servicio de los demás sus habilidades como agudo observador de la realidad eclesial en todo el mundo, como conferenciante, comunicador y escritor muy culto. «Toda la Iglesia para todo el mundo» fue su lema. Como «Alma de fuego»¹³, a través de sus escritos transmitió su ardiente visión de la fe comentando los múltiples y complejos problemas de la misión *ad gentes*. Al respecto desarrolló un análisis atrevido y penetrante, que los expertos han juzgado a menudo como «proféticas».

En 1909 fue nombrado director de la revista *Le Missioni Cattoliche* (Las Misiones Católicas), que recibió un nuevo impulso bajo su guía experta y dinámica. Publicó opúsculos, algunos libros y escribió muchos artículos sobre los temas misioneros que consideraba más importantes. Lanzó varias iniciativas de cooperación misionera: adopciones, becas, folletos de oraciones para las misiones... Fundó nuevas publicaciones periódicas, como *Propaganda misionera para las familias*, *Italia misionera* para los jóvenes y, más tarde, *Venga tu Reino*, también para las familias, especialmente del sur.

En 1915, el padre Manna dio los primeros pasos hacia la fundación de la Unión Misionera del Clero (hoy PUM): «la joya de su vida», como la definiría Pío XII. Recibió un apoyo decisivo para realizar este proyecto de parte de Mons. Guido María Conforti, obispo de Parma, fundador de los Misioneros Javerianos (canonizado en 2011). Los estatutos de la Unión, presentados al Papa por el propio Conforti, fueron aprobados el 31 de octubre de 1916. En la encíclica *Maximum illud* (1919), Benedicto XV exaltó a la Unión Misionera del Clero, expresando el deseo de que fuese «establecida en todas las diócesis del orbe católico».

La idea básica, totalmente compartida por Mons. Conforti, era que se necesitaba empezar por el clero para poner a todo el pueblo de Dios en estado

¹³ Así lo definió el padre Gian Battista Tragella (1885-1968), insigne misiólogo, historiador del PIME, gran amigo y colaborador del padre Manna, además de ser su primer biógrafo.

de misión. El padre Pablo estaba convencido de que «cada sacerdote por naturaleza, por definición, es un misionero», pero constantemente necesita revivir la llama del celo apostólico en su corazón. «El misionero es por excelencia un hombre de fe: nace de la fe, vive de la fe, trabaja voluntariamente por la fe, por ella sufre y muere. [...] Sin la fe, el misionero no tiene sentido, no existe; y, si existe, no es el verdadero misionero de Jesucristo»¹⁴.

En 1924 se le confió una nueva responsabilidad, particularmente exigente, la de dirigir como Superior General el Instituto de Misiones Extranjeras de Milán, que en 1926 se convirtió en el Pontificio Instituto para las Misiones Extranjeras (PIME) a instancias de Pío XI, quien lo unificó con el análogo Seminario misionero de los santos apóstoles Pedro y Pablo de Roma. En los diez años de gobierno, la pasión misionera del padre Manna se puso de manifiesto sobre todo en «conversaciones familiares»: cartas y meditaciones dirigidas a los hermanos de comunidad y publicadas en el boletín titulado *Il Vincolo*, un instrumento de animación, información y conexión entre los miembros del PIME de todo el mundo. Posteriormente todas estas cartas circulares fueron recogidas en un libro titulado *Virtudes apostólicas*, textos que actualmente constituyen un clásico de la espiritualidad misionera.

Estaba firmemente convencido del papel central de la oración en la vida del misionero. «Sed hombres de vida interior, hombres de oración. [...] Vale la pena saber cómo predicar, pero vale mucho más saber cómo orar [...]. El misionero que conoce bien el idioma y sabe cómo predicar, pero que reza poco, expondrá de manera excelente la verdad de nuestra santa religión, pero dejará frías a las almas. El misionero que tiene mucha intimidad con Dios en la oración, aunque no sea muy feliz en la exposición, siempre tendrá el don de transmitir el espíritu de Jesucristo en las almas, que es lo fundamental que la predicación debe alcanzar. El primero enseñará a Jesucristo, el otro lo mostrará. ¡Entended la diferencia! “Si el que enseña no es un hombre de vida interior, su lengua pronunciará cosas vacías” (san Gregorio)»¹⁵.

¹⁴ PABLO MANNA, *Virtudes apostólicas. Cartas a los misioneros*, EMI, Bolonia 1997, 89 (vers. esp. en: http://adgentes.sanelias.net/?page_id=151).

¹⁵ *Ib.*, 100.

El pensamiento del padre Manna se enriqueció y concretó después de un largo viaje misionero a Oriente que duró unos dos años (1927-1929). Desde la observación de las muchísimas realidades ambientales, culturales y eclesiales, y de las reuniones con numerosas personalidades y misioneros en los lugares de misión, nació su pro-memoria titulada *Observaciones sobre el método moderno de evangelización*, un texto de aproximadamente noventa páginas con notas, comentarios y propuestas audaces e innovadoras. El texto, enviado a *Propaganda Fide*, permanecerá sin publicar hasta 1977.

En 1934, concluido su mandato como Superior General del Instituto, comenzó y siguió con muchísimo esmero otra gran obra, que más tarde completará, por mandato de la Asamblea General del PIME, su sucesor al frente del Instituto, Mons. Lorenzo María Balconi: la fundación de las Misioneras de la Inmaculada (Milán, 8 de diciembre de 1936). Esta nueva Congregación femenina reconoce al Padre Manna como el «inspirador» de su propio carisma misionero.

De 1937 a 1941, el padre Manna fue secretario internacional de la Unión Misionera del Clero. Tejió una red de relaciones con nuncios, obispos y sacerdotes de todo el mundo. Continuó escribiendo cartas, libros y artículos. Siendo además especialmente sensible a los problemas planteados por la división entre los cristianos, se convirtió en un «profeta del ecumenismo». En 1941 publicó *Los hermanos separados y nosotros*, traducido a varias lenguas¹⁶. La obra recibió una buena acogida entre los cristianos no católicos, tanto en Oriente como en Occidente, incluso cuando los posicionamientos permanecían distantes. En 1950 escribió *Nuestras Iglesias y la propagación del Evangelio*. Precisamente las ideas contenidas en esta obra serán retomadas después por Pío XII en la encíclica *Fidei donum*.

El padre Pablo Manna murió en Nápoles el 15 de septiembre de 1952 y sus restos descansan en Ducenta. Fue beatificado por san Juan Pablo II el 4 de noviembre de 2001.

¹⁶ ID, *Los hermanos separados y nosotros*, Obras Misionales Pontificias, Madrid 1961.

VENERABLE PAULINE MARIE JARICOT (1799-1862)

Pauline Marie Jaricot nació en una familia de fieles católicos, inmediatamente después de la Revolución Francesa, el 22 de julio de 1799. Fue la séptima y última hija de Antoine y Jeanne Jaricot, comerciantes de seda de Lyon, una ciudad cuyas raíces cristianas datan del siglo II, y que se gloria de haber contado con el padre de la Iglesia San Ireneo, como su segundo obispo.

Pauline fue bautizada el día de su nacimiento. Sus padres le pidieron a un sacerdote fiel al Papa que bautizara a su última hija en la casa familiar, porque su párroco de San Niceto había prestado el juramento requerido por el gobierno revolucionario, un juramento que socavaba la autoridad de la Iglesia en Francia. Su vida transcurrió en medio de este clima de inestabilidad civil y durante un período de profundos cambios sociales, en el que llevó a término una obra que fue crucial para la actividad de evangelización.

Gracias a todas las referencias con las que contamos, comprobamos que era una joven alegre y vivaz, muy decidida e incluso terca. En su autobiografía –que debe leerse con cautela, ya que Pauline era muy estricta consigo misma– escribe así: «Nací con una imaginación ferviente, una actitud superficial y un carácter violento y perezoso. Habría estado totalmente atada por otras cosas... [pero] Dios me dio un corazón leal, que fácilmente se entregaba a la devoción». Ella estaba muy unida a su hermano Phileas, dos años mayor que ella, que estaba decidido a convertirse en misionero en China. Cuando Phileas anunció su propósito, inmediatamente Pauline le comunicó su intención de ir con él para cuidar de los pobres y los enfermos y arreglar las flores en la Iglesia.

Durante su adolescencia y en los primeros años de su edad adulta, era inconstante en sus devociones: en ocasiones vivía momentos de intensa

oración, durante los cuales nació su deseo de pasar largas temporadas en la Iglesia ante el Santísimo Sacramento, orando por la intercesión de la Virgen María; pero en otras ocasiones, deseaba participar en eventos mundanos, donde se ponía elegantes vestidos y era admirada y cortejada por jóvenes, fantaseando sobre posibles matrimonios idílicos con ellos. El 16 de abril de 1812, a la edad de trece años, después de una cuidadosa y reverente preparación, recibió su Primera Comunión con grandísima devoción.

Sin embargo, su vida cambió drásticamente a la edad de quince años, después de un incidente doméstico. Estaba haciendo limpieza cuando se cayó de un taburete y se golpeó violentamente en el suelo. La caída dañó seriamente su sistema nervioso, impidiéndola mover correctamente sus extremidades y hablar con normalidad. Aunque los médicos probaron varias terapias, acabaron admitiendo que era imposible encontrar un remedio. Su madre estaba tan preocupada por su salud que también ella enfermó, y su enfermedad empeoró aún más con la noticia de la inesperada muerte de su primogénito Narciso, a la edad de veintiún años. Antoine Jaricot decidió trasladar a su hija a un pequeño pueblo a las afueras de Lyon, con la esperanza de que la separación entre madre e hija pudiera ayudar a ambas a curarse más deprisa. Desafortunadamente, el 29 de noviembre de 1814, murió Jeanne Jaricot. La familia, temiendo que empeorase aún más la salud de Pauline ante la noticia, tomaron la decisión de no informarla de la muerte de su madre.

El párroco local invitó a Pauline a reanudar sus prácticas religiosas y ella, libremente, solicitó recibir el sacramento de la reconciliación y la Eucaristía. La experiencia del perdón y el alimento espiritual produjeron un profundo efecto en ella. A partir de ese momento comenzó a recuperar el uso de las extremidades, y cuando decidieron comunicarle la muerte de su madre, admitió que ya lo había sospechado. Tan pronto como logró caminar, pidió ser acompañada a la Basílica Notre-Dame de Fourvière en Lyon, para poder rezar ante la magnífica representación de la Virgen presentando al Niño Jesús al mundo.

Desde ese momento Pauline decidió dedicar su vida exclusivamente a servir a los pobres y enfermos, visitando todos los días los hospitales y las personas incurables, vendando sus heridas y ofreciéndoles palabras de consuelo. Esta ayuda a los necesitados estuvo acompañada por una vida de oración intensa, recibiendo todos los días la Eucaristía, e intercediendo por la conversión de los pecadores y por la evangelización del mundo. Aumentó muchísimo su devoción al Sagrado Corazón, y pasó a formar parte de la Asociación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Esto la llevó a crear una nueva Asociación llamada *Reparation (Reparación)*, a la que invitaba a asociarse a muchas mujeres de Lyon que trabajaban casi como esclavas en las fábricas de seda de la ciudad. Sus meditaciones ante el tabernáculo la inspiraron a escribir y publicar el libro *El amor infinito a la Divina Eucaristía*, fuente de consuelo y alimento espiritual para muchos.

En ese momento, su hermano Phileas estaba en el seminario de París. Él informó a Pauline de que la Sociedad para las Misiones de París quería enviar sacerdotes a Asia, y le pidió que buscara una manera de recaudar fondos suficientes para garantizar el éxito de la empresa. Fue en ese momento cuando Pauline tuvo una idea que cambiaría la historia: decidió invitar a cada miembro de la Asociación *Reparación* a encontrar a diez nuevos miembros para que orasen y ofreciesen una moneda a la semana para la evangelización del mundo, o, como se decía en los tiempos de Pauline, para la propagación de la fe. Por cada diez miembros puso al frente un *dizenaire* (capitán de diez), por cada cien miembros un *centenaire* (capitán de cien) y por cada mil miembros un *millenaire* (capitán de mil).

La idea era sencilla: orar y recolectar fondos personalmente, creando una red de relaciones personales. El capitán de diez se reuniría con sus miembros y recogería las monedas cada semana, el capitán de cien las recogería de los capitanes de los diez, y por último, el capitán de los mil de los capitanes de cien. Los considerables fondos recaudados se dividieron y fueron enviados a todo el mundo. La idea se extendió y así se fundó la Sociedad para la Propagación de la Fe, que pronto se difundió ampliamente fuera de Francia, convirtiéndose en un fenómeno mundial. El 22 de mayo de

1922, por decisión del papa Pío XI, se transformó en la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe. De esta manera, el Santo Padre quiso expresar su solicitud paternal por las Iglesias locales surgidas gracias a la atracción misionera.

Su reputación como una mujer devota y firme en la fe hizo que Pauline obtuviese un gran respeto por parte del Santo Padre, de los cardenales, obispos y santos contemporáneos, algunos de los cuales le pidieron ayuda y consejo. El fundador de la Sociedad de la Santa Infancia (hoy conocida como Obra Pontificia de la Infancia Misionera o Santa Infancia) se consultó con ella para encontrar la mejor manera de recaudar fondos para los niños en las misiones de los diversos países. Más tarde, cuando su salud comenzó a empeorar, Pauline decidió hacer una peregrinación a Roma, pero allí cayó enferma. Mientras estaba impedida en la cama en un convento cerca de la «Iglesia de la Santísima Trinidad dei Monti», en lo alto de la famosa escalinata de la Plaza de España, el Santo Padre la visitó para alentarla y bendecirla.

A pesar de todos estos enormes éxitos espirituales y misioneros, la vida de Pauline estuvo llena de sufrimientos físicos, emocionales y espirituales. Pauline nunca se planteó la vocación religiosa, pues estaba convencida de que había sido llamada por Dios como mujer laica para dedicar toda su humilde existencia al apoyo de los pobres y de las misiones. Al caer en un estado de miseria, se vio obligada a inscribirse a la lista de los pobres de Lyon para recibir algo de comer. Su amor por Dios, por la Virgen y por las misiones nunca flaqueó. Murió en paz el 9 de enero de 1862 y fue proclamada venerable por el papa Juan XXIII. Su causa de beatificación está siendo examinada por la Congregación para las Causas de los Santos y rezamos para que pronto sea reconocida como beata.

Vale la pena recordar otra preciosa iniciativa de oración misionera. En 1826, animada por el éxito de su enfoque personal en la organización de la Obra Misionera mediante la creación de pequeños grupos, Pauline utilizó el mismo criterio para comenzar y proponer el *Rosario viviente*. Organizó a sus amigos y colaboradores en grupos de 15 personas, según el número

de los Misterios del Rosario. Pidió a cada miembro que se comprometiera a rezar una decena del Rosario todos los días y meditar sobre un Misterio al día, durante un mes entero. De esta manera, todo el rosario se recitaba diariamente y los 15 misterios eran meditados por cada grupo. A principios de cada mes, la persona a cargo del grupo redistribuía personalmente los Misterios entre los miembros, asegurándose de que cada uno recibiera un Misterio diferente para meditar durante la oración del Rosario en las siguientes cuatro semanas. De este modo todos los meses, toda la vida de Cristo era meditada por el grupo. A través de la intercesión de la Virgen María, se oraba a Dios, haciendo de la oración del Rosario una realidad viva en apoyo de la misión de la Iglesia, especialmente por la proclamación del Evangelio a los que todavía no lo habían recibido.

El sueño de Pauline sobre el *Rosario viviente* pronto se convirtió en un fenómeno generalizado en todo el mundo. En 1831 escribía: «Los grupos de 15 continúan multiplicándose a una velocidad increíble en Italia, Suiza, Bélgica, Inglaterra y en varias partes de América. El Rosario se ha extendido hasta las Indias y especialmente en Canadá». La esperanza de Pauline era que el *Rosario viviente* uniera a las personas, dispersas por todo el mundo, en ferviente oración por la misión de la Iglesia.

La iniciativa del *Rosario viviente* tuvo tanto éxito que después de la muerte de Pauline, en 1862, ya había más de 150.000 grupos, con 2.250.000 miembros solamente en Francia. Actualmente el *Rosario viviente* todavía se practica en muchas partes del mundo y los grupos de los 15 han aumentado sus miembros a grupos de 20 por la inclusión de los nuevos misterios luminosos, establecidos por san Juan Pablo II.

CHARLES DE FORBIN-JANSON (1785-1844)

Charles de Forbin-Janson nació en París en 1785, en una familia noble de militares. Solo cuatro años después, la revolución francesa obligó a sus padres al exilio en Alemania, lo que le llevó a experimentar, desde niño y en su propia piel, la vida del refugiado, la persecución, la inseguridad, el miedo y la pobreza. Este es uno de los muchos «detalles» significativos que, desde el principio, describen su biografía en torno a dos polos: la impotencia de la infancia y la misión como paradigma de apostolado.

Después de regresar a París y recibir la primera comunión, el adolescente Forbin-Janson mostró gran sensibilidad caritativa al inscribirse en una asociación que ayudaba a los más desfavorecidos en las cárceles y hospitales. En la capilla del seminario de las Misiones Extranjeras de París, donde tenían lugar las reuniones, pudo escuchar noticias sobre la misión en China. De este modo, y de forma discreta, la dimensión misionera hizo su aparición de manera explícita. Charles tenía por delante una carrera prometedora ya que Napoleón lo había nombrado supervisor del Consejo de Estado. Sin embargo, al percibir la llamada de Dios, no se dejó seducir por estas perspectivas y en 1808 ingresó en el seminario de San Sulpicio, en París. Ordenado sacerdote en 1811, y después de otros destinos iniciales, terminó regresando a París, donde se ocupó con alegría de la formación cristiana de los niños de su parroquia.

El apasionado apostolado que llevó a cabo se manifestó de manera especial en su dedicación a las «misiones populares», para revivir la fe en la Francia descristianizada posrevolucionaria. En este período se destacaron sus talentos de elocuencia, así como su amor y su generosidad, que lo llevaron a renunciar a sus propias ropas para dárselas a los más necesitados. Esta fase finalizó con su partida a Tierra Santa en 1817.

En 1824 Charles de Forbin-Janson fue consagrado obispo de Nancy y Toul, en el noreste de Francia. En aquel tiempo, mantenía un contacto muy cercano con los misioneros que le escribían y le pedían su ayuda. Pero no solo eso: también estaba al corriente de la situación de las misiones en China: él mismo había acariciado la idea de ser misionero. De hecho, cuando la nueva revolución de 1830 lo obligó a abandonar su diócesis, se dirigió al Papa para pedirle que lo enviara al Extremo Oriente. Pero, aunque Pío VIII asintió a su petición, su deseo no pudo llevarse a término.

Mons. Charles de Forbin-Janson continuó realizando una gran actividad caritativa y asistencial, hasta que un nuevo evento providencial le permitió seguir libremente su inclinación a la evangelización *ad gentes*: invitado por los obispos misioneros, se fue a América del Norte y se quedó allí de 1839 a 1841. En Canadá, en medio de una naturaleza espectacular, desarrolló su predicación entre las tribus nómadas, y más tarde también visitó los Estados Unidos. Mientras tanto, aumentaron sus deseos de crear una fundación en favor de las misiones.

A su regreso a Francia, seguían impresionándole las noticias sobre muchos niños —y especialmente niñas— de China que, abandonados o asesinados fríamente, morían sin siquiera poder recibir el bautismo. Eran las agonizantes solicitudes de ayuda lanzadas por los sacerdotes de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París, de la que él mismo había pensado formar parte. La idea de salvar la inocencia de los niños en tierras de misión a través de la inocencia de los niños cristianos comenzaba a forjarse. Los dos polos de su vida definitivamente entraron en contacto: la infancia y la misión.

Con estas preocupaciones, en el verano de 1842, Mons. Charles de Forbin-Janson fue a Lyon para hablar con Pauline Jaricot, la joven laica que, veinte años antes, había sentado las bases de la Pontificia Obra de la Propagación de la Fe. A partir de este diálogo decisivo, comenzó a vislumbrar la manera de organizar la ayuda a los niños en China, que terminó concretándose en un «doble gesto» de los niños de su diócesis: la recitación diaria del Ave María, más una breve oración para los niños de la misión, y la ofrenda de una moneda al mes.

El obispo se consagró a este proyecto para movilizar a niños cristianos en beneficio de sus hermanos en tierras de misión; una obra que, con el nombre de «Santa Infancia» –refiriéndose a la infancia de Jesús– fue fundada el 19 de mayo de 1843. Esta era la respuesta a una inquietud que había durado casi 40 años. Para extender esta iniciativa, viajó a su tierra natal y llegó a Bélgica, donde recibió el apoyo de los Reyes y del Nuncio Mons. Gioacchino Pecci, futuro papa León XIII. La Santa Infancia fue recibida muy bien en Francia y recogió adhesiones en todo el mundo, pero también tuvo que superar algunas dificultades. Contrariamente a cuanto temían los más desconfiados, la nueva Obra no se debilitó, sino que por el contrario reforzó las actividades de la Propagación de la Fe y anticipó las de San Pedro Apóstol –fundada en 1889– cubriendo aspectos vocacionales que posteriormente fueron tomados como propios por esta última.

En la contemplación de la infancia del Señor, Mons. Charles de Forbin-Janson descubrió una manera excepcional de acceder al misterio de la Encarnación, hacerse uno con Cristo y compartir su amor salvador. En los pasajes del Evangelio en los que Jesús se refiere a los niños, encontró «un nuevo lenguaje de enseñanzas y ejemplos» desde el cual brilla «su voluntad formal de devolver a la infancia sus derechos despreciados y aumentar sus privilegios».

Para explicar la importancia de la Obra y organizar su funcionamiento, cuatro meses antes de su muerte, anunció la creación –que tendrá lugar en 1846– de los Anales de la Santa Infancia, una especie de correspondencia bidireccional entre los niños de las Iglesias más consolidadas y los de las misiones.

Mons. Charles de Forbin-Janson murió cerca de Marsella en julio de 1844, cuando la Santa Infancia no tenía siquiera un año y medio de vida. No pudo cumplir su sueño de viajar a China, una vez puesta en marcha la Obra, ni tampoco llegó a ver las expediciones de las religiosas que, a partir de 1847, y en línea con otra intuición suya, cuidarían maternalmente las necesidades de los niños más desfavorecidos en las misiones. Su iniciativa fue apoyada inmediatamente por los pontífices. Este apoyo sigue vigente

desde hace 175 años y todavía puede resumirse en las palabras de aliento que Gregorio XVI dirigió al obispo en sus comienzos: «Continúe con la fundación de la Obra. En verdad, es la Obra de Dios. Tiene nuestra bendición». En 1922, por concesión de Pío XI, recibió el título de «Pontificia».



JUANA BIGARD (1859-1934)

Juana Bigard nació el 2 de diciembre de 1859 en Coutances, una pequeña ciudad de la Baja Normandía, en Francia. Su madre, Estefanía Cottin, fue una mujer de carácter y de amor posesivo. Entre madre e hija se desarrolló tal simbiosis de sentimientos e ideales que se necesitaban casi siempre la una a la otra.

La edad escolar transcurrió para Juana, frágil de salud, dentro de las paredes de la casa de Caen, la ciudad adonde su padre, magistrado, se había trasladado por motivos laborales. La instrucción que recibió en casa fue sin duda mucho mejor que la recibida por sus coetáneas, sobre todo considerando el alto nivel cultural de la familia Bigard, pero no lo suficiente como para darle el respiro de libertad, la alegría de los juegos infantiles, el calor de la amistad.

La juventud de Juana coincidió con el pleno desarrollo de la red de cooperación misionera de los tiempos modernos, que ahondaba sus raíces en la Francia pre-napoleónica. El Instituto de Misiones Extranjeras de París se convirtió en el centro del despertar misionero y la fuerza impulsora de algunas asociaciones misioneras que, con la ayuda de la oración y con algunas colaboraciones espontáneas, se dispusieron a apoyar a los misioneros enviados al Extremo Oriente y a América del Norte.

Por iniciativa de varias personas, especialmente Pauline Jaricot (1799-1862), se estableció la *Obra de la Propagación de la Fe* en Lyon, en 1822. Durante las tres primeras décadas esta obra se propagó por varios países europeos, entre ellos Italia, estimulando el interés popular en favor de las misiones, a través de publicaciones de carácter prevalentemente edificante, como los *Anales de la Propagación de la Fe*, lo que permitió divulgar algu-

nas de las experiencias loables y muy positivas de los misioneros, así como también los diferentes problemas del mundo indígena.

A partir de esas lecturas, Estefanía y Juana Bigard, que ya tenían una estrecha relación con las Misiones Extranjeras de París, conocieron a algunos sacerdotes misioneros que trabajaban en el Extremo Oriente, de los que luego se convertirían en confidentes y protectoras. Precisamente en el momento en que las fuerzas misioneras se multiplicaban, en Europa se advertía la necesidad urgente de establecer una jerarquía local en los territorios de misión, libre de cualquier presión política y autónoma en su ejercicio pastoral. Estefanía y Juana Bigard, gracias a los contactos habituales con los misioneros, percibieron el problema y comenzaron a buscar una respuesta adecuada en sus mentes. La Sociedad de las Misiones Extranjeras de París, que frecuentaban habitualmente, había incorporado desde hacía tiempo en su programa el establecimiento inmediato de la Iglesia indígena con una jerarquía compuesta de elementos locales. La implementación de este programa no fue fácil.

La Congregación Romana *de Propaganda Fide* volvió a abordar el problema del clero indígena con insistencia, haciendo referencia a la famosa Instrucción de 1659¹⁷, en la que se imploraba a los misioneros que pusieran el máximo esmero e interés en la formación del clero local. Con la Instrucción de 1845¹⁸ se invitó a los Vicarios Apostólicos, directamente vinculados a *Propaganda Fide*, a pasar a manos de los sacerdotes indígenas la responsabilidad de las misiones y a no tener miedo tampoco de poner a los misioneros europeos bajo su subordinación. Las persecuciones, con la posibilidad de una expulsión masiva de misioneros extranjeros, aconsejaron, como solución urgente, la creación de un clero indígena. A fin de garantizar el crecimiento de las Iglesias locales en los territorios de misión, el problema central siguió siendo, durante muchos años, la formación del clero indígena. Las dos Bigard, madre e hija, se concentraron en esto.

El punto de partida fue una carta que recibieron, el 1 de junio de 1889,

¹⁷ Congregación de *Propaganda Fide*, Istruzione 1659, Collectanea 1 (1622-1866), n. 135, 42-43.

¹⁸ *Ib.*, n. 1002, 541-545.

del obispo de Nagasaki, Mons. Giulio Alfonso Cousin, de las Misiones Extranjeras de París. El obispo, se mostraba preocupado porque debía hacer regresar a sus familias –tan solo por falta de fondos– «a algunos muchachos que podrían haber sido excelentes seminaristas y, más tarde, buenos sacerdotes»¹⁹, y pedía a las Bigard que ayudasen a su seminario y que se convirtiesen en sus promotoras. Así sugirió la idea de «la adopción de un seminarista que todos los días, años más tarde, pondrá ante el altar santo el recuerdo de sus padres adoptivos, tanto durante su vida como después de la muerte»²⁰. Para Juana y Estefanía, la carta sonó como una llamada. El clero indígena sería la vocación a la que podrían ofrecer, sin reservas, toda su vida. Desde entonces se mantuvieron firmes en ello, recogiendo fondos para los seminaristas de Nagasaki y al mismo tiempo recopilando también la información de los obispos y vicarios apostólicos de las Misiones Extranjeras de París sobre el estado del clero indígena en sus países.

El camino tomado habría resuelto el problema central de las misiones asegurando la presencia del clero local. La fundación de la Obra de San Pedro Apóstol pasó por varias etapas: al principio, para satisfacer las peticiones de Mons. Cousin y otros misioneros, se dispusieron becas para seminaristas y se confeccionaron objetos litúrgicos para las misiones. Juana entendió que su Obra debería apuntar a las misiones del universo²¹, porque todo el mundo misionero necesitaba sacerdotes.

En prospectiva, la Obra quería estar abierta a todas las personas que, en todo el mundo, contribuían o contribuirían, de acuerdo con sus posibilidades y disponibilidad, a apoyar: 1) la creación de becas perpetuas; 2) la adopción de un seminarista; 3) la oración, los donativos, el trabajo.

Pero para garantizar un comienzo seguro eran imprescindibles dos condiciones: la gracia de Dios y la bendición del Papa. El propio León XIII

¹⁹ P. LESOURD-A. OLIHON, *Jeanne Bigard. Fondatrice della Pontificia Opera di S. Pietro Apostolo per il Clero Indigeno* (trad. e rielaborazione a c. di P. F. Casadei), Ed. P.P.OO.MM., Roma 1979 (abbrev. JB) 32

²⁰ JB 32.

²¹ JB 38.

ofrecería la ocasión con su Carta encíclica *Ad Extremas Orientis*²², con la que apoyaba la urgente necesidad de la formación de los sacerdotes nativos.

Los misioneros que ignoraban el idioma y las costumbres del lugar eran considerados extranjeros, mientras que los sacerdotes nativos se verían facilitados en su ministerio. También había que tener en cuenta que el número de misioneros extranjeros, en breve tiempo, no habría podido mantenerse al paso con el aumento de las conversiones.

La Obra de San Pedro Apóstol contaba con un millar de asociados y una larga lista de becas, por valor de cien mil francos, a favor de los seminaristas asiáticos y africanos. Todo ello hacía esperar un signo de aprobación de Roma. La bendición del Papa llegó en 1895, cuando el episcopado francés también otorgó el permiso a la Obra de San Pedro Apóstol para el Clero Indígena de las Misiones, que así pasó a formar parte a pleno título de la Iglesia universal. *Propaganda Fide* garantizó su pleno apoyo a la Obra a través de sus prefectos, los cardenales Ledochowski y Jacobini. Este último anticipó, en una carta, su inclusión en las Obras Misionales Pontificias, acontecimiento que tuvo lugar el 3 de mayo de 1922, a instancias de Pío XI.

La soledad y el abandono experimentado por muchos fundadores y fundadoras también afectó a Juana. Al lado de su agonizante madre Estefanía (5 de enero de 1903), solo está ella, Juana Bigard, quien le ofreció a Dios sus sufrimientos y el amor de quienes la ayudaron y la siguieron. Temía la oscuridad espiritual y rogó a Jesús que fuera su compañero de viaje «hasta el día en que me perderé en tu amor»²³. Estaba preocupada por la continuidad de la Obra, que al final la confió a la Congregación religiosa de las Franciscanas Misioneras de María²⁴.

La larga enfermedad que la conduciría a su muerte, acaecida el 28 de abril de 1934, revela la misteriosa lógica de las obras de Dios, que a menudo

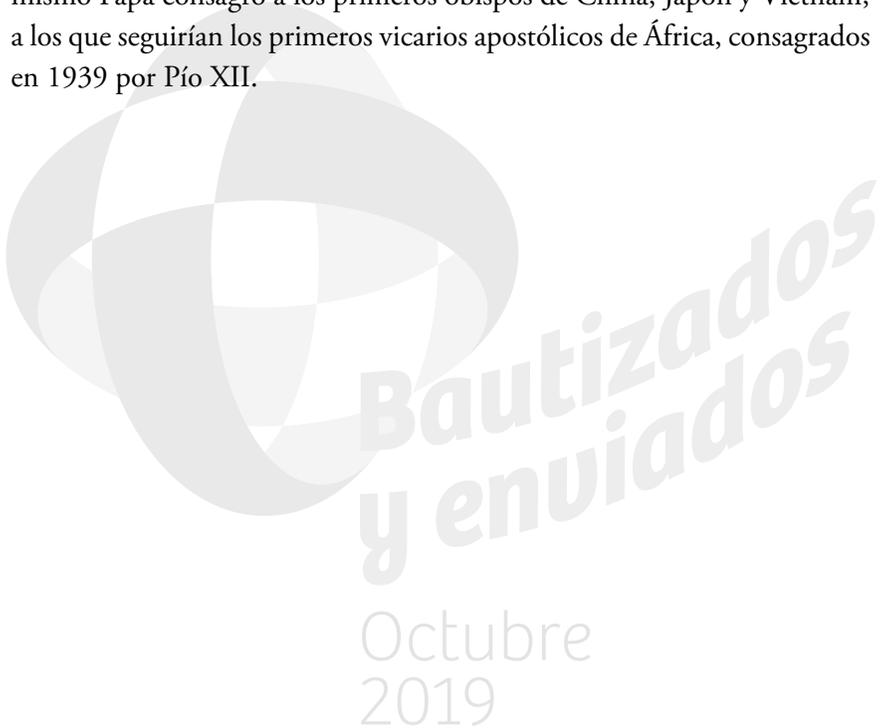
²² LEÓN XIII, Carta enc. *Ad Extremas Orientis* (24/6/1893), *Acta Leonis XIII*, 13 (1894), 190-197.

²³ JB 88.

²⁴ El Instituto de las *Franciscanas Misioneras de María* fue fundado por Elena de Chappotin de Neuville (1839-1904), que como religiosa tomó el nombre de María de la Pasión. El Instituto fue aprobado el 17 de julio de 1890. Por su carácter esencialmente misionero, obtuvo la aprobación de sus *Constituciones* por parte de la Congregación de *Propaganda Fide* el 8 de julio de 1922.

ofrece la abundancia de sus dones en respuesta a las personas que saben cómo entregar totalmente sus vidas hasta la cruz.

La Obra de San Pedro Apóstol entonces ya formaba parte oficial de la vida de la Iglesia. Por primera vez, aparecía en un documento del magisterio solemne, en la Carta encíclica *Maximum illud*, del papa Benedicto XV, como la Obra de referencia en el campo de los seminarios y de la jerarquía local. El 3 de mayo de 1922, Pío XI la declaró «Obra Pontificia». Este mismo Papa consagró a los primeros obispos de China, Japón y Vietnam, a los que seguirían los primeros vicarios apostólicos de África, consagrados en 1939 por Pío XII.



ANA MARÍA DENGEL (1892-1980)

Ana María Dengel nació en Steeg, una localidad del distrito de Reutte, en el estado de Tirol (Austria), el 16 de marzo de 1892. Después de la muerte prematura de su madre, acontecida cuando solo tenía 9 años, Ana y sus hermanos fueron criados por su padre, quien, después de haberse casado de nuevo, tuvo otros cuatro hijos. Ana se sintió profundamente afectada por la pérdida de su madre y este evento influyó en su trabajo y, sobre todo, en el compromiso que puso en el cuidado de las mujeres y de las madres. La suya era una familia adinerada, y su padre se dedicó con esmero a la educación de sus hijos.

Después de completar sus estudios en Hall e Innsbruck, a los 17 años Ana comenzó a trabajar como profesora de alemán en Lyon. Por entonces se enteró de una escuela que formaba a las mujeres como enfermeras, y donde trabajaba una de las primeras doctoras, Agnes McLaren. El objetivo principal de la doctora era proporcionar asistencia médica a las mujeres indias y especialmente a las mujeres musulmanas que no podían recibir asistencia debido a las leyes islámicas. A la edad de 72 años y con la bendición del papa Pío X, la doctora McLaren se fue a la India donde, en 1910, fundó el Hospital de Santa Catalina para tratar a mujeres y niños.

Inicialmente, la doctora trató de persuadir a las órdenes religiosas para que proporcionaran asistencia médica en los territorios de la misión, pero su intento fracasó debido a un decreto eclesiástico del siglo XII que prohibía a las religiosas estudiar y practicar la medicina. Por ello, la doctora McLaren buscó chicas jóvenes, europeas y americanas, que quisieran aprender el oficio y estuvieran dispuestas a trasladarse a la India para llevar adelante la misión. La entonces veinteañera Ana María Dengel se enteró y de

inmediato pensó que eso era perfecto para ella. Entonces escribió una carta a la doctora: «Esta es la respuesta a mi mayor sueño y profundo deseo: ser misionera con un objetivo específico, llevar a cabo una tarea tan urgente que solo una mujer puede realizar. Este es mi sueño desde la infancia».

La correspondencia entre Ana María y la doctora McLaren resultó complicada desde el principio, ya que la doctora no hablaba alemán y Ana María Dengel no sabía inglés. La doctora alentó a la joven austríaca a estudiar medicina en Cork (Irlanda), porque era necesario obtener un título en inglés para poder trabajar en la India, que en ese momento todavía era una colonia inglesa. Desafortunadamente, las dos mujeres nunca se conocieron personalmente, porque la doctora McLaren murió en 1913.

Ana María pudo completar sus estudios en Cork en 1919. En diciembre de ese año llegó a Rawalpindi, en el actual Pakistán, y comenzó a trabajar en el Hospital de Santa Catalina. Su rutina, incluido el trabajo en el hospital, el estudio del idioma, las visitas a los hogares y los problemas de la vida cotidiana, absorbieron todas sus energías. Todos los días al menos 150 pacientes iban al hospital para recibir asistencia y tratamiento. Después de unos tres años, Ana se sintió aborrida por una fuerte inquietud interna. Un sacerdote entendió que Ana había recibido la llamada y le aconsejó que entrara a formar parte de la orden misionera. Pero entonces tuvo que enfrentarse con el mismo problema que había atormentado a la doctora McLaren: si recibía los votos, tendría que abandonar su carrera como doctora.

En 1924 Anna confió la gestión de la clínica a un médico indio y regresó a Innsbruck para un retiro. Allí creció su deseo de fundar una orden religiosa de médicos, un proyecto a su vez respaldado por el sacerdote que dirigió el retiro. A continuación, viajó a Estados Unidos y durante seis meses se dedicó a buscar fondos y mujeres que compartieran su ideal para el proyecto. Pronto se unieron a ella una doctora y dos enfermeras. Así, el 30 de septiembre de 1925, nacieron en Washington las «Medical Mission Sisters» (MMS). Como las religiosas seguían teniendo prohibido practicar la medicina, la comunidad se fundó como una pía sociedad sin votos.

Ana María Dengel trabajó durante muchos años para lograr un cambio

en la ley canónica, con la finalidad de eliminar la prohibición, para las religiosas, de practicar la medicina. En 1936 el papa Pío XI publicó el decreto *Constans ac sedula* revocando esta prohibición. Así, en 1941, las religiosas de la «Medical Mission Sisters» por fin pasaban a ser una congregación religiosa con votos. Más tarde, en 1959, recibieron el decreto de la Santa Sede que las convertía en una congregación de derecho pontificio.

La congregación comenzó con cuatro hermanas y actualmente cuenta con más de 500 miembros que trabajan en África, Asia, Europa y América. La gestión de muchos de los primeros hospitales que se fundaron fue posteriormente asumida por la población local, tal como habrían querido las hermanas fundadoras. Hoy, la atención ya no se centra únicamente en los servicios médicos o quirúrgicos, sino que se trata de un trabajo integral, que procura el bienestar completo de la persona y su salvación en Cristo.

La alumna más famosa de la doctora Ana María Dengel, entre todas las religiosas de la congregación «Medical Mission Sisters» fue, sin lugar a dudas, santa Teresa de Calcuta. Las dos mujeres no se conocieron en persona hasta el final de los días de Ana María Dengel y, aunque no siempre tenían la misma línea de pensamiento, ambas compartieron el compromiso y el amor por la caridad hacia los más pobres. Las dos fundaron congregaciones religiosas, y su celo apostólico fue capaz de cambiar la Iglesia y el mundo para siempre.

En 1973, la doctora Ana María Dengel pasó la dirección de las «Medical Mission Sisters» a la siguiente generación con estas palabras: «El futuro os pertenece. Procurad entender las dificultades de vuestro tiempo, así como yo entendí las dificultades del mío». En la primavera de 1976 tuvo un ictus que la dejó parcialmente paralizada. Todavía estaba en el hospital de Roma cuando la Madre Teresa de Calcuta fue a visitarla. La doctora Ana María Dengel reconoció a su vieja amiga y le pidió que tomara sus manos, como es costumbre en la India, como un símbolo de herencia y bendición espiritual. Murió en Roma el 17 de abril de 1980 y fue enterrada en el Camposanto Teutónico.

BEATO BENEDICTO DASWA (1946-1990)

El papa Francisco, en su decreto de beatificación, lo describió como un «catequista diligente, maestro reflexivo, testigo del Evangelio hasta el derramamiento de su sangre». Tshimangadzo Samuel Daswa nació el 16 de junio de 1946 en la aldea de Mbahe en la provincia de Limpopo (Sudáfrica), en la diócesis de Tzaneen; murió mártir de la fe el 2 de febrero de 1990 y fue beatificado el 13 de septiembre de 2015.

Cuando Benedicto se hizo católico, entendió que había aspectos de la cultura africana, como la práctica generalizada de la brujería, la magia y el asesinato ritual, que ya no podía aceptar. Su posición frente a estos profundos y oscuros problemas de su cultura lo llevó a pagar el precio máximo del martirio. Su muerte brutal por lapidación y palizas lo ha convertido en un héroe para todos los cristianos en África, y en cualquier otro lugar donde se lucha por liberarse de la esclavitud de la hechicería. Benedicto Daswa vivió su vocación cristiana con alegría y entusiasmo, pero al mismo tiempo con modestia y humildad, como lo demuestra su testimonio cristiano en las diversas facetas de su vida. Después de su bautismo, y especialmente después de su matrimonio por la Iglesia, en 1974, con Shadi Eveline Monyai, Benedicto se convirtió en una guía para los jóvenes y pasó muchas horas y fines de semana con ellos, catequizándoles y enseñándoles.

Cuando se formó el primer Consejo Pastoral Parroquial, fue elegido presidente. Ayudó a enseñar el catecismo a los niños y a los adultos, dirigiendo las celebraciones dominicales en ausencia de un sacerdote, visitando a los enfermos y los que no practicaban, y ayudando a los pobres y necesitados. En la iglesia él ayudó a comenzar una guardería.

De vez en cuando, la pequeña comunidad cristiana se reunía en su casa y durante estas reuniones, se rezaba el Rosario y se compartía la Palabra de Dios.

En su familia, Benedicto era un verdadero modelo de referencia como marido y padre, totalmente dedicado al ideal de la familia como «Iglesia doméstica». En clase, no solo se preocupaba por proporcionar a los estudiantes un buen nivel de educación, sino que, sobre todo, les inculcaba los valores morales fundamentales para la formación de su personalidad. Siendo un deportista hábil y motivado, Benedicto inculcó a los jóvenes los valores del esfuerzo en el trabajo, de la disciplina, de la corrección y del espíritu de equipo. Como presidente de la escuela, fue muy respetado y escrupuloso. Él motivó y capacitó a todo su personal para proporcionar la mejor educación posible a los estudiantes, involucrando a los padres como colaboradores de todo el proceso educativo.

En la esfera pública, Benedicto no ocultó su posición contra la brujería, la magia y el asesinato ritual, que aún hoy tienen el poder de impedir el desarrollo y el progreso de la sociedad. Las acusaciones de brujería a menudo son impulsadas por los celos, el miedo y la sospecha hacia las personas más comprometidas y que triunfan en sus negocios. Benedicto se dio cuenta de la necesidad de liberar a las personas de estos efectos paralizantes, para permitirles asumir la responsabilidad personal de sus propias vidas y convertirse en adultos maduros.

Esta es la razón por la cual su papel en ayudar a las personas a alcanzar la verdadera libertad interior fue importante no solo para la Iglesia, sino para toda la sociedad. En la comunidad local, como consejero y asesor del alcalde del pueblo, y en la comunidad eclesial, como catequista y animador de la oración, Benedicto demostró un espíritu de genuino amor cristiano, de respeto, generosidad, honestidad y libertad. Pero, sobre todo, Benedicto siempre fue un hombre de una profunda oración, cuya vida espiritual se nutría constantemente de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía y de la Palabra de Dios. Este gran misterio de fe y amor significaba todo para él: era el centro de su vida.

Nunca se avergonzó de manifestar su gran fe en Dios: era Dios quien le daba las fuerzas. Las personas que lo conocieron de cerca han dado testimonio de que el progresivo crecimiento de su relación con Dios era claramente visible, así como la fidelidad con la que vivió los valores que había abrazado el día de su bautismo. Él quería que todas las personas estuviesen orgullosas de su fe católica y que asumieran una responsabilidad real hacia la Iglesia que tanto amaba. Esto significaba trabajar en los ambientes locales por las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa, ser activo en la Iglesia y apoyarla financieramente.

Su posición contra la brujería no era muy popular, porque se oponía a algo arraigado en la cultura local. También había otras personas que, como Benedicto, consideraban el mundo de la brujería como el fruto del mal, del miedo, de la desconfianza, de la enemistad, de la injusticia y de la violencia, y pensaban que la gente debería haber abandonado dicha práctica, y liberarse así. Sin embargo, esta gente, incluidos los ministros religiosos, guardaban silencio por temor a las represalias. Benedicto era diferente. Él hablaba abierta y enérgicamente en público, oponiéndose a quienes recurrían a la brujería. Benedicto Daswa nunca aceptó compromisos. Siempre fue fiel a su fe cristiana.

Defendió a las personas que se negaban a pagar para consultar al *sangoma* (el chamán), no quería que la gente pagara por algo que no existía. Pero Benedicto, sobre todo, no podía aceptar que un inocente fuese asesinado o desterrado de la aldea por ser acusado de supuesto hechicero. Lo que, por el contrario, normalmente ocurría es que, a través de los rumores, las maledicciones y los chismes, se señalaba con el dedo a alguien, a menudo a una mujer anciana o a cualquier otra persona vulnerable. La gente no buscaba pruebas de culpabilidad, sino que directamente recurría a un *sangoma* que generalmente confirmaba sus sospechas. El acusado no tenía ninguna posibilidad de defenderse.

Entre noviembre de 1989 y enero de 1990 se desataron grandes tormentas en la aldea donde Benedicto vivía con su familia. El 25 de enero de 1990, durante una de dichas tormentas, los techos de algunas cabañas

fueron alcanzados por un rayo y se incendiaron. La mayoría de las personas creía que cuando caía un rayo en una casa, era culpa de una persona a la que la gente consideraba un hechicero. Y según la cultura tradicional, los hechiceros tenían que ser capturados y asesinados, así como cualquier otra persona que los protegiese, porque representaban una amenaza para la sociedad. Esta era la cultura tradicional. Benedicto era consciente de la creciente presión en su contra.

Por lo tanto, el domingo siguiente el alcalde del pueblo convocó una reunión de los concejales para abordar el problema. Benedicto todavía no había llegado cuando se decidió que algunos miembros de la comunidad deberían recurrir a un *sangoma* para encontrar al hechicero que había enviado el rayo. Pero primero tendrían que recaudar el dinero necesario para pagarlo. Cuando llegó Benedicto, inmediatamente trató de hacerles cambiar de opinión, señalando que su decisión conduciría a la muerte de algún inocente. La reunión terminó con la firme decisión del consejo y la negativa de Benedicto a colaborar. Sus enemigos reunieron pues a un grupo de jóvenes y adultos para que lo matasen. El viernes 2 de febrero de 1990, fiesta de la presentación del Señor en el templo, se convirtió en un día de fiesta por la entrada de Benedicto Daswa en el paraíso.

El aspecto más significativo del testimonio de Benedicto tiene que ver con su capacidad para abrazar críticamente todo lo que era bueno en su cultura, desafiando al mismo tiempo con valentía los elementos culturales que obstaculizaban la realización de la vida en su plenitud. Benedicto creía firmemente que el matrimonio era una relación entre iguales y para toda la vida, una colaboración fiel de vida y amor. En una comunidad africana rural, patriarcal y tradicional, en el apartheid de Sudáfrica, Benedicto dio un testimonio profético de una actitud respetuosa hacia la igualdad de las mujeres. Él creía en un matrimonio fiel y monógamo que encuentra su pleno significado en el sacramento cristiano. Como lo testificaron sus hijos, él nunca se avergonzó de ayudar a Eveline, su esposa, en las tareas domésticas, generalmente reservadas para las mujeres. Rezaba todos los días con su familia y animaba a todos los padres a orar con sus hijos. Organizaba

reuniones familiares regulares y actuaba como mediador y consultor de las parejas en dificultad. Por último, Benedicto fue un ferviente maestro y educador, convirtiéndose en el director de la Escuela Primaria de Nweli, donde enseñó durante muchos años. Pero, por encima de todo, como señalaron los que lo conocieron bien, Benedicto fue un hombre profundamente humilde, que siempre usaba el poder de la confrontación y del diálogo que le llegaba desde su fe y amistad con Jesús.

Él nunca renunció a su cultura africana, sino que abrazó los mejores aspectos, purificados y madurados por la fe. Su historia refleja el compromiso sincero con los valores de la ética «Ubuntu», es decir, en su profundo y sincero compromiso con el bien común y el servicio de la vida. El ejemplo que ofrecía con su actitud cotidiana –como laico, padre de familia, diligente catequista y solícito profesor– es lo que hoy muchos sudafricanos pueden considerar el legado más importante de su vida: no en contra de su cultura, sino por el bien propio y de la propia cultura y nación.

Bautizados
y enviados

Octubre
2019

CATERINA ZECCHINI (1877-1948)

La madre Caterina Zecchini nació en Venecia el 24 de mayo de 1877 y vivió y murió también en la misma ciudad el 17 de octubre de 1948. No sabemos mucho de su juventud: bautizada el 3 de junio de 1878 en la Iglesia de Santiago del Orio y confirmada en la Iglesia de los santos Jeremías y Lucía el 25 de mayo de 1885, fue una muchacha dotada de un carácter exuberante, vivaz e ingeniosa, pero muy sensible. Después de cumplir los diez años, ya terminada la escuela primaria, Caterina comenzó a trabajar en casa, ayudando a su padre, comerciante de vinos, en la contabilidad. En ella nació una atención cada vez más fuerte hacia los pobres, especialmente hacia los niños que encontraba en las calles de su parroquia y que a menudo llevaba a su casa para alimentarlos y vestirlos.

Esta caridad que germinó en su corazón estaba destinada, con la gracia de Dios, a crecer en el tiempo hasta que ya no pudiese limitarse a esos pobres ocasionales, manifestándose en ella la necesidad de trabajar con todas sus fuerzas para la expansión del reino de Dios en toda la tierra, al servicio de aquellos a quienes Caterina llama los verdaderos pobres: los que aún no conocen a Dios. En 1905 Caterina realizó un encuentro fundamental para su vida espiritual: el del dominico P. Giocondo Pio Lorgna. Quién durante más de 25 años (es decir, hasta su muerte), fue su director espiritual, y la ayudó a crecer en el amor a la cruz y a la Eucaristía.

El encuentro eucarístico fue para ella el encuentro con una persona real, con el Dios a quien ella creía «aniquilado, escondido», pero que sabía muy bien que era el único poderoso y capaz de transformar la vida del hombre. Después de recibir la Eucaristía, cada vez sintió mayores deseos de perfección y de unión con Dios; si la contemplación eucarística la llevó

a un conocimiento auténtico de sí misma y de su propia nulidad, también le dio la fuerza para desplegar las alas y mirar más alto, allí donde muchos hermanos esperaban su ayuda.

La comunión con Cristo generó la misión, que se manifestó en sentimientos de emoción y de amor, en lo que ella asimiló con la sed de las almas de Cristo: «Sentí una gran sed de almas [...] dadme tantas, Jesús, de estas almas, quiero que vuelvan a tus pies, hermosas y purificadas» (16 de septiembre de 1912). Contemplando a Cristo en su pasión, bajo el rostro del Crucifijo y en la presencia eucarística, compartiendo la angustia del amor, Caterina no podía sino desear como principal remedio para satisfacer esta sed que aquello escogido por Cristo mismo: el sufrimiento. Así nació el deseo de ofrecerse con Cristo y en Cristo como víctima en favor de los hermanos. El acto de ofrecimiento al amor misericordioso, del 8 de diciembre de 1920, fue una síntesis de este camino, de estas intuiciones que se fundían en un gran y único ideal: «Tengo grandes deseos dentro de mí. Mi gran Dios, me gustaría ser la apóstol de tu amor. Morir mártir de la caridad, dedicar cada momento de mi vida para que tu amor sea conocido, por la gloria de Dios y el bien de las almas».

Desde la luz eucarística podemos entender las diversas actividades misioneras emprendidas por Caterina. En primer lugar, la difusión de la «Estampilla Apostólica», que ella misma compuso en 1915, consistente en un día mensual de oración y de ofrecimiento del trabajo en favor de las misiones, para obtener vocaciones misioneras, así como todas las ayudas espirituales y materiales que necesitaban y la conversión de aquellos que todavía no conocen a Cristo. En segundo lugar, la hora de adoración, en la que delante del Santísimo Sacramento, invitaba a orar por las misiones de todo el mundo. En tercer lugar, la unión misionera santa Catalina de Siena, que reunía a un grupo de mujeres, comprometidas por votos privados, y que en sus encuentros mensuales ofrecían algunas horas de trabajo por las misiones y la hora de adoración con el mismo propósito, siempre acompañadas por un sacerdote en un camino de formación misionera.

El doble movimiento de trabajo y de adoración también marcó otra

iniciativa de Caterina: el laboratorio misionero, que en un segundo momento dará vida al laboratorio misionero diocesano: «Solo la oración y el trabajo habrían tenido la eficacia de hacer realidad el objetivo que Caterina Zecchini había propuesto entre los fieles por los infieles». Por último, cabe destacar la institución de los Pequeños Apóstoles de la Santa Infancia y de una Compañía Filodramática, cuya recaudación de los recitales también era en beneficio de las misiones.

La llamada particular de Caterina a ser «víctima», su sed de oración cada vez mayor, la aniquilación progresiva de sí misma ante Dios, no son más que un signo de una vocación que ya no se limita a la persona, sino que se extiende a la comunidad: dichas inclinaciones la llevarían en el futuro a la fundación de un instituto religioso. La intuición de fundar una congregación la recibió, una vez más, ante Jesús Eucaristía. Era 1912, en Castel di Godego, cuando vio claramente la idea de fundar una comunidad religiosa, que se volcase totalmente en favor de la misión universal de la Iglesia. Pero se necesitaron muchos años de interiorización, de un camino de fe, de una cuidadosa búsqueda de la voluntad de Dios y de discernimiento, con la ayuda de algunos sacerdotes, para que la idea se hiciese realidad.

Obligada a refugiarse en Novara debido a la guerra, a principios de octubre de 1918, Caterina se encontró con el P. Luigi Fizzotti, pasionista, en la Iglesia de Santa María delle Grazie. Durante la confesión, sin que ella le hubiese manifestado nada, él la animó a comenzar la fundación de la congregación y sin demora, porque era el Señor quien la quería. El P. Luigi siempre se mantuvo cerca de Caterina, apoyándola en su papel de fundadora, ayudándola a abrirse camino a través de cartas y recomendaciones y, cuando se trató de darle un rostro institucional a la congregación, se convirtió en su principal garante.

Así, Caterina, a quien alguna compañera ya se había unido espiritualmente, pidió al cardenal, el patriarca de Venecia, Pietro La Fontaine, que bendijera la Obra que había comenzado. El 10 de noviembre de 1922 el cardenal firmó el decreto de erección de la Pía Unión, pero sería el 30 de mayo de 1923 cuando Caterina Zecchini, con las dos primeras compañeras,

comenzase el primer cenáculo de vida comunitaria, emitiendo al día siguiente, fiesta del Corpus Christi, el acto de consagración delante del P. Lorgna. La primera etapa duró de 1923 a 1933: diez años de trabajo intenso y prolongado, de oración y de sacrificio, en espera de la erección del Instituto como una institución eclesial de derecho diocesano.

Después de algunas dificultades, de contrastes y obstáculos de todo tipo, el 10 de abril de 1933, llegó la constitución oficial de las Siervas Misioneras del Santísimo Sacramento. «Se decidió por el sí», dice el Diario del patriarca, que quiso fechar el decreto el día del Viernes Santo. Esta fecha es muy apropiada porque –según se lee en el decreto– «estamos en el decimonoveno centenario de la redención; es el día en el que el Señor derramó su sangre por los hombres. Y la nueva congregación, más allá del fin común a todos los Institutos religiosos, demanda un empeño particular a sus hijas: trabajar entre los fieles para los infieles, ayudando a las misiones católicas con obras espirituales y materiales, que combina muy bien con los propósitos de la redención misma». Para Caterina y sus compañeras fue la anticipación de la Pascua.

Ella misma lo había expresado en la primera Regla de 1923: «Una obra plenamente iluminada por el espíritu apostólico y el espíritu eucarístico, que tiene la misión de ganarse las almas de los infieles pobres para el corazón de Cristo y así aumentar el número de sus fieles». Como piedra angular para el Instituto, Caterina estableció el amor por la Iglesia, descubierta en su naturaleza maternal y misionera. La obra, por lo tanto, debe tener como primera cualidad la de un carácter apostólico general (Regla 1923): «Todas las misiones sin excepción tendrán el sufragio de nuestras oraciones, sacrificios, ofrendas».

La contemplación misionera universal vivida de esta manera produjo como consecuencia una elección definitiva en Caterina. «Queremos ejercer nuestra misión aquí entre los fieles, pero en beneficio de los infieles. Por lo tanto, con la ayuda del Señor trataremos de aprovechar al máximo el bien espiritual y material de las misiones católicas y difundir la idea misionera en toda clase de personas» (al patriarca Pietro La Fontaine, 25 de julio de

1922). La vida y la espiritualidad de Caterina encontraron la fuerza y el significado en la fuente de la vida de toda la Iglesia, en la Eucaristía, la fuente de la misión.

Caterina sabía que el ideal que la animaba era realizable solo a través del sufrimiento: nunca rechazó la Cruz, incluso cuando en los últimos años de su vida vino a visitarla en forma de una enfermedad dolorosa y de una serie de incomprensiones. Entonces seguía encontrando fuerza y valor en el tabernáculo orando durante mucho tiempo, incluso de noche, para pedir gracias para el Instituto y para la extensión del reino de Dios sobre toda la tierra. Después de una vida completamente dedicada al ideal eucarístico-misionero, su muerte, acaecida el 17 de octubre de 1948, realizó para ella lo que había escrito muchos años antes en las Reglas del Instituto: «Al final de nuestra vida mortal, la última nota de amor que emanará de nuestro pobre corazón será la del Cristo muriente: *“Consummatum est. Todo se ha cumplido”*».

Bautizados
y enviados

Octubre
2019

BEATO CIPRIANO MIGUEL IWENE TANSI (1903-1964)

El beato Cipriano Miguel Iwene Tansi, primer beato de Nigeria, nació en un poblado de Aguleri, en la diócesis de Onitsha (Nigeria), en 1903. Unos años antes de su nacimiento, en 1890, los misioneros católicos alsacianos llevaron allí el primer anuncio de la fe, aunque poco después serían reemplazados por los irlandeses de la Congregación del Espíritu Santo.

Sus padres, campesinos, eran practicantes paganos de la «religión tradicional» de los igbo. En 1909, con apenas seis años, el pequeño Cipriano fue enviado por sus padres a la capital de Aguleri: allí, en el poblado cristiano denominado Nduka, vivió en la casa de una tía materna cuyo hijo, Robert Orekie, cristiano, ejercía como maestro en la escuela de la misión. A la edad de nueve años, fue bautizado y recibió el nombre de Miguel. Sus contemporáneos lo describen como un estudiante trabajador y muy exigente consigo mismo, que tenía una fuerte influencia sobre sus compañeros, quienes estaban fascinados por su fuerte y decidida personalidad, tanto humana como religiosa, y de su profunda piedad.

En 1913 se mudó a Onitsha, donde se matriculó en la escuela primaria de la santísima Trinidad y en 1919 obtuvo el diploma que le facultaba para la enseñanza. En 1924 asumió el cargo de director de la escuela de san José. Entonces sintió la llamada de Dios a la vida sacerdotal, y en 1925, con 22 años, venciendo resueltamente la oposición de los miembros de su familia, ingresó al recién inaugurado seminario de san Pablo, en Igbariam, siendo la primera vocación indígena de la zona. Siempre inspiró muchísima confianza en sus superiores. Por eso en 1932 le encomendaron la gestión del economato del *Training College*. El 19 de diciembre de 1937 fue ordenado sacerdote por el obispo misionero Mons. Charles Heerey, C.S.Sp., en la catedral de Onitsha.

En los primeros 12 años de sacerdocio demostró unas dotes excepcionales, confirmadas por muchísimas personas que fueron testigos de su celo y su completo abandono en las manos de Dios. El primer encargo de Cipriano Miguel fue en la parroquia de Nnewi. Elizabeth Isichei, en su precioso libro *Totalmente per Dio. La vita di Michael Iwene Tansi*, resume sus principales líneas pastorales: «Ascetismo personal, gran capacidad de compromiso y resistencia física, bondad hacia los enfermos y los pobres, preocupación por la santidad del matrimonio y la formación espiritual de las mujeres, carisma personal».

En 1940 logró valientemente disipar un mito supersticioso sobre la tierra entregada a los misioneros, definida como «bosque maldito». Se decía que cualquiera que entrara moriría o contraería alguna terrible enfermedad. Lo primero que hizo el padre Cipriano Miguel fue recorrerla rociándola con agua bendita; cuando salió indemne, la gente se animó y taló el bosque. El siguiente paso fue construir una iglesia y una escuela, una rectoría y algunas casas de acogida; eran edificios muy pobres, pero él mismo trabajó allí, haciendo una demostración concreta de ser un trabajador infatigable. Al ver a un sacerdote trabajando tan duro, muchos se decidieron a ayudarlo y su ejemplo animó a la creación de empresas similares de construcción en toda la región.

En cuanto a las mujeres, se preocupó por su dignidad y la defensa de la virginidad. A este propósito en sus parroquias había organizado casas donde recibía a las jóvenes para prepararlas al matrimonio y para evitar que vivieran con su futuro esposo antes de la boda. «La Legión de María», establecida por él, lo ayudaba en cada pueblo de la parroquia, informándole de los enfermos que querían ser bautizados, promoviendo la moralidad entre los habitantes y preparando a los catecúmenos. Se dedicó a la construcción de escuelas y verificó personalmente que hubiese maestros cualificados. Asimismo, construyó casas para acoger a los estudiantes más pobres, una para niños y otra para niñas. También acompañó a muchos huérfanos, preocupándose de que todos recibiesen una educación digna.

Por otra parte, parecía tener un don especial para alentar las vocaciones sacerdotales, hasta el punto de que al menos 70 sacerdotes provenían de las

parroquias donde trabajó el padre Miguel. Era un buen predicador. La gente se conmovía con lo que decía y recordaban sus enseñanzas. Él se mostraba duro sobre todo frente a algunas costumbres y supersticiones paganas y, aunque cuando no pudo erradicarlas por completo, sin embargo, logró debilitar los efectos sobre sus feligreses.

En la cúspide de las actividades pastorales, había percibido la belleza de la vida contemplativa. Con motivo de un día de retiro con el clero, el arzobispo Heerey expresó el deseo de que algunos de sus sacerdotes abrazasen la experiencia monástica, para después enriquecer a la diócesis con la semilla de la vida contemplativa. El padre Tansi sin vacilar se declaró dispuesto a poner en práctica personalmente la propuesta de su obispo, con el apoyo de su vicario parroquial, el padre Clement Ulogu. En julio de 1949 se contactó con la Abadía cisterciense del Monte San Bernardo, Leicester (Inglaterra), que aceptó acoger a los dos sacerdotes. El padre Miguel llegó al monasterio del Monte San Bernardo el 3 de julio de 1950 acompañado por el arzobispo Charles Heerey.

Bajo la acción del Espíritu Santo, el que había sido un auténtico pionero y «manager» en la joven iglesia misionera de la diócesis de Onitsha se adaptó, como un monje humilde y dócil, a esta nueva forma de vida. Abrazó la vida cotidiana austera y silenciosa de los trapenses, donde nadie, excepto el maestro de novicios, el padre Gregory Wareing, tenía idea del magnífico trabajo que había realizado como sacerdote. Uno de los recuerdos compartidos por quienes lo conocieron en el monasterio del Monte San Bernardo es la imagen de él rezando en la capilla de la Virgen, con la cabeza inclinada hacia un lado, como si estuviera escuchando a su Señor que le hablaba.

La idea original con la que los dos nigerianos habían ingresado en la comunidad era recibir formación en la vida monástica, con el objetivo de implantarla en Nigeria, pero pronto se hizo evidente la dificultad de crear una fundación con solo dos personas. Finalmente solicitaron ser admitidos libremente a la profesión en el monasterio del Monte San Bernardo y esperar hasta que la comunidad pudiera formar un grupo. En 1963 se decidió establecer una fundación en África, pero en Camerún y no en

Nigeria: fue un poco desagradable para el padre Miguel, pero él lo aceptó como la voluntad de Dios.

Cuando se nombró al grupo para la fundación en Camerún, el padre Miguel fue elegido como maestro de novicios: parecía la persona adecuada para formar las vocaciones africanas que nacerían. Los primeros cuatro fundadores salieron del monasterio del Monte San Bernardo el 28 de octubre de 1963 para preparar los edificios antes de la llegada de los nuevos integrantes del grupo, programada para la primavera del año siguiente. Pero el proyecto de Dios sobre el padre Miguel era otro, y no tardó en manifestarse.

En enero de 1964 sufrió un dolor agudo en una pierna, que se le hinchó enormemente. El médico diagnosticó una trombosis y sugirió su hospitalización. Ingresado urgentemente en la *Royal Infirmary* de Leicester, le diagnosticaron un aneurisma aórtico. Durante la noche empeoró, y en la mañana del 20 de enero de 1964, en la pobreza y en el abandono más radical, el padre Cipriano Miguel Iwene Tansi atravesó en silencio la última meta de su largo viaje de fe y de amor.

Cuando el proceso de canonización del padre Cipriano Miguel Iwene Tansi se abrió en la catedral de Onitsha el 22 de enero de 1986, veintidós años después de su muerte, con gran solemnidad y la participación de fieles de toda Nigeria, la Iglesia nigeriana ya había visto florecer algunas comunidades monásticas de vida contemplativa. Los restos del padre Miguel fueron exhumados en 1988 y regresaron a Onitsha. Durante las exequias, tuvo lugar la curación prodigiosa de la joven Philomina Emeka, de diecisiete años, que sufría de un tumor inoperable, a quien el obispo le había permitido acercarse y tocar el ataúd del padre Miguel Tansi. El milagro condujo a la beatificación, que tuvo lugar el 22 de marzo de 1998, celebrada por san Juan Pablo II.

VENERABLE DELIA TÉTREAUULT (1865-1941)

«**P**orque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito» (Jn 3,16). En el siglo pasado, estas palabras rompieron el corazón de Delia Tétreault. Ella escribió en 1916: «Dios nos ha dado todo, incluso a su Hijo, ¿qué mejor medio para pagarle –tanto como una débil criatura puede hacer en este mundo– sino dándole hijos, los elegidos que, también ellos, cantarán su compasión por los siglos de los siglos?».

Maravillada por la gratuidad del amor de Dios por todos nosotros, Delia Tétreault respondió con gratitud a ese amor. Mujer con un corazón universal, la madre María del Espíritu Santo –ese era su nombre como religiosa– fue la fundadora del primer instituto misionero femenino en Canadá y jugó un papel decisivo e innegable para la Iglesia misionera. A principios del siglo XX, en Canadá, y particularmente en Quebec, la Iglesia ocupó un lugar destacado en una sociedad marcada por el jansenismo, en la que la mujer era poco reconocida. Los medios de comunicación eran muy elementales y los textos escritos jugaban un papel importante en la transmisión de las noticias. En este contexto socio-ecclesial, Delia Tétreault, inspirada por el Espíritu Santo, traerá un viento fresco. Contribuirá, gracias a su visión audaz y a su acción creativa, a la apertura de su país y de su Iglesia al mundo.

Delia nació el 4 de febrero de 1865 en Sainte-Marie de Monnoir, hoy Marieville, Quebec (Canadá). Frágil de salud y huérfana de madre, a los dos años fue adoptada por su tía Julie y su padrino Jean Alix, y vivió una infancia feliz. Desde temprana edad, a Delia le encantaba refugiarse en el establo para leer los *Anales de la Santa Infancia* y de la Propagación de la Fe, que había encontrado en un baúl antiguo. Las narraciones misioneras

la fascinaban y ya comenzaban a delinarse los primeros frutos de su vocación. En aquel momento, tuvo un sueño premonitorio: «Estaba al lado de la cama, y de repente entreví un campo de trigo maduro que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. En un momento dado, todas esas espigas se convirtieron en cabezas de niños, e inmediatamente comprendí que representaban las almas de niños paganos».

La visita a algunos misioneros en el noroeste de Canadá la impresionó mucho: «Aunque sentí una inexpresable admiración por la vida apostólica, nunca me habría atrevido a emprenderla. Por otro lado, la vida apostólica no me parecía posible, dado que no existía una comunidad de misioneros religiosos en Canadá». A los dieciocho años, después de ser rechazada en el Carmelo de Montreal, ingresó en las Hermanas de la Caridad de San Jacinto, pero una epidemia la obligó a regresar a su casa. Un acontecimiento decisivo marcó su breve estancia en aquella comunidad: «Una noche —cuenta— mientras estaba con las postulantes en una pequeña habitación, me pareció que Nuestro Señor me dijo que más adelante fundaría una congregación de mujeres para las misiones extranjeras, y trabajaría en la fundación de una sociedad similar para hombres, un Seminario de las Misiones Extranjeras sobre el modelo del de París».

Con los años, se encontró con el padre John Forbes, misionero en África. Delia planeaba irse a África con él, pero cayó enferma la misma noche de su partida. El padre Almire Pichon, SJ, la ayudó a fundar «Betania», un proyecto dedicado a las obras sociales, en Montreal. Embargada por las dudas, allí trabajó durante diez años, pero sentía que el Señor la llamaba a otra cosa. En los últimos tiempos en Betania, Delia se encontró con el padre Gustavo Bourassa y con el padre A. M. Daigneault, SJ, sacerdote en África, quienes la apoyaron en su deseo misionero. Otros hombres y mujeres de Dios desempeñarán un papel fundamental en su vocación, especialmente el obispo Paul Bruchési, arzobispo de Montreal.

Un fuerte espíritu misionero atravesaba la Iglesia a principios del siglo XX. Sin embargo, Canadá no fue considerado entre los grandes países donantes a nivel universal, ni para las Obras Misionales Pontificias ni para

las vocaciones misioneras. Las donaciones y los recursos pasaban a través de las comunidades religiosas extranjeras que trabajaban en Canadá. Los jóvenes que aspiraban a la vida misionera debían formarse en el exterior. En 1902, después de muchas pruebas, Delia fundó en Montreal, con dos compañeras, una escuela apostólica con vistas a la formación de muchachas para las comunidades misioneras.

En noviembre de 1904, mientras Mons. Bruchési visitaba Roma, el padre Gustavo Bourassa, el apoyo de la joven comunidad, murió accidentalmente. Le había confiado a Mons. Bruchési su intención de hablarle al Papa acerca de esta comunidad naciente; a pesar de sus vacilaciones, el arzobispo cumplió este deseo con el papa Pío X. Y el Papa exclamó: «Fundad, fundad... y todas las bendiciones del cielo descenderán sobre esta fundación». El 7 de diciembre, el Papa le dio el nombre de Sociedad de Hermanas Misioneras de la Inmaculada Concepción, indicando el mundo entero como su campo de apostolado. El 8 de agosto de 1905 Delia emitió la profesión perpetua. «Todos los países de misión se os han abierto». Ella tan solo podía dar gracias. Su sueño misionero se había convertido en realidad.

La fundadora se dio cuenta de que había llegado el momento, para la Iglesia de Canadá de ofrecer su contribución al servicio de la misión universal de la Iglesia. Trató de despertar y formar la conciencia misionera en el país, creando un terreno fértil donde podrían surgir vocaciones misioneras y encontrar los recursos necesarios para apoyar las misiones en otros países. La primera solicitud vino del obispo de Cantón (China), en 1909. Delia le envió seis jóvenes religiosas. Abrió un total de 19 misiones en Oriente. Teniendo en cuenta las peticiones de los obispos, Delia Tétreault favoreció todas las obras de misericordia: guarderías y orfanatos para niños abandonados, leproserías para las mujeres, casas para personas ancianas o discapacitadas, la primera escuela para niñas en Cantón, un hospital para enfermos mentales, actividades de formación para las vírgenes catequistas y las religiosas del lugar. Los obstáculos fueron enormes. Como demuestra su voluminosa correspondencia, alentó a todas sus hijas desde la distancia, insistiendo en los valores cristianos.

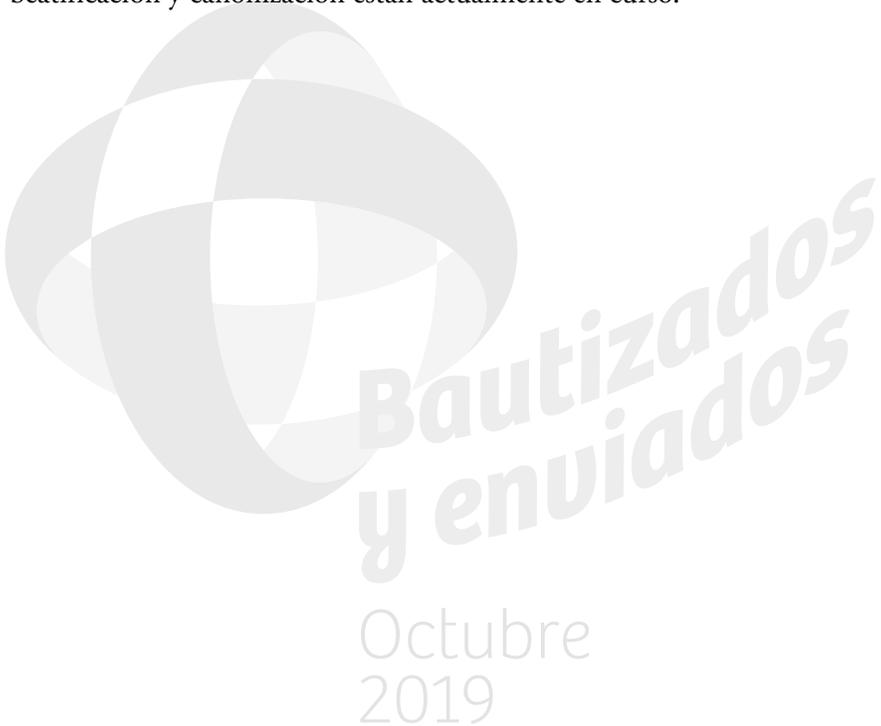
Como su frágil salud nunca le permitió abandonar su país, Canadá se benefició de su celo apostólico por la misión. Entre sus obras misioneras preferidas, las de la Santa Infancia y la Propagación de la Fe, entraron inmediatamente a formar parte del compromiso de Delia y de su comunidad. Aunque ambas obras ya estaban presentes en Canadá, sin embargo, habían decaído. En 1908, Delia y sus hijas promocionaron la Santa Infancia en Outremont y en Montreal. En 1917, Mons. Paul Bruchési les confió oficialmente el relanzamiento de las actividades de la Santa Infancia en la diócesis de Montreal. Ellas hicieron todo lo que estaba a su alcance para animar a los niños y abrir sus corazones a las necesidades de sus coetáneos de todo mundo que no conocían a Jesús, visitando todas las parroquias y escuelas de Quebec y de otras partes de Canadá, con un celo ilimitado. En 1917, ante el declive de la Propagación de la Fe, Delia se encargó directamente de su relanzamiento. Durante todos estos años, las Hermanas Misioneras de la Inmaculada Concepción colaboraron activamente con las Obras Misionales Pontificias en todos los sentidos, en Canadá, en América del Sur, en Haití y en Madagascar. Para promover la animación misionera en el país y apoyar las misiones en el extranjero, Delia Tétreault se aprovechó del poder de los medios de comunicación. En 1920, lanzó la revista misionera *Le Précurseur*, de la que nació la versión inglesa en 1923. En realidad, muchas vocaciones misioneras han nacido gracias a la sensibilización de estas obras.

Tratando de cumplir la voluntad de Dios, Delia perseveró esforzándose por ejecutar la segunda parte de su sueño: colaborar en la fundación de un seminario para sacerdotes misioneros. Incluso ya tenía un plan para sostener esta nueva obra. Discretamente, pero con audacia, visitó a los obispos de las diferentes diócesis. Insistió en que no fuese solo una extensión canadiense del Seminario de las Misiones Extranjeras de París. El 2 de febrero de 1921 los obispos de Quebec fundaron la Sociedad de Misiones Extranjeras de Quebec.

Desde el principio, Delia solicitó la colaboración de los laicos en apoyo de las misiones. Ella los hizo misioneros en sus distintos ámbitos de la vida

diaria. Inauguró los retiros espirituales femeninos y las escuelas apostólicas. También respondió a una necesidad obvia, la de ayudar a los inmigrantes chinos en el país. Abrió hospitales, escuelas y centros, e inauguró la catequesis en chino: su compasión evangelizaba.

En 1933, Delia Tétreault fue víctima de un ictus que la paralizó, pero continuó lúcida. Murió el 1 de octubre de 1941. El papa san Juan Pablo II la declaró venerable el 18 de diciembre de 1997. Las causas para su beatificación y canonización están actualmente en curso.



SIERVO DE DIOS EZEQUIEL RAMIN (1953-1985)

La vida misionera y el martirio del padre Ezequiel Ramin se puede resumir en una frase que él mismo pronunció durante la homilía de la misa dominical del 17 de febrero de 1985 en Cacoal, apenas doce meses después de su llegada a Brasil: «El padre que os está hablando ha recibido amenazas de muerte. Querido hermano, si mi vida te pertenece, también te pertenecerá mi muerte».

Ezequiel nació en Padua el 9 de febrero de 1953 y era el cuarto de seis hermanos. Sus padres, Mario Ramin y Amirabile Rubin, de cultura modesta, con gran sacrificio lograron realizar el sueño de hacer estudiar a todos sus hijos; pero su primer pensamiento fue darles una sólida educación humana y cristiana, lo que los prepararía para hacer frente a las pruebas de la vida. Ezequiel tuvo una infancia y una adolescencia serenas, ancladas en los valores de la fe y de las prácticas religiosas, del estudio y del trabajo, del sacrificio y de la sobriedad, del amor y de la ayuda mutua, de la sencillez y de la honestidad. Una familia formada sobre todo por la dedicación total de la madre, cuyo día estaba siempre iluminado por la misa diaria y por la oración que a menudo la acompañaba en las tareas domésticas.

Ezequiel completó su recorrido escolar con la convicción de que el estudio era importante para la vida, así como su trabajo de esos años. La toma de conciencia de la pobreza en la que vivía una gran parte de la humanidad –en el entonces llamado Tercer Mundo– lo llevó a buscar formas prácticas de solidaridad con los oprimidos. Entonces se adhirió a la asociación «Mani Tese» de Padua y se comprometió a animar los campamentos de trabajo estival, para financiar micro proyectos en el Tercer Mundo, a través de la recogida de papel, vidrio, hierro y ropa. Ezequiel siempre tuvo en cuenta la

necesidad de abrir los propios ojos al mundo de la marginación, también presente en nuestra sociedad y sus pobres.

En uno de sus discursos con motivo de la Jornada Mundial de las Misiones, en octubre de 1971, con solo dieciocho años, Ezequiel afirmó: «Cristo está ahora en el camino de Emaús, en las calles, es el rostro del hermano pobre, es el viejo hombre devorado por la lepra, son los millones de hambrientos, son los 600.000 niños desnutridos. Nuestro cristianismo es un fuerte compromiso que, si lo queremos, puede convertirse en un discurso de vida para quienes nos rodean, porque a Dios nunca se llega solos». La experiencia de «Mani Tese» fue tan intensa y significativa para él que la continuó también en Florencia en el curso 1973-1974, mientras realizó el período de prueba con los misioneros combonianos.

A finales del verano, cuando sus padres lo interpellaron sobre la facultad universitaria en la que pretendía inscribirse, él los invitó a entrar en el coche y los llevó delante del Instituto de los Misioneros combonianos, en Verdara, y les dijo, sorprendiéndolos: «Aquí está mi facultad». Permanecieron perplejos, como todos aquellos a quienes se lo comunicó. De hecho, nunca había hablado antes de eso: fue una elección meditada en el silencio, madurada en el secreto de su propia conciencia, caminando a lo largo del recorrido diario de la casa a la escuela o en los senderos de la alta montaña o pedaleando por sus amadas Colinas Eugeneas. No había sido una elección fácil. Así se revela en el episodio del encuentro con un padre comboniano, que había asistido a la clase de Ezequiel para hablar sobre la vocación de cada persona. Al final del encuentro, el joven Ramin le confesó: «Usted ha hablado de que Jonás tenía miedo de ir a Nínive. En realidad, yo soy ese Jonás que tiene miedo». ¿El miedo a pensar en una ardua vocación como la del misionero? ¿El temor de no corresponder, de no ser fiel hasta el final? Desconocemos los temores que precedieron a su decisión, porque sus cartas están fechadas a partir de 1972, cuando ya había tomado una decisión que nunca más se cuestionaría. De hecho, después del discernimiento previo a la elección, le embargó la serenidad fruto de la certeza de haber correspondido a una insistente llamada: «Llevar a Cristo es llevar la alegría. Sigo el camino

del misionero –escribió– no por mi propia iniciativa, sino porque Dios me busca y continuamente me pregunta si quiero seguirlo».

En septiembre de 1972 Ezequiel abandonó Padua, su familia y sus amigos, para comenzar el camino que lo llevaría al sacerdocio. El 26 de mayo de 1976 se consagró a Dios emitiendo los votos de pobreza, castidad, obediencia y pasando a formar parte de la congregación misionera de los padres combonianos. Emitidos los votos, Ezequiel fue enviado a Inglaterra para aprender bien el inglés, antes de ser enviado a completar sus estudios teológicos en Uganda. Sin embargo, al final su destino no fue Uganda, debido a la precaria situación política y la dificultad de obtener un permiso de residencia, sino que fue enviado al estudiantado teológico de Chicago, donde permaneció hasta junio de 1979. Durante las vacaciones de verano le destinaron a una parroquia negra de Richmond (Virginia), en el sur de los Estados Unidos: era la América de los excluidos, de los perdedores, de los que se quedan atrás en las competiciones, de los necesitados y de los que, a veces, solo necesitan a alguien que los escuche. Habló de ello a uno de sus hermanos: «La pobreza está presente en todas las casas [...] He conocido a personas de 40 años que venían a verme y me preguntaban qué debían hacer. He estado con los alcohólicos, con las personas sin hogar, con niñas embarazadas de 13 años. Todos simplemente querían ser escuchados, entendidos». En resumen, Ezequiel demostró que poseía una predisposición y una sensibilidad particular para captar las necesidades de los más pobres y estar a su lado.

Llegó a Brasil alrededor del 20 de enero de 1984, después de una estancia de unos meses en Lisboa para aprender el idioma. Pasó unas semanas en São Paulo y en Río de Janeiro y en marzo se trasladó a Brasilia para asistir a algunos cursos de cultura y pastoral brasileña. Además de imbuirse en la situación de la Iglesia, con motivo de sus desplazamientos por Brasil, poco a poco fue tomando conciencia de la dramática condición de la población pobre, especialmente de los campesinos que habían sido expulsados de sus tierras debido a la invasión autoritaria de compañías multinacionales que destinaban grandes extensiones de tierra para pastos, para criar ganado y

exportar carne a los países ricos. A finales de junio concluyó el período de preparación y Ezequiel llegó a la misión de Cacoal en el estado de Rondonia, en la Amazonia legal.

En este difícil entorno, el estado de Rondonia, en esos años estaba afectado por dos graves procesos: por una parte, un flujo constante de migrantes, sobre todo desde el noreste; por otra parte, la invasión de las tierras habitadas por los indios. En Rondonia, de hecho, vivían más de la mitad de los indios de todo Brasil. En aquellos meses hubo una fuerte tensión en el límite extremo de la parroquia de Cacoal, precisamente porque allí estaba la frontera entre el estado de Rondonia y el de Mato Grosso: se trataba de la ocupación, por parte de un grupo de familias campesinas, de algunas tierras sin cultivar. El padre Ezequiel, que desde hacía bastante tiempo ya conocía la zona del conflicto, al estar bajo su responsabilidad pastoral, el 22 y 23 de julio había ido allí para llevar a cabo su ministerio religioso junto con el presidente del sindicato rural de Cacoal. En una de las comunidades visitadas, las esposas de los colonos rogaron al padre que hablase con sus maridos que estaban labrando la tierra dentro de la empresa para disuadirlos de continuar. Su permanencia sin duda habría causado un enfrentamiento armado con muchos muertos, especialmente porque ya habían sido amenazados e intimidados por los propios guardias armados. Solo él, decían esas mujeres, con la autoridad y la credibilidad que había obtenido durante esos meses de trabajo pastoral, podría convencerles de que se retiraran esperando tiempos mejores. Antes de la cena, el padre Ezequiel presentó la situación a los hermanos que vivían con él. Todos coincidieron en que, dada la extrema gravedad de las condiciones en que vivían esas personas, a la mañana siguiente acudirían para hablar con ellos. Fueron momentos cruciales, algunos disientían del plan establecido, a pesar de que el padre Ezequiel reafirmaba el enorme peligro que corrían los agricultores y el apremiante llamamiento que las esposas le habían hecho.

Un enjambre de pensamientos y de preocupaciones angustiosas tuvieron que asediarlo durante la noche, pues en la madrugada del 24 de julio, mientras que sus hermanos todavía descansaban, decidió partir con el jeep

de la comunidad junto con un amigo sindicalista. A las 11:00 llegaron al municipio de Aripuanã (Mato Grosso), a cien kilómetros de Cacoal: en el lugar donde estaban reunidos los trabajadores encontraron a una docena de ellos; a poca distancia también estaban reunidos los hombres contratados por el terrateniente para actuar como guardianes. Ambos hablaron a los campesinos invitándolos a evitar cualquier violencia y provocación, dado el peligro de incidentes incontrolables con los guardias armados. El encuentro fue breve, confirmando el hecho de que el padre Ezequiel creía que los había convencido para que se calmasen y no utilizaran la violencia. Cuando estaban a punto de irse, los guardias armados los precedieron con un vehículo todoterreno. Después de unos pocos kilómetros, el padre Ezequiel y su compañero de viaje encontraron el camino bloqueado por el vehículo todoterreno: bastó un momento para intuir lo que estaba a punto de suceder y entonces comenzaron los disparos de fuego cruzado. Ambos salieron corriendo del vehículo, pero la mira de las armas se concentró en el padre Ezequiel, que exclamó: «Soy un sacerdote. Gente, hablemos». No hubo piedad: cayó acribillado por 75 proyectiles antes de poder refugiarse en el bosque. Fue una verdadera ejecución. Eran aproximadamente las 12.00 horas del 24 de julio de 1985.

El compañero del padre Ezequiel, herido levemente por los cristales del jeep, después de caminar por el bosque durante varias horas, encontró a los campesinos que ya habían abandonado el lugar de reunión. Seguidamente viajaron en un camión con destino a Cacoal y a la una de la madrugada avisaron a los hermanos del padre Ezequiel. Inmediatamente fueron a advertir a la policía y al obispo, pero hasta la mañana siguiente la policía no accedió a acompañarlos al lugar del tiroteo. El padre Ezequiel yacía a 50 metros del jeep, acribillado por las balas y el plomo de los fusiles. No hay duda de que querían matar a un sacerdote que encarnaba la opción de la Iglesia diocesana a la que pertenecía y que claramente se había puesto del lado de los más pobres y de los apabullados por las injusticias: los sin tierra y los indígenas. Además, la cruz que llevaba en el pecho de la que nunca se separaba y que le fue arrancada en el momento de la ejecución recibiría

pronto un último agravio: la gran cruz erigida en el lugar de su martirio fue arrancada al menos tres veces por el personal del rancho Catuva. La comunidad que lleva su nombre la reemplazó recientemente por una cruz de cemento.



**Bautizados
y enviados**

Octubre
2019

SIERVO DE DIOS FÉLICE TANTARDINI (1898-1991)

El hermano Félce Tantardini, siervo de Dios, misionero laico del Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras (PIME) en Birmania (Myanmar), nació el 28 de junio de 1898 en Introbio (Lecco); fue el sexto de ocho hijos. Participó en la Primera Guerra Mundial, fue hecho prisionero de los austro-húngaros y se escapó del campo de concentración. Ingresó en el PIME en 1921, y en 1922 se fue a Birmania, donde permaneció hasta su muerte, el 23 de marzo de 1991, regresando tan solo a Italia entre abril de 1956 y enero de 1957. Su historia terrenal no está caracterizada por hechos particularmente clamorosos. Lo que llama y despierta admiración es «lo extraordinario en lo ordinario», en este hombre rico en humanidad, desbordante de fe, que hizo de su vida una donación total de sí mismo al servicio del Evangelio y de los hermanos.

La primera virtud que destaca del cuadro global de su vida es la fe. Los criterios que inspiraron sus palabras, sus escritos, sus acciones, sus relaciones con las personas, procedían no del cálculo ni de la lógica humana, sino del Evangelio. La suya era una mirada de fe. Bien podemos afirmar que él vio y juzgó las cosas, los eventos y las personas con los ojos y el corazón de Jesús, de quien estaba profundamente enamorado. En su camino de fe se dejó moldear dócilmente por una educadora excepcional: su querida Virgen, a quien invocaba con afecto y ternura filial. Una fe, la del hermano Félce, que se nutría constantemente de la Palabra de Dios, mediante la oración y los sacramentos. Aquí él recibió la luz y la fuerza para hacer frente a todo tipo de pruebas y trabajos sin quejarse, con una sonrisa en los labios y la paz en su corazón. En este sentido, recordamos algunos testimonios tomados de las declaraciones procesales:

«Él tenía una fe pura y simple. Dios y la Virgen fueron su todo». «Todas las mañanas hacía al menos una hora de meditación y luego tocaba la campana. Y esto todas las mañanas, sin cansarse nunca... También fue fiel a la adoración eucarística que hacía especialmente por las noches, después del trabajo». «Cuando rezaba realmente estaba recogido... Parecía estar hablando con Dios como si lo viera». «Su devoción a la Virgen era proverbial: siempre tenía cerca el rosario».

Podemos comprender cómo trabajaba y con qué espíritu, gracias a dos testimonios. Una religiosa birmana declara: «Era un hombre lleno de virtudes, totalmente dedicado a su trabajo... Y nunca perdía el tiempo. Era un hombre totalmente de oración y de trabajo, y su trabajo era todo por Dios... Prefería hacer el trabajo en silencio y en secreto... Era una forma de estar recogido y totalmente dedicado a Dios y a su servicio».

Un sacerdote birmano atestigua: «Lo recuerdo como un hombre que trabajaba mucho, que estaba entusiasmado con su trabajo y era capaz de entusiasmar a los que trabajaban con él. Recuerdo que procuraba no exigir un trabajo más difícil o fatigoso de lo que uno podía hacer... Siempre estaba muy sereno y sabía bromear, ayudándonos a todos a estar tranquilos y felices con nuestro trabajo». Resumiendo, podemos decir: al hermano Félice le encantaba trabajar bien, con alegría, por el Señor, y sabía cómo educar a los otros para el trabajo y, por lo tanto, para la vida. Porque no hay una vida digna sin trabajo.

«La fe actúa por el amor», dice san Pablo (Gál 5,6). Del amor al «buen Dios» fluyó el amor del hermano Félice hacia todos, una caridad que se traducía concretamente en el servicio siempre atento que prestaba especialmente a los más necesitados: los leprosos, los discapacitados, los enfermos, sin distinción de religión.

La entrega personal de sí mismo también se expresaba en la obediencia practicada de una manera ejemplar. Iba a todas partes donde lo enviaban tanto el obispo como sus superiores, especialmente cuando se trataba de ayudar a la gente del bosque. Decía que la gente de la ciudad disfrutaba de cierto bienestar y tenía a los trabajadores a su disposición, mientras que los que estaban en el bosque solían estar abandonados y necesitados de todo.

Se despojó de todo en favor de los pobres, naturalmente, sin hacer alarde de ello, conservando para sí solo lo estrictamente necesario. Todos lo apreciaban mucho, pero siempre se mantuvo humilde y tímido. Se puede decir que la humildad formaba parte de su ser.

El espíritu de sacrificio, la capacidad de afrontar con paciencia y coraje las dificultades, las pruebas y las adversidades de la vida, forman parte de la rica herencia humana y cristiana del misionero Tantardini. Sabemos que no tuvo una infancia acomodada en el seno de su familia; después vendrían los difíciles años del servicio militar, del encarcelamiento durante la Gran Guerra, que atemperaron el carácter del joven Félice. Después se consagró a la vida misionera, en una tierra y en una época caracterizada por la miseria, el hambre, los conflictos, la escasez y además azotada, durante la Segunda Guerra Mundial, por los bombardeos y la invasión china y japonesa, con toda su carga de lutos y sufrimientos indescriptibles. También sabemos que arriesgó su vida bajo los bombardeos, en los traslados durante la invasión japonesa, que duró dos años. Pero él siempre logró mantenerse ileso, gracias a que contaba con la protección especial del «buen Dios» y de su «querida Virgen», como solía decir, pero quizás también por su perspicacia.

Pero los años pasan para todos. Los trabajos, los viajes agotadores y algunas intervenciones quirúrgicas con complicaciones postoperatorias, poco a poco fueron minando su cuerpo. Sin embargo, era raro que se quejara, y siempre estaba preocupado de no ser una carga para los demás. En todas sus tribulaciones se mantuvo siempre firme gracias a su fe recia y a su fidelidad a la oración. No habría sido capaz de hacer frente a tantos esfuerzos sin una fuerte motivación interna y sin la ayuda especial del altísimo, al que imploraba asiduamente con humildad y confianza.

Murió en la misión, cuanto estaba a punto de cumplir 93 años, el 23 de marzo de 1991, un sábado, día mariano, como él había deseado. Ciertamente desde el paraíso sigue cumpliendo su promesa de continuar siendo misionero «ya no golpeando el yunque, sino martilleando constantemente el corazón del buen Dios» por la salvación de aquellos pobres y humildes a los que tanto amó.

JEAN CASSAIGNE (1895-1973)

Monseñor Jean Cassaigne nació en Grenade-sur-Adour, en el departamento de Landas (Francia), el 30 de enero de 1895. Perdió prematuramente a su madre y su padre lo envió a España, para completar sus estudios en un colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, exiliados en Lezo, cerca de San Sebastián. A la edad de 17 años regresó a Francia para ayudar a su padre en sus trabajos, pero se sentía atraído por las misiones, de modo que manifestó su deseo de convertirse en misionero. Justo cuando se preparaba para ingresar en el Seminario de la Rue du Bac, se enteró de la declaración de guerra entre Francia y Alemania. Entonces, con 19 años, se inscribió en el ejército y pasó cinco años en el frente como oficial de enlace; participó en la batalla de Verdún y fue condecorado con la Cruz de la Guerra. Después de la desmovilización, en 1920, ingresó en el Seminario de las Misiones Extranjeras de París, fue ordenado sacerdote el 19 de diciembre de 1925 y partió para Indochina el 6 de abril de 1926. Pero primero fue enviado a Vietnam, a la ciudad de Móng Cái –perteneciente a la Provincia de Quang Ninh, al norte del país–, donde estaba ubicada una importante comunidad cristiana, para aprender el idioma vietnamita.

Al llegar a la misión, Jean Cassaigne, como los demás, dedicó los primeros meses de su vida misionera al estudio de la lengua y de las costumbres locales y fue introducido a la pastoral en el entorno vietnamita, en la gran parroquia de Móng Cái. Al año siguiente fue enviado por su obispo, Mons. Dumortier, a la región de Di Linh en las tierras altas de Dong Nai, para fundar una nueva comunidad cristiana entre los pueblos de las montañas de esta región, habitada por los Sré, también llamados Koho. En ese

momento, la región de Di Linh estaba habitada casi exclusivamente por minorías étnicas, porque los vietnamitas aún no se habían asentado en las tierras altas.

Desde su llegada a Di Linh, Jean Cassaigne estudió el idioma local, muy diferente del idioma vietnamita; estudió con empeño y pronto llegó a compilar un léxico y un manual de conversación. El joven misionero rápidamente comenzó a contactar con las poblaciones animistas, quienes sin embargo no confiaban en él y probablemente temían a ese extranjero barbudo. Probablemente los hombres del bosque –llamados Moïis, es decir, salvajes– nunca habían visto a un europeo de piel blanca. Sin embargo, poco a poco, con su sonrisa y su amabilidad, Jean Cassaigne logró acercarse a ellos.

Descubrió entonces la miseria de aquellos hombres, obligados por circunstancias diversas a alejarse de su entorno natural. Forzados a abandonar el bosque en el que solían encontrar su subsistencia, permanecían desnutridos, sin ropa, y eran presa fácil de cualquier tipo de enfermedad. Y entre ellos, Jean Cassaigne descubrió a los más enfermos, a los más infelices: los leprosos, alejados de sus familias, abandonados en el bosque, sin cobijo ni cuidados, esperando solo que la muerte pusiese fin a sus sufrimientos. Esa gente pobre, excluida de la sociedad, conmovió profundamente su corazón misionero. Fue entonces cuando asumió el compromiso de dedicar todas sus fuerzas a su servicio. Poco a poco los Moïis aceptaron su presencia y comenzaron a visitarlo.

En aquellos años, muchos propietarios franceses de plantaciones, que habían obtenido concesiones de tierras del gobierno colonial para desenterrar la meseta de Di Linh, pidieron a la misión que creara una comunidad cristiana. Las Misiones Extranjeras de París encontraron la propuesta interesante y digna de ser acogida favorablemente. Mons. Dumortier, por su parte, vio una oportunidad providencial para comenzar la evangelización en esa región. La Misión adquirió entonces una casa, que al mismo tiempo sirvió como residencia para el misionero y como escuela para los niños de las poblaciones de las montañas. Con la ayuda de algunos hombres, Jean

Cassaigne construyó para ellos la pequeña ciudad de Kala, no lejos de Di Linh. Formada por cabañas en hilera, como construían los habitantes del pueblo, fue llamada por Jean Cassaigne «Ciudad de la alegría». Más tarde, poco a poco, reunió a los leprosos a su alrededor. Los consideraba como sus propios hijos, los alimentaba y cuidaba de ellos todos los días. En 1929 el poblado de los leprosos se amplió y acogía ya a un centenar de pacientes.

En 1930 el padre Cassaigne bautizó a sus dos primeros catecúmenos y varias familias pidieron convertirse en cristianos. En el centro del pueblo había una enfermería donde, tres veces a la semana, el misionero iba a hacer las medicaciones y a distribuir los medicamentos. Se ocupaba personalmente de los leprosos y, con la instrucción religiosa a su alcance, los preparaba para morir como cristianos. En un rincón del pueblo estaba la capilla de los leprosos, donde los domingos se recitaban oraciones en Koho y se impartían lecciones de catecismo.

En 1935 Jean Cassaigne, con la ayuda de su fiel catequista Joseph Braï y la colaboración de un centenar de leprosos, fundó en Kala, cerca de Di Linh, una aldea autónoma para reunir y curar a los leprosos Moï's de la región. Unos meses más tarde, tuvo la alegría de bautizar a 26 catecúmenos en una capilla completamente nueva. Fue el comienzo de la primera comunidad cristiana de las poblaciones de la montaña, que continuaría desarrollándose. En 1936 ya había doscientos.

En 1937 la Visitadora de las Hijas de la Caridad, Sor Clotilde Durand, tocada por la dedicación del misionero, que trataba personalmente a los leprosos, le prometió la ayuda de las Hermanas de San Vicente de Paúl. Poco tiempo después, en febrero de 1938, cuatro Hijas de la Caridad llegaron a la aldea y comenzaron a cuidar a los leprosos.

En 1941 un telegrama de Roma arrancó a Jean Cassaigne de sus leprosos. El Papa lo había nombrado obispo y responsable del Vicariato Apostólico de Saigón. A pesar de su disgusto por los títulos y honores, tuvo que aceptar «bajar» a Saigón. Recibió la ordenación episcopal durante la fiesta de san Juan, el 24 de junio. Una multitud de 3.000 personas se reunieron en la catedral de Saigón para la ceremonia, y entre ellos había una importante

delegación de la gente de las montañas en traje tradicional, en representación de la comunidad cristiana de Di Linh.

Mons. Cassaigne impuso su estilo personal en Saigón. Ciertamente no dejó de cumplir con sus responsabilidades y respetó las costumbres de su ministerio, pero en su vida diaria, el padre Cassaigne siguió siendo un hombre simple y acogedor. Siempre dejaba la puerta abierta: todos podían ser recibidos sin ser anunciados, pobres y ricos, sin distinción de raza o condición social. A lo largo de 15 años mantuvo esta pesada tarea, y en esos años tuvo que enfrentarse a muchas dificultades, tanto durante la ocupación japonesa como durante la guerra franco-vietnamita. A lo largo de este período agitado, dedicó sus energías al servicio de todos, organizando ayudas y socorros para los más necesitados, sin hacer preferencias o excepciones. Los mismos japoneses rindieron homenaje a su amor por sus vecinos y a la dedicación mostrada por Mons. Cassaigne.

Sin embargo, Mons. Cassaigne todavía tenía un deseo en su corazón: volver a vivir con su gente querida en las montañas. Cuando se enteró de que también él había contraído la lepra, entonces presentó a la Santa Sede su renuncia como vicario apostólico de Saigón. El Papa la aceptó y así tuvo la gran alegría de poder regresar con sus leprosos, en diciembre de 1955, y ya no los abandonaría nunca.

Al regresar a Di Linh, su única preocupación era proporcionar asistencia material adecuada a su gente y, sobre todo, ofrecerles la amplia ayuda espiritual que les hacía felices. Los amaba tanto, estaba tan cerca de ellos, se mezcló con ellos tan íntimamente que, golpeado por la lepra, aceptó vivir con ellos los mismos sufrimientos. Y al final de su vida, a pesar de los dolores y postrado por la enfermedad, siempre mantuvo la alegría, una alegría radiante y comunicativa, que un día le permitió decir a sus amigos: «El buen Dios me ama, porque ha elegido para mí la mejor oración, que es el sufrimiento, y que se reserva a sus amigos».

Mons. Cassaigne murió el 31 de octubre de 1973 y, según su deseo, fue enterrado en el pequeño cementerio de la leprosería, donde él mismo había cavado la tumba para su primer converso. La gratitud de los leprosos hacia

Mons. Cassaigne fue expresada conmovedoramente el día de su entierro por uno de los leprosos, que tomó la palabra en nombre de sus hermanos enfermos y le dirigió este mensaje:

«Oh Padre, nos has mostrado el verdadero camino al cielo y esta leprosería es obra tuya. Gracias a ti, no nos ha faltado nada: comida, ropa, medicinas, tú las buscabas para nosotros... Querido Padre, privados de todo como estamos, solo podemos darte las gracias y orar al Señor por ti. Hoy queremos vivir tu enseñanza, mantener vivo entre nosotros el vínculo de la caridad y la forma en que nos amaste, sufrir en nuestra carne el dolor, como nos enseñaste a sufrir durante tu vida entre nosotros. Padre, cuando estabas vivo, querías identificarte con nosotros, querías contraer la lepra como nosotros, sufrir de malaria, sufrir en tu cuerpo de carne como nosotros y morir entre tus hijos. Aquí está nuestra última súplica, y es a ti a quien nos dirigimos: ora por nosotros para que un día el Señor pueda considerarnos dignos de alcanzarte en su paraíso, en el Paraíso de la unidad».

Bautizados
y enviados

Octubre
2019

BEATO JUSTO TAKAYAMA UKON (1552-1615)

Entre los muchos santos de la historia de la Iglesia en la tierra del Sol Naciente (42 santos y 393 beatos, incluidos misioneros europeos), todos mártires asesinados *in odium fidei* en distintos períodos de persecuciones, la historia de Takayama es especial: de hecho, se trata de un laico, un político, un militar –perteneía a la nobleza y era samurái–, que llegó a la gloria de los altares sin ser asesinado, simplemente porque escogió el camino del seguimiento de Cristo, pobre, obediente y crucificado. Ukon renunció a una posición social de alto rango, a la nobleza y a las riquezas, solo para permanecer fiel a Cristo y al Evangelio.

Nació con el nombre Hikogoro Shigetomo entre 1552 y 1553 en el castillo de Takayama, cerca de Nara, hijo de Takayama Zusho, que más tarde se convirtió en el señor del castillo de Sawa. Takayama es el apellido que deriva del territorio de su propiedad feudal. Su familia pertenecía a la nobleza (o a los daimyō), es decir, a los señores de un castillo con sus propiedades. Ellos llegaron inmediatamente después de los shogun –señores de varios territorios de los cuales los diferentes daimio eran fieles aliados, proporcionándoles un ejército y combatientes profesionales: los samuráis– que a menudo estaban en guerra entre sí para ampliar sus áreas de influencia.

En 1563, su shogun encargó a su padre que juzgara a un misionero jesuita, el padre Gaspar Videla, que estaba predicando el Evangelio en Kioto, la futura ciudad imperial. El Evangelio había sido introducido en Japón en 1549 por san Francisco Javier, jesuita, y se había extendido rápidamente. Al escucharlo, el padre de Justo quedó tan impresionado que quiso ser cristiano, se bautizó y tomó el nombre de Darío. Al regresar a su castillo acompañado de un catequista, permitió que instruyese y bautizase

a muchos de sus soldados, a su esposa y a sus hijos, incluyendo a Justo, su primogénito, que entonces tenía unos doce años de edad. A partir de ese momento, su padre se convirtió en un protector de los cristianos. Para él, hijo y heredero de un daimio importante, era una vocación natural la de convertirse en un samurái, en un guerrero siempre dispuesto a defender a la familia, la ley y a su señor, el shogun. Dados los frecuentes conflictos entre los daimios, participó en guerras y combates, distinguiéndose por su valor. En 1571, con 20 años de edad, durante una convalecencia forzada, debido a una lesión en un duelo, tuvo un momento providencial y entonces se convenció de que, sin dejar de ser un samurái, tenía que poner su habilidad en el manejo de las armas al servicio de los débiles, los huérfanos y de viudas. En 1573 su familia recibió un nuevo feudo, y Justo se convirtió en el daimio, porque su padre ya era demasiado viejo. Dos años más tarde se casó con Justa, una cristiana, y tuvieron tres hijos—dos de los cuales fallecieron siendo niños— y una hija. Mandó construir una iglesia en la misma ciudad imperial de Kioto y un seminario en Azuchi, en el lago Biwa, para la formación de misioneros y catequistas japoneses. La mayoría de los seminaristas provenían de las familias de su feudo.

Justo utilizó la típica ceremonia japonesa del té, donde se fortalecen las relaciones entre los participantes y se profundizan los lazos de amistad, para la evangelización, transformándola en una oportunidad para proclamar el Evangelio y dialogar con otros nobles sobre la fe cristiana. En el primer período del shogun Toyotomi Hideyoshi, que subió al poder en 1583, aumentó su influencia entre los nobles, muchos de los cuales acordaron hacerse cristianos. Pero Toyotomi, que se había vuelto tan poderoso que podía unificar todo Japón bajo su autoridad, comenzó a temer a los cristianos y en 1587 emitió un edicto que prohibía la religión en el país y ordenaba la expulsión de los misioneros extranjeros y el exilio para los catequistas nativos.

Todos los señores feudales aceptaron el acuerdo, a excepción de Justo, que prefirió renunciar a su feudo y sufrir el exilio en lugar de renunciar. Toyotomi murió de repente y su sucesor resultó ser peor que él. La persecución

de los cristianos se hizo generalizada e intensa, con el objetivo de erradicar lo que denominaron «las malas hierbas» o «la religión perversa». El 14 de febrero de 1614, Justo Takayama y su familia fueron capturados y trasladados a Nagasaki a la espera de ser ejecutados junto con otros misioneros que habían reunido allí. Después de varios meses de cárcel, el 8 de noviembre de 1614, Justo y 300 de sus compañeros fueron condenados al exilio y embarcados en un junco –una de las embarcaciones a vela más antiguas que se conocen– con rumbo a Manila (Filipinas). Durante su tiempo en prisión, él esperaba compartir el destino de los mártires de Nagasaki. Estaba convencido de que lo matarían y esperaba el final con gran serenidad. La expulsión y la lenta navegación en una embarcación totalmente repleta de carga hicieron aumentar aún más la fe de Justo. Aunque fue recibido con todos los honores por los españoles, agotado por el encarcelamiento y la larga navegación, murió en Manila el 3 de febrero de 1615, cuarenta días después de su llegada a Filipinas.

El ejemplo de Justo es muy importante y valioso. Vivió una vida cristiana auténtica, honesta, sincera y profunda. A pesar de que no fue asesinado, fue reconocido como un mártir porque fue perseguido y tuvo que abandonar todas sus riquezas y su condición social. Estaba muy feliz de haber recibido de Dios el don de la fe cristiana y su testimonio inspiró a todas las personas que le conocieron: nobles de su rango, superiores, súbditos y amigos.

Fue beatificado en Osaka el 7 de febrero de 2017, bajo el pontificado del papa Francisco.

Octubre
2019

BEATO LUCIEN BOTOVASOA (1908-1947)

Lucien Botovasoa nació en 1908 en Vohipeno, un pequeño pueblo en la costa sudeste de Madagascar, en la diócesis de Farafangana, a más de 1.000 kilómetros de Antananarivo, la capital. Sus padres eran agricultores pobres, como muchos otros en esta región, siempre a merced de los riesgos climáticos. Siguieron la religión tradicional, pero fueron de mente abierta. Cuando los aldeanos descubrieron la fe cristiana, muchos se convirtieron y pidieron el bautismo. Entre ellos estaba también Lucien Botovasoa, bautizado el 15 de abril de 1922, Sábado Santo, a la edad de 13 años; fue bautizado antes que sus padres, que se convirtieron a la fe cristiana mucho más tarde. Lucien Botovasoa fue confirmado el año siguiente, el 2 de abril de 1923. Desde la infancia, Lucien deseaba vivir su fe con compromiso y seriedad.

El ideal de vida de Lucien fue el de ser un buen cristiano, apóstol de Jesús en el corazón del mundo. Lo que más caracterizó el martirio de Lucien fue su amor por sus compatriotas y por sus perseguidores. No es una coincidencia que lo llamasen Rabefihavanana, el reconciliador.

Siguiendo el lema de los padres jesuitas, *Ad maiorem Dei gloriam*, Lucien Botovasoa estudió en Ambzontany Fianarantsoa, en el Colegio San José, durante cuatro años. Allí obtuvo el título de magisterio, que le permitiría ejercer la docencia y regresar a Vohipeno como subdirector de la escuela parroquial y docente. En su nuevo destino continuó con sus ansías de leer y aprender de todo. Fue un maravilloso educador y un maestro excepcional, competente, concienzudo y gran entusiasta explicando todas las materias escolares a los alumnos, siempre con claridad y dulzura. Pero también, como maestro cristiano, se preocupó siempre de la educación religiosa de

los niños, a quienes enseñó el catecismo tanto durante el horario escolar como después de las clases. Todas las tardes, después de la escuela, leía las historias de los santos a aquellos que lo deseaban. Pero lo que más le gustaba eran las vidas de los mártires: sabía contarlas, a quienes lo escuchaban, con un fervor tan especial que enardecía los corazones.

El 10 de octubre de 1930 Lucien se casó por la iglesia con Suzanne Soazana y tuvieron ocho hijos, de los cuales solo cinco sobrevivieron. Lucien amaba a sus hijos, los educaba y les enseñaba a orar. Pero también pasó mucho tiempo cuidando a los hijos de los demás, visitando a los enfermos, enseñando por la noche, animando a varios grupos: el de los Cruzados del Corazón de Jesús, al que se había unido, la Guardia de Honor del Sagrado Corazón de Jesús y los jóvenes católicos de Madagascar. Suzanne, en su casa, tenía mucho trabajo que hacer: le habría gustado que su esposo dejara el trabajo de maestro para convertirse en contable. Pero Lucien continuó prestando sus servicios, con alegría y generosidad, a la formación en la vida cristiana. El lugar donde se le veía más a menudo era siempre la iglesia. Lucien tocaba el armonio y dirigía el coro, no solo durante la misa dominical, sino también todas las mañanas en la misa de las seis.

Alrededor de 1940, buscando un libro sobre la vida de un santo casado para tomarlo como modelo, Lucien Botovaso descubrió la Tercera Orden Franciscana (desde 1978, la Orden Franciscana Seglar) y estudió la Regla. Con Marguerite Kembarakala, quien lo había formado en la fe, estableció una primera comunidad de hermanos en Vohipeno. La regla era muy exigente y Lucien la aplicó a la letra. Lucien Botovaso comenzó a destacarse en la piedad y la pobreza. Cada noche se levantaba varias veces para orar arrodillado a los pies de la cama, y después iba a la iglesia a las seis para hacer una hora de meditación ante el tabernáculo. Los miércoles y los viernes animaba la comida familiar, pero, siguiendo la regla, ayunaba, provocando así el descontento de Suzanne.

En octubre de 1945 y después en junio de 1946, se celebraron las elecciones políticas en Madagascar. Los dos partidos políticos querían tener a Lucien Botovaso como su candidato. Pero Lucien rechazó categóricamente

su invitación, denunciando que: «Vuestra política se alimenta de mentiras y solo podrá terminar con derramamiento de sangre».

El 30 de marzo de 1947, domingo de Ramos, Lucien, mientras estaba participando en la santa misa, por sugerencia de su padre, tuvo que seguir a su hermano en el bosque. Los dos se refugiaron allí cuando los insurgentes atacaron la ciudad. Los combates duraron hasta el miércoles. Las masacres en manos del partido de los desheredados de Madagascar ensangrentaron la Semana Santa. El resultado fue una masacre total, con 18 iglesias y 5 escuelas quemadas. Naturalmente, el domingo de Pascua no fue posible celebrar la Eucaristía en la iglesia parroquial. El segundo domingo de Pascua, Lucien regresó a la ciudad después de haber llevado a su familia a un lugar seguro en el bosque. Aquí logró reunir a todos los refugiados en una oración común, en la que participaron católicos, protestantes y musulmanes. Lucien comentó el Evangelio e instó a todos a revivir su fe y tener el coraje de afrontar el martirio en caso de que fuese necesario. Hablaba y animaba los cantos con gran vitalidad y con una alegría intensa.

El 16 de abril de 1947 el rey Tsimihono, responsable local del Movimiento Democrático de Renovación de Madagascar (MDRM), convocó a todos para expulsar de la ciudad a los enemigos del partido, incluido Lucien Botovasoa. El jueves 17 de abril, el rey propuso una tarea clave para Lucien Botovasoa: le pidió que se convirtiera en el secretario del MDRM. Mientras tanto, Lucien le había avisado a su esposa de que lo condenarían. Suzanne habría querido que se escondiese, pero Lucien se negó y, tomando de la pared una foto de san Francisco, dijo: «Él me guiará».

Después de un almuerzo tranquilo con su familia y tras la oración, Lucien respondió a los que habían venido a arrestarlo sin la menor vacilación: «Estoy listo», y se entregó sin la menor resistencia. Sabía que iba a morir y cuando lo llamaron, se adelantó. Sentado a la derecha del rey, en el lugar de honor, dijo en voz alta: «Sé que me vas a matar y no puedo oponerme. Si mi vida puede salvar a otros, no dudes en matarme. Lo único que te pido es que no toques a mis hermanos».

Si hubiese aceptado el cargo de secretario del MDRM, habría salvado su vida. Pero él respondió: «Vosotros matáis, quemáis las iglesias, prohibís la oración, pisoteáis los crucifijos y destruís las imágenes sacras, los rosarios y los escapularios, queréis profanar nuestras iglesias, convirtiéndolas en salones de baile, el vuestro es un trabajo sucio. Sabed que la religión es muy importante para mí: no puedo trabajar para vosotros». Una treintena de muchachos de Ambohimanarivo, en su mayoría antiguos alumnos suyos, lo acompañaron hasta el matadero, lugar donde se llevaban a cabo las ejecuciones, en la salida sur de la ciudad, en un lugar llamado Ambalafary. Lucien dijo: «Decid a mi familia que no llore, porque soy feliz. Es Dios quien me lleva con él. Que vuestros corazones nunca abandonen a Dios». Caminaba como un hombre libre, como un vencedor.

El grupo de muchachos llegó al lugar de ejecución. Tres hombres designados por el rey ya estaban allí. El séquito, para llegar hasta allí, tenía que cruzar un canal. Antes de pasarlo, Lucien pidió que lo dejaran rezar y se lo concedieron. «Dios mío, perdona a mis hermanos, que ahora tienen una tarea difícil de afrontar. Que mi sangre sea derramada por la salvación de mi patria». Lucien repitió varias veces estas palabras. También oró en latín, y tal vez entonó el canto de Cuaresma que tanto amaba: «Perdona a tu pueblo, Señor, perdona a tu pueblo, perdónale Señor, haz que tu ira no permanezca para siempre sobre nosotros».

Después quisieron atarle las manos, pero él se negó. «No me atéis para matarme. Me ato yo solo». Y cruzó sus muñecas una encima de la otra, sosteniendo en sus manos la cruz del rosario que llevaba en el cuello. Después se puso de rodillas y rezó de nuevo, repitiendo las palabras ya dichas: «Perdona a tu pueblo, Señor, perdona...». En primer lugar, perdonó a los verdugos e intercedió por ellos, mientras que aquellos se burlaban de él: «Tu oración es demasiado larga. ¿Crees que te salvará?». Y algunos de ellos que habían permanecido al otro lado del canal seguían gritando e insultándolo. Pero Lucien respondió: «No he terminado. Dejadme todavía un momento más». Levantó sus manos al cielo y se postró tres veces en el suelo, como Jesús durante la pasión, y luego se volvió hacia ellos y les

dijo: «Ahora apresuraos ya, porque el espíritu está listo, pero la carne es débil». Mientras que los asesinos lo mataban se burlaban de la víctima: «Ahora vete a tocar tu armonio». Lapidado por amor a Cristo y a su Iglesia, su cuerpo fue arrojado al río Matitanana. Reconociendo su martirio y el testimonio de su fe, la Iglesia católica lo beatificó el 15 de abril de 2018 en Vohipeno (Madagascar).



**Bautizados
y enviados**

Octubre
2019

MON FILOMENA YAMAMOTO (1930-2014)

Mon Filomena Yamamoto, misionera de María, Javeriana, japonesa, dejó esta tierra el 28 de abril de 2014 en Miyazaki. Tenía 83 años.

Diez años antes, ella había narrado su encuentro con Cristo al periódico de las javerianas: «Pensando en el entorno en el que crecí y los eventos que precedieron a la gracia del bautismo, veo claramente la mano amorosa de Dios que me guió de una manera silenciosa y oculta. Nací en una familia budista de la corriente zen. En la casa familiar había un altar donde se veneraban las tablillas funerarias de nuestros antepasados. Cada mañana ofrecíamos una taza de té y otra de arroz y nos deteníamos a orar con las manos juntas. Cuando pasaban los peregrinos camino de algún templo o venían los pobres, les ofrecíamos arroz para comer.

Teníamos una profunda conexión con el templo. Cuando era niña solía ir a visitarlo, escuchaba los sermones de Bonzo y me preguntaba por qué el hombre nace y luego muere, por qué hay tanto sufrimiento en el mundo y por qué aquellos que hacen el bien a menudo sufren, mientras que aquellos que hacen el mal tienen éxito y viven cómodamente. A menudo reflexionaba sobre estos pensamientos, pero no me atrevía a preguntar a los adultos, porque tenía la impresión de que no podrían responderme.

A través de la naturaleza, con el maravilloso espectáculo del cambio de las estaciones, creo que el Señor me hablaba. Sentí que, por encima de las divinidades de las antiguas religiones de Japón, debía existir un Dios que creó el cielo y la tierra y que por tanto tenía que buscar la religión verdadera. Recé para descubrirla, pero no sabía dónde encontrarla.

A los 23 años dejé mi ciudad para ir a Miyazaki. Invitada por una amiga, comencé a asistir a la Iglesia Católica y a las sesiones de catequesis. Al

principio sentí una cierta resistencia hacia la fe en un solo Dios, porque la cultura japonesa está impregnada de la presencia de numerosas divinidades que no se excluyen entre sí. Sin embargo, continuando el estudio del cristianismo, cuando pude escuchar el pasaje de la pasión y de la resurrección del Señor y comprender la maravillosa obra de la redención, entonces sentí dentro de mí la firme convicción de que finalmente había encontrado lo que había estado buscando desde hacía muchos años».

Desde su juventud, Mon ansiaba una vida completamente dedicada a los demás, pero solo encontró la respuesta cuando conoció a Cristo. Siendo catecúmena, estaba fascinada con la idea de entregar su vida por completo a la misericordia de Dios: «Cuando todavía era catecúmena, el padre Sandro Danieli, misionero javeriano, me prestó la autobiografía de santa Teresa de Lisieux, y leí el pasaje donde ella habla de la ofrenda que había hecho de sí misma al amor misericordioso. Fue la primera vez que me encontré con esta idea. Más tarde, cuando ingresé en las misioneras javerianas, me sorprendí al descubrir que el fundador, el padre Giacomo Spagnolo, tenía una profunda devoción a la omnipotencia y a la misericordia de Dios y que todas nosotras, al emitir la profesión perpetua, confiamos nuestra vida a la omnipotencia misericordiosa del Señor».

El amor a María contribuyó a orientar su elección. Cuando Mon ingresó en la congregación de las Misioneras de María, en 1961, los javerianos tan solo llevaban dos años en Japón. Madalena, una de ellas, recuerda: «Mon era una hermana fiel a la vida que había elegido. Ella creaba armonía en cualquier comunidad donde la obediencia la había destinado. Su serenidad, su humor, su sencillez hacían que todos todos se sintiesen bien acogidos. Era una persona auténtica, evangélica, de esas personas a quienes pertenece el reino de los cielos. Todo lo aceptaba, y sabía vivir el momento presente, ofreciéndolo todo por Jesús en la oración. Vivía en paz y transmitía paz».

«De mente abierta, sabía cómo afrontar las situaciones nuevas e inesperadas —agrega otra javeriana en Japón— de una forma elegante, incluso con un toque de humor. Se mantenía siempre bien informada sobre los

problemas mundiales y nacionales para llevarlos a la oración y compartirlos con nosotras y con las personas con las que se encontraba. Privilegiaba las visitas a los enfermos, a los ancianos, a las personas que vivían en soledad».

«En la parroquia había muchas personas enfermas –recuerda un padre javeriano que la conoció al comenzar su servicio misionero– y Mon me propuso visitarlas y que les lleváramos juntos la comunión. Fue la primera vez que hice este ministerio y Mon me ayudó muchísimo. Con ella aprendí cómo acercarme a los enfermos, cómo rezar con ellos, cómo consolarlos y cómo incorporar a Jesús en sus vidas. Mon me abrió el camino para que yo sea un verdadero misionero. Ella demostraba una perspicaz sensibilidad ante el sufrimiento físico de los demás, pero su mirada penetraba en lo más profundo de sus corazones y deseaba prepararlos para recibir la obra salvífica del doctor divino».

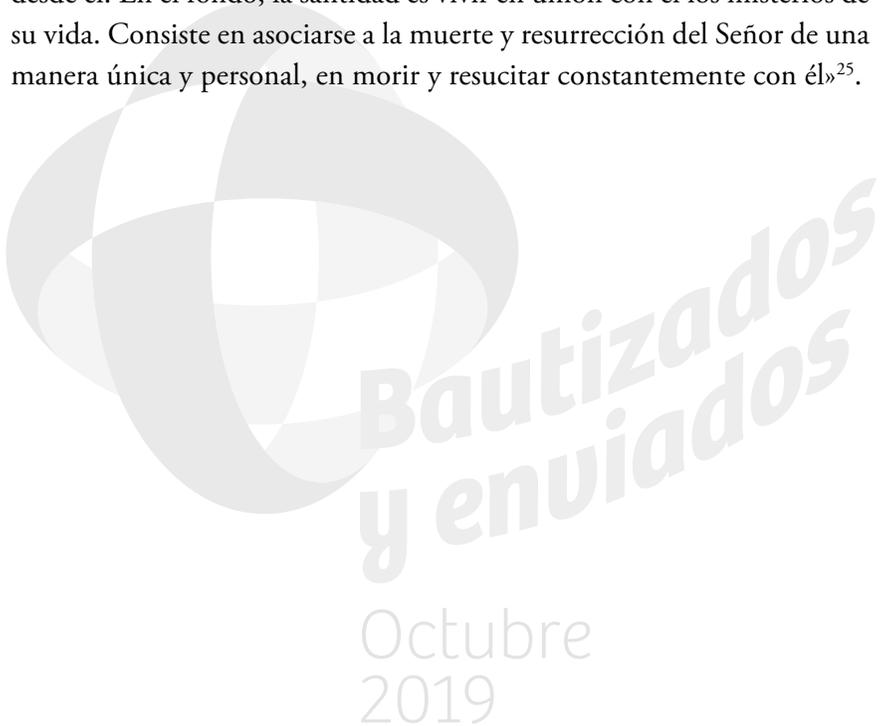
El director del Centro para el Diálogo Interreligioso Shinmeizan nos ha dejado este testimonio: «Tengo mucho que agradecer a la hermana Yamamoto Mon, no solo porque durante tres años contribuyó generosamente a la vida y a las actividades de Shinmeizan, sino también y especialmente por la calidad de su presencia y por el ejemplo de vida religiosa. Siempre serena y jovial, pero también era muy seria y precisa en la observancia de la vida comunitaria y en los demás aspectos de la vida religiosa. La oración era muy importante en su vida. Era una mujer sobria y simple, evitaba los chismes y charlas inútiles, era muy trabajadora y diligente en el desempeño del trabajo encomendado».

En 2011 le fue diagnosticado un cáncer. «Fui a visitarla –escribe un amigo misionero javeriano– al hospital. Incluso entonces recuerdo su preocupación por los demás. Ella había convertido su habitación en una pequeña iglesia en la que permanecía en compañía de Jesús. Recibiendo la quimioterapia, tuvo ocasión de prepararse para la muerte y hablaba de ella con los que iban a visitarla, dejando así un testimonio de fe y de serenidad que provenían de su confianza incondicional en Jesús».

«Cuando la veíamos sonriente, nos preguntábamos si realmente estaba enferma. Para todos tenía palabras de agradecimiento: “Gracias por vuestras

oraciones...”, decía siempre. Durante sus internamientos hospitalarios, su serenidad impresionó a muchas personas: “Las personas que tienen fe son diferentes”, decían. En los últimos días oraba continuamente; “Señor, ven pronto a por mí”».

«Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio. Esa misión tiene su sentido pleno en Cristo y solo se entiende desde él. En el fondo, la santidad es vivir en unión con él los misterios de su vida. Consiste en asociarse a la muerte y resurrección del Señor de una manera única y personal, en morir y resucitar constantemente con él»²⁵.



²⁵ PAPA FRANCISCO, Ex. Ap. *Gaudete et exsultate*, 19-20.

BEATO PEDRO TO ROT (1912-1945)

Pedro To Rot, el primer beato de Papúa Nueva Guinea, fue un esposo y un padre ejemplar, así como un catequista excepcional. En 1945 fue asesinado por unos soldados japoneses debido a su valiente defensa del matrimonio cristiano.

Papúa Nueva Guinea está rodeada de numerosos archipiélagos habitados por miles de grupos étnicos que hablan más de ochocientos dialectos diferentes. Los misioneros llevaron el Evangelio a la región en 1870, y en 1882 el primer grupo de Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús llegó a Matupit (hoy Nueva Bretaña). Para sorpresa de todos, el jefe de la aldea de Rakunai, Ángel To Puia, anunció que quería ser católico junto con la mayoría de los aldeanos. María Ia Tumul, la esposa de Ángel, dio a luz a su hijo Pedro en 1912; él era el tercero de sus seis hijos. Ángel To Puia se aseguró de que todos fueran bautizados, y él mismo les enseñó las verdades fundamentales del catecismo, mientras que María les enseñó a orar.

Cuando era niño, durante la escuela misionera, Pedro se reveló como un estudiante excepcional y trabajador, siempre muy interesado en la religión. El chico tenía una vena muy vivaz, pero era atento y servicial: solía trepar a las palmeras para recoger cocos y después ofrecérselos a los aldeanos ancianos, aunque, como era hijo de un gran jefe, podría haber pedido que otros le sirviesen.

En 1930 el párroco le dijo al padre de Pedro que sus hijos pequeños podrían tener vocación para el sacerdocio. Sin embargo, Ángel To Puia respondió sabiamente: «Creo que todavía el tiempo no está maduro para que uno de mis hijos u otra persona de esta aldea sea sacerdote. Pero si quiere enviarlo a la escuela para catequistas de Taliligap, estoy de acuerdo».

En Oceanía, el trabajo misionero por realizar era inmenso, pero los misioneros eran pocos y por esta razón los jóvenes locales fueron instruidos para convertirse en catequistas y trabajar con ellos. Pedro se dedicó a su nueva vida en el Colegio San Pablo: ejercicios espirituales, lecciones y trabajo manual. La escuela tenía una granja que la hacía en gran medida autosuficiente. Pedro daba ejemplo animando a los estudiantes a trabajar también en la agricultura. Era un compañero alegre que a menudo era capaz de poner fin a las peleas con sus frases reconfortantes. A través de la confesión frecuente, la comunión diaria y el rosario, él y sus compañeros lograron combatir las tentaciones y aumentar su fe, convirtiéndose en cristianos y «apóstoles» maduros.

En 1934 Pedro To Rot recibió del obispo la cruz que le capacitaba para ejercer como catequista y fue enviado a su pueblo natal para ayudar al párroco, al padre Laufer. Enseñó catecismo a los niños de Rakunai, instruyó a los adultos en la fe y animó encuentros de oración. Estimuló a la gente a participar en la misa dominical, fue un consejero de confianza para los pecadores y los ayudaba a prepararse para la confesión. Además, se comprometió a luchar con fuerza contra la brujería, practicada por muchas personas, incluso por algunos que se llamaban a sí mismos cristianos.

En 1936 Pedro se casó con Paula la Varpit, una joven de un pueblo cercano. El suyo fue un matrimonio cristiano ejemplar. Mostró gran respeto por su esposa y oraba con ella cada mañana y cada tarde; además, era un padre muy dedicado a sus hijos y pasaba mucho tiempo con ellos.

En 1942, durante la Segunda Guerra Mundial, los japoneses invadieron Papúa Nueva Guinea e inmediatamente transfirieron a todos los sacerdotes y religiosos a los campos de concentración. Al ser un laico, Pedro pudo quedarse en Rakunai. Después de estos acontecimientos, tuvo que asumir muchas responsabilidades nuevas, guiando las oraciones del domingo y exhortando a los fieles a la perseverancia, así como testificar durante las bodas, bautizar a los recién nacidos y presidir los funerales. También logró llevar a los aldeanos al bosque, donde se había refugiado un misionero tras lograr escapar de los japoneses; de este modo todos pudieron recibir los sacramentos en secreto.

Aunque inicialmente los japoneses no prohibieron totalmente el culto católico, pronto comenzaron a saquear y destruir iglesias. Pedro To Rot tuvo que construir una capilla de madera en el bosque e ideó escondites subterráneos para los vasos sagrados; continuó su trabajo apostólico con precaución, visitando a los cristianos por la noche debido a los numerosos espías que vigilaban la zona. A menudo viajaba a Vunapopé, un pueblo distante, donde un sacerdote le daba el Santísimo Sacramento. Con un permiso especial del obispo, Pedro To Rot llevaba la comunión a los enfermos y a los moribundos.

Al explotar las divisiones dentro de la población de Papúa Nueva Guinea, los japoneses reintrodujeron la poligamia para ganar el apoyo de varios líderes locales. Hicieron un plan para contrarrestar la influencia «occidental» entre la población nativa. Por lujuria o miedo a las represalias, muchos hombres tomaron una segunda esposa.

El catequista Pedro To Rot se vio obligado a hablar: «Nunca les diré a los cristianos lo suficiente sobre la dignidad y la gran importancia del sacramento del matrimonio». Incluso tomó una posición contraria a su hermano José, quien públicamente abogó por un regreso a la práctica de la poligamia. Además, un segundo hermano, Tatamai, se volvió a casar y denunció a Pedro ante las autoridades japonesas. Paula, su esposa, tenía miedo de que la determinación de su esposo perjudicara a su familia, pero Pedro respondió a sus súplicas: «Si tengo que morir, está bien, porque moriré en nuestro pueblo por el reino de Dios».

«La comunión primera es la que se instaura y se desarrolla entre los cónyuges; en virtud del pacto de amor conyugal, el hombre y la mujer «no son ya dos, sino una sola carne» (Mt 19,6; cf Gén 2,24) [...] Semejante comunión queda radicalmente contradicha por la poligamia; esta, en efecto, niega directamente el designio de Dios tal como es revelado desde los orígenes, porque es contraria a la igual dignidad personal del hombre y de la mujer, que en el matrimonio se dan con un amor total y por lo mismo único y exclusivo»²⁶.

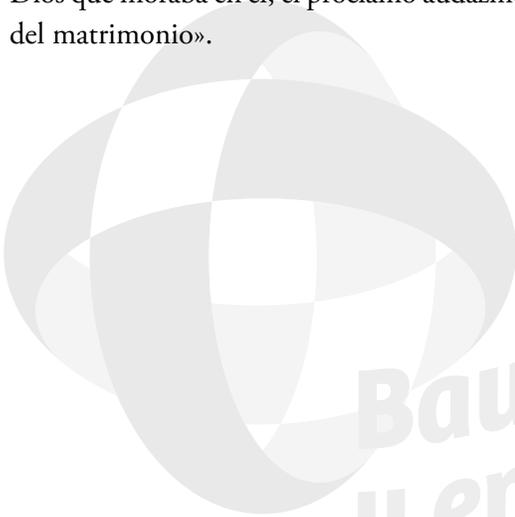
²⁶ SAN JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Familiaris consortio*, 19.

Un día de 1945, mientras Pedro To Rot plantaba frijoles en un campo requisado por los japoneses, fue arrestado por policías que acababan de saquear su casa, encontrando varios artículos religiosos. Durante el interrogatorio posterior, Pedro admitió que había animado un encuentro de oración el día anterior, y el jefe de policía, Meshida, lo golpeó. Cuando se profesó contrario a la bigamia, fue arrestado. Como más tarde le dijo a su familia: «Para Meshida, ese fue mi principal crimen».

Pedro estuvo encerrado en una pequeña celda sin ventanas y era liberado de vez en cuando solo para cuidar a los cerdos. Su madre y su esposa le llevaban comida. En una ocasión, Paula llevó consigo a sus dos hijos (estaba embarazada del tercero) y le suplicó a su marido que les dijera a los japoneses que dimitiría del trabajo como catequista si lo dejaban en libertad. «No es asunto tuyo», dijo Pedro. Haciendo la señal de la cruz, agregó: «Debo glorificar el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y, por lo tanto, ayudar a mi pueblo». Le pidió a su esposa que le trajera su cruz de catequista, que mantuvo consigo hasta el final. Ese mismo día le confió a su madre que la policía había llamado a un médico japonés que vendría a darle medicamentos, y agregó: «No estoy enfermo. Regresa pronto a casa y reza por mí». Al día siguiente, un policía llegó a Rakunai y anunció: «Vuestro catequista está muerto».

Tarua, el tío de Pedro, fue al lugar con Meshida para identificar el cuerpo. Un pañuelo rojo estaba envuelto alrededor del cuello del mártir, que estaba hinchado y herido. La marca de una inyección era claramente visible en su brazo derecho. A juzgar por el olor, el «doctor» le había inyectado un compuesto de cianuro. El veneno había funcionado lentamente y los soldados habían estrangulado y golpeado a la víctima por la espalda con un cuchillo. Pedro To Rot fue enterrado en el cementerio de Rakunai y su tumba se convirtió en un lugar de peregrinación. Su hermano Tatamai se arrepintió y, después de la guerra, reconstruyó la iglesia de Rakunai con su dinero como un acto de contrición. En los cincuenta años posteriores a la muerte de Pedro To Rot, la aldea de Rakunai ha visto nacer al menos una docena de sacerdotes y religiosos para la Iglesia católica.

Durante su visita pastoral a Oceanía en 1995, el papa san Juan Pablo II beatificó a Pedro To Rot en Port Moresby. El Papa describió así su muerte: «Condenado sin juicio, sufrió su martirio en paz. Siguiendo los pasos de su maestro, el “cordero de Dios que quita el pecado del mundo”, también él fue “llevado como un cordero al matadero”. Sin embargo, este “grano de trigo” caído silenciosamente en la tierra ha producido una cosecha de bendiciones para la Iglesia en Papúa Nueva Guinea. Gracias al Espíritu de Dios que moraba en él, él proclamó audazmente la verdad sobre la santidad del matrimonio».



**Bautizados
y enviados**

Octubre
2019

BEATO PIERRE CLAVERIE (1938-1996)

En enero de 2018, el papa Francisco aprobó la beatificación de «Monseñor Pierre Claverie y sus dieciocho compañeros mártires». El de Pierre Claverie, dominico, obispo de Orán (Argelia), fue el último de una serie de asesinatos trágicos que causaron gran dolor en la Iglesia de Argelia entre 1994 y 1996. Las otras víctimas fueron siete monjes trapenses, cuatro misioneros de África, un fraile marista y algunas religiosas pertenecientes a diferentes congregaciones. Su muerte se inscribe en una década negra, durante la cual entre 150.000 y 200.000 personas fueron asesinadas debido tanto a la violencia religiosa como a la represión. Fue precisamente su libre elección de permanecer allí por amor a Cristo y a la Iglesia, a pesar de toda esa violencia, lo que nos permite calificar a estos cristianos como mártires.

Pierre Claverie nació en Argel en 1938: era hijo de la Argelia colonial. En la edad adulta, confesó que había vivido toda su juventud entre los árabes sin encontrarse nunca con ellos: «Pasé mi infancia en Argel en un barrio popular de esta ciudad mediterránea y cosmopolita. A diferencia de otros europeos, nacidos en el campo o en ciudades pequeñas, nunca he tenido amigos árabes. No éramos racistas, solo indiferentes, ignorábamos a la mayoría de la población de este país. Los árabes formaban parte del paisaje de nuestras salidas, el trasfondo de nuestros encuentros y nuestras vidas. Nunca he tenido compañeros... He debido escuchar numerosos sermones sobre el amor por los demás, porque yo era un cristiano y también scout, pero nunca me había dado cuenta de que también los árabes eran mis vecinos. Fue necesaria una guerra para que explotara la burbuja», habría dicho mucho más tarde, reconociendo que había vivido toda su juventud en una «burbuja colonial». Esta toma de conciencia, que corresponde al

estallido de la guerra de Argelia y a la proclamación de su independencia, fue para él un verdadero descubrimiento, lo que le llevó, en 1958, a la vida religiosa dominicana.

Estudió en Saulchoir, con los mejores profesores, los teólogos dominicos que prepararon la eclesiología del Concilio Vaticano II: Yves Congar, Marie-Dominique Chenu, André Liégé. Terminó en 1967 con una sólida formación intelectual y espiritual, la cual le sería muy útil más adelante. En las cartas que escribió a su familia emerge su precoz madurez intelectual: «Esta mañana, durante la oración, finalmente descubrí la Trinidad de Dios, que hasta ahora me había parecido ante todo como un ingenio teólogo. Creo que es la esencia del cristianismo: más allá de la vida de Jesús, de su enseñanza, de su Iglesia, él nos revela a Dios, no solo como Dios Padre sino donándonos la imagen de lo que estamos llamados a ser: aquellos que participan en una corriente de amor que une el Padre al Hijo a través del Espíritu Santo», escribió en mayo de 1959.

Ordenado sacerdote, aceptó con alegría su destino en la pequeña comunidad dominicana en Argel, que, bajo la guía del cardenal Duval, contribuyó a la existencia de un nuevo tipo de Iglesia, una Iglesia para un país de mayoría musulmana. Por esta razón aprendió el árabe, tan bien que a su vez podía enseñarlo; pero, sobre todo, «aprendió Argelia», conquistándose una magnífica red de amigos argelinos que contaron mucho para él. El país comenzó el proceso de reconstrucción después de una sangrienta guerra (1954-1962): había mucho que hacer en el campo de la educación y de la formación de los líderes. Pierre Claverie contribuyó, junto con otros sacerdotes y religiosos de Argelia que se pusieron al servicio de la formación de cooperadores comprometidos, en el desarrollo del país. Fue un período muy feliz de su vida. Por eso hizo un justificadísimo homenaje a estos amigos, presentes en la catedral de Argel el día de su ordenación episcopal: «Hermanos y amigos argelinos, les debo el hecho de ser lo que soy hoy. También me recibisteis y me apoyasteis a través de vuestra amistad. Os debo mi descubrimiento de Argelia: a pesar de ser mi país, he vivido en él como un extraño durante toda mi juventud. Con vosotros, aprendiendo

el árabe, sobre todo aprendí a hablar y comprender el lenguaje del corazón, el de la amistad fraterna a través de la cual se comunican los pueblos y las religiones. En este sentido, tengo la flaqueza de creer que esta amistad es capaz de perdurar en el tiempo y resistir la distancia, la separación. Porque creo que esa proviene de Dios y conduce a Dios».

Su sólida formación lo llevó a participar de manera decisiva en la reflexión teológica de una Iglesia que necesitaba replantearse el significado de su presencia. La Iglesia no estaba allí para hacer proselitismo entre los musulmanes. Por el contrario, a través del testimonio de fe y su acción gratuita al servicio del país y de los más humildes, la Iglesia podría ofrecer una presencia activa del amor evangélico y ayudar a sanar las heridas heredadas del pasado colonial y de la guerra de liberación. Solo la fecundidad del testimonio y la obra del Espíritu Santo pueden convertir los corazones y mover la libertad hacia Cristo y su Iglesia. Con este propósito, Pierre Claverie asumió la dirección del centro de estudios diocesano de Argel y colaboró con los obispos en la redacción de documentos teológicos que intentaron articular el sentido de una presencia cristiana en un mundo musulmán.

En 1981 su fuerte personalidad y su carisma personal le valieron el nombramiento como obispo de Orán, en el oeste del país. Su diócesis tenía pocos fieles, pero era internacional: Pierre se entregó a fondo a esta misión como un artesano de la comunión, no solo entre los cristianos de diferentes orígenes, sino también con los amigos musulmanes de la Iglesia. Él tomó la decisión de poner los locales y las estructuras de su diócesis a disposición de las necesidades del país: bibliotecas para alumnos y estudiantes, un centro de acogida para personas con discapacidades, un centro de formación para mujeres. Con sus camaradas musulmanes estableció relaciones de confianza y amistad que se revelarían preciosas durante la década trágica de los años noventa. La conversión solo es posible para Dios. Los fieles son pocos, pero se puede dar un verdadero testimonio cristiano a todos los musulmanes con quienes los cristianos viven y trabajan a diario.

Con motivo de una conferencia en la mezquita de París en junio de 1988, Pierre optó por rechazar cualquier hipocresía política e hizo hincapié,

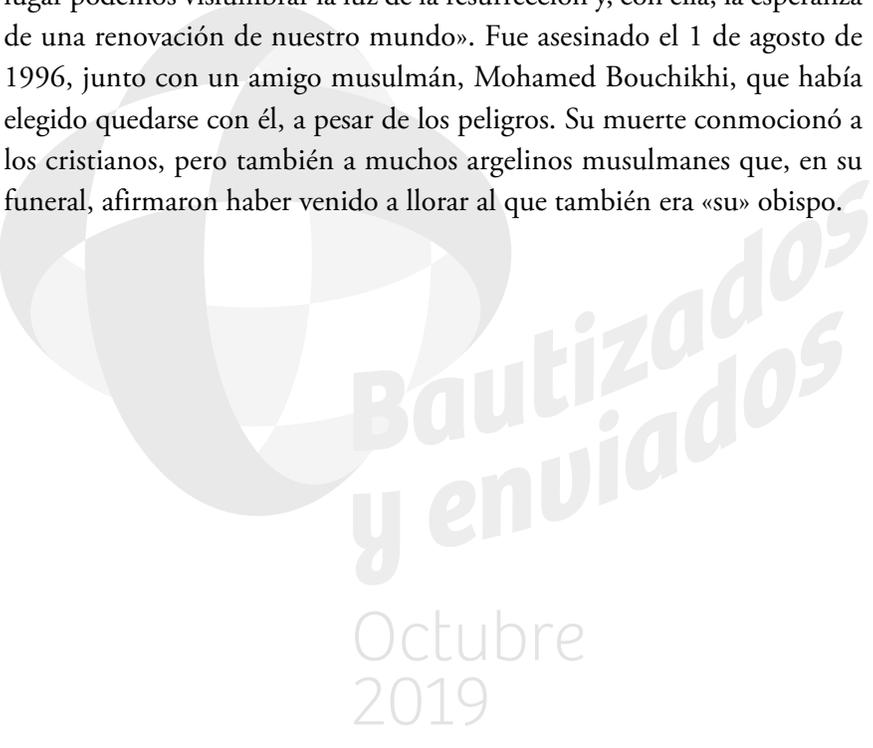
sin titubear, en que «en el conjunto de las relaciones que han marcado el encuentro entre cristianos y musulmanes, el diálogo no siempre ha sido la regla»; lamentablemente, ha ocurrido lo contrario: «han dominado la controversia y el conflicto». Fiel a su franqueza, comenzó reconociendo los obstáculos. «Más allá de las vicisitudes de la historia –dijo– el problema subyacente está en la dificultad de admitir y aceptar la diversidad».

Cuando el diálogo se limitaba a las palabras, a veces ambiguas o engañosas, Pierre Claverie prefería el encuentro, ya que este último involucraba a las personas. Sostenía que no se podía hacer nada si previamente no se comenzaba a crear vínculos de confianza y amistad, ya que son estas las que permiten hacer cosas juntos, para afrontar desafíos comunes y cuestiones aún más complejas: el cristiano debe ser capaz de explicar que para él la Trinidad no es politeísmo; el musulmán, a su vez, podrá subrayar hasta qué punto le conmueve el texto del Corán o la personalidad de Mahoma, algo tan engañoso para un cristiano. Uno de los milagros que estos encuentros pueden lograr es ayudar a sanar las heridas del pasado, esas que hacen que las relaciones entre cristianos y musulmanes a menudo se vean obstaculizadas por temores y prejuicios tenaces. El conocimiento recíproco y honesto de un diálogo saludable entre las religiones ayuda a promover la libertad religiosa, el derecho a proclamar y testimoniar, el derecho a la libre conversión y la adhesión religiosa.

A partir de 1990, Argelia vivió una década plena de violencia. La tardía apertura política al multipartidismo, después de un régimen de partido único de 25 años, favoreció la aparición de partidos religiosos radicales. En el momento de las elecciones legislativas locales, los radicales reunieron la mayoría de los votos y estuvieron cerca del poder cuando el régimen militar decidió, en 1992, interrumpir el proceso electoral para evitar el establecimiento de una dictadura religiosa. Frustrados por no alcanzar el poder mediante el voto, los fanáticos fundamentalistas trataron de tomarlo con las armas. Comenzaron con el asesinato de cientos de representantes del estado (jueces, policía), para pasar a continuación a las figuras icónicas de una sociedad civil abierta (periodistas, escritores) y, al final, la tomaron

con los extranjeros. El asesinato de los dos primeros religiosos cristianos, en mayo de 1994, fue un trauma para todos. El de los siete monjes trapenses, en 1996, escandalizó a la gran mayoría de los musulmanes.

Pierre Claverie fue el último cristiano asesinado. Debemos añadir que él no solo eligió quedarse, sino también, y, sobre todo, que decidió hablar valientemente, expresándose públicamente a favor de una humanidad «plural, no exclusiva». «Estamos exactamente en nuestro puesto, ya que solo en este lugar podemos vislumbrar la luz de la resurrección y, con ella, la esperanza de una renovación de nuestro mundo». Fue asesinado el 1 de agosto de 1996, junto con un amigo musulmán, Mohamed Bouchikhi, que había elegido quedarse con él, a pesar de los peligros. Su muerte conmocionó a los cristianos, pero también a muchos argelinos musulmanes que, en su funeral, afirmaron haber venido a llorar al que también era «su» obispo.



Bautizados
y enviados

Octubre
2019

SIMÓN MPECKE (1906-1975)

Simón Mpecke nació en 1906 en Batombe (Édéa), en Camerún. En 1914, a la edad de 8 años, Mpecke asistió a la escuela primaria de la misión católica en Édéa. Era una misión abierta por la congregación de los padres palotinos durante las colonias alemanas. A los 11 años, Mpecke obtuvo el título de educación primaria. El 14 de agosto de 1918, a la edad de 12 años, Mpecke fue bautizado en Édéa por el padre Louis Chevrat, asumiendo desde ese momento el nombre de Simón Mpecke. Al día siguiente Mpecke hizo la primera comunión. Más tarde se convirtió en maestro de las escuelas de la sabana y luego de la misión central de Édéa. En 1920 obtuvo el diploma de maestro indígena en la misión católica de Édéa y, en 1923, se convirtió en el primer docente de la misión.

El 8 de agosto de 1924, Simón Mpecke ingresó en el pequeño seminario de Yaundé. Desde octubre de 1927 hasta diciembre de 1935, después de la apertura del gran seminario de Mvolyé, prosiguió los estudios de filosofía durante dos años y a continuación, durante los cuatro años siguientes, los de teología. El 8 de diciembre de 1935, Simón fue uno de los primeros cameruneses en ser ordenado sacerdote. Esta ordenación sacerdotal fue una etapa importante en la historia de la Iglesia de Camerún e inauguró una nueva era para el país.

Como primer ministerio, Simón fue nombrado vicario en la misión de Ngovayang, donde tomó una firme posición contraria a las prácticas de las religiones tradicionales de la región. En 1947 fue nombrado vicario de la parroquia del distrito de New-Bell en Douala y al año siguiente se convirtió en el párroco. Dio un fuerte impulso a la parroquia e impulsó varias congregaciones laicales y algunas cofradías. Asimismo, apoyó a los

movimientos de la Acción católica y a la escuela, demostrando una gran disponibilidad y total generosidad. También en 1947, por casualidad, el padre Simón Mpecke leyó un artículo en el que se enteró de la existencia de poblaciones paganas en el norte de Camerún. A partir de ese momento sintió una gran simpatía por esos pueblos. El establecimiento de la fraternidad de los Hermanitos y las Hermanitas de Jesús en su parroquia lo acercó a la espiritualidad de Charles de Foucauld. En 1953, el padre Simón Mpecke se vinculó al Instituto Secular de los Hermanitos de Jesús y se fue un año a Argelia para hacer el noviciado. Fue uno de los fundadores internacionales de la Unión Sacerdotal «Jesus Caritas», convirtiéndose en su primer responsable en Camerún. Durante un tiempo, él mismo pensó en ingresar con ellos y vivir en su fraternidad.

El 21 de abril de 1957 el papa Pío XII publicó la encíclica *Fidei donum*. Por lo tanto, con este espíritu, el padre Simón Mpecke partió hacia el norte de Camerún como misionero y como sacerdote *Fidei donum*. En febrero de 1959, a petición de Monseñor Plumey, el padre Simón llegó a Tokombéré para fundar una misión y llegar a los kirdi, nombre que significa «los paganos». Si el sur de Camerún, mayoritariamente bantú, había pasado al cristianismo en gran número, el norte, habitado por personas de origen sudanés, era un feudo del islam.

El Dr. Joseph Maggi –un médico suizo– ya se había instalado en la aldea para fundar un hospital, en un lugar donde solo había unos pocos líderes de la administración colonial francesa y algunos técnicos que estaban introduciendo el cultivo del algodón. Los comienzos de la misión católica de Tokombéré fueron la ocasión para una experiencia misionera excepcional. La tarea no fue fácil: de hecho, Simón Mpecke fue considerado peligroso porque no pertenecía a la tribu local; pero el hecho de ser africano le facilitó las cosas. Desde el principio, la escolarización de los kirdi se convirtió en su preocupación diaria. Su legendaria bondad pronto le valió el sobrenombre de «Baba», que significa padre, patriarca, sabio y guía al mismo tiempo. Todos –hombres y mujeres, adultos y niños, los kirdi y los musulmanes– comenzaron a llamarlo espontáneamente Baba. En Tokombéré, Baba

Simón cumplió la promesa hecha por Dios a Abrahán: su éxodo, su misión, permitió el nacimiento de un pueblo.

La fe y la amistad con Jesús lo convencieron de que solo el amor por el hombre integral lo salvaría del mal espiritual del pecado y de la ignorancia, y del mal material de la miseria y de la discriminación étnica y religiosa. Para Baba, la escuela era la vida: su escuela traía la esperanza de hacer florecer al hombre en su lucha contra la ignorancia, la tiranía y el miedo, y era su forma de luchar por la dignidad humana. Decidió ofrecer la educación «a domicilio», dando a todos la oportunidad de asistir a la «escuela bajo el árbol»: una escuela bajo la mirada de todos, en el corazón de la vida de los kirdi.

Más tarde construyó la escuela San José en Tokombéré y obtuvo la autorización para abrir otras escuelas en Bzeskawé, Rindrimé y Baka. Creó un internado para los niños y otro para las niñas, dirigido por los Siervos de María. Baba Simón enseñó a los kirdi a amar a los musulmanes como a sus hermanos de sangre e hizo lo mismo con los musulmanes en sus relaciones con los kirdi. A través de la escuela, las estructuras sanitarias, el compromiso contra la injusticia y el apelo a la hermandad universal, consiguió una mejora real de las condiciones de vida de las poblaciones de los kirdi, hasta entonces demasiado olvidados por el resto del país. Su preocupación por un diálogo constante con los líderes de las religiones tradicionales lo convierte en un precursor profético del diálogo interreligioso profesado por el Concilio Vaticano II. Le encantaba viajar, y la primera razón que lo motivaba a hacerlo era encontrar la ayuda necesaria para sus obras en favor de los kirdi, especialmente para los estudiantes, externos e internos de la comunidad. Por esta razón, visitó Francia, Suiza, Italia, España e Israel. Compartió la vida de los kirdi, su pobreza y la lucha contra la pobreza. Su evangelización estuvo impregnada de oración, amor por la Iglesia y caridad, respetando siempre sus tradiciones.

El 13 de agosto de 1975, exhausto por su enfermedad, Baba Simón murió en Édéa —después de haber permanecido un tiempo en Francia para recibir tratamiento— lejos de Tokombéré, sin poder volver a ver a sus kirdi. Fue enterrado en Tokombéré.

BEATO TITO BRANDSMA (1881-1942)

A nno Sjoerd Brandsma nació el 23 de febrero de 1881 en Bolsward, Holanda. Asistiendo al colegio de los franciscanos de Megen, comenzó a comprender su vocación. Ingresó en el convento carmelita de Boxmeer (Brabante) el 22 de septiembre de 1898 y tomó el nombre de Tito. En 1901 publicó su primer libro, una antología de los escritos de santa Teresa de Ávila, traducida del español. Después de ser ordenado sacerdote en 1905, fue enviado a Roma y frecuentó la Pontificia Universidad Gregoriana. De vuelta en Holanda, se dedicó a la docencia y continuó cultivando actividades periodísticas; publicó además las obras de santa Teresa en holandés.

Poco antes de la creación del Partido Nacional Socialista de Alemania, fue nombrado Rector Magnífico de la Universidad de Nimega. Unos años más tarde, fue nombrado eclesiástico de la Asociación de Periodistas Católicos. En sus cursos universitarios sobre ideología nacionalsocialista, no escatimó críticas ni denuncias contra el sistema; como carmelita, profesor, periodista y, por último, como presidente de la Asociación de Escuelas Católicas, se opuso firmemente a la presión nazi.

Tras ser arrestado en su convento, fue llevado a la prisión de Scheveningen, donde fue sometido a un intenso interrogatorio en el que reiteró firmemente su posición. En la prisión tradujo la vida de santa Teresa de Jesús al holandés. Trasladado al campo de concentración de Amersfoort, fue obligado a trabajar y vivir en condiciones muy duras: lo llevaron nuevamente a Scheveningen para completar el interrogatorio, y después fue destinado a Kleve, un campo de tránsito temporal, en el que encontró una mayor dignidad y alivio, humana y espiritualmente.

En junio de 1942 fue transportado con un vagón de ganado, junto con otros presos, al campamento de Dachau, donde las condiciones de vida eran extremas, tanto por los trabajos forzados y la falta de alimentos, como por los experimentos científicos a los que estaban sometidos los prisioneros, suerte que también le tocó a Tito. Internado en el hospital del campo, enfermo y consumido, murió el 26 de julio de 1942 por una inyección de ácido fénico que le administró una enfermera a la que regaló un rosario y quien, convertida, testificó en el proceso de beatificación. Su memoria litúrgica se celebra el 27 de julio.

«La oración no es un oasis en el desierto de la vida, sino toda la vida»: en esta hermosa expresión del padre carmelita, periodista y profesor universitario, se contiene el testimonio de su intensa vida de oración, que le predisponía a una particular actividad apostólica vivida con gran equilibrio y que alimentaba su valor —en el momento de las brutalidades nazis— para anunciar la verdad, defender la libertad de fe, aceptar todo tipo de pobreza y vivir el mandamiento del amor con todas sus consecuencias. Citando las palabras de Jesús: «La paz os dejo, mi paz os doy» (Jn 14,27), así expresaba su ardiente deseo: «Me gustaría repetir esta palabra, hacerla resonar en todo el mundo, sin preocuparme de quién la escuchará. Me gustaría repetirla tantas veces que aquellos que volvieron la cabeza la primera vez que la oyeron, la escuchen ahora hasta que todos la hayan escuchado y comprendido [...] nuestra vocación y nuestra felicidad consisten en hacer felices a los demás» (Conferencia *Paz y amor por la paz*, Bergkerk de Deventer, 11 de noviembre de 1931). Tito tenía un carácter generoso y misionero; las experiencias internacionales vividas en su familia religiosa, especialmente durante su período de estudios en Roma, alimentaron el sueño de ser enviado como misionero carmelita para proclamar el Evangelio. No pudo cumplir este deseo, sometido a la obediencia de los superiores que estaban preocupados por su delicada salud.

Aunque no pudo viajar a tierras de misión por razones de salud, siempre mantuvo una actitud de universalidad, disponibilidad, diálogo y apertura para crear lazos de fraternidad en Cristo. La vida lo llevó a vivir una misión

especial: su inclinación natural como consolador de los afligidos, encontró su expresión máxima y heroica en los campos de exterminio; murió en el campo de concentración de Dachau como un «misionero» en un lugar «imposible», en el que fue capaz de brindar felicidad e infundir coraje. San Juan XXIII lo definió como «víctima de su caridad y de la defensa constante de la verdad», basándose en numerosos testimonios; mientras estaba sujeto a ultrajes y palizas, soportó a sus perseguidores con paciencia y sincera compasión, exhortando también a sus compañeros a la resistencia y a la oración por aquellos que demostraban tanta crueldad hacia su prójimo. Estaba animado por la convicción de que la luz eterna podía brillar por y a través de los sacerdotes del campo, por su fraternidad, por la esperanza y la confianza en Dios, en la que se sentían seguros. Íntimamente unido a Dios, se convirtió en una copa rebosante de esperanza en los lugares aparentemente más distantes de la mirada divina.

Los ámbitos de su misión fueron, por lo tanto, el convento como lugar de oración y de acogida de los más desfavorecidos, la universidad en la que hacía resonar –sobre todo encarnándolo– el mensaje evangélico, la prensa y el campo de concentración, en los cuales, sacando fuerzas de la fe, estimulaba el encuentro profundo entre los hombres bajo la atenta mirada de Dios, más allá de cualquier distinción social. Esto le permitió sobrevivir y hacer sobrevivir en situaciones inhumanas. En los campos de concentración, tenía palabras de consuelo que expresaban una certeza bien arraigada: «Encomienda todo al Señor, esfuérzate todo lo que puedas y Dios hará el resto». Su única perspectiva era Dios, por lo que fue capaz de adaptarse a personas muy diferentes entre sí y a situaciones difíciles. Su solicitud para prestar ayuda espiritual le permitió realizar un servicio precioso administrando el sacramento de la confesión y estando siempre disponible para la dirección espiritual.

A la enfermera que le suministró la inyección letal que le provocó su muerte, le dijo: «Los buenos sacerdotes no son los que dicen palabras hermosas desde los púlpitos, sino los que son capaces de ofrecer su dolor por los hombres, por esto estoy feliz de poder sufrir».

BEATA VICTORIA RASOAMANARIVO (1848-1894)

La reina Ranavalona I reinó en Madagascar desde 1828 hasta 1861, el año de su muerte. Implacable enemiga de la religión cristiana, veneraba a los sampy (una especie de ídolos) y seguía, como protección de su persona y del reino, miles de prácticas supersticiosas. La familia más poderosa cercana a la reina era la de Victoria Rasoamanarivo. Su abuelo, Rainiharo, fue primer ministro de la soberana durante más de veinte años. Dos de sus hijos, Raharo y Rainilaiarivony, lo sucedieron en sus tareas.

Rainiharo tuvo una hija llamada Rambahinoro. Del matrimonio de esta hija con un primo nació Victoria Rasoamanarivo, la tercera de siete u ocho hijos. Nacida en 1848, en un año que parecía ser una «cita a larga distancia como la del gallo y el sol» (por usar un proverbio malgache) con la revolución industrial, el proletariado y el despertar de las nacionalidades, también Victoria adoptará un comportamiento que tendrá un fuerte impacto en su entorno, determinando su destino y la admiración que despertará.

Victoria tenía 13 años cuando los primeros misioneros católicos llegaron a Tananarive (hoy Antananarivo), en noviembre de 1861, después de la muerte de la reina Ranavalona I. Fue una de las primeras estudiantes de las Hermanas de San José de Cluny y se distinguió por su modestia y su devoción, sobre todo por la asiduidad con la que asistía a misa todas las mañanas.

Recibió el bautismo el 1 de noviembre de 1863 a la edad de 15 años, hizo su primera comunión el 17 de enero del año siguiente y, unos meses más tarde, el 13 de mayo, contrajo matrimonio, a los 16 años, con Radriaka, su primo, el hijo mayor de Rainilaiarivony. A esa edad ella hubiese deseado, como confesó más tarde, convertirse en religiosa, agregando sin embargo

que la Providencia había decidido lo contrario. Pero su nueva condición no la separaba de las Hermanas. Siguió yendo a la escuela porque de las tareas domésticas se encargaba la servidumbre.

De ahí el comienzo de las dificultades, ya que los padres y sus familias trataron de convertirla al protestantismo, la religión del estado y de la alta sociedad. El calvario de Victoria comenzó en ese momento. Su conducta fue irreprochable y paciente. No se quejaba, pero hizo notar a su marido el error que las familias estaban cometiendo contra su dignidad como mujer. El esposo, consciente de la gran razón que ella tenía, a veces se arrodillaba junto a ella para orar. El destino adoptó la forma paradójica de la infertilidad conyugal: Victoria experimentó toda la amargura del estigma social asociado a esta condición, por lo que se preguntaba si aquello no sería el resultado de un mal comportamiento conyugal.

Rechazada por los suyos, Victoria comenzó a hacer de la Iglesia su segundo hogar. Pasaba siete u ocho horas al día allí, desde las cuatro de la mañana, durante todo el año y a pesar de todo tipo de amenazas. Había creado un oratorio en la casa donde con frecuencia pasaba el tiempo de rodillas, prolongando sus oraciones hasta muy tarde. Tenía una devoción especial a la Santísima Virgen, por lo que siempre llevaba el rosario en sus manos. Esa vida de oración, lejos de absorberla en detrimento de otros deberes, la ayudaba a cumplirlos con total dedicación. Cuidaba su casa, que incluía una treintena de sirvientes; a menudo visitaba a los enfermos sin ninguna distinción de clase, daba limosnas con frecuencia y recibía gente pobre y enferma en su casa.

Cuando se fundó la congregación laical de la Santísima Virgen en 1876, Victoria fue su presidenta y se esforzó por inculcar a sus compañeras el celo por la caridad. Creó un taller para confeccionar ropa para los pobres y los leprosos. Además, ella ayudó a las iglesias pobres y mandó construir la capilla de la ciudad sagrada, Ambohimanga. Como miembro de la familia del Primer Ministro, Victoria era dama de la corte. Obligada a presentarse en el Palacio, asistía allí como cristiana, con su rosario claramente visible en su mano, y rezaba antes y después del almuerzo. Al sonido de la campana,

se disculpaba y se retiraba para recitar el Ángelus. Y cuando se le preguntaba el motivo de esa conducta, simplemente respondía: «Es costumbre entre nosotros, los católicos». No había rigidez en ella, ni ostentación o intolerancia, sino simplemente fe, fidelidad a Dios y respeto absoluto por los demás.

Lo que más sorprendió a la Corte fue la heroica paciencia que Victoria demostró durante casi tres años con su despreciable esposo. Nunca se le escuchó la menor queja contra él. Sin embargo, eran tales sus constantes excesos que el primer ministro, de acuerdo con la reina, trató de separarla de él con el divorcio. Cuando Victoria se enteró de este plan, se arrojó a los pies de su suegro para pedirle que renunciara a *él* porque —decía— el matrimonio católico es indisoluble.

El 25 de mayo de 1883 se desencadenó una persecución contra la misión católica y, después de haber sido expulsados todos los misioneros franceses, los fieles católicos fueron acusados de traidores a las costumbres de la isla y por tanto de la patria. El mismo día en que los misioneros salieron de Antananarivo, llegó una orden de una autoridad desconocida, divulgada por todos los funcionarios civiles y religiosos, proclamando que, siendo el catolicismo la religión de los enemigos del país, sus seguidores serían considerados como traidores.

El domingo siguiente al éxodo de los misioneros, los católicos contemplaron con tristeza sus iglesias cerradas, pero no se atrevieron a acercarse a ellas. A las 9 en punto de la mañana Victoria estaba delante de la Catedral. Al verla cerrada, envió un mensaje al primer ministro preguntándole si una orden de la reina prohibía a los católicos entrar en la iglesia. No había una orden real al respecto. Entonces Victoria, acercándose al oficial que presidía la guardia, ordenó que se abrieran las puertas. «Si os oponéis por la fuerza, mi sangre será la primera que virtáis. No tenéis ningún derecho a impedirnos entrar en nuestras iglesias para orar». Las puertas se abrieron. Victoria entró la primera y un gran número de cristianos la siguieron. Fue una primera victoria, la más importante, ya que con ella se estableció el principio de la libertad de oración.

Durante la guerra franco-malgache, la nacionalidad francesa de los misioneros puso en peligro el futuro del catolicismo, como una religión del agresor. Victoria no tenía prejuicios contra los misioneros franceses, con quienes tenía excelentes relaciones, pero había pedido, escribiendo al extranjero y teniendo en cuenta la situación local, que enviaran misioneros católicos ingleses. La expulsión afectó tanto a los misioneros franceses como al único inglés del grupo, lo que demostró claramente que la oposición era contra el catolicismo en sí mismo, independientemente de la nacionalidad de los misioneros.

El padre Caussèque, párroco de la Catedral, había fundado una asociación de hombres con el nombre de Unión Católica. Esta asociación debía ser el instrumento del que Victoria debería haberse servido para mantener la fe y la práctica del culto en toda la misión. Los miembros de la Unión Católica reabrieron las capillas, reunieron a los cristianos y restauraron las escuelas. No fue fácil. Victoria se vio obligada a visitar los principales ambientes para animar con su presencia a los más débiles. Algunos informes de la época describen las manifestaciones de entusiasmo que despertaron estas visitas. «Tened confianza —decía Victoria—, la religión católica no está prohibida. Los franceses se han ido, pero la religión permanece».

Cuando los misioneros regresaron a sus puestos, Victoria retomó su vida sencilla, modesta y humilde. Lo único que todavía le preocupaba era la conversión de su marido. Ella rezaba y hacía rezar por esa intención. Su última obra de «maternidad espiritual» se refería a su esposo. Una noche, lo trajeron a casa borracho, después de una caída que finalmente resultaría fatal. Victoria lo convenció para que recibiese el bautismo, que le fue administrado en su lecho de muerte en 1887. Como viuda mantuvo el luto hasta su muerte, que acaeció siete años después. Mandó celebrar numerosas misas por el descanso del alma de su esposo, y aprovechó la ocasión de ese duelo para usar ropas aún más simples y retirarse casi por completo de la corte. Sus hijos más queridos eran los humildes: los enfermos, los pobres, los presos cruelmente encadenados, los leprosos atormentados continuamente por su mal y desterrados por la sociedad.

Después de una brevísima enfermedad, Victoria murió el 21 de agosto de 1894. Dos meses más tarde, los misioneros reanudaron el camino del exilio que duró hasta finales de 1895. En su lecho de muerte, Victoria elevó las manos al cielo, sosteniendo la corona del Rosario, y, pronunciando tres veces: «Madre, madre, madre», expiró. Fue beatificada por el papa san Juan Pablo II el 30 de abril de 1989 en Antananarivo. La Iglesia católica la celebra el 21 de agosto.



VIVIAN UCHECHI OGU (1995-2009)

El sorprendente heroísmo en la historia de Vivian está en la forma extraordinaria con la que expresaba su fe cristiana, ejerciendo una gran influencia sobre la vida de los demás desde que apenas tenía nueve años, y el coraje con el que ponía en práctica todo lo que pensaba en cuanto la oportunidad se lo permitía, eligiendo –con tan solo catorce años– ser asesinada antes que ser violada.

Vivian Uchechi Ogu nació en la ciudad de Benín, en el estado de Edo, Nigeria, el 1 de abril de 1995, en la familia de Peter Ogu, de Enyiogugu. Fue la segunda de cuatro hijos, nacida en una de las familias más comprometidas de la comunidad parroquial de San Pablo. A su padre se le encomendó la tarea de organizar a los laicos de la Iglesia católica de la Ascensión, cerca del cuartel de la Fuerza Aérea de Nigeria. Vivian fue bautizada en la Iglesia católica de San Pablo el 1 de julio de 1995, y recibió su primera comunión en la misma parroquia el 26 de marzo de 2005. Asistió a la catequesis como preparación para el sacramento de la confirmación, prevista para 2010.

En sus estudios, Vivian se distinguió por ser una de las mejores alumnas de la escuela primaria. Unió su habilidad escolástica al objetivo fuertemente sentido de vivir una vida cristiana ejemplar, que inspirase una gran espiritualidad y amor por los hermanos y por la gloria de Dios. Después de haber frecuentado la escuela de la Sociedad de Mujeres de la Fuerza Aérea de Nigeria para la primera infancia y la educación primaria, Vivian continuó sus estudios en la escuela secundaria Greater Tomorrow, también en la ciudad de Benín. Cuando murió asistía a la escuela secundaria superior; soñaba con convertirse en abogada para luchar en defensa de las causas

de los pobres y de los oprimidos, especialmente las de las viudas y de los huérfanos. Convertirse en ingeniera aeronáutica, era otro de sus sueños, para demostrarle al mundo que esta profesión no estaba hecha solo para hombres. Vivian representó a su escuela en muchas actividades, incluida la *Cowbell Mathematics Competition*, ya que su asignatura favorita eran las matemáticas. Como actividades extracurriculares, Vivian se unió al grupo interreligioso, donde ocupó el puesto de asistente del líder de oración de la comunidad, un papel que desempeñó hasta su muerte. Sus pasatiempos preferidos eran la lectura, el canto y el baile.

El camino espiritual de Vivian, después del bautismo, recibió un nuevo impulso a través de la Renovación católica carismática, en la que comenzó a participar gracias a sus padres, que ya eran miembros. Al crecer pasó a participar de sus cursos de formación bíblica, formando parte del «grupo de la alegría». Su actividad cristiana con sus compañeros fue intensa, mediante los consejos y las experiencias compartidas. Fue representante en su clase y jugó un papel destacado en los encuentros de los Campamentos Juveniles, reuniones anuales a las que comenzó a asistir a partir de 2007.

La Iglesia católica de San Pablo proponía la participación de los niños y jóvenes en la Eucaristía dominical en un lugar reservado para ellos de tal modo que recibiesen una educación bíblica adecuada y posteriormente pudieran unirse a sus padres para la liturgia eucarística precisamente dicha. Después de la misa, los niños recibían otras enseñanzas adicionales por parte de los animadores de la catequesis parroquial. Fue aquí cuando Vivian, a la edad de nueve años, empezó a demostrar públicamente su celo y su coraje en hablar con los otros niños de la amistad de Jesús, de la fe, de la dignidad de la pureza y la virginidad. Vivian se unió a la Comunidad de la Escuela dominical, como se la conocía entonces, y al coro de la parroquia. Estaba muy entregada a pesar de su corta edad. Participó en todos los eventos que organizaba la iglesia, tales como la celebración anual del día del niño, la jornada de la infancia y de la misa mayor de la Navidad, así como de la acción de gracias del último día del año, cuando se les pide a los niños para hagan de monaguillos en las celebraciones litúrgicas.

Después del ingreso oficial en 2005 en el coro de la comunidad cristiana que frecuentaba, y tras haberse percatado de que el maestro elegido para reemplazar a la directora del coro de niños era inconstante en su papel, Vivian, sin preguntar a nadie y sin ser elegida, asumió temporalmente el cargo de maestra del coro. Tenía tanta ilusión por organizar un coro capaz y disciplinado que, con la ayuda de su padre, elaboró también un estatuto. La propuesta fue aprobada por el responsable de los animadores parroquiales, y así nació el primer estatuto del coro de los niños de la parroquia. Durante los siguientes cuatro años, bajo la guía de Vivian, el coro pasó de estar compuesto por un pequeño grupo de unos 20 niños a estar constituido por casi 60 niños en el momento de su muerte. Muy a menudo este coro ganaba el primer puesto en los diferentes concursos musicales organizados por la Pontificia Obra de la Infancia Misionera (POIM-IAM), desde 2007 hasta el más reciente, en 2017. Con sus profundas convicciones, con el amor a Dios y a sus compañeros, Vivian propuso la idea del sacrificio periódico. Animó a los niños a participar en diversos actos de mortificación por la salvación, por su conversión personal y por las necesidades materiales y espirituales de los niños más necesitados de la parroquia y del mundo.

Por lo tanto, no es de extrañar que cuando comenzó su andadura la POIM-IAM en la Parroquia de San Pablo, en 2006, Vivian fuera elegida por unanimidad como la primera Presidenta. Durante su mandato, trabajó incansablemente para que la POIM-IAM de su parroquia no fuese superada por ninguna otra de la arquidiócesis en el sentido de llevar a cabo obras ni en las oraciones. Entre otros proyectos que coordinó con su ingenio, hubo uno especial, con motivo del día del niño de 2008, para recaudar fondos para cubrir los gastos médicos de algunos niños discapacitados del Hospital Central de Benín, y también para satisfacer las necesidades de algunos niños de los orfanatos de la misma ciudad. Dos instituciones que se beneficiaron de esta generosidad fueron el orfanato de Edo y el de Oronsaye. En 2009, también con motivo del día del niño, Vivian movilizó a toda la parroquia para establecer un fondo de solidaridad para los feligreses más desafortunados. Vivian fue la representante oficial de la parroquia durante las reuniones

y las actividades de la POIM-IAM en la archidiócesis. También fue el primer miembro de la POIM-IAM en contribuir a la creación y circulación del boletín POIM-IAM de la archidiócesis, llamado «Amigos de Jesús». A Vivian le encantaba leer las Sagradas Escrituras y pedir a los sacerdotes y animadores que le explicaran las enseñanzas de la Iglesia. Moviada por su amor a la Palabra de Dios, se comprometió a escribir su comprensión de los Evangelios: cuando fue asesinada había llegado ya al capítulo dieciséis del Evangelio de san Mateo.

A través de los cursos de formación de la archidiócesis organizados para los niños por la POIM-IAM, Vivian tomó conciencia de la historia de santa María Goretti. Utilizaba constantemente la historia de esta su santa favorita cuando invitaba a sus compañeros a una vida de fe, como amistad pura con Jesús y les instruía sobre el valor de la virginidad. Con su heroica muerte, Vivian ofreció un ejemplo concreto de esta enseñanza, que continuó dando hasta la mañana del día de su muerte.

El domingo 15 de noviembre de 2009 por la noche, mientras estaba en su casa unos ladrones armados robaron a su familia y se llevaron a Vivian y a su hermana fuera de la ciudad, a una zona descampada al lado del área industrial gubernamental de la comunidad de Evboriaria. Los ladrones intentaron violarla, pero opuso resistencia con todas sus fuerzas, por lo que ellos la asesinaron de un disparo. Después de la santa misa del funeral en la Iglesia católica de San Pablo, su cuerpo fue llevado a su ciudad natal para su entierro, el 27 de noviembre de 2009. Tras conocer la noticia de la muerte heroica de la niña, el gobierno del Estado de Edo otorgó a la archidiócesis católica de Benín la tierra donde asesinaron a Vivian. Dos años más tarde, el Consejo del gobierno local de Ikpoba Okha dio el nombre de «Vivian Ogu» a la calle donde fue asesinada.

Desde 2010, todos los fieles de la archidiócesis de Benín se reúnen en el lugar de su muerte cada 15 de noviembre con motivo del día de la Memoria anual de Vivian Ogu. El 29 de marzo de 2014, el arzobispo de la ciudad de Benín, Mons. Augustine Obiora Akubeze, inauguró el movimiento Vivian Ogu, con la tarea de dar a conocer la historia de su vida ejemplar,

preservar la tierra donde fue asesinada y recoger testimonios de personas sobre sus virtudes y sobre posibles milagros, para la futura promoción de la causa de su beatificación.



**Bautizados
y enviados**

Octubre
2019

WANDA BŁEŃSKA (1911-2014)

Wanda María Błęńska nació el 30 de octubre de 1911 en Poznan (Polonia), del matrimonio de Teofil Błęński y Helena Brunsz. El 9 de diciembre del mismo año fue bautizada en la parroquia de San Martín, también en Poznan. Debido a la enfermedad de su madre, la familia se mudó a Puszczykowo, pero el estado de Helena no mejoró. En solo quince meses, la pequeña Wanda se convirtió en huérfana de madre. En 1920, con su padre y su hermano Román, se mudaron de nuevo, esta vez a Toruń. Allí hizo la Primera Comuni3n y asistió a la Escuela media femenina del estado. En 1928 aprobó los exámenes finales y recibió el diploma de educación secundaria. Luego dio el primer paso para realizar su sueño, regresando a Poznan para estudiar en la Facultad de Medicina.

Aunque tuvo que esperar varios años para ir a una misi3n, mientras estudiaba, trabajó duro en el ambiente misionero en Poznan y también en el ambiente nacional. Inicialmente formó parte de la Secci3n Misionera dentro del movimiento Sodalicia Marianska, después nació la idea de fundar un Círculo Académico Misionero. El 20 de enero de 1927, en el auditorio de la Universidad de Poznan, en presencia del cardenal August Hlond, primado de Polonia, se inauguró el primer Círculo Académico Misionero. En ese momento el círculo estaba formado por unas 150 personas. Pronto, se establecieron grupos de este tipo en las universidades de Cracovia, Lviv, Lublin, Varsovia y Vilnius. Hoy, el Círculo de Poznan (Círculo Académico Misionero, reactivado en 2002) lleva el nombre de Wanda Błęńska y todos los años envía a jóvenes para realizar experiencias misioneras. Wanda participó activamente en la organizaci3n y animaci3n del Congreso internacional de círculos académicos misioneros en Poznan

(28 de septiembre - 2 de octubre de 1927), al que asistieron más de 2.000 personas. En ese momento se fundó la Asociación de Sociedades Académicas de la Misión en Polonia, de la cual Wanda fue nombrada miembro del Consejo central. Durante varios años participó en conferencias misioneras nacionales e internacionales. En 1931 pasó a formar parte del Consejo de administración del grupo misionero de Poznan. También participó en la redacción de los *Annales Missiologicae*, la primera revista misionera de Polonia, que, tras el fin de la guerra, retomó sus actividades con el título de *Annales Missiologicae Posnanienses*. En 1932 Wanda recibió un diploma del papa Pío XI por difundir la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe (POPF).

Wanda se graduó en Medicina el 20 de junio de 1934. Después de terminar sus estudios, regresó a Toruń, donde trabajó por primera vez en el hospital municipal, y después, hasta el final de la guerra, en el Instituto Nacional de Salud. En 1942 ingresó en las filas de la organización militar secreta Gryf Pomorski, más tarde incorporada al Armia Krajowa (Ejército Nacional, el principal movimiento de resistencia en la Polonia ocupada; en 1978 Wanda recibió la Cruz del Armia Krajowa). El día de su onomástica, el 23 de junio de 1944, Wanda fue arrestada, acusada de conspiración. Estando en prisión fue sentenciada a muerte, pero al final, después de algo más de dos meses en prisión, fue liberada.

Después de la guerra, Błęńska se hizo cargo de la gestión de uno de los hospitales de Toruń y trabajó en el Departamento de Higiene en Gdańsk. En 1946, decidió ir a visitar a su hermano moribundo, Román, que entonces se encontraba en Alemania. Al no recibir su pasaporte, se embarcó en un barco rumbo a Lübeck, donde, después de viajar escondida en la carbonera, se reunió a su hermano. Después de la muerte de Román no pudo regresar a Polonia. Permaneció en Alemania, donde trabajó en hospitales militares polacos. En 1947 asistió al curso de medicina tropical en Hamburgo. Seguidamente se mudó a Inglaterra, donde continuó su educación en el campo de la medicina tropical y fue admitida en la Real Asociación de Medicina Tropical e Higiene de Londres. Allí conoció a un

misionero de la congregación de los padres Blancos, quien le habló de los planes para construir una colonia de leprosos en Fort Portal, en Uganda. En 1950 la doctora Błeńska recibió una invitación del obispo local para trabajar en Uganda, y en marzo del mismo año comenzó su servicio en el hospital Fort Portal. Pero, desafortunadamente, la colonia para los leprosos nunca llegó a construirse.

Los hospitales de Nyenga y Buluba, construidos en la década de 1930 por la madre Kevin, fundadora de la congregación de las Hermanas Franciscanas de la misión en África, representaban en Uganda los primeros centros para el tratamiento de la lepra. Durante años, solo enfermeras y técnicos de laboratorio trabajaron allí. Faltaban los médicos. El 24 de abril de 1951, Błeńska llegó a Buluba, en el Lago Victoria, y comenzó su trabajo en el hospital de San Francisco, donde permaneció durante otros cuarenta años como doctora y misionera laica. Al principio las condiciones de trabajo eran deplorables, pero Wanda modernizó ambas instituciones, llevándolas a un alto nivel de tratamiento y la atención al paciente. En 1956 fundó un centro de formación para asistentes médicos para el diagnóstico y tratamiento de la lepra, que hoy lleva su nombre. Enseñó a muchos estudiantes en varios países africanos, participó en los Congresos Internacionales de Doctores de la Lepra y se convirtió en una de las especialistas más calificadas, en todo el mundo, en el tratamiento de la lepra. A principios de los años ochenta, la doctora Błeńska encomendó la gestión del centro de Buluba a su alumno, el Dr. Joseph Kawumie. Pero ella permaneció allí, trabajando como asesora médica hasta 1992. En 1986 fue con el padre Marian Żelazek a la India, donde durante nueve meses trabajó en el centro para leprosos en Puri. A los dos misioneros polacos les unió durante muchos años una sincera amistad.

Wanda Błeńska conquistó los corazones de los ugandeses, además de por sus habilidades profesionales, también gracias a su cercanía a los enfermos. La conocían como la madre de los leprosos. Gracias a su trabajo, ayudó a superar el estigma social contra los leprosos y tomó muchas medidas para restaurar su dignidad. Los examinó sin guantes, no queriendo que se sintie-

ran discriminados, usándolos solo cuando la herida estaba abierta o cuando estaba operando. Años después, contó: «Antes que nada, quería que mis pacientes estuvieran acostumbrados y familiarizados con su enfermedad para disminuir el miedo. Al igual que con cualquier enfermedad, también con la lepra es necesario familiarizarse. Estos pacientes son pobres. Siempre hay muchas personas que les hacen sentir su miedo. A veces se crea una atmósfera de miedo, porque el miedo se propaga, es contagioso. Siempre les decía a todos: “Miradme, ¿tengo los dedos heridos o no?”. He mantenido los principios higiénicos habituales: después de examinar a un paciente, me lavaba las manos. Pero me las lavaba no solo después de examinar a alguien con lepra, sino también después de cada paciente, para que todos pudieran ver que este gesto pertenece a los hábitos de todo médico».

Wanda Błęńska regresó a Polonia en 1992, pero todavía durante dos años viajó entre sus dos países (Polonia y Uganda). Se estableció definitivamente en Poznan en 1994. Fue a Uganda por última vez en 2006. A pesar de su avanzada edad, participó en la vida misionera de la Iglesia hasta el final de su vida. Hasta la edad de 93 años enseñó en el Centro de Formación Misionera de Varsovia. El 7 de junio de 2003 el Instituto de Misioneros Laicos de la Conferencia Episcopal Polaca recibió su nombre. Durante años visitó escuelas, parroquias, centros pastorales y grupos misioneros, animando de forma especial a niños y adolescentes. «Cuando hablo con la gente joven, siempre digo: si tienes ideas buenas y brillantes, ¡cultívalas! No dejes que se duerman, ¡no las rechaces! Aunque parezcan imposibles de alcanzar y demasiado difíciles, no te desalientes. Debes cultivar tus sueños».

Además de participar en conferencias y convenciones misioneras, se preocupaba de cuidar la asistencia médica y financiera para los misioneros y las misiones, incluso con su propio dinero. Formó parte del grupo de iniciadores de la fundación humanitaria «Redemptoris missio» y fue miembro honorario del Consejo de la Fundación. La Escuela Privada de Poznan y el Complejo Escolar de Niepruszew llevan su nombre. Recibió numerosos premios y honores, entre ellos la cruz *pro Ecclesia et Pontifice*; la Medalla de San Silvestre; la Orden de Polonia (que sucesivamente decidió

restituir); ciudadana honoraria de Uganda; el título *Honoris Causa* de la Academia de las Ciencias Médicas de Poznan y, de parte de los niños, la Orden de las Sonrisas.

Wanda Błęńska murió en Poznan el 27 de noviembre de 2014, a la edad de 103 años. Actualmente, la archidiócesis de Poznan está reuniendo todo el material relacionado con la vida y la santidad de la doctora Wanda Błęńska para comenzar el proceso de beatificación.



TERCERA PARTE

CONSIDERACIONES SOBRE LA MISIÓN

La salida misionera es el paradigma
de toda obra de la Iglesia

(Evangelii gaudium, 15)

Bautizados
y enviados

Octubre
2019



MES MISIONERO EXTRAORDINARIO OCTUBRE 2019
Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo

ASPECTOS IMPORTANTES DE LA CARTA APOSTÓLICA *MAXIMUM ILLUD* (30 de noviembre de 1919)¹

El siglo XX ha sido llamado con razón «el siglo de las misiones». Durante estos cien años, en la vida de la Iglesia, que nació en Pentecostés y que continúa en el tiempo, han tenido lugar grandes acontecimientos que han fortalecido su dinamismo y su compromiso misionero. Esta afirmación no excluye en absoluto que previamente ya haya habido muchas otras iniciativas misioneras: sin ellas, el florecimiento de la misión en tiempos posteriores habría sido imposible². Por la misma razón, sin el dinamismo del siglo XX sería difícil descubrir la «pasión por la misión» y la «pasión por el pueblo» de la que actualmente disfruta la Iglesia católica.

Al inicio de este «siglo de las misiones» se coloca el documento misionero pontificio *Maximum illud* (MI) del Sumo Pontífice Benedicto XV (30 de noviembre de 1919). Su comprensión es un punto de referencia necesario para entender las circunstancias sociales y eclesiales que justifican su publicación. A pesar de ser uno de los documentos más citados en la literatura misionera, la *Maximum illud* puede considerarse como «la gran desconocida»: el papa Francisco, al proclamar un Mes Misionero Extraordinario para octubre de 2019, con motivo del centenario de esta carta apostólica de Benedicto XV, resalta que esta es una oportunidad providencial para hacer justicia a un texto misionero fundamental y profético.

Hay que tener presente que la celebración de este centenario no debe ser simplemente otro aniversario más en el calendario de la Iglesia. Es la

¹ La numeración se refiere a la traducción oficial española del texto de la *Maximum illud*, disponible en www.vatican.va.

² «Nunca jamás la Iglesia, fiel al mandato divino, ha dejado de enviar a todas partes mensajeros de la doctrina revelada por Dios y dispensadores de la salvación eterna, alcanzada por Cristo para el género humano» (MI 2).

voluntad del Santo Padre que, por este motivo, todas las Iglesias, en todas las regiones de la tierra, se pongan en un estado permanente de misión. Las palabras de Francisco son explícitas: la celebración del Mes Misionero Extraordinario es una magnífica oportunidad para «despertar aún más la conciencia misionera de la *missio ad gentes* y de retomar con un nuevo impulso la transformación misionera de la vida y de la pastoral»; es la gran ocasión para «abrirnos [...] a la alegre novedad del Evangelio» (Carta al Cardenal Filoni, 22 de octubre de 2017).

1. Contexto histórico de la *Maximum illud*

La carta apostólica *Maximum illud* nació en un momento poco propicio para el fortalecimiento de la responsabilidad misionera de la Iglesia, o tal vez sea precisamente esta situación la que justifica su publicación. La Primera Guerra Mundial había terminado recientemente, y dentro de la Iglesia se percibía la pérdida del «fervor» misionero, también como consecuencia de los grandes fracasos de ese conflicto bélico y de los factores que llevarían después a la Segunda Guerra Mundial. No es exagerado afirmar que el origen de esta crisis posmoderna ocurre en Occidente. Sin embargo, Benedicto XV no oculta su satisfacción y alegría al ver la expansión de las misiones extranjeras y de algunos vicariatos apostólicos, que no han dejado de colaborar en la preparación de un nuevo crecimiento del reino de Dios (cf MI 11, 23). Los países evangelizados son conscientes de ser colonias occidentales y, por lo tanto, el colonialismo reina sobre cualquier otro objetivo evangélico; especialmente si aquellos que anuncian la Buena Nueva provienen de los países colonizadores. Las demandas del progreso, de la industria y del desarrollo para encontrar nuevas tierras en las que vender sus productos y nuevos lugares para abastecerse de materias primas causan conflictos entre las naciones. Las motivaciones económicas están en el origen de las guerras y se extienden a todas las colonias, especialmente en África, donde trabajan los misioneros europeos. En resumen, y sin entrar en

detalles, los pueblos a evangelizar también son víctimas de las consecuencias de las guerras mundiales.

Por esta razón, el papa Francisco insiste en la necesidad de purificar el ejercicio de la actividad misionera de cualquier distorsión, como sucedió con las adhesiones colonizadoras de aquel tiempo, evitando así el peligro de las tendencias nacionalistas y de los etnocentrismos³. También ahora la misma pureza evangélica puede ser distorsionada por otros intereses, sociales o partidistas, que oscurecen la dimensión universal y católica que está en el corazón de la misión.

2. Problemática de las vocaciones misioneras

Benedicto XV publica la *Maximum illud* como un documento pontificio profético y misionero, hasta el punto de ser considerado como el comienzo de lo que, de hecho, se llamó «el siglo de misiones». A lo largo del siglo XIX aparecieron numerosos documentos misioneros pontificios, entre ellos: *Probe nostis* (Gregorio XVI, 1840), *Quanto conficiamur* (Pío IX, 1863), *Sancta Dei civitas* (León XIII, 1880) y *Catholicae ecclesiae* (León XIII, 1890), con el objetivo de fortalecer la misión de cooperación de la Iglesia, a través de las numerosas instituciones misioneras que el Espíritu Santo estaba haciendo nacer en el mundo, especialmente en África.

A estas circunstancias se agregaron algunas dificultades que surgieron dentro de la Iglesia, la más grave de las cuales fue la crisis vocacional misionera en los países de origen. Muchos misioneros enviados por la Iglesia de Occidente fueron reclutados para unirse a los ejércitos beligerantes. La guerra mundial provocó una crisis que tuvo una gran resonancia en el

³ BENEDICTO XV pone un ejemplo en el que queda claro el peligro de estas tendencias nacionalistas: «Suponed, pues, que, en efecto, entren en la conducta del misionero elementos humanos, y que, en lugar de verse en él sólo al apóstol, se trasluzca también al agente de intereses patrios. Inmediatamente su trabajo se haría sospechoso a la gente, que fácilmente podría ser arrastrada al convencimiento de ser la religión cristiana propia de una determinada nación y, por lo mismo, de que el abrazarla sería renunciar a sus derechos nacionales para someterse a tutelas extranjeras» (MI 46).

proceso misionero: las áreas geográficas y culturales en las que nacieron y se formaron las vocaciones fueron destruidas, los jóvenes fueron reclutados y las vocaciones disminuyeron, en ausencia de recursos económicos, institucionales o personales. La situación también fue preocupante desde otros puntos de vista, como en el caso de los misioneros provenientes de los países derrotados, como Alemania, o de aquellos que fueron considerados más bien como defensores de los intereses de su propio país (cf MI 46).

A esto se añade una cuestión importante, que Benedicto XV aborda en su carta apostólica y que hasta entonces había sido descuidada en la actividad misionera de la Iglesia: la poca atención dada a las vocaciones indígenas. A estos siempre se les había asignado una naturaleza subsidiaria, con la consiguiente desafección hacia una formación doctrinal, misionera y espiritual. «No puede dudarse, es verdad, que, en orden a salvar almas, prevalecen los medios sobrenaturales de la virtud sobre los de la ciencia; pero también es cierto que quien no esté provisto de un buen caudal de doctrina se encontrará muchas veces deficiente para desempeñar con fruto su ministerio» (MI 54).

3. Documento profético y audaz

La carta apostólica *Maximum illud* abre las puertas a una reflexión sobre la misión *ad gentes* que sigue siendo de gran relevancia incluso después de cien años de su promulgación, porque muy bien puede considerarse una guía de misionología para ayudarnos a reconocer cómo «la misión puede renovar la Iglesia», aunque no lo diga explícitamente. Simplemente basta observar la actividad misionera de los años 60, con las emancipaciones políticas de las antiguas colonias, para descubrir que la situación actual de alguna manera ya estaba prevista por Benedicto XV. La lectura de esta carta apostólica no puede estar exenta de estos análisis y consideraciones históricas.

Además de ser el documento misionero pontificio más citado durante este siglo, los sucesores en la cátedra de Pedro no han perdido la oportu-

nidad de recordar o profundizar su contenido. Tal es el caso de Pío XI con *Rerum Ecclesiae* (28 de febrero de 1926), en la que se concretizan muchas de las indicaciones de Benedicto XV. Por su parte, el papa Pío XII, en el 25º aniversario de la encíclica de su predecesor Pío XI, publicó *Evangelii praecones* (2 de junio 1951). Pío XII nos invita a dar las gracias por la obra evangelizadora de la Iglesia, pero uno de sus mayores logros es la apertura a la universalidad, esbozada por Benedicto XV, que está ampliamente desarrollada, promoviendo el ministerio episcopal en el clero local. A estos documentos se suma la conocida *Fidei donum* (21 de abril de 1957) de Pío XII, y quizá el que es la referencia más explícita a la *Maximum illud*, la encíclica *Princeps pastorum* (28 de noviembre de 1959) de Juan XXIII, en su 40 aniversario. Si la lectura de estos documentos ayuda a comprender el pensamiento de Benedicto XV, el texto de Juan XXIII es vinculante. Por esta razón, Francisco, en su carta al cardenal Filoni del 22 de octubre de 2017, afirma que «Benedicto XV quiso dar un nuevo impulso al compromiso misionero de anunciar el Evangelio».

4. Universalidad de la actividad misionera de la Iglesia

Desde sus primeras palabras, *Maximum illud* se refiere al hecho de que anunciar el Evangelio no es solo proclamarlo para aumentar el número de los bautizados, sino que lo considera como el fruto de un encuentro con Cristo, nacido de la fe, más allá de las razas, las culturas y los pueblos⁴. El papa Francisco aprecia el documento de Benedicto XV, entre otras razones, porque muestra que la Iglesia es católica, misionera, universal y, como tal, la acción misionera es paradigmática de todo el trabajo de la Iglesia. Por lo tanto, la tarea misionera no es opcional, sino esencial y prioritaria.

⁴ BENEDICTO XV lamenta que hubiera «misioneros tan olvidados de la dignidad de su ministerio que, con el ideal y el corazón puestos más en patrias terrenas que en la celestial, dirigiesen sus esfuerzos con preferencia a la dilatación y exaltación de su patria» (MI 44).

Por entonces, la proclamación del Evangelio parecía implicar la revisión o la sustitución de la cultura del pueblo: por eso la connotación del colonialismo no es solo de naturaleza política y social, sino también cultural, y perjudica fuertemente la evangelización. La *Maximum illud*, por su parte, hace una evaluación muy positiva de lo que es y significa la inculturación de la fe, colocando a la Iglesia en un estado permanente de misión. El papa Benedicto XV asume el compromiso de afirmar que la misión se define por la universalidad de la salvación y por la catolicidad de la Iglesia destinada a todos los pueblos. Por primera vez, la misión se convierte claramente en parte de las preocupaciones de la Iglesia, fijando su atención en la necesidad de cuidar de las Iglesias indígenas, de su desarrollo orgánico e inculturado.

Por esta razón, uno de los principales retos que debía afrontar Benedicto XV era el de superar la tentación de las adhesiones colonizantes basadas en conceptos meramente nacionalistas y etnocéntricos, que afectan directamente no solo a los países, sino también a algunas instituciones misioneras, convencidas de que la Santa Sede les había dado un territorio de misión en propiedad⁵. Era el momento de aclarar, desde la Sede Apostólica, la separación entre las fronteras geográficas y políticas y las circunscripciones eclesíásticas de la Iglesia. Benedicto XV inicialmente aborda el problema de la restitución a la Iglesia local de aquellos territorios que anteriormente habían sido confiados a una institución misionera. En estas situaciones, existen otros problemas no despreciables, como el derecho a la comisión o la asignación de territorios de misión a las congregaciones religiosas. Cada institución misionera a la que la Congregación de *Propaganda Fide* (en la actualidad: «para la Evangelización de los Pueblos») había confiado un territorio de misión se ocupaba de tal circunscripción y buscaba vocaciones o medios para sus propias misiones.

⁵ Además, la *Maximum illud* advierte del daño que puede hacer a la evangelización el cerrarse a otras realidades culturales o sociales: «Y cuán severo habría de pasar sobre él el juicio divino, sobre todo si, como recordamos haber sucedido no pocas veces, teniendo él tan sólo unos pocos cristianos, y éstos esparcidos entre muchedumbres de paganos, y no bastándole sus propios colaboradores para instruir a todos, se negara, no digo a pedir, pero ni aun a admitir para la conversión de aquellos gentiles la ayuda de otros misioneros!» (MI 25).

5. La misión *ad gentes*, origen de las Iglesias locales

Esta distinción no es simplemente teórica o estratégica, sino fundamental para promover la misión *ad gentes* en las Iglesias particulares. Es un paso decisivo hacia el establecimiento de las Iglesias locales, lo que dará lugar al cambio de la perspectiva misionera en la vida de la Iglesia del siglo XX. Desde Benedicto XV, las misiones se convierten en Iglesias locales. De esto deriva también la reflexión sobre la situación de los obispos en estas Iglesias locales, hasta ahora esencialmente de origen occidental: «Tengan, pues, ante todo, muy presente que cada uno debe ser el alma, como se dice, de su respectiva Misión. Por lo cual, edifiquen a los sacerdotes y demás colaboradores de su ministerio con palabras, obras y consejos, e infúndanles bríos y alientos para tender siempre a lo mejor» (MI 15). Una de las grandes contribuciones del documento, una señal de que el Evangelio anunciado había echado raíces, es el establecimiento de la Iglesia local presidida por un obispo y un clero indígena, con la necesidad de crear nuevos centros propulsores que diesen vida a las comunidades locales con cooperadores bien formados (cf MI 22; 33).

Benedicto XV encarga a las misiones el cuidado de estos sacerdotes indígenas, porque serán ellos los que estarán más cercanos a la población local; serán el fruto de comunidades adultas y maduras. Sobre todo, en el caso de los conflictos armados, no serán expulsados, como acontecía en las primeras décadas del siglo XX. Gracias a estas nuevas y oportunas directrices a los vicarios apostólicos y a los obispos de los diferentes lugares, se comenzó un largo y laborioso proceso de creación de las Iglesias (*plantatio Ecclesiae*). Los efectos de estas recomendaciones no tardaron en llegar: unos años más tarde tendrán lugar las primeras ordenaciones de obispos indígenas.

6. Vocaciones indígenas

La *Maximum illud* apoya la necesidad de promover las vocaciones indígenas. El documento pontificio advierte que los mejores evangelizadores son personas que conocen el idioma y la cultura local y son miembros de la comunidad a quienes se anuncia el Evangelio. Esto no se dice para una planificación puramente efectiva, sino porque nadie debería ser privado del don de la vocación misionera. Los misioneros extranjeros que se niegan a adaptarse a las circunstancias y no hablan el idioma de los nativos, sino que se acercan a ellos a través de intermediarios, son asociados con las potencias coloniales europeas. Incluso los miembros del clero indígena se consideran, de hecho, como auxiliares. Aparecen como extranjeros en su propia tierra, con el peligro inmediato de generar grupos aislados e independientes.

Aunque las mujeres nunca han dejado de estar presentes en la evangelización, el documento hace una apuesta decisiva y sorprendente en favor de la vocación misionera femenina: no solo para asignarles las tareas sociales más cercanas a la mujer, sino también para elegir las simplemente como enviadas por la Iglesia. Esta es la razón por la cual en ese momento nacieron muchas instituciones misioneras (cf MI 76).

7. Teología de la misión

La carta apostólica indica algunas orientaciones que luego serán desarrolladas por otros documentos pontificios y por la misma Teología de la Misión. Entre otras razones para abordar el estudio de esta teología está la necesidad de preparar y formar a los misioneros. Benedicto XV advierte que su envío debe estar precedido por una preparación y una formación que sea la base de todo el trabajo misionero. Muchas deserciones de quienes dejan su encargo tienen que ver con la ausencia de esta formación. Es cierto que la teología de la época todavía no había dado a Benedicto XV la oportu-

tunidad de hablar de una fundación misionológica orgánica y sistemática, pero la cuestión aparece en la conclusión del documento, diciendo que las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada en las Iglesias emergentes son el mejor indicador de la madurez de estas comunidades cristianas⁶. Con este fin, el Pontífice promueve la colaboración entre las instituciones misioneras, más allá de los límites territoriales asignados a cada una de ellas. La práctica de atribuir los territorios de misión a congregaciones e institutos misioneros había sido una respuesta adecuada para la evangelización, pero estas instituciones corrían el peligro de cerrarse sobre sí mismas, sin aceptar, excepto como una solución secundaria, la colaboración con otras instituciones misioneras. La *Maximum illud* supera estos límites y abre el horizonte a la cooperación.

8. Actualidad de la *Maximum illud*

No es temerario insistir una vez más en el asunto afirmando que los contenidos de la carta apostólica siguen siendo relevantes cien años después de su publicación. Destacamos algunos de los aspectos más actuales.

Vitalidad de la misión

Hoy como entonces, la misión *ad gentes* necesita una recalificación. Es particularmente interesante para recuperar el contenido de la *Evangelii gaudium* 14-15, ya que ayuda a «superar las separaciones y contraposiciones entre pastoral ordinaria y misión» (Carta del cardenal Filoni a los Obispos 3 de diciembre de 2017). ¿Cómo lidiar con este problema hoy, dadas las nuevas circunstancias? Se sugiere una respuesta: debemos superar

⁶ «Conviene, pues, que los aspirantes al sacerdocio que se sientan con vocación misionera, mientras se forman para ser útiles en estas expediciones apostólicas, se hagan con todo el acopio de conocimientos sagrados y profanos que las distintas situaciones del misionero reclaman» (MI 57).

el desequilibrio «entre los desafíos de la evangelización en contextos de antigua cristiandad hoy indiferentes y secularizados, y la *missio ad gentes*» (ib.). Es interesante descubrir que esta peculiaridad está presente tanto en países con una larga tradición cristiana, como en las Iglesias que han surgido en países de misión, y que, en sus diferencias, el primer anuncio es central en ambos casos. Es la dimensión espiritual: si no comenzamos desde aquí, desde la pureza evangélica y desde la pasión por la evangelización, la evangelización no será posible. Por lo tanto, es urgente, como indicó Benedicto XV en la *Maximum illud* y como subraya el papa Francisco, renovar la misión evangélicamente.

Cooperación multidireccional

La cooperación misionera hasta entonces tenía una connotación unidireccional: el Evangelio llegaba desde el exterior, la ayuda provenía de muy lejos. Por lo tanto, estas Iglesias locales tenían la percepción de ser solo destinatarias de la misión. En cualquier caso, cuando sucedía que alguien era enviado de una Iglesia local a otra, allí se quedaba y era recibido como un auxiliar, como ayuda secundaria, con el encargo de servir en esa tierra de la Iglesia. Por primera vez, la misión se coloca en el centro de las preocupaciones de la Iglesia. Lamentablemente, a pesar de este documento, durante mucho tiempo seguiremos percibiendo la misión, o las misiones, como algo adicional y secundario. Benedicto XV insiste en uno de los problemas más urgentes, la promoción de las vocaciones indígenas. El nacimiento y el acompañamiento de estas vocaciones son los mejores signos de crecimiento de una comunidad cristiana: «En efecto, allí donde el clero indígena es suficiente y se halla tan bien formado que no desmerece en nada de su vocación, puede decirse que la obra del misionero está felizmente acabada y la Iglesia perfectamente establecida» (MI 36; cf 39; 89).

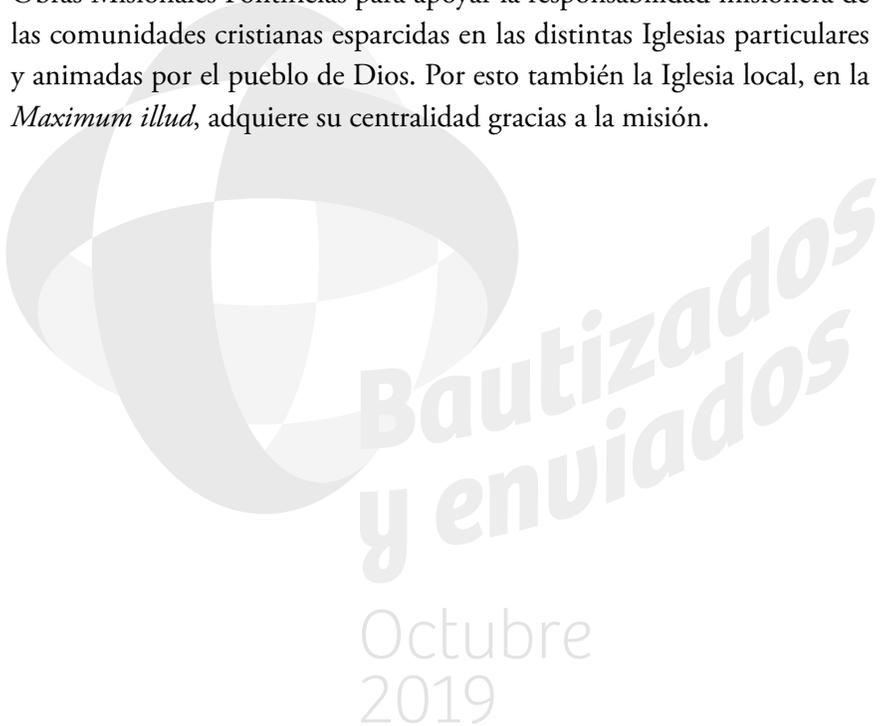
La universalidad

La *Maximum illud*, sorprendentemente, tiene una fuerte connotación de catolicidad y de universalidad cultural y geográfica. Su lectura, hoy, revela que la expresión «discípulos misioneros», utilizada por el Santo Padre frecuentemente, podría haber sido parafraseada de los escritos de Benedicto XV. En el lenguaje de Francisco, esta expresión no es sino la unión de la «pasión por Jesús» (discípulos) y de la «pasión por el pueblo» (misioneros). Hoy se puede comprender la actualidad de la *Maximum illud* volviendo a leer declaraciones como estas: «Ahora bien: si cada uno cumpliera con su obligación como es debido, lejos de la patria los misioneros y en ella los demás fieles cristianos, abrigamos la confianza de que presto tornarían las Misiones a reverdecer llenas de vida, repuestas ya de las profundas y peligrosas heridas que les han ocasionado la guerra» (MI 109).

La «Maximum illud» y las Obras Misionales Pontificias (OMP)

Con motivo del centenario de la *Maximum illud*, es apropiado repensar, promover y reevaluar la importancia actual de los OMP. La Sede Apostólica, a través de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, asume la responsabilidad misionera que le compete. Es uno de esos momentos en los que se ve la importancia del primado del sucesor de Pedro al servicio de la universalidad de la Iglesia y de la misionaridad de las Iglesias locales: por encima de los particularismos de las congregaciones, de las naciones, de la ideología, de la política, de la economía, etc., ¿qué institución eclesial debe asumir la responsabilidad de la evangelización? El Papa, como sucesor de Pedro, está firmemente comprometido con su servicio de comunión, mostrando una perspectiva global, católica, de universalidad y de unidad. Es entonces cuando las diferentes obras de apoyo misionero existentes –muchas de las cuales habían nacido en el siglo XIX en Francia– pasan a Roma, en 1922, manifestando así de un modo más explícito su carismática

catolicidad. Esto es, el centro del servicio universal a la misionaridad ya no estará durante más tiempo en Lyon o en Francia, sino que, pasando a Roma, se hace más universal, estimulando la colaboración entre la Iglesia universal y las Iglesias particulares. El interés misionero debe pasar simultáneamente al centro de las preocupaciones de la Iglesia. Pero esto, sin embargo, no está indicando el florecimiento de un vigoroso dinamismo misionero, sino que es también una invitación a los Secretariados internacionales de las Obras Misionales Pontificias para apoyar la responsabilidad misionera de las comunidades cristianas esparcidas en las distintas Iglesias particulares y animadas por el pueblo de Dios. Por esto también la Iglesia local, en la *Maximum illud*, adquiere su centralidad gracias a la misión.



TRINIDAD, MISIÓN E IGLESIA

Se puede hablar del trinomio Trinidad, Misión e Iglesia en términos de correlación, o más bien de coextensividad, en el sentido de que las tres realidades no son inteligibles por separado; por el contrario, si leemos cuidadosamente el paralelo entre *Lumen gentium* 2-5 y *Ad gentes* 2-5, las tres se incluyen y se complementan recíprocamente. La Iglesia es el icono de la Santísima Trinidad y la *missio Dei* está en el origen de la misión de la Iglesia.

«La Iglesia peregrinante es, por su propia naturaleza, misionera, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el plan de Dios Padre» (*Ad gentes*, 2). Esta afirmación de los Padres conciliares justifica hablar de la correlación fundamental y vital entre la Iglesia, la Trinidad y la misión. Pablo VI en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, hace una síntesis importante de las relaciones mutuas e indisolubles entre la Iglesia y la evangelización cuando afirma que la Iglesia nace de la acción evangelizadora de Jesús y de los doce apóstoles (cf *Evangelii nuntiandi*, 15). Más tarde fue enviada por Cristo y, como depositaria de la Buena Noticia, en primer lugar, está llamada a evangelizarse a sí misma. Esta interdependencia ontológica entre la misión y la comunidad eclesial refleja incluso la naturaleza del Dios uno y trino que es a la vez comunión y misión. El carácter sacramental de la Iglesia es posible en la medida en que esta última es el «icono de la Trinidad». Y si la Iglesia es un signo profético de la familia trinitaria e instrumento del don de la misión, es en virtud de su generación en el ágape de la comunión trinitaria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El misterio del Dios uno y trino es, por lo tanto, el fundamento, el principio y el paradigma de la Iglesia, el término y el cumplimiento de su peregrinación terrenal. La Iglesia es partícipe «del amor» y

está destinada «al amor» divino, por el cual es sacramento y participación de la Trinidad, siendo *Ecclesia de Trinitate*; vive de ella, como *Ecclesia in Trinitate* y tiende hacia ella como *Ecclesia ad Trinitatem*. La palabra «sacramento» que se utiliza en la *Lumen gentium* 1 en referencia a la Iglesia, significa signo e instrumento de la íntima unión vertical con Dios y de la comunión horizontal de todo el género humano. Para el Concilio Vaticano II, el término sacramento, cuya connotación es dinámica, define a la Iglesia contemporáneamente como don y misión. Cada uno de sus miembros no solo tiene dones y una misión, sino que intrínsecamente constituye un don y una misión (cf *Evangelii gaudium*, 273). Por esta razón, la Iglesia y sus hijos e hijas, como signos e instrumentos, hacen visible la misión del Dios invisible y reflejan de manera tangible la comunión trinitaria que, en la dinámica del *exitus* de Dios, revierte en beneficio de toda la humanidad.

La «re-unificación», que evoca la carta a los Efesios (cf Ef 2,13-22), es la «destrucción», por parte de Dios, de un fuerte odio a la separación enraizada en el hombre. En su relación con el hombre pecador en lo específico, y con todas las personas esclavas del pecado en general, es Dios quien da el primer paso. Es él, el Santo de los Santos, quien se dirige y camina en comunión con aquellos que estaban lejos de él. Él erradica el odio enterrado en la intimidad de los hombres. Acerca a los hermanos y hermanas que una vez estuvieron separados y los reúne a su alrededor: hace una comunidad, la Iglesia. La Cruz es la fuente del sacramento del amor inquebrantable y de la comunión de Dios con el hombre. La Iglesia, comunidad de fieles reunida por Dios gracias al sacrificio de su Hijo, es la comunidad de Dios. La Iglesia de Dios es, pues, la comunidad de hombres y mujeres animada por una nueva fuerza, la gracia de Dios que perdona, reconcilia y construye la unidad. La Iglesia es una comunidad transformada en la intimidad de sus fibras humanas gracias al Espíritu Santo. La Iglesia nace de la comunión divina y recibe de su Señor el don y el ejercicio de la comunión.

La Iglesia de Dios, misterio de comunión, está dirigida a la vocación universal a la salvación. Por supuesto, se expresa de mil maneras diferentes en sus miembros individuales, pero no se cierra en su individualidad. El

horizonte de la Iglesia es el horizonte de Dios, Señor de la comunión en su Hijo Jesucristo por medio del Espíritu. La Iglesia, pueblo de Dios en comunión, nació de la destrucción de todo odio y de todas las barreras, fuentes de división. Está anclada en el *ya y todavía no* del «cumplimiento» y de la perfección de comunión de la humanidad en Dios. La Iglesia *unión*, o mejor aún, la Iglesia *comunión* históricamente hunde sus raíces en la historia de Israel. La Iglesia encuentra sus orígenes en Dios «antes de la creación del mundo» (Ef 1,4). Ella no puede ni debe separarse de su fuente. Todo lo que no contribuye a la comunión eclesial es contrario a la naturaleza de la Iglesia. Así leemos en la constitución dogmática sobre la Iglesia: «Todos los hombres están invitados al pueblo de Dios. Por eso este pueblo, uno y único, ha de extenderse por todo el mundo a través de todos los siglos, para que así se cumpla el designio de Dios, que en el principio creó una única naturaleza humana y decidió reunir a sus hijos dispersos (cf Jn 11,52)» (*Lumen gentium*, 13). Cristo es el artífice de la «recapitulación» en la cual, y a través de la cual, tiene lugar la «reconciliación» por medio del que es el único mediador entre Dios y los hombres, en la creación y en la redención.

Antes de ser una actividad de la Iglesia, la misión es *actio Dei*, una actividad divina, porque Dios, en Jesucristo y en el Espíritu Santo, es el primer misionero, que «sale de sí mismo» enviando y siendo enviado. Como resultado, entre la *missio Dei* y las *missiones Ecclesiae* hay un vínculo de posterioridad, de subordinación y de participación de estas últimas respecto a la primera. La actividad misionera de la Iglesia es verdadera y significativa solo en la medida en que opera, participando en la continuación y en la renovación de las procesiones intra-divinas en la historia; en la prolongación y en el desarrollo de la autocomunicación *ad intra* y *ad extra* del Dios uno y trino en el espacio y en el tiempo. Epifanía del reino de Dios, la Iglesia desempeña principalmente un papel profético y sacramental, pero nunca idéntico o sustitutivo de la *missio Dei*: su trabajo misionero y las misiones divinas son diferentes tanto en el *modus operandi* como en las personas que las realizan. Mientras que Jesús es, al mismo tiempo, por su naturaleza, el mensajero y el que envía, el heraldo y la autorrevelación del Reino en su

propia persona, la Iglesia y el discípulo misionero actúan por participación y testimonio, encargados de hacer tangible el don del amor de Dios. La Iglesia en su misión nunca reemplaza a Dios ni a su obra. Participa eficazmente, en los sacramentos nos hace contemporáneos a la salvación y se manifiesta como el reino de Dios al comienzo de su peregrinación terrena. Esta dinámica se pone en marcha solo si la Iglesia se compromete a ser el signo obediente y el instrumento del don de la gracia y su misión se inserta en el proceso de la «salida del Dios trinitario», que se autocomunica personalmente a través de la Encarnación de su Palabra y la efusión del Espíritu de Pascua-Pentecostés. Esta Iglesia, por tanto, de inspiración y origen trinitario, se convierte, en la imagen del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en una «comunidad en misión». En virtud de esto, debe hacer que el don de la salvación sea accesible a toda la humanidad, ya que no es un pueblo llamado y escogido por sí mismo y para sí mismo, sino enviado y comprometido en difundir la gracia de la Alianza con Dios más allá de sus fronteras estructurales, de sus confines visibles (cf *Lumen gentium*, 13-17).

La coexistencia recíproca del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en la Iglesia es, por tanto, una vocación, una llamada a hacer perenne esta comunión activa y pasiva, receptora y donante, dinámica y progresiva, de la Trinidad que, a través de la mediación sacramental de su icono eclesial, quiere continuar entregándose al mundo para salvarlo. En la Iglesia, el don nunca se recibe para preservarlo o esconderlo, sino para que sea comunicado y compartido: el Espíritu de los siete dones no autoriza al cristiano a replegarse en sí mismo; lo alienta, lo empuja, sobre todo a abrirse a Dios y al prójimo, en un salto de generosidad que hace crecer el don. En términos de comunión misionera, se puede decir que el don se convierte en una misión y que la misión se convierte en un don enraizado en la incesante donación y revelación divina, modelado según los movimientos trinitarios. La fe se fortalece dándola.

Una primera deducción misionera sobre lo que se ha explicado anteriormente implicaría que, para la Iglesia, fruto de las misiones divinas, la evangelización se convierte en una gracia concedida por Cristo, un puro

don de elección para participar en la obra misionera de Dios. La apostolicidad hace de la Iglesia una familia, una comunión en misión y una misión en comunión en la ininterrumpida sucesión apostólica de las generaciones de creyentes. La catolicidad, por otro lado, la compromete a ser cada vez más, para todos, un símbolo de unidad en la diversidad y de la diversidad en la unidad.

Una segunda implicación posible sobre la consustancialidad entre la Iglesia y la misión a partir de la Trinidad, consiste en la intersubjetividad eclesial como una analogía del Dios uno y trino. Esto significa que la Iglesia universal, icono de las procesiones y misiones del Verbo y del Espíritu, es el lugar donde la inmanencia, la complementariedad recíproca de los cristianos y la igualdad entre ellos en la diferencia se promueven y viven por analogía con la morada de las Personas Divinas (*perichoresis intratrinitaria*). En resumen, los miembros de la misma comunidad eclesial no coexisten simplemente codo con codo; son pro-existentes, el uno «con, en y para» el otro, en un estado de donación permanente y vocación (bautismo, Eucaristía y matrimonio).

El Dios creador se ofrece a sí mismo generando al Hijo en el Espíritu e instituyendo a través de él una Iglesia-familia, un icono de la «familia» trinitaria. La misión de la Iglesia tiene el único objetivo de comunicar y transmitir esa vida divina que nos hace hijos e hijas de Dios, hermanos y hermanas en Cristo. Nuestra participación en la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es el objetivo final de la actividad misionera de la Iglesia. Cuando la Iglesia trabaja para fortalecer y rehabilitar los lazos de comunión, de reconciliación, de convivencia, de caridad, de paz y de justicia entre los hombres, entonces realiza la voluntad de Dios, que quiere que todos los hombres se salven, y actualiza el reino de Dios, que ya existe y que está entre nosotros.

Para alcanzar esta unidad familiar y la comunión fraterna entre los hombres, la Iglesia, en la comunicación y el testimonio de la fe apostólica recibida, debe correr el riesgo de salir de sí misma para aventurarse fuera de sus fronteras visibles y culturales. Salir no significa destruir la casa, el

templo, sino que implica agrandar los espacios y los tiempos de la misión para que la Iglesia pueda corresponder cada vez mejor al amor salvador de Dios, su fundador. Estar en constante *exitus* hacia las periferias geográficas, sobre todo existenciales, consiste en adoptar actitudes proféticas en las iniciativas de diálogo ecuménico, intercultural e interreligioso, para abrir amplias perspectivas de una fraternidad universal en las que todos aquellos que reconocen a Dios como Padre y a Jesucristo como Salvador puedan vivir armoniosamente como hermanos y hermanas.

Para concluir, seguir los pasos del Dios trinitario que se autocomunica empuja a las comunidades eclesiales a distanciarse de cualquier autorreferencialidad egocéntrica y etnocéntrica. En realidad, en la autodonación creadora del Padre, así como en la obra redentora del Hijo y en el proyecto de santificación del Espíritu, toda la familia trinitaria está interactuando, ya que ninguna Persona de la Trinidad actúa independientemente de las otras, sino con, en y para las otras Personas Divinas. La Iglesia debe esforzarse por esta comunión contemplativa e interactiva, armonizando en su seno el ejercicio de los carismas, el servicio de las instituciones y la división de los ministerios, para que todos los fieles en Cristo: laicos, obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados, cooperen en la misión, en la única misión de Dios que cumple la Iglesia misma.

Octubre
2019

LA PASCUA DE JESUCRISTO FUNDAMENTO DE LA MISIÓN

En su exhortación apostólica post-sinodal *Evangelii nuntiandi*, san Pablo VI declara que: «Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y el más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena» (EN 7). San Juan Pablo II retoma la misma idea en *Redemptoris missio* cuando afirma que: «Al ser él la “Buena Nueva”, existe en Cristo plena identidad entre mensaje y mensajero, entre el decir, el actuar y el ser» (RM 13). No solo Cristo proclama el Reino, sino que él es, ante todo y, sobre todo, la *autobasileia*, hasta tal punto que se puede decir que la eficacia y la eficiencia de su misión residen en la identificación total de su persona con la Buena Nueva que anuncia. Más precisamente, la misión del Hijo no es más que una comunicación de la vida divina a la humanidad en una autodonación continúa, desde su Encarnación hasta su resurrección de entre los muertos, a través de sus milagros, de sus acciones y sus enseñanzas. El misterio de Cristo y su ministerio terreno se han desarrollado en una doble oblación: el don de su vida al Padre, de quien recibió su misión, y el don de su vida a sus hermanos y hermanas, hijos e hijas de Dios, que él ha querido reunir en una única familia. Al llevar a cabo esta misión, el *modus operandi* de Jesús, antes y después de Pascua, se diferencia y se completa. En el período prepascual, la misión que Jesús confió a sus discípulos parecía limitada en el tiempo y en el espacio (cf Mt 10,1-16); en el período postpascual, por el contrario, hay una universalización y globalización de la misión (cf Mt 28,16-20). Esto realza el carácter central y fontal del misterio pascual en la misión como acción de Dios y don-responsabilidad de la Iglesia.

En su pasión, muerte y resurrección, Jesucristo persigue y lleva a cabo de una manera más incisiva, decisiva y definitiva su misión de autodonación, que consiste en la comunicación de la vida divina para la salvación de las gentes (cf Mc 10,45). En la misión post-pascual confiada a sus apóstoles, el don de la nueva vida se universaliza y se extiende hasta los confines de la tierra. San Juan Pablo II en la *Redemptoris missio* señala que «todos los evangelistas, al narrar el encuentro del resucitado con los apóstoles, concluyen con el mandato misional (Mt 28,18-20; cf Mc 16,15-18; Lc 24,46-49; Jn 20,21-23)» (RM 22). Esta unión o concomitancia entre la misión y la resurrección es tan fuerte que se puede decir que la resurrección significa la misión, porque la exaltación del resucitado es el acto de fundación de la misión universal (cf Mt 28,18). La misión, y por tanto la resurrección de Cristo, no son más que la transmisión de la vida nueva en el Espíritu, la vida divina a la que toda la humanidad está llamada a tomar parte debido al movimiento centrífugo de la misión universal, que el resucitado inaugura enviando a sus discípulos por todo el mundo. Esta misión de comunicación de la vida de Dios con el derramamiento del Espíritu del Padre y del Hijo se universaliza en el advenimiento pascual de Pentecostés. El anuncio, el bautismo y el discipulado establecen a partir de Jesús el envío en misión de los doce apóstoles y de los discípulos.

Antes de Pascua, el Espíritu mora en la persona de Cristo y obra a través de él. Después de su resurrección, el Paráclito se transmite a los apóstoles y actúa a través de ellos y con ellos para hacer que el Cristo resucitado esté presente de manera efectiva. A partir de la efusión del Espíritu en la Pascua, san Juan Pablo II en la *Redemptoris missio* afirma que cada misión tiene dos denominadores comunes (cf RM 23): una dimensión universal, es decir católica, que se encuentra en las expresiones «a todas las gentes» (Mt 28,19), «a todos los pueblos» (Lc 24,47), «por todo el mundo [...] a toda la creación» (Mc 16,15), «a todas las naciones» (He 1,8); y además, la evangelización tiene una dimensión pneumatológica que se expresa mediante la omnipresencia y la omnipotencia del Espíritu. El don de lenguas significa, básicamente, que él es el artífice de la unidad en la diversidad y

el protagonista de la diversidad en la unidad, tanto en la Iglesia como en el mundo. El plan divino para la reunificación de la humanidad en un solo rebaño se realiza con la Iglesia. A través de la muerte y la resurrección del Señor Jesucristo, la humanidad no solo se reconcilia con Dios, sino que disfruta verdaderamente, en la Iglesia y por medio del don del Espíritu Santo, de la verdadera comunión con Dios.

La edificación, la «renovación» permanente y, en general, la misión de la Iglesia, se realizan gracias a las «dos manos de Dios», según la hermosa fórmula de san Ireneo de Lyon, es decir Jesucristo y el Espíritu Santo. La Iglesia de Dios está radicalmente marcada por el evento de la Cruz. Desde la muerte y la resurrección, la humanidad está reconciliada con Dios, se introduce en el «tiempo de Dios» y la Iglesia se constituye como un espacio privilegiado de comunión con Dios. El «tiempo de Dios» es el tiempo de la gracia para la Iglesia. A través de su cruz, Cristo rompe el muro que separaba a la humanidad pecaminosa de Dios. El «tiempo de Dios» se convierte en «el tiempo de la Iglesia» en Jesucristo. Cristo, con su resurrección, el primogénito de entre los muertos, introduce el cuerpo eclesial en la comunión de la Santísima Trinidad. La Iglesia está así en comunión con la santidad de Dios. Una comunidad santificada por el sacrificio de la Cruz, la Iglesia es el cuerpo de Cristo que es, a su vez, la cabeza de la Iglesia. No se trata de una comunidad estática, sino dinámica en el tiempo y en el espacio, una comunidad enriquecida y asistida permanentemente por el Espíritu Santo.

En este mundo la Iglesia es «la parte concreta de la humanidad» que existe para que se manifieste de manera efectiva y visible la gloria de Dios. Esta gloria pasa por «el espacio de la salvación» abierto por la Cruz, por medio de la cual Cristo se une a su Iglesia, es decir, a la humanidad entera, y la salva. La Iglesia no existe para sí misma sino para la redención de la humanidad, para la manifestación de la gloria de Dios. La misión de la Iglesia nace de la Pascua. El anuncio de Cristo resucitado es a la vez el fundamento, la fuente y la misión de la Iglesia (cf Hechos de los Apóstoles). La razón de ser de la Iglesia consiste en continuar la obra de reconciliación de Jesucristo a través de su Santa Cruz, en el Espíritu Santo. La misión de la

Iglesia está llamada a ser, en su conjunto, el sacramento de la reconciliación de la humanidad con Dios. De acuerdo con la afirmación de Ireneo: «De hecho, la gloria de Dios es el hombre viviente, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios: si ya la revelación de Dios a través de la creación da vida a todos los seres que viven en la tierra, mucho más la manifestación del Padre por medio del Verbo es causa de vida para los que ven a Dios» (*Adversus haereses* IV, 20,7).

La Iglesia, cuerpo de Cristo, participa en el mismo Señor Jesús en la construcción y el crecimiento del reino de Dios. El crecimiento del reino de Dios es el crecimiento de la misma Iglesia. En Jesucristo se realiza la santificación de la humanidad y aumenta la Iglesia su cuerpo: «El Hijo de Dios, en la naturaleza humana que tomó para sí, venció a la muerte con su muerte y resurrección, y así redimió al hombre y lo convirtió en un ser nuevo (cf Gál 6,15; 2Cor 5,17). En efecto, por la comunicación de su Espíritu a sus hermanos, reunidos de todos los pueblos, Cristo los constituye místicamente en su pueblo» (LG 7).

La Iglesia es santa porque en Jesucristo, su esposo, ella participa de la santidad de Dios. La Iglesia encuentra en Jesucristo, su cabeza, la perfección hacia la cual progresa y se siente atraída (cf Ef 4,13). La Iglesia está íntimamente ligada a Cristo. Solo en Cristo existe realmente: «Cristo, el único mediador, estableció en este mundo su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y amor, como un organismo visible. La mantiene así sin cesar para comunicar por medio de ella a todos la verdad y la gracia. Pero la sociedad dotada de órganos jerárquicos y el cuerpo místico de Cristo, el grupo visible y la comunidad espiritual, la Iglesia de la tierra y la Iglesia llena de bienes del cielo, no son dos realidades distintas. Forman más bien una realidad compleja en la que están unidos el elemento divino y el humano» (LG 8). San Agustín usó la expresión sublime de «Cristo total» para indicar la relación íntima entre Cristo y la Iglesia y para expresar el esplendor y la plenitud hacia la cual tiende cada Iglesia en camino. El «Cristo total» es la unión íntima entre Cristo-cabeza y la Iglesia-cuerpo, en todo momento y en todo lugar. No hay Iglesia sin Cristo: «La cabeza y el cuerpo forman un

único Cristo; no en el sentido de que no esté íntegro sin el cuerpo, sino en cuanto que se dignó ser un todo íntegro con nosotros el que aun sin nosotros existe íntegro no solo en cuanto Palabra, como Hijo unigénito del Padre, sino incluso en el hombre mismo que tomó, con el cual es, al mismo tiempo, Dios y hombre. [...] Todos en conjunto somos los miembros y el cuerpo de Cristo; no solo los que estamos en este recinto, sino también los que se hallan en la tierra entera; ni solo los que viven ahora, sino también, ¿qué he de decir? Desde el justo Abel hasta el fin del mundo, mientras haya hombres que engendren y sean engendrados, cualquier justo que pase por esta vida, todo el que vive ahora, es decir, no en este lugar, sino en esta vida, todo el que venga después; todos ellos forman el único cuerpo de Cristo y cada uno en particular son miembros de Cristo. [...] Y como dijo también de él que siempre es *la cabeza de todo principado y potestad* (Col 2,10), esta Iglesia, peregrina ahora, se asocia a aquella otra Iglesia celeste, donde tenemos a los ángeles como ciudadanos. [...] Y cuando Pablo, ya predicador de Cristo, sufría, de parte de otros, lo mismo que él había hecho sufrir cuando era perseguidor, dice: *Para suplir en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo* (Col 1,24), mostrando que cuanto él padecía pertenecía a la pasión de Cristo. Esto no puede aplicarse a él en cuanto cabeza, puesto que, presente ya en el cielo, nada padece; sino en cuanto cuerpo, es decir, la Iglesia; cuerpo que con su cabeza forma el único Cristo» (San Agustín, *Sermón 341*, 11-12).

Después de Pentecostés, el Señor Jesucristo ya es totalmente inseparable de la Iglesia, aunque la trasciende y le debe todo lo que es. No hay Iglesia sin Cristo resucitado. La noción del «Cristo total» de san Agustín ilumina de manera admirable la comunión entre Cristo y la Iglesia y también entre todos los miembros de la Iglesia y Cristo, tanto personal como comunitariamente. La Iglesia es una en Jesucristo. El «Cristo total» es la cabeza, el Cristo, y el cuerpo es la Iglesia.

La Cruz, la Resurrección y Pentecostés son momentos decisivos de la comunión eclesial con la Santísima Trinidad. Estos momentos son distintos, pero no separados. La unidad lingüística que en un tiempo fue quebrada

por Babel se reconstruye en Pentecostés a través del don del Espíritu Santo. A la confusión de las lenguas y a la separación de la humanidad que simboliza Babel, tal como nos recuerda el capítulo 11 del Génesis (cf Gén 11,1-9), responde la reunificación de la humanidad en la inteligencia del testimonio apostólico y en la eficacia reconciliadora del Espíritu. En Babel hay un solo lenguaje, un símbolo de unidad vivido y roto por la orgullosa pretensión humana; en Pentecostés, la multitud de lenguas, símbolo de las barreras levantadas entre los pueblos, se unificaron en el entendimiento común de la Palabra apostólica. Tal es la obra del Espíritu de los «últimos días». El fuego de este único Espíritu, que se adueña de cada uno tomado en su singularidad, abraza a la multitud para volver a unirla en una sola unidad. La comunidad que nace de Pentecostés se reúne con Dios a través del poder del Espíritu Santo. En Pentecostés, «la orgullosa pretensión humana» cede el puesto a la comunión; la diversidad humana está encerrada por la unidad en la multitud. Gracias a la presencia activa del Espíritu Santo, la Iglesia actualiza y anuncia el Evangelio. La Iglesia no ejerce este ministerio de comunión para adquirir méritos propios. La Iglesia que predica lo hace con el compromiso de la cualidad de su apego a Cristo. La Iglesia reconciliada evangeliza y participa, en el tiempo y en el espacio, en la construcción del reino de Dios, del cual ella misma forma parte plenamente *hic et nunc*.

Octubre
2019

MARÍA Y LA IGLESIA

San Agustín, en su vigésimo quinto Sermón, afirma que la grandeza de María no radica en el privilegio de haber generado al Hijo de Dios en la carne. Ella es grande gracias a la fe en la que acogió, concibió, dio a luz y alimentó al Hijo de Dios. Es su fe (la obediencia expresada con su *sí/Fiat*) la que genera, solo en ella, el cuerpo del Hijo de Dios, Jesucristo. María genera la carne de Jesús, en su intelecto, en su voluntad y en su corazón, como un acto de fe fruto del Espíritu Santo. Esta fe fecunda es, desde san Agustín, indicada como la razón de su honor. En la Iglesia, María es grande, mucho más por su fe que por su privilegio único de haber dado un cuerpo humano al Hijo de Dios.

Los Evangelios dan testimonio del camino, de la misión y de la peregrinación de la fe que María está llamada a vivir. San Juan Pablo II, en su encíclica *Redemptoris mater* 2, citando a *Lumen gentium* 58, nos dice que María tuvo que crecer en la fe para dar a luz plenamente a Jesucristo. María es una discípula y una peregrina en la fe. Al cristiano, discípulo misionero, se le pide tener conocimientos, que siga y participe en el camino de la fe de María. Solo de esta manera, gracias a la fe, el Espíritu Santo puede dar a luz a Jesús también en cada uno de nosotros. Recorramos ahora con María las etapas de su peregrinación en la fe creciendo en su misión como hija, discípula y madre.

Lc 1,26-38

La Anunciación, así como la concepción virginal de Jesucristo en Mt 1,18-25, es el primer momento de su fe. El «sí» de la Anunciación todavía no parece

realizarse del todo, aunque es, por parte de María, total. Es el comienzo de la obediencia materna y, por lo tanto, un «sí» que humanamente es un impulso de disponibilidad absoluta, pero aún no está completo, porque aún no ha sido plenamente consumado. En la Anunciación, interrogando al ángel, María sigue siendo la protagonista. Ella dice «sí» solamente después de este diálogo y confrontación. El Hijo de Dios, aunque está destinado a ser la salvación de toda la humanidad, en la Anunciación todavía aparece como el fruto exclusivo del vientre virginal de María y de la fecundidad del Espíritu Santo.

Lc 1,39-45

Cuando María visita a Isabel, esta reconoce la maternidad divina. Es el encuentro entre el Antiguo y el Nuevo Pacto. La maternidad divina de María se afirma como el fruto de su fe: «Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá».

Lc 1,46-56

Con el *Magnificat* tenemos la respuesta de María a la profesión de fe de Isabel. Es un canto de exultación, en el que se expresa la conciencia de María de que lo que lleva en su vientre proviene de Dios a través de su libre adhesión de fe.

Sin embargo, lo que el Espíritu Santo hace y obra a través de la obediente mediación de María no será únicamente de María, sino que será para todos. De generación en generación, toda la humanidad y toda la creación recibirán los beneficios de su fe virginal. En María, la mediación histórica del cumplimiento de las antiguas promesas a Israel y el comienzo del mundo reconciliado, tienen lugar para toda la humanidad. A través de la mediación de Israel en María, el mundo comienza su camino de salvación y reconciliación. Somos el nuevo Israel: en María, por la fe, comienza la Iglesia.

Lc 2,1-20

El nacimiento de Jesús (cf Mt 2,1-12) ya muestra, a través de los pastores, los signos de la reconciliación del pueblo. Lucas describe el comienzo de la transfiguración del mundo, en los pastores, mientras que Mateo nos presenta, en los Reyes Magos, el alcance universal y la grandeza del fruto del vientre de la Virgen María. Aquí, la madre de Jesús no habla, sino que conserva todo en el secreto de su corazón. Medita y contempla la unidad del Misterio, el sentido de las cosas que le suceden y está llamada a vivir en la fe.

Mt 2,13-19

A través de la historia de la huida a Egipto y de la matanza de los inocentes, surge cómo, desde la primera infancia, la relación de Jesucristo con María está marcada por el derramamiento de sangre, una clara señal de una sangrienta separación que conduce a la madurez de la fe. Lucas presenta esta verdad también en el episodio de la circuncisión (cf Lc 2,21): el primogénito no pertenece a María, y su relación materna ya parece tomar una forma de sacrificio (el cuchillo, la sangre y el nombre dado a Jesús a través de la sangre: Jesús significa «Yavé salva»). Jesús pertenece a Dios, y la separación de su madre será violenta. En la separación de la cruz, gracias a la fe, el Hijo de María es dado a todos, para la salvación de todos, y se convierte en Señor de todo, cabeza de su cuerpo que es la Iglesia (cf Jn 12,32).

Lc 2,22-38

La profecía de Simeón habla de la espada que atravesará el corazón de María como una específica consecuencia maternal del misterio pascual de Jesucristo. El niño es un «signo de contradicción»: revelará la fe en el se-

creto del corazón de los hombres, en las profundidades de nuestro espíritu, cuando sea elevado en la cruz atraerá a todos hacia sí.

Lc 2,41-51

Jesús, siendo un adolescente, abandona a sus padres en Jerusalén y se queda en el Templo, tomando posesión de lo que le pertenece (cf Jn 2,13-22; Lc 4,16-30). Jesús les dice a sus padres: «¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?» La separación es clara para José —que no es el padre—, pero también se refiere a María.

En los próximos pasajes evangélicos, está claro lo que Cristo dice acerca de la relación adulta entre la Madre y el Hijo. En un camino de discipulado, Jesús educa la maternidad de María y la abre a la misión de la maternidad de la Iglesia a través de la fe obediente en la escucha y en la vida de su Palabra.

Jn 2,1-12

En el episodio de las bodas de Caná tenemos el vino y el matrimonio, signos escatológicos de la Jerusalén celestial, donde todos nosotros, juzgados por la verdad de la Palabra de Dios y por su amor, seremos uno con Dios: «Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de parte de Dios, preparada como una esposa que se ha adornado para su esposo» (Ap 21,2). Decir paraíso significa decir unión conyugal entre Dios y la humanidad. El mundo será juzgado para ser reconciliado.

En Caná, María trata de «aprovechar» su privilegio materno como madre en la carne, pero recibe una lección de su Hijo, para que pueda cumplir su verdadero papel. En Caná, María es madre, pero aún no es completamente hija. Jesucristo se distancia de ella: quiere transfigurar su privilegio de maternidad carnal. Primero le habla, no llamándola «madre», sino asimilándola

al resto de la humanidad con el uso del término «mujer». Cristo responde a su madre como el Señor de la humanidad, enfatizando la distancia entre él y María con palabras duras: «Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? Todavía no ha llegado mi hora» (Jn 2,4). Jesús también le indica a María el tiempo de la plenitud de su pasión: «Si creces en tu fe –parece decirle–, te convertiré en la madre de toda la humanidad en tu participación en el sacrificio de mi cruz». María acepta el desafío de su Hijo y nos muestra a los hombres que el camino de la fe es la obediencia a todo lo que el Hijo dice: «Su madre dice a los sirvientes: “Haced lo que Él os diga”» (Jn 2,5). María, como aprendiz en el camino del discipulado, es educada en la fe por su Hijo, a través de la separación de él, a través de su muerte en la cruz. La fe se logra plenamente solo en la Pascua que revelará su misión materna universal.

Mc 3,31-35 (Mt 12,46-50; Lc 8,19-21)

Todavía animada por su privilegio en la carne con respecto al Hijo, María busca a Jesús como su propio Hijo. Él no recibe a su madre, ni la permite entrar. Él mira a los discípulos y pregunta: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?». Para responder: «El que haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre». Jesús está describiendo lo que sucedió en la Anunciación: está diciendo que la fe vivida por María transforma a los que creen en una madre: la fe genera hijos e hijas de Dios. Jesús educa a María, revelándole el verdadero significado y el alcance universal de su privilegio de la maternidad carnal, para amplificar su maternidad y hacerla madre de la Iglesia, de la humanidad salvada.

Lc 11,27ss

«Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron». Ante estas palabras, Jesús responde: «Mejor, bienaventurados los que escuchan la

Palabra de Dios y la cumplen». La maternidad que genera (la matriz) y la sustenta (el seno) es la generación en la Palabra que, escuchada y obedecida, se hace carne (es decir, se pone en práctica) y se sacrifica (a través de la ofrenda eucarística en la cruz) con el fin de nutrir y mantener la fe edificando la Iglesia, comunidad de creyentes.

Jn 19,25-37

La hora ha llegado. Jesús está colgado en la cruz, expuesto, completamente entregado al Padre. Así Jesús no solo se pone completamente a disposición de la voluntad del Padre, sino que se deja entregar al Padre, para la salvación del hombre. Entregándose a sí mismo, Jesús permite que el Padre lo entregue por nuestra salvación. Esta es la razón por la cual él anunció que, cuando fuera levantado y resucitado de la tierra, habría atraído a todos hacia sí mismo (cf Jn 12,32). Y todos «mirarán al que traspasaron» (Jn 19,37, cf Zac 12,10). Ha llegado la hora. Dentro de esta «hora», dentro de este contexto, Jesús nos entrega a su madre.

Jesús se dirige a su madre y la llama «mujer» (humanidad femenina), ofreciéndola como madre a Juan. Juan recibe a María como «mujer». Es el cumplimiento de lo que Jesús dijo en Juan 2,4: María se convirtió en la madre de todos los vivientes, invirtiendo y convirtiendo la desobediencia de Eva (cf Gén 3,20). La maternidad de María a los pies de la cruz reconoce que Jesús es el fruto de su vientre, y que Él la entregó para que sea la madre de todos los vivientes, madre de la Iglesia, de la humanidad y del mundo reconciliados.

Al pie de la cruz, un nuevo y verdadero Adán genera la verdadera y nueva Eva. A los pies del nuevo árbol, es vencida y redimida la antigua desobediencia (cf Gén 3,9-15). A través de la mediación de Juan el Apóstol, María se convierte en la madre de toda la humanidad. La Iglesia, humanidad reconciliada, tiene su origen en el misterio pascual.

Jesús educa a María para que pueda pasar del «sí» de la Anunciación al «sí» de la Cruz. Aquí, al pie de la cruz, en silencio, dejándose llevar, María realiza

la máxima fidelidad a su «sí»: se deja moldear, crear y «usar» por Dios. Si, en la Anunciación, se libera a través de la palabra humana de su fe, al pie de la cruz se libera a través del silencio de la amorosa y fecunda contemplación del abandono y de la entrega del propio Hijo.

Después de la cruz, María ya no volverá a hablar. Todo lo que dice será siempre para volver y obedecer a su Hijo, para nuestra salvación. También en las apariciones siempre se dirigirá a las palabras de Jesús, su Hijo, invitándonos a hacer lo que Él nos dice en su Iglesia.

He 1,14

La Iglesia espera el Espíritu para confirmarla, para introducirla en la plenitud de la Verdad, para consolarla y para defenderla. En Pentecostés, María, en silencio, está en medio de los apóstoles, en el centro de la confirmación de la fundación apostólica, petrina y mariana de la Iglesia: María se coloca en el corazón de la misión universal de la Iglesia naciente. Ahora Cristo está completo: Él, la cabeza, y nosotros, en María, su cuerpo, unidos a Él en el Espíritu. María, madre de todos los redimidos, nunca ha perdido el papel único y exclusivo de ser la madre de Jesús: en la Cruz, Jesús extiende su maternidad a toda la Iglesia; y en Pentecostés, la confirma. En la Iglesia, su maternidad se vuelve universal. La fe de la Iglesia puede generar a Jesús en los corazones de los creyentes a través de la fe y en la maternidad de la Virgen María, fruto y obra del Espíritu Santo (cf LG 53,63-65). En esta lógica de generación filial en el Espíritu de Dios, donde la libertad y la fe se encuentran en la Pascua de Jesús, tiene origen y toma forma el sacramento del bautismo.

La fe mariana, fruto de la colaboración materna de María, está subordinada, relativa y derivada de la mediación salvífica de Jesucristo (cf LG 60-62). Todo en María se corresponde a lo que Jesús había dicho a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará» (Lc 9,23-24, cf Mt 16,24-27, cf Mc 8,34-38, cf Jn 12,25).

María se niega a sí misma, toma su cruz y sigue al Hijo en la gloria de la cruz y la resurrección (Asunción de alma y cuerpo al cielo). Muriendo a sí misma, participa como madre en la cruz de su Hijo, y lo sigue, dejándose transportar hasta el punto donde, a través del Espíritu, su maternidad terrenal de Jesús se convierte en maternidad universal en la Iglesia.

1Cor 15,20-28

Cristo, el nuevo Adán, es el primero de los que resucitan de los muertos: es el primogénito de toda la creación (cf Col 1,15) y el primogénito de los muertos (cf Col 1,18). Del mismo modo que es el nuevo Adán, su madre es la nueva Eva (cf San Ireneo de Lyon, *Contra los herejes*, Libro III, 22,3-4). San Ireneo se refiere a san Justino en este paralelismo María-Eva, basado en el paralelismo de san Pablo: Cristo-Adán. Ella será la primera en participar en su gloriosa resurrección: «Pues lo mismo que en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su puesto: primero Cristo, como primicia; después todos los que son de Cristo» (1Cor 15,22-23). María, en su orden, como la madre de Jesús en su carne inmaculada, es la primera de las criaturas en ser resucitada; como madre de la Iglesia, es la primera obra de la creación plenamente realizada y glorificada, y también lo es en el alma y el cuerpo, como un todo: su alma fue obediente a través de la fe, su cuerpo fue modelado por su obediencia virginal.

Como madre, María nos lleva a la gloria del Hijo, intercediendo por nosotros en el cielo. Asunta en alma y cuerpo al cielo, sigue siendo madre del Hijo y madre nuestra, garantía de que lo que le ha sucedido nos sucederá también a nosotros: seremos glorificados en alma y cuerpo, en el día de nuestra resurrección, si somos tan fieles como ella ha sido, si creemos con la fe mariana, con su fe. María, en su maternidad, es el punto firme y la esperanza segura de que la resurrección de Jesucristo será efectiva, abrirá la vida eterna para nosotros, y que la nueva vida de su resurrección estará obrando en nosotros sus criaturas. Por esta razón, en la Plegaria eucarística, cuando recordamos

nuestra viva comunión con la Iglesia celestial, la primera criatura glorificada que debemos recordar, con respecto al orden de la resurrección de los muertos (cf 1Cor 15,23), es la Virgen María, madre de Dios: en su maternidad divina está el comienzo efectivo de su maternidad eclesial.

Ap 12,1-17; 21,1-14

La relación entre la mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y la comunidad cristiana perseguida por su propio testimonio nos lleva a una mayor comprensión del principio mariano en la Iglesia. En la narración, las persecuciones sufridas por los cristianos se describen en términos de batallas apocalípticas, en la atmósfera de la victoria escatológica de la mujer en virtud del nacimiento y la misión del Hijo. La mujer coronada con doce estrellas, dando a luz en el contexto de la batalla del dragón contra ella y el Hijo, nos habla de una conexión entre la mujer y la comunidad de la Iglesia. Nos muestra que esta unión es mucho más que simbólica-nominalista y arbitraria. Este vínculo emerge posteriormente si consideramos que también Dios mora en nosotros, en la gloria celestial, se presenta como una ciudad que desciende del cielo, como la esposa del cordero, la esposa del victorioso Señor resucitado.

Es posible comprender a la mujer que da a luz como la Virgen María, en la Encarnación-nacimiento de Jesucristo, contemporáneamente como la madre de su Hijo y, como Iglesia, madre de los hijos generados por y en su Hijo, siempre en la historicidad de su pasión y muerte en la cruz (cf Ap 12,10-12). Es posible que Juan, en el capítulo 12 del libro del Apocalipsis, tenga en mente a María, la nueva Eva, hija de Sión, que dio a luz al Mesías. Podemos vislumbrar la relación entre la generación de la fe de los cristianos en la persecución y la generación del Hijo de Dios en María y en ellos.

Más allá de esto, hemos visto que la capacidad de la Virgen para significar, representar y ser humanidad como Virgen-Iglesia esposa –como el comienzo ya redimido de la salvación y como cooperante en esta salvación–, está arraigada en el hecho de que su Hijo la identifique claramente como «mujer»

en toda su predicación sobre el reino de Dios, en sus obras que realizaron el reino de Dios, hasta la cruz. Conocida como la madre de Jesús, María es llamada «mujer» por él, tanto en las bodas de Caná (cf Jn 2,4) como a los pies de la cruz (cf Jn 19,26).

Jesús mismo explica que la maternidad de su madre, María, se extiende a la maternidad eclesial: lo que hizo (escuchando y obedeciendo la Palabra de Dios) la hace madre, en la carne, del Hijo de Dios, como nosotros, escuchando y obedeciendo a la Palabra de Dios, seremos generados como discípulos («mis hermanos, mis hermanas»: cf Mc 3,33-35; Mt 12,48-50; Lc 8,21) capaces de generar («mi madre»: cf Mc 3,33-35; Mt 12,48-50, Lc 8,21). Al dar el nombre de «mujer» a su madre en la carne, Jesús enfatiza la necesidad, para María, de crecer como discípula para ser, en el misterio de la cruz, la primera de todas las criaturas en ser glorificada. Esto, para nosotros, tiene el significado teológico de que nos encontramos ante ella, la nueva Eva, la madre de los vivos, como el comienzo-principio, la prefiguración y la garantía de que nuestra salvación, como humanidad, es factible y efectiva.

María, ya glorificada por su elevación al cielo en cuerpo y alma, como primera criatura que participa en la eficacia redentora del misterio pascual de su propio Hijo, permanece presente, como la humanidad ya vencida definitivamente, en la comunidad de la Iglesia que genera Cristo en los fieles peregrinos y aun en medio de las luchas y persecuciones mundanas. Ella, perteneciendo ya totalmente a Dios, prefigura lo que sucederá a todos, en la gloria del Hijo. Él lo garantiza, en la medida de lo posible, a todos los hombres y mujeres, como una criatura glorificada e intercediendo maternalmente por ellos junto a su Hijo.

En su maternidad ya redimida y glorificada, María coopera como madre en la generación de hijos en su Hijo, coopera en la generación de la Iglesia. Como el principio creativo de la Iglesia y del mundo ya definitivamente reconciliado con Dios Padre, por Cristo, en el Espíritu, María nos testimonia que la humanidad junto con toda la creación (el sol, la luna, las estrellas, el cielo y la tierra, la ciudad), cuando sean salvados, serán salvados como Iglesia y esposa (cf Ap 21,1-7).

PALABRA DE DIOS, BAUTISMO Y EUCHARISTÍA EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA

«Al exhortar a todos los fieles al anuncio de la Palabra divina, los Padres sinodales han reiterado también la necesidad en nuestro tiempo de un compromiso decidido en la *missio ad gentes*. La Iglesia no puede limitarse en modo alguno a una pastoral de “mantenimiento” para los que ya conocen el Evangelio de Cristo. El impulso misionero es una señal clara de la madurez de una comunidad eclesial. Además, los Padres han manifestado su firme convicción de que la Palabra de Dios es la verdad salvadora que todo hombre necesita en cualquier época. Por eso, el anuncio debe ser explícito. La Iglesia ha de ir hacia todos con la fuerza del Espíritu (cf 1 Cor 2,5), y seguir defendiendo proféticamente el derecho y la libertad de las personas de escuchar la Palabra de Dios, buscando los medios más eficaces para proclamarla, incluso con riesgo de sufrir persecución. La Iglesia se siente obligada con todos a anunciar la Palabra que salva (cf Rom 1,14). (*Verbum Domini*, 95).

En el Antiguo Testamento, la Palabra prepara el evento de la Palabra que se hace carne. La carta a los Hebreos comienza precisamente subrayando este dinamismo extremo de la Palabra: «En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos» (Heb 1,1-2). La Palabra nos convoca y nos reúne como pueblo sacerdotal de Dios, uniéndonos interiormente, liberando nuestra identidad y devolviéndonos la conciencia de la fraternidad universal bajo la mirada de un solo Padre. Es la Palabra que está en el origen de cada relación: «Movido de amor [Dios] habla a los hombres como amigos (cf Éx 33,11; Jn 15,14-15), trata con ellos (cf Bar 3,38), para invitarlos y recibirlos en su compañía» (*Dei Verbum*, 2).

Proclamar el Evangelio en cualquier circunstancia no significa tener coraje, sino tener fe; significa creer que la proclamación franca y constante de la Palabra que salva, sin retroceder frente a las dificultades y fracasos, corresponde a las necesidades más profundas y a las preocupaciones más universales del corazón humano. Muchas veces, la Iglesia, en su liturgia, repite la advertencia de no cansarse en este itinerario de fe. La Palabra de Dios crece y se propaga a través de las persecuciones, en las diásporas, en los rechazos y también en las acogidas inesperadas (cf Is 55,10-11). La fe es la certeza y la convicción de que el Evangelio de Jesús es, para el hombre de todos los tiempos, la Verdad que da la vida e indica el camino para su vida de comunión eterna con Dios (cf Jn 14,6).

«Los primeros cristianos han considerado el anuncio misionero como una necesidad proveniente de la naturaleza misma de la fe: el Dios en que creían era el Dios de todos, el Dios uno y verdadero que se había manifestado en la historia de Israel y, de manera definitiva, en su Hijo, dando así la respuesta que todos los hombres esperan en lo más íntimo de su corazón. Las primeras comunidades cristianas sentían que su fe no pertenecía a una costumbre cultural particular, que es diferente en cada pueblo, sino al ámbito de la verdad que concierne por igual a todos los hombres. [...] En efecto, la novedad del anuncio cristiano es la posibilidad de decir a todos los pueblos: “Él se ha revelado. Él personalmente. Y ahora está abierto el camino hacia Él. La novedad del anuncio cristiano no consiste en un pensamiento sino en un hecho: Él se ha revelado”» (*Verbum Domini*, 92).

Creer en Jesucristo no es una opinión religiosa, o una opción ideológica: es una opción de vida frente a la revelación de la Verdad. La paradoja cristiana de la Cruz de Jesús revela el significado del sufrimiento, inevitable, de la condición humana, abriéndolo a su dimensión más profunda y a la posibilidad de una total entrega de la vida. La fe transmitida (Palabra de Dios y bautismo) es siempre la fe de la Iglesia y en la Iglesia, que da la vida de Dios a través de Cristo y el Espíritu (Verbo encarnado y Eucaristía). La fe es la sustancia de la esperanza en la vida eterna (cf *Spe salvi*, 2-9).

«La fe de la Iglesia es esencialmente fe eucarística y se alimenta de modo particular en la mesa de la Eucaristía. La fe y los sacramentos son dos aspectos complementarios de la vida eclesial. La fe que suscita el anuncio de la Palabra de Dios se alimenta y crece en el encuentro de gracia con el Señor resucitado que se produce en los sacramentos. [...] El sacramento del altar está siempre en el centro de la vida eclesial; “gracias a la Eucaristía, la Iglesia renace siempre de nuevo”. Cuanto más viva es la fe eucarística en el pueblo de Dios, tanto más profunda es su participación en la vida eclesial a través de la adhesión consciente a la misión que Cristo ha confiado a sus discípulos. La historia misma de la Iglesia es testigo de ello. Toda gran reforma está vinculada de algún modo al redescubrimiento de la fe en la presencia eucarística del Señor en medio de su pueblo» (*Sacramentum caritatis*, 6).

La dinámica de la fe es fascinante: desde el encuentro con Cristo hasta la misión de anunciar a Cristo. Es la alegría de hacer que Cristo sea conocido y amado. La misión es compartir con Cristo su propia obra de evangelización: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20,21). Los sacramentos, especialmente el bautismo y la Eucaristía, son signos efectivos y visibles que realmente comunican la vida de Dios en Cristo y nos involucran en el torbellino de su misión, la pasión por la vida y la salvación de cada hombre. Orar la Palabra de Dios revela el encuentro con este amor y es una experiencia de la presencia del Señor Jesús que mora en nosotros junto con el Padre, en el Espíritu.

Así, la *Lectio divina* se presenta como un camino gradual de conocimiento e interiorización que conduce a la transformación y plenitud de la misión. La lectura orante de las Escrituras, que es la Palabra viva, nos introduce en la conciencia de una presencia, que absorbe el tiempo humano y lo involucra en lo divino. La meditación sigue al estudio atento: así la Palabra se hace experiencia y el paso sucesivo de la oración aparece espontáneamente como un diálogo personal con Dios, como una forma experiencial de conocimiento y amor, hasta la contemplación que expande el corazón en la caridad. La lectura orante de la Palabra está impregnada de la dimensión sacramental del advenimiento cristiano porque el que habla, se comunica

en la carne y en la sangre, comunica la gracia divina y la nueva vida en el agua y el Espíritu. La Palabra de Dios se encuentra, en la historia de hoy, con la carne resucitada del Señor Jesús en los sacramentos de la Iglesia y en el testimonio de fe, esperanza y caridad de los fieles bautizados.

«El Verbo de Dios nos ha comunicado la vida divina que transfigura la faz de la tierra, haciendo nuevas todas las cosas (cf Ap 21,5). Su Palabra no solo nos concierne como *destinatarios* de la revelación divina, sino también como *sus anunciadores*. Él, el enviado del Padre para cumplir su voluntad (cf Jn 5,36-38; 6,38-40; 7,16-18), nos atrae hacia sí y nos hace partícipes de su vida y misión. El Espíritu del Resucitado capacita así nuestra vida para el anuncio eficaz de la Palabra en todo el mundo. [...] Por eso la Iglesia es misionera en su esencia. No podemos guardar para nosotros las palabras de vida eterna que hemos recibido en el encuentro con Jesucristo: son para todos, para cada hombre. Toda persona de nuestro tiempo, lo sepa o no, necesita este anuncio. [...] Nos corresponde a nosotros la responsabilidad de transmitir lo que, a su vez, hemos recibido por gracia» (*Verbum Domini*, 91).

La misión de Cristo no conoce límites y llega al mundo (cf Mt 28,19). En vista del encuentro con Cristo por el bautismo, el cristiano sabe que Jesús ha entrado en su propia vida, realmente lo transforma (conversión) enviándolo. Gracias al bautismo, la Palabra proclamada y recibida por la fe, nos involucra en el flujo de la revelación de Dios. La vida cristiana es un proceso en progreso, bajo la acción del Espíritu Santo, es un reflejo de Cristo, ante el Padre y ante los hermanos. Es una «vida nueva», una participación bautismal en la Pascua del Señor (cf Rom 6), porque vivimos «según el Espíritu» (Gál 5,25). Es una verdadera victoria sobre el pecado, un proceso de constante conversión en la dura lucha contra el pecado.

Gracias al bautismo, la fe de la Iglesia, libremente aceptada, genera nuevos hijos de Dios, nuevos hermanos y hermanas en la familia de Dios. La pila bautismal genera porque la Iglesia es verdadera madre fértil de la Palabra que salva y por el Espíritu que la hace vivir. La Eucaristía hace que la carne y la sangre de los bautizados sea capaz de generar por su participación en la Pascua de Jesús. La comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo

les hace partícipes de la fuerza unificadora del Padre (el Espíritu Santo) que une a Cristo con su Iglesia. Esta unidad sacramental hace de la Iglesia esposa la verdadera madre de una multitud de creyentes. Desde los primeros tiempos, los cristianos se han sentido implicados en esta realidad misionera de la maternidad de la Iglesia: Jesús se atrevió a comparar a sus apóstoles con una madre que sufre de parto, pero llena de alegría por haber dado la vida (cf Jn 16,21-22). Así, san Pablo, recordando que Jesús mismo «nació de una mujer», dijo: «Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo se forme en vosotros» (Gál 4,19).

«El bautismo es el sacramento en el cual se funda nuestra fe misma, que nos injerta como miembros vivos en Cristo y en su Iglesia. Junto a la Eucaristía y la confirmación forma la así llamada «Iniciación cristiana», la cual constituye como un único y gran acontecimiento sacramental que nos configura al Señor y hace de nosotros un signo vivo de su presencia y de su amor.

Puede surgir en nosotros una pregunta: ¿es verdaderamente necesario el bautismo para vivir como cristianos y seguir a Jesús? ¿No es en el fondo un simple rito, un acto formal de la Iglesia para dar el nombre al niño o a la niña? Es una pregunta que puede surgir. Y a este punto, es iluminador lo que escribe el apóstol Pablo: “¿Es que no sabéis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por el bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva” (Rom 6, 3-4). Por lo tanto, no es una formalidad. Es un acto que toca en profundidad nuestra existencia. Un niño bautizado o un niño no bautizado no es lo mismo. No es lo mismo una persona bautizada o una persona no bautizada. Nosotros, con el bautismo, somos inmersos en esa fuente inagotable de vida que es la muerte de Jesús, el más grande acto de amor de toda la historia; y gracias a este amor podemos vivir una vida nueva, no ya en poder del mal, del pecado y de la muerte, sino en la comunión con Dios y con los hermanos» (Papa Francisco, Audiencia general, 8 de enero de 2014).

Todo bautizado dice, con Cristo y en Cristo, «Padre nuestro», porque desde entonces cada uno de nosotros ya forma parte de la única familia humana, la Iglesia. El bautismo nos hace hijos, miembros del pueblo de Dios, discípulos misioneros (cf *Evangelii gaudium*, 120), revelándonos la paternidad de Dios. La misión es la forma de la nueva vida en Cristo como la entrega gratuita de sí mismos a Dios en la vocación específica de cada uno. El bautismo hace al cristiano capaz de la entrega total de sí mismo habilitando su corazón y su carne para el sacrificio eucarístico. El don total de Dios en el cuerpo y la sangre de Jesús nos hace entrar y nos envuelve en su movimiento eterno de amor: es una verdadera comunicación corporal, una participación real de acuerdo con la dinámica del Espíritu Santo. La Eucaristía manifiesta a toda la creación, gracias a la libertad del hombre, el verdadero significado de la misión: la salvación de todos comunicando la vida de Dios con el fin de que todos tengan vida (cf Jn 6 y 10).

«En la Eucaristía se revela el designio de amor que guía toda la historia de la salvación (cf Ef 1,10; 3,8-11). En ella, el *Deus Trinitas*, que en sí mismo es amor (cf 1Jn 4,7-8), se une plenamente a nuestra condición humana. En el pan y en el vino, bajo cuya apariencia Cristo se nos entrega en la cena pascual (cf Lc 22,14-20; 1Cor 11,23-26), nos llega toda la vida divina y se comparte con nosotros en la forma del sacramento. Dios es comunión perfecta de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Ya en la creación, el hombre fue llamado a compartir en cierta medida el aliento vital de Dios (cf Gén 2,7). Pero es en Cristo muerto y resucitado, y en la efusión del Espíritu Santo que se nos da sin medida (cf Jn 3,34), donde nos convertimos en verdaderos partícipes de la intimidad divina» (*Sacramentum caritatis*, 8).

«La misión para la que Jesús vino a nosotros llega a su cumplimiento en el misterio pascual. Desde lo alto de la cruz, donde atrae todo hacia sí (cf Jn 12,32), antes de «entregar el espíritu» dice: «Todo está cumplido» (Jn 19,30). En el misterio de su obediencia hasta la muerte, y una muerte de cruz (cf Flp 2,8), se ha cumplido la nueva y eterna alianza. La libertad de Dios y la libertad del hombre se han encontrado definitivamente en su

carne crucificada, en un pacto indisoluble y válido para siempre. También el pecado del hombre ha sido expiado una vez por todas por el Hijo de Dios (cf Heb 7,27; 1Jn 2,2; 4,10). [...] “En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es el amor en su forma más radical”» (*Sacramentum caritatis*, 9).

Como pan de vida, la Eucaristía establece la ofrenda sacrificial de uno mismo (cf Rom 12,1-2) como una medida de la verdadera caridad y el testimonio del discípulo misionero. El cristiano no da su vida al lado de la de su Maestro, sino que, ofreciéndose a sí mismo en el bautismo, se entrega en el único acto oblativo de Jesús. La Eucaristía revela el verdadero significado de la carne y la sangre de nuestra humanidad. Recibimos un cuerpo de carne y sangre porque al hacer la voluntad de Aquel que nos creó, pudimos darnos y dar fruto (cf Heb 10). Existencialmente el don bautismal y eucarístico de uno mismo tiene lugar en el amor conyugal o en la vocación a la consagración virginal radical. Tanto en el matrimonio como en la virginidad consagrada, el cristiano vive su misión en la entrega gratuita de sí mismo a través de la ofrenda de su cuerpo.

Con la Eucaristía, Jesús nos involucra en su ofrenda al Padre, por nuestro bien, mostrándonos el vínculo de comunión que quiere establecer con nosotros, con su Iglesia que en el sacrificio de la cruz genera como su esposa y su cuerpo. La posibilidad de celebrar la Eucaristía está enraizada en la donación que Cristo hace de sí mismo. De esta manera, experimentamos que Dios verdaderamente «nos amó primero» (1Jn 4,19). En cada celebración eucarística confesamos la primacía del don de Cristo que nos hace ser como su Iglesia. La influencia causal de la Eucaristía en el origen de la Iglesia revela en definitiva la precedencia, no solo en el tiempo, sino también en lo más profundo de nuestro ser cristiano, de que nos haya amado «primero». Él es por toda la eternidad quien nos ama primero, su gracia nos precede en el bautismo inmerecido que nos ha dado y de la Eucaristía que gratuitamente nos ofrece.

«En el sacramento del altar, el Señor viene al encuentro del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios (cf Gén 1,27), acompañándole en

su camino. En efecto, en este sacramento el Señor se hace comida para el hombre hambriento de verdad y libertad. Puesto que solo la verdad nos hace auténticamente libres (cf Jn 8,36), Cristo se convierte para nosotros en alimento de la Verdad. [...] En efecto, todo hombre lleva en sí mismo el deseo indeleble de la verdad última y definitiva. Por eso, el Señor Jesús, “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6), se dirige al corazón anhelante del hombre, que se siente peregrino y sediento, al corazón que suspira por la fuente de la vida, al corazón que mendiga la Verdad. En efecto, Jesucristo es la Verdad en Persona, que atrae el mundo hacia sí. [...] En particular, Jesús nos enseña en el sacramento de la Eucaristía la *verdad del amor*, que es la esencia misma de Dios. Esta es la verdad evangélica que interesa a cada hombre y a todo el hombre. Por eso la Iglesia, cuyo centro vital es la Eucaristía, se compromete constantemente a anunciar a todos, “a tiempo y a destiempo” (2Tim 4,2) que Dios es amor. Precisamente porque Cristo se ha hecho por nosotros alimento de la Verdad, la Iglesia se dirige al hombre, invitándolo a acoger libremente el don de Dios» (*Sacramentum caritatis*, 2).

Bautizados
y enviados

Octubre
2019

BAUTIZADOS Y PASTORES EN LA *MISSIO AD GENTES*: LAS OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS

Las Obras Misionales Pontificias (OMP)

Con motivo del centenario de la *Maximum illud*, es oportuno reafirmar, promover y revalorizar el sentido que las OMP tienen hoy, a través de la cuarta Obra, la Pontificia Unión Misional (PUM), llamada alma y corazón pensante. En la época de Benedicto XV, la Santa Sede, a través de la que hoy llamamos la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, cumple el papel que le corresponde en la misión de la Iglesia, por encima de todos los particularismos de las congregaciones, de las naciones, de las ideologías, de la política y de la economía. Roma se compromete firmemente en su servicio de comunión y pluralidad, garantizando una mirada global, de universalidad, una verdadera identidad católica de la misión.

Desde el momento en que las distintas obras de apoyo misionero que habían surgido —especialmente en Francia— pasaron a Roma, su universalidad quedó más explícitamente demostrada. Y la diligencia misionera no solo pasó por Roma, sino que desde entonces está en el corazón mismo de las preocupaciones de la Iglesia. Esto no implica que la actividad tenga un dinamismo misionero reducido; significa, en cambio, que gracias a los secretariados internacionales de las OMP será posible la responsabilización misionera de las distintas comunidades cristianas dispersas en las Iglesias locales y animadas por el pueblo de Dios. Esta es la razón por la cual la Iglesia local tiene una posición central en la *Maximum illud*.

La década que va de 1916 a 1926 ha visto años muy significativos. El 3 de mayo de 1922, las tres Obras Misioneras se constituyen como Pontificias y serán el principal instrumento para el desarrollo y la coope-

ración misionera. La Pontificia Obra de la Propagación de la Fe (nacida en 1822), la Pontificia Obra de la Infancia Misionera (nacida en 1843) y la Pontificia Obra de San Pedro Apóstol (nacida en 1889 para la formación de las vocaciones sacerdotales nativas) se convierten en un instrumento para servir a la preocupación del Papa por todas las Iglesias del mundo en virtud de su misión como sucesor de Pedro y como Pastor Universal.

La formación para la misión de las OMP y de la PUM

Benedicto XV concluye la carta apostólica *Maximum illud* con una exhortación a los obispos a hacer todo lo posible para establecer en sus respectivas diócesis la Unión Misionera del Clero, que él mismo aprobó el 31 de octubre de 1916. Una realidad maravillosa y fructífera que está dando un nuevo empuje al compromiso misionero del pueblo de Dios: «Y con razón: porque su carácter cuadra perfectamente con el influjo que debe ejercer el sacerdote, ya para despertar entre los fieles el interés por la conversión de los gentiles, ya para hacerles contribuir a las obras misionales, que llevan nuestra aprobación» (MI 107). Una realidad concebida porque, a través de los sacerdotes y de los obispos, los fieles bautizados fueron cada vez más conscientes de su propia responsabilidad misionera frente al mundo en apoyo del trabajo de quienes consagran toda su vida a la *missio ad gentes*.

Tal vez esta sea una de las razones por las cuales el Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, el cardenal Fernando Filoni, interpretando los sentimientos del papa Francisco, informó a todos los obispos del mundo de que «las Obras Misionales Pontificias (OMP), junto con la Congregación para la Evangelización de los Pueblos (CEP), están directamente involucradas en el trabajo de preparación y de difusión del Mes Misionero Extraordinario» (Carta del cardenal Filoni a los Obispos, 3 de diciembre de 2017). Además, también recuerda: «Los directores nacionales y diocesanos de las OMP, presentes y activos en sus Iglesias

particulares, están llamados a trabajar con vosotros para conseguir que esta iniciativa propuesta por el Santo Padre pueda servir para renovar la pasión por el Evangelio, el celo y el ardor misionero de nuestras Iglesias». Junto con las tres Obras Misioneras más directamente involucradas en la distribución de subsidios y ayudas económicas, el Secretariado Internacional de la Pontificia Unión Misional trabaja para coordinar la preparación, la formación y el desarrollo del Mes Misionero Extraordinario de octubre de 2019.

El espíritu misionero que la *Maximum illud* quería mantener y revitalizar, bajo el impulso de la Unión Misionera del Clero, encontró apoyo en las otras tres Obras Misionales Pontificias, que, a través de diferentes caminos, trataban de promover su compromiso con la misión del pueblo de Dios. Recuperando la dimensión bautismal misionera de todo el pueblo de Dios, la Pontificia Unión Misional, continuación de la Unión Misionera del Clero, debe su nacimiento al beato Pablo Manna. Habiendo sido misionero en Birmania, era consciente de que la tarea de difundir el conocimiento de la misión y de las misiones ya no podía ser solo tarea de los misioneros o de las misioneras que se encontraban a miles de kilómetros de distancia, dedicados a su trabajo de evangelización y de servicio a los pueblos que vivían en los territorios de misión.

El propósito principal y la razón de ser de la PUM es el de ayudar en la formación misionera de los líderes de las comunidades cristianas y, en particular, de aquellos que están más involucrados en la actividad misionera; en esencia, todos los llamados a participar activamente como misioneros en el pueblo de Dios. La formación misionera de los obispos y de los sacerdotes es central, porque el compromiso misionero de la Iglesia necesita de su compromiso y servicio como principio de unidad vital y evangelizadora, que estimule la dimensión y la responsabilidad misionera de cada persona y de cada institución que se les confía: «La preocupación de anunciar el Evangelio en todos los pueblos pertenece al conjunto de los pastores, pues recibieron todos juntos el mandato de Cristo que les imponía un deber común» (*Lumen gentium*, 23). También se insta a los

obispos a ser parte activa de la misión: «El obispo, suscitando, promoviendo, dirigiendo la obra misionaria en su diócesis, con la que forma una sola cosa, hace presente y casi visible el ardor misionario del pueblo de Dios, de modo que toda la diócesis se convierta en misionaria» (*Ad gentes*, 38).

A diferencia de las otras Obras Misioneras Pontificias, la Pontificia Unión Misional (PUM) no tiene una agenda específica predeterminada, sino que actúa siempre internamente y en armonía con las demás (cf san Pablo VI, *Graves et increscentes*, 5 de septiembre de 1966). Si la conciencia misionera es el indicador de la vitalidad de una comunidad cristiana, si la vida pastoral debe estar impregnada del anhelo misionero, si cada cristiano debe poner su mirada en los vastos horizontes de la evangelización, los responsables de la pastoral ordinaria utilizarán una información constante y una formación misionera capaz de que ninguno de los proyectos pastorales se bloquee por la inmediatez de las urgencias internas de las propias comunidades. Este es el gran desafío de la Pontificia Unión Misional dentro de las Obras Misionales Pontificias, que tiene el objetivo de contribuir con su aportación específica y sus características peculiares para que las necesidades locales de formación permanente de las Iglesias locales estén abiertas al horizonte universal de la fe católica y de su misión eclesial.

Contribuciones de las OMP

El compromiso de las OMP responde a un deseo expreso de san Pablo VI y de san Juan Pablo II: «En efecto, no se puede dar una imagen reductiva de la actividad misionera, como si fuera principalmente ayuda a los pobres, contribución a la liberación de los oprimidos, promoción del desarrollo, defensa de los derechos humanos. La Iglesia misionera está comprometida también en estos frentes, pero su cometido primario es otro: los pobres tienen hambre de Dios, y no solo de pan y libertad; la actividad misionera ante todo ha de testimoniar y anunciar la salvación en Cristo, fundando las Iglesias locales que son luego instrumento

de liberación en todos los sentidos» (*Redemptoris missio*, 83). Además, «la evangelización también debe contener siempre –como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo– una clara proclamación de que, en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios» (*Evangelii nuntiandi*, 27). De esta manera se podrán garantizar tres rasgos fundamentales:

1) *Conciencia eclesial*

Las OMP testimonian la universalidad de la Iglesia promoviendo «los estrechos lazos de comunión entre las distintas partes de la Iglesia, tanto en lo que se refiere a las riquezas espirituales como a los trabajadores apostólicos y recursos materiales» (*Lumen gentium*, 13). Esto equivale a decir que las OMP promueven incansablemente el intercambio mutuo de dones que el Señor, a través de su Espíritu, ha difundido en las Iglesias particulares y en la Iglesia universal; suscitan un espíritu de fraternidad entre todas las Iglesias que tienen el objetivo de la evangelización mundial; y, en última instancia, actúan, por una parte, como un medio privilegiado de unión entre las Iglesias particulares entre sí, y por otra parte, entre cada una de ellas y el Papa, que, en nombre de Cristo, preside el compartir universal de la caridad.

Octubre
2019

2) *Mentalidad católica*

Dentro de la Iglesia, las OMP se dirigen a todos los bautizados, a todas las comunidades cristianas, se preocupan de las necesidades de todas las Iglesias misioneras, principalmente de las más pobres, y son una expresión de comunión universal, porque a través de ellas «cada una de las Iglesias siente la solicitud de todas las demás, se manifiestan mutuamente sus

propias necesidades, se comunican entre sí sus bienes» (*Ad gentes*, 38). Por este motivo, también son el canal privilegiado para el intercambio fraterno y para la distribución equitativa de los bienes entre todas las Iglesias, unidas en el esfuerzo común por apoyar la evangelización de los pueblos.

3) *Reclamo personal: ayudar a la evangelización global*

Benedicto XV en la *Maximum illud* afirmaba, al respecto de la formación que la Iglesia local debe dar a quienes tienen interés por el ministerio sacerdotal o por la vida consagrada, que «no basta en manera alguna un tinte de formación incipiente y elemental, esencialmente indispensable para poder recibir el sacerdocio. Su formación debe ser plena, completa y acabada bajo todos sus aspectos» (MI 32-33). Las OMP no excluyen la colaboración para las necesidades de las distintas Iglesias en el campo educativo, sanitario, de beneficencia, etc. Sin embargo, su compromiso principal y prioritario es hacer posible que la Buena Nueva de Jesús –su misterio, su persona y su mensaje, su Pascua– lleguen a todos los rincones de la Tierra, y que nazcan y se desarrollen nuevas Iglesias, que, en y desde el corazón de cada pueblo y raza, den testimonio de los valores del Evangelio.

Características de las OMP

Para conocer el carácter propio de una institución y ser fiel a la razón por la cual surgió, es necesario conocer sus orígenes. En este caso:

1) *Nacidas por iniciativa privada*

El carácter laico o de iniciativa privada está en el origen de este tipo de servicios. Los OMP no nacen como una estructura superpuesta a los

eclesiásticos, ni a la jerarquía eclesiástica. Todos los fundadores han compartido la iniciativa personal como respuesta a la llamada del Espíritu Santo y en armonía con la autoridad eclesiástica. Esto evidencia el carácter vocacional de esta iniciativa. Su inserción en cada comunidad siempre toma en consideración las necesidades y condiciones de la comunidad misma, de la parroquia, de la diócesis y de la formación de los trabajadores a quienes se les encomienda esta tarea, para que sirvan a toda la comunidad. Es hora de reconocer las innumerables iniciativas al servicio de la misión.

2) Asumidas y reconocidas por la jerarquía eclesiástica

La jerarquía eclesiástica no puede limitarse, en su mayor parte, a garantizar y aprobar estos servicios, sino que debe asumir su total responsabilidad. Así ratifica el decreto *Ad gentes*: «Estas obras deben ocupar con todo derecho el primer lugar, pues son medios para infundir a los católicos, ya desde la infancia, el sentido verdaderamente universal y misionero y para estimular la recogida eficaz de ayudas en favor de todas las misiones según las necesidades de cada una» (AG 38).

3) Coordinación necesaria

Desde la iniciativa privada hasta la responsabilidad de la jerarquía eclesiástica, hay una amplia gama de posibilidades reales al servicio de la cooperación misionera. Por lo tanto, para mostrar la unión eclesial en la base de esta gran obra, se recomienda una coordinación general que no esté bloqueada por un reclamo institucional, sino que garantice que estas iniciativas se inserten amigablemente en el mismo espíritu misionero. «Traten las Conferencias episcopales, de común acuerdo, las cuestiones y los problemas más graves, pero sin olvidar las diferencias locales. Para que los escasos recursos de personas y de medios no se malgasten, ni se

multipliquen las iniciativas sin necesidad, se recomienda que, uniendo sus fuerzas, creen obras que sirvan al bien común, como, por ejemplo, seminarios, escuelas superiores y técnicas, centros pastorales, catequísticos, litúrgicos y medios de comunicación social» (*Ad gentes*, 31).



**Bautizados
y enviados**

Octubre
2019

LAICOS Y FAMILIAS EN MISIÓN EN EL MUNDO

El Concilio Vaticano II, describiendo positivamente la vocación del laico y su misión, sin lugar a dudas ha significado un cambio. Los fieles laicos: «Son, pues, los cristianos que están incorporados a Cristo por el bautismo, que forman el pueblo de Dios y que participan de las funciones de Cristo: sacerdote, profeta y rey. Ellos realizan, según su condición, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo» (*Lumen gentium*, 31).

El papel vital y crucial de los laicos se ha ido aclarando progresivamente en las décadas siguientes y tuvo un nuevo punto de inflexión con el Sínodo de 1987, centrado en los laicos: el título de la Asamblea sinodal era *La vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo*. En 1988, como resultado de la reflexión de ese Sínodo, san Juan Pablo II publicó la *Christifideles laici*, donde la vocación y la misión de los laicos se describen a través de la imagen de los trabajadores que un propietario, después de acordar la paga, envía a trabajar a su viña (cf Mt 20,1-2). «La viña es el mundo entero (cf Mt 13,38), que debe ser transformado según el designio divino en vista de la venida definitiva del reino de Dios» (*Christifideles laici*, 1).

El mundo, en consecuencia, es el lugar donde los laicos viven y testimonian su fe: «Se trata de un “lugar” que viene presentado en términos dinámicos: los fieles laicos “viven en el mundo, esto es, implicados en todas y cada una de las ocupaciones y trabajos del mundo y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, de la que su existencia se encuentra como entretejida”» (*Christifideles laici*, 15). De hecho, los laicos son personas normales que viven sus vidas en el mundo: estudian, trabajan, establecen relaciones amistosas y tejen relaciones sociales, profesionales y culturales. Precisamente en estos ambientes, es decir, en el mundo, es donde

ellos están llamados a vivir su fe y dar su testimonio como cristianos. Esta es su misión. «De este modo, el ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no solo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial. En efecto, Dios les manifiesta su designio en su situación intramundana, y les comunica la particular vocación de “buscar el reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios”» (*Christifideles laici*, 15).

El laico encuentra su modelo en el mismo Jesús, que participó en la convivencia humana y santificó sus relaciones, desde las familiares hasta las sociales. Como Jesús, vivió una profunda experiencia, humano-divina en el mundo; así están llamados a hacer todos los laicos bautizados. Por lo tanto, el laicado no es una condición inferior o de segundo grado. Encuentra las raíces de su ser y, por lo tanto, de su sentido, en el bautismo, como cualquier cristiano. El papa Francisco lo explica con su estilo eficaz y realista: «Nuestra primera y fundamental consagración hunde sus raíces en nuestro bautismo. A nadie han bautizado cura, ni obispo. Nos han bautizados laicos y es el signo indeleble que nunca nadie podrá eliminar. Nos hace bien recordar que la Iglesia no es una élite de los sacerdotes, de los consagrados, de los obispos, sino que todos formamos el Santo Pueblo fiel de Dios» (Carta al cardenal Marc Ouellet, 19 de marzo de 2016).

El bautismo es, para todos, el comienzo de la vida cristiana: nos hace hijos de Dios y nos coloca como cristianos en el mundo. Todos entramos en la Iglesia como laicos bautizados. La relación fe-mundo se encuentra en el corazón de la identidad cristiana, que en su forma auténtica de discípulo es misionero, ya que trae el mundo dentro de él, con él y en torno a él para transfigurarlos en la Pascua de Jesús. El bautismo lo sumerge en el misterio pascual, introduciéndolo cada vez más cristianamente en el mundo, haciéndolo morir al mundo y renacer en Dios. La corporeidad es la forma más humana de llevar consigo mismo el mundo, cuya forma pascual es la Iglesia (cf Gál 4,20). La misión se presenta como una relación entre Dios y el mundo, entre la Iglesia y el mundo, entre la fe cristiana y las culturas y las religiones. En el corazón de esta relación se encuentra el

laico bautizado, que, ya sea en el matrimonio ya sea en la virginidad, decide por sí mismo su relación salvífica con el mundo, dentro de sí y fuera de sí, a través y dentro de la Iglesia, cuerpo y esposa de Cristo, que está siempre en el mundo, para la salvación del mundo (pueblo de Dios).

La identidad bautismal del laico cristiano debe restablecer la centralidad eucarística del matrimonio y de la virginidad consagrada. En la Eucaristía se revela el significado más profundo de nuestro ser en el mundo: el cuerpo entregado y la sangre derramada muestran la entrega total, de forma gratuita, en sí mismos como el único sentido de la vida y de la vida en plenitud (cf Jn 10,10). El matrimonio y la virginidad son formas existenciales de la ofrenda de sí mismo para la santificación a través del propio cuerpo (cf Rom 12,1-2), que colocan a cada discípulo misionero en una relación específica y única con el mundo.

La libertad, la justicia, la paz, el diálogo, la fraternidad y la unidad de la humanidad no son simples valores del Reino para defender y aplicar. Son dimensiones de una misión que construye la Iglesia-Reino como una transfiguración real del mundo gracias a la Pascua de Jesús en el camino hacia la Jerusalén celeste, el cumplimiento escatológico del Reino. La unión beatífica será de carácter esponsal. Cada uno vive, se santifica y se transfigura a sí mismo y al otro dentro de su vocación como misión. La Iglesia es el principio y el germen del Reino. Así que el Reino, una vez completado en la Pascua escatológica, es la Iglesia en su plenitud, la esposa del cordero (cf Ap 19,9; 21; 22,17).

El matrimonio y la familia, junto con el trabajo, articulan la transfiguración del mundo, que es el camino cotidiano de la gran mayoría de los laicos para cumplir una misión, siendo testigos de su fe en la caridad. Hay una relación íntima entre la misión y la familia cristiana. Esta última es generada por la misión: para convertirse en una familia cristiana, fue evangelizada un día, recibiendo el anuncio de Cristo. La familia se establece como tal a través de la misión, sobre todo en su deber de construir una verdadera comunión de amor entre los cónyuges, y de engendrar y educar a los niños. La exhortación apostólica *Familiaris consortio* afirma que «la

familia cristiana está llamada a tomar parte viva y responsable en la misión de la Iglesia de manera propia y original, es decir, poniendo al servicio de la Iglesia y de la sociedad su propio ser y obrar, en cuanto *comunidad íntima de vida y de amor*» (FC 50).

La familia cristiana, fundada en el sacramento del matrimonio, es misionera por definición en virtud de la vocación y la tarea de transmitir la fe y la vida. La misión de educar a los hijos e hijas, presentándoles el verdadero sentido de la realidad y de las relaciones humanas y ecológicas a la luz de la verdad cristiana de la fe, representa lo específicamente misionero de la familia cristiana. Educar en la fe resalta la responsabilidad de evangelizar a los niños y hacerlos discípulos y misioneros de Cristo en un contexto sociocultural que no siempre es favorable a la familia humana fundada en el matrimonio, una realidad de amor y unidad entre el hombre y la mujer.

La familia es una realidad universal que se presenta como la célula básica de la sociedad. Las numerosas metamorfosis y mutaciones que la afligen en el espacio y el tiempo (cf *Amoris laetitia*, 31-57) nos obligan a recordar que, sean cuales sean las olas de cambios que causan una cierta erosión y perversión, la familia no es solo una realidad socioantropológica, sino un lugar teológico inscrito en el plan salvífico del Dios uno y trino que es, él mismo, la comunión del amor original (cf *Amoris laetitia*, 10-11). De hecho, con los conceptos de pareja y familia, el Dios del amor se revela a los hombres como el esposo (cf *Familiaris consortio*, 13), indicando que la familia trinitaria es el arquetipo de la familia humana y que esta última es el icono de la comunión divina compuesta por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

En este sentido, las familias humanas y cristianas, llamadas a convertirse en iglesias domésticas, sirven de base antropológica para la construcción eclesial y social. Mejor aún, la alianza nupcial establecida a imagen de la relación esponsal de Cristo con la humanidad (la Iglesia), hace de la familia humana un lugar de crecimiento espiritual y una herramienta pedagógica de la misión de Cristo para llevar a los hombres a la plena comunión con Dios amor. La familia natural y la hermandad de sangre, fecundadas por

esta comunión trinitaria, se presentan como un método progresivo, un medio de aprendizaje gradual del amor personal y universal de todos los seres humanos considerados como hijos e hijas de Dios, hermano y hermana en Jesucristo. Este vínculo inequívoco entre la Iglesia y la familia significa que, en Jesucristo, los vínculos familiares y fraternos fundados en la fe, y fecundados por la fe de los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica, llevan la delantera sobre las relaciones familiares de sangre, pero sin suprimirlas (cf Lc 8,21).

La competencia profesional, entendida como la capacidad libre, inteligente y creativa de relacionarse con el mundo mediante su transformación, es la forma ordinaria en que los fieles laicos realizan su misión bautismal. Por vocación y profesión laical se entiende la dedicación competente y comprometida de la propia persona en la fe a través de la relación espousal conyugal y la calificación del trabajo. Ser un buen padre y esposo, una buena madre y esposa, se refiere a la competencia profesional no menos que ser un buen trabajador, un médico o un profesor competente, un agricultor cuidadoso y capaz. Incluso aquellos que física, moral o psíquicamente están imposibilitados para esta competencia activa y eficiente, pueden ser fecundos en la misión de la Iglesia gracias a la ofrenda eucarística de sí mismos unidos a la Pascua de Jesús, de la que se participa gracias a la situación personal de sufrimiento, enfermedad y dolor.

La misión, como transformación pascual del mundo, requiere redescubrir la identidad sacramental propia del ministerio del obispo y del sacerdote en el contexto bautismal laical del pueblo de Dios. No hay discriminación de superioridad o inferioridad entre el clero y los laicos, pero hay una diferencia ontológica, no solo en grado, por la que la Eucaristía y la reconciliación sacramental son prerrogativas únicas del sacerdocio ministerial (cf *Lumen gentium*, 10). Esta diferencia, sin embargo, está al servicio de la unidad apostólica ininterrumpida de la Iglesia (Tradición) que contribuye a la transmisión de la Verdad que salva. La única distinción bautismal verdadera con respecto a la salvación del cristiano es la que se establece entre matrimonio y virginidad, es decir, entre las dos únicas

formas de hacer del cuerpo-mundo el lugar de la revelación fructífera de Dios, de su salvación por nosotros y por el mundo, de la ofrenda de nosotros mismos a Dios.

Hoy el papa Francisco empuja a la Iglesia hacia las periferias, en dirección a un compromiso constante para acoger, proteger, promover e integrar, con la finalidad de crear una cultura del encuentro, de la acogida y de la comunión que pueda ser una respuesta creíble a la del descarte, a la cultura de la muerte, de las migraciones discriminadas y rechazadas, de la trata de personas. Su propuesta es clara: «Iglesia en salida - Laicado en salida». Se trata de levantar la mirada, de preocuparse evangélicamente del mundo, de salir de sí mismo para comprometerse con el mundo y con los pobres, de mirar «a los más “lejanos” de nuestro mundo, a tantas familias en dificultades y necesitadas de misericordia, a tantos campos de apostolado aún sin explorar» (Discurso a los participantes en la Asamblea plenaria del Pontificio Consejo para los laicos, Ciudad del Vaticano, 17 de junio de 2016).

Los laicos, por lo tanto, están llamados a estar a la vanguardia precisamente en los entornos más difíciles de alcanzar y con un compromiso de dedicación que de ninguna manera debe ser menor que el de los consagrados. No solo la Iglesia, sino también la familia humana actual, necesitan fieles laicos con una sólida formación humana y cristiana, especialmente jóvenes, hombres y mujeres, que hayan tenido un encuentro personal decisivo con Cristo. De hecho, solo el signo transfigurador que deja este encuentro personal hace que un hombre o una mujer sean capaces de «ensuciarse las manos» y «arriesgar», continúa diciendo el papa Francisco, encontrando el coraje de seguir adelante en su misión: anunciar a Cristo con la vida y con la palabra.

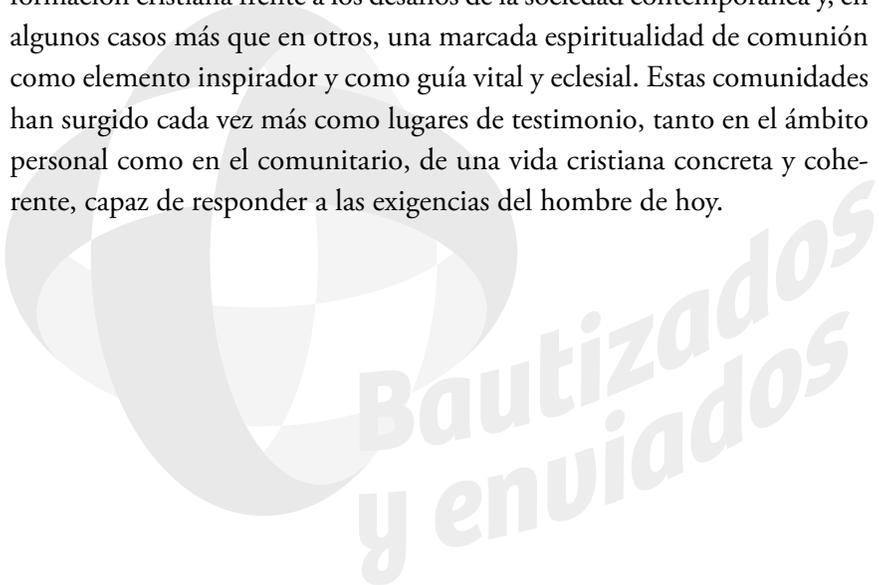
En el mundo de hoy, el teatro privilegiado para este anuncio y testimonio son las ciudades y, en particular, las grandes metrópolis. Dentro de estos grandes centros urbanos, junto a la desesperación y las contradicciones, hay una gran sed de Dios. Es aquí donde los laicos bautizados, por fe y competencia profesional, son llamados a testimoniar su encuentro con Cristo y a anunciar su Buena Noticia.

En estos contextos complejos, donde muchas veces la vida es vertiginosa, surgen dos necesidades con especial claridad para que la misión de los cristianos laicos sea auténtica y fructífera. En primer lugar, la formación sigue siendo central, de modo que la misión puede ser efectiva y estar en armonía con la Iglesia. Es esencial tener una formación cristiana que permita a los fieles laicos que están comprometidos en diferentes sectores poder comprender los desafíos lanzados por el mundo actual a la luz de la fe de la Iglesia.

El segundo aspecto fundamental es la necesidad de que la misión se desarrolle como fruto y como signo de comunión. Esto fue subrayado por san Juan Pablo II en la *Novo millennio ineunte*, carta apostólica con la que tenía la intención de inaugurar el tercer milenio. En ella, la «comunión» se define como «otro aspecto importante en que será necesario poner un decidido empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como de la Iglesias particulares, [...] que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia» (*Novo millennio ineunte*, 42). Es precisamente viviendo en el espíritu de comunión y amor –continúa san Juan Pablo II– cuando «la Iglesia se manifiesta como “sacramento”, o sea, “signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano”».

El santo Papa polaco había entendido el papel crucial de la comunión dentro de la Iglesia y, en particular, su relevancia para garantizar la credibilidad y la eficacia del anuncio, ya fuese realizado por personas consagradas o bien por laicos o, mejor aún, por una comunidad donde ambos viven la Palabra de Dios en comunión, según sus respectivas vocaciones, en torno a la Eucaristía, fuente de unidad. Para esto es necesario hacer de todas las comunidades (parroquias, diócesis, asociaciones, grupos espontáneos, comunidades de base, institutos agregados y movimientos eclesiales) «casas y escuelas de comunión». Aquí está el gran desafío del comienzo del milenio. Por lo tanto, «antes de programar iniciativas concretas, hace falta *promover una espiritualidad de la comunión*, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano» (*Novo millennio ineunte*, 43).

Precisamente en referencia a estos dos aspectos –la formación y la comunión–, una contribución importante es la recibida en nuestros días por los movimientos eclesiales y por las nuevas comunidades y agregaciones, que surgieron en la Iglesia en los años anteriores al Concilio y que poco a poco se han ido consolidando, hasta nuestros días. A pesar de su gran variedad carismática, estos movimientos eclesiales han mostrado un fuerte compromiso bautismal misionero con los laicos, ofreciéndoles una adecuada formación cristiana frente a los desafíos de la sociedad contemporánea y, en algunos casos más que en otros, una marcada espiritualidad de comunión como elemento inspirador y como guía vital y eclesial. Estas comunidades han surgido cada vez más como lugares de testimonio, tanto en el ámbito personal como en el comunitario, de una vida cristiana concreta y coherente, capaz de responder a las exigencias del hombre de hoy.



Bautizados
y enviados

Octubre
2019

MISIÓN Y VIRGINIDAD CONSAGRADA

Jesucristo es el primer misionero, totalmente consagrado a la misión que le confió su Padre (cf Lc 4,16-22). Toda su existencia está marcada por el amor al Padre y a los hermanos: quien acepta seguirlo no puede ser más que un discípulo misionero, participar en su propia vida como Hijo de Dios, asumir sus propias actitudes y ser testigo del mismo amor del Padre para la vida de la humanidad. La Pascua de muerte y resurrección de Jesús, en la que participamos mediante el bautismo y la Eucaristía, hace que el anuncio de su Palabra sea la fuente de la salvación y la esperanza para todos. Morir y resurgir con Cristo (cf Rom 6; Jn 6) se convierte en el corazón de la experiencia cristiana en la medida en que requiere que algunos tengan el don total de sí mismos en el cuerpo y en el espíritu incluso ahora. Aquellos que son llamados a una vida de especial consagración experimentan la naturaleza radical de esta pertenencia bautismal haciendo un don total de sí mismos a Dios por la causa de su misión en el mundo, que es la Iglesia (cf 1Cor 7). El carisma original, don del Espíritu, determina, desde la fundación, las diferentes formas personales y comunitarias de consagración virginal al servicio de la misión en la Iglesia.

El anuncio de la Buena Noticia debe ser la única pasión del misionero, para que las personas que no conocen a Cristo puedan conocerlo. La misión que se le confió, por lo tanto, es hacer posible el encuentro y el conocimiento de Cristo, y vivir una relación personal de comunión con él. La primacía de la evangelización como forma de la vocación misionera no es algo extrínseco y accesorio a la vida del discípulo llamado a la consagración virginal. Más bien es una elección intensamente sentida que llega a lo profundo del alma. Así nos convertimos en sujetos de esta elección, que

involucra nuestra fe, nuestro corazón, nuestra conciencia, nuestra libertad, nuestro cuerpo y nuestras relaciones. Tomar la cruz para seguir y testimoniar al Maestro es un proceso exigente de conversión, y para algunos elegidos, un motivo para la total consagración a él y a su Reino (cf Mc 8,34).

Uno de los aspectos fundamentales para un célibe consagrado es la dimensión misionera *ad vitam*, que debe entenderse en un sentido cuantitativo y cualitativo: cuantitativo porque uno le dedica toda su vida; cualitativo porque la misión constituye la razón profunda de la vida misma. Para la misión de Jesús en su Iglesia, algunos están llamados a dejarlo todo, seguirlo para anunciar el reino de Dios y ayudar a construir su Iglesia. En un mundo donde las personas tienen miedo de tomar decisiones definitivas, donde todo cambia rápidamente y nada parece durar con el tiempo, donde uno vive en una cultura del instante y de lo provisional, una elección *ad vitam* no es ni fácil ni obvia. Pero precisamente para esto los célibes consagrados deberían ser el paradigma de esta misión *ad vitam*, de esta entrega radical, bautismal, de pertenecer a Cristo en su Iglesia por el bien de los hermanos.

La consagración bautismal, en su radicalidad virginal, nos sumerge en el misterio de Cristo haciéndonos «salir de nosotros mismos y de nuestras cosas» para conocer plenamente culturas, lenguas, costumbres, comunidades, pueblos, corazones que esperan la salvación divina para una autenticidad y plenitud de vida, para una existencia humana digna y feliz. Para poder penetrar en el corazón del hombre, en las profundidades de una cultura, se le pide a quienes están íntimamente impregnados del Espíritu del Señor resucitado que entreguen toda su vida, que permanezcan con Jesús y con los hermanos a los que han sido enviados por toda la vida.

Hoy, una nueva dificultad que acompaña la inserción en contextos alejados del propio país, de la cultura, de la familia y de los amigos es, paradójicamente, la abundancia y la accesibilidad de los medios de comunicación que siempre tenemos disponibles. Si bien representan un preciosísimo medio de encuentro y también de evangelización, son al mismo tiempo un vínculo «peligroso» que nos mantiene anclados a nuestros hábitos, intereses y relaciones. Marcar una distancia razonable para sentirnos verdaderamente

libres en la evangelización se convierte cada vez más en una necesidad real para adquirir autenticidad en la misión. En un mundo que ya no está acostumbrado a la familiaridad con Dios y con la Iglesia, tecnológicamente estructurado con formas cada vez más rápidas de conexión, dejar todo para seguir a Jesús requiere valor, claridad y determinación para abrazar el silencio, la oración y la soledad, viviendo nuevas formas de vida comunitaria y apostólica.

Ninguna persona consagrada deja el mundo para huir del mundo o para oponerse al mundo. Sintiéndose atrapados y abrazados por el Señor, encontrado como un amor desbordante y como el sentido del mundo, Él empuja y mueve a algunos discípulos elegidos a nuevas formas cristianas de vida y de audaz consagración virginal para la misión.

Un aspecto del anuncio es conocer y amar al otro: el Otro que es Dios, el otro que es el hermano y la hermana en Cristo. No se anuncia a figuras abstractas, sino a personas reales, envueltas en una cultura y en una visión del mundo, de las cosas, de las relaciones y de la relación con lo trascendente, que siempre determina el curso de la vida hasta después de la muerte. Para esto tenemos que buscar, en todos los ámbitos, los términos más adecuados y específicos para el encuentro: no solo palabras, sino también gestos y actitudes, que puedan traducir lo más fielmente posible la esencia de la misión de Jesús, del reino de su padre. En el anuncio debe haber un enriquecimiento mutuo en la lógica de la comunión cristiana y de la fraternidad humana. Es la experiencia de los discípulos de Emaús (cf Lc 24,13-35). Jesús se une, escucha, entiende, aprecia lo que es positivo, purifica la ignorancia y la incredulidad. En la fracción del pan de la Eucaristía conduce a la plenitud la sed de vida y de salvación que desde la creación del mundo habita en el corazón de cada hombre, en los deseos de cada mujer.

El lenguaje es importante para comunicarse con la humanidad de hoy; para esto, debe ser simple, concreto, para que llegue a la persona en lo esencial, toque el corazón, provoque su inteligencia, desafíe su conciencia y mueva su libertad hacia el bien, la verdad, Cristo. El lenguaje es dinámico,

porque la vida, la historia y las relaciones siempre están en movimiento. El misionero debe comprometerse a encontrar nuevos lenguajes y medios para la comunicación del Evangelio, cada vez más adecuados para proclamar a Cristo hoy. No se trata de imponer reglas morales o prácticas religiosas para ser cumplidas con el fin de obtener la salvación, sino de invitar al don de sí mismo a Cristo para su propia salvación y la de los demás. No son las cargas morales puestas sobre los hombros de las personas las que hacen progresar a la Iglesia y su misión: los hombres y las mujeres de nuestro tiempo están luchando, con razón, para aceptar este tipo de experiencia religiosa. En cambio, es la alegría de creer lo que da vida y manifiesta el encuentro personal con el Salvador de la propia vida, el Dios y Señor (cf Jn 1,35-51; 20,11-29).

Por esta razón, el misionero es llamado ante todo a proponer un camino de vida y de fe posible, a partir de su experiencia personal, de Jesús que lo ha encontrado, a quien él mismo encuentra y experimenta vivo en su Iglesia (cf *Deus caritas est* 1). La forma efectiva de la misión requiere autenticidad en el testimonio a favor de la plenitud de la vida donde el amor se abre a la eternidad.

La misión *ad gentes* es, por lo tanto, el conjunto de dinamismos propios del discípulo misionero: salir de la propia tierra, encontrarse con el otro, acoger las semillas de la fe de los demás, comunicarse y ser testigos de la fe de la Iglesia en Jesús crucificado y resucitado, para detectar su esencia y compartir su plenitud eterna. Todo esto se expresa como la proximidad a los pobres, a los últimos, a las situaciones de privación humanas –materiales o espirituales– que, siendo universales, requieren una lucha contra el pecado personal y el mal de las estructuras sociales injustas y opresivas. Para que el encuentro con Jesús sea eficaz y fructífero, solo se les pide a algunas personas, por libre elección divina y por libre respuesta humana, el don total de sí mismas: una salida misionera que dura toda la vida, más allá de los límites geográficos y visibles de los propios cultura, de sus tierras y de su gente, más allá de la exclusividad típica de los afectos y del amor conyugal del matrimonio.

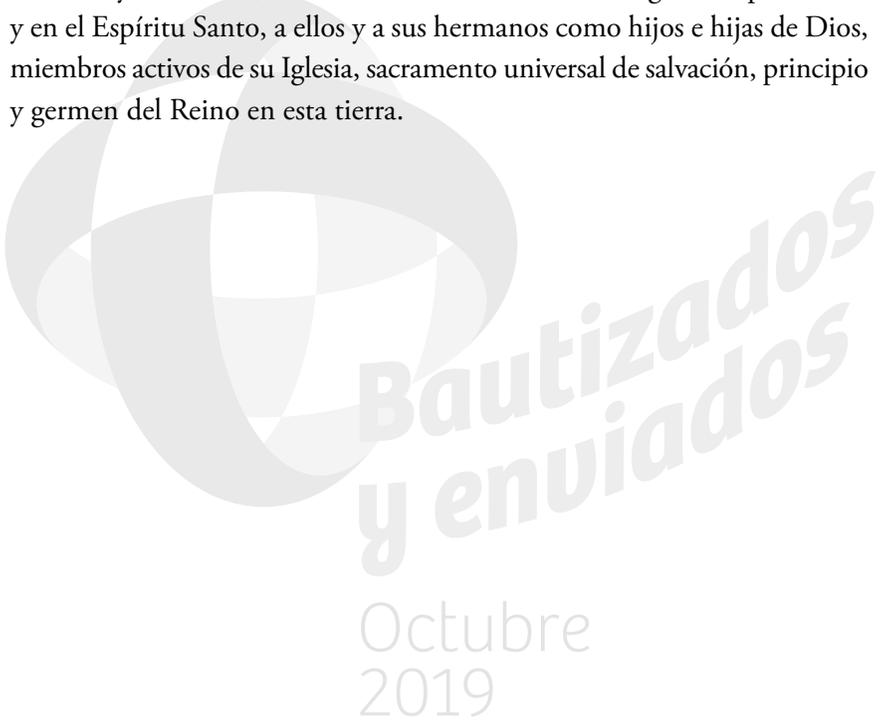
Muy a menudo los misioneros son enviados al servicio de las Iglesias locales existentes. A veces se trata de Iglesias muy jóvenes, que necesitan acompañamiento, de misioneros con gran capacidad para escuchar, aprender y enseñar sabiamente. Son comunidades que tienen necesidades primarias que aún deben satisfacer y necesitan nuestra ayuda concreta; pero también son comunidades que desean caminar y crecer en la fe y en la misión. Los misioneros, a menudo extranjeros, pueden ayudar alentándolos y ayudándolos a descubrir sus propios recursos, a mirar con fe sus propios límites y debilidades. Superando la tentación de la autorreferencialidad y la introversión pastoral en el nombre de una comprensión errónea de la inculturación, la misión *ad gentes* puede ayudar a todos, cristianos locales y extranjeros, a mantener su mirada fija en Jesús (cf Heb 12,2), a salir de sí mismos y del pecado para encontrarlo donde él nos llama y nos espera. Esta podría ser la forma de acompañar a una comunidad en su camino hacia el descubrimiento y la construcción de su propia naturaleza misionera. A veces es difícil para los misioneros pasar del papel de protagonistas al de colaboradores, de la costumbre de mandar a la de estar uno al lado del otro, escuchando y acompañando; y tampoco es fácil para los cristianos locales superar las formas de introversión étnica. Reducir el Evangelio de Jesús a la propia cultura es cerrarse a la universalidad de la fe y del amor de Dios.

La comunidad «ideal» que uno siempre ha deseado encontrar no existe. En realidad, nos encontramos con personas concretas, vivimos relaciones interpersonales a veces no fáciles de manejar, experimentamos caracteres diferentes, culturas diversas, fatigas y alegrías, que nos desafían y que también nos animan a vivir nuestra vocación religiosa con más responsabilidad, aprendiendo a preguntarnos y a reflexionar sobre nosotros mismos, a discernir y también a cambiar para así poder crecer y convertirnos mejor a Cristo.

La oración es el lugar privilegiado para ofrecernos a nosotros mismos, para encontrar a Cristo y pedirle el don espiritual del discernimiento. En el diálogo diario con el Señor y con su Palabra, y en la gracia de sus sacramentos, encontramos la fuerza y la luz para la misión. Educados para una vida de oración ordenada y estructurada, en la vida de la misión

nos enfrentamos a momentos, necesidades y urgencias que obstaculizan el orden, la regularidad y la continuidad. Entonces debemos aprender de nuevo y de diferentes maneras para poner la oración siempre en el primer lugar, para darle la forma apostólica de la misión sin reemplazar a Cristo con nuestro protagonismo y nuestra creatividad egocéntrica.

La Palabra divina anunciada por la Iglesia tiene en sí toda su eficacia salvífica. Al no tener un producto para vender, sino la vida de Dios para testificar y comunicar, los misioneros están llamados a generar, por Cristo y en el Espíritu Santo, a ellos y a sus hermanos como hijos e hijas de Dios, miembros activos de su Iglesia, sacramento universal de salvación, principio y germen del Reino en esta tierra.



MISIÓN: IGLESIA Y MOVIMIENTOS ECLESIALES

Los movimientos en la Iglesia están llamados a reflejar el Misterio de ese amor del que nació la Iglesia y que se genera continuamente, pues en el seno de la Iglesia, pueblo de Dios, expresan ese múltiple movimiento que es la respuesta del hombre a la revelación y al Evangelio de Jesús. La Iglesia misma como movimiento, nacida del amor eterno del Padre, a través de la misión del Hijo y del Espíritu, está inscrita en la historia del hombre y de las comunidades humanas. La Iglesia vuelve a proponer a la libertad del hombre contemporáneo el acontecimiento de Jesús: su misión parte de la conciencia de que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (*Deus caritas est*, 1). El movimiento del amor del Dios Trinidad hacia nosotros pone en movimiento su creación para la salvación. Todo y todos los movimientos de y en la Iglesia reflejan y manifiestan esta lógica trinitaria a través de dones espirituales carismáticos.

Del vínculo entre la Iglesia y la misión, san Juan Pablo II nos ha legado una primera luz significativa sobre la naturaleza de los movimientos. Estos solo son comprensibles dentro de la misión de la Iglesia: de hecho, nacieron para la misión de la Iglesia. Efectivamente, su aparición se puede relacionar en gran medida con el Concilio Vaticano II, que ha propuesto enérgicamente la naturaleza misionera de la Iglesia. El dinamismo del crecimiento de la Iglesia y, por analogía, de los movimientos eclesiales, debe ser portador de un mensaje de salvación y de un encuentro hasta los confines del mundo, evitando cualquier autorreferencialidad y exclusivismo.

El carisma, don del Espíritu Santo y origen de cualquier movimiento eclesial, es reconocido y afirmado como el camino que lleva a Jesús, como una actualización histórica y concreta de esa pedagogía con la que Dios continuamente y de muchas maneras revive y guía el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. El Espíritu, que instruye y dirige a la Iglesia, la rejuvenece y la renueva con dones jerárquicos y carismáticos enraizados en la experiencia de la Pascua de Jesús, conduciéndola a la unión perfecta con su esposo (cf *Lumen gentium*, 4). Por lo tanto, la fidelidad al carisma fundacional, continuamente confirmada, aumentará el poder misionero inherente a los movimientos, haciéndolos más adecuados para servir a la Iglesia para la salvación del mundo.

Estos dos elementos, la misión de la Iglesia y el carisma de la fundación, representan la invitación constante a vivir la universalidad de la Iglesia, a cuyo servicio están disponibles los movimientos eclesiales. Este es el desafío de la catolicidad: de hecho, en ella, los movimientos están destinados a crecer o disminuir de acuerdo con la voluntad de Dios para la misión en el mundo. La catolicidad, en este contexto, significa la capacidad de vivir el carisma sin parcializarlo, sino manteniéndolo en relación con todas las implicaciones del misterio de Cristo que ofrece la Iglesia. Sin embargo, la catolicidad también indica la energía con la que testimoniar, en el cambio de la propia vida, la centralidad de Cristo para cualquier hombre. El mundo, de hecho, como recientemente ha enfatizado el papa Francisco, «necesita el Evangelio de Jesucristo como algo esencial. Él, a través de la Iglesia, continúa su misión de *buen samaritano*, curando las heridas sangrantes de la humanidad, y de *buen pastor*, buscando sin descanso a quienes se han perdido por caminos tortuosos y sin una meta» (Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2017, 4 de junio de 2017).

Esta es la razón por la cual la Iglesia, el pueblo de Dios que camina con la historia, encontrando siempre nuevas realidades y condiciones humanas muy distintas, desea anunciarles la Buena Nueva de manera concreta, comprensible y convincente. Evangelizar de manera misionera en la actualidad no solo significa irse a continentes lejanos, sino penetrar

en los ambientes de la vida cotidiana que, con las transformaciones de la sociedad, adquieren características y presentan cada día desafíos nuevos. En estos lugares es donde queremos demostrar cómo el encuentro con Jesús hace que la vida del hombre sea nueva y le permite caminar hacia su plena realización. La gran novedad del Concilio es subrayar cómo esta tarea pertenece a todos los fieles bautizados y es posible gracias a la variedad carismática de los movimientos eclesiales. En este sentido, el único verdadero protagonista de la misión es Cristo, que quiere conocer a la persona en su propia historia y educarla en la fe de la comunidad cristiana. Los movimientos eclesiales corresponden a la superabundante riqueza creativa de Dios en el encuentro de cada uno de acuerdo con las diferentes y variopintas situaciones humanas, culturas, lenguajes y sensibilidades.

La forma en que los movimientos eclesiales han sido llamados a vivir esta misión asume con el tiempo la forma de la invitación a construir la civilización de la verdad y el amor. Esto requiere un método de educación de personalidades maduras, discípulos misioneros capaces de penetrar con la fe todas las condiciones posibles del hombre. Las Escrituras, la fe, los sacramentos, la comunión y la obediencia (cf *Lumen gentium*, 14) representan elementos fundamentales para evaluar la adecuada autenticidad eclesial de los movimientos y su eficacia misionera. En particular, concluida la fase de fundación y cumplido el reconocimiento por parte de la autoridad eclesiástica, los movimientos pueden alcanzar la madurez en la que la misión de la Iglesia se convierte en algo esencial para que los carismas se mantengan vivos y fecundos. El compromiso misionero, en el encuentro con el otro, se convierte en una posibilidad de educación y de crecimiento para los propios movimientos, oportunidades para profundizar el don carismático recibido.

Aunque la jerarquía no posee el monopolio de los carismas, posee el carisma del discernimiento y de la ordenación de todos los carismas para el bien común de la Iglesia. La referencia filial al Papa y a los obispos de los movimientos no debe menoscabar su servicio carismático de apertura y ampliación de los horizontes eclesiales hacia todas aquellas experiencias

y condiciones humanas que, de diferentes maneras, interpelan a la misión de la Iglesia.

Con respecto al problema pastoral de integrar la acción de los movimientos en la actividad ordinaria de la Iglesia, no podemos esperar resolverlo a través de estrategias eclesíásticas o simples planificaciones canónicas y pastorales. Es preciso mirar más bien al Espíritu, para ver lo que inspira en la vida de la Iglesia, para ver dónde la justa relación misionera entre la Iglesia y el mundo se manifiesta concretamente y comienza a dar sus frutos. La respuesta a esta tensión no es un proyecto humano, sino una iniciativa del Espíritu dentro del dinamismo de la misión de la Iglesia.

La vocación personal, la familia basada en el matrimonio, la cultura, el trabajo y la economía, el cuidado integral de la vida humana, la justicia social, la paz y el respeto por el medio ambiente, son todos lugares de verdadera confrontación y de discernimiento pastoral donde pueden encontrar una auténtica conversión misionera inútiles tensiones y contrastes. Es en la misión y en el esfuerzo de servirla donde todas las relaciones eclesiales, sacramentales y carismáticas, las Iglesias locales, las parroquias y los movimientos eclesiales, están invitadas a expresar su verdadera voluntad de servir a la llamada universal a la santidad, común a todos los hombres y mujeres que anhelan la salvación.

Al principio, san Juan Pablo II recordó a las jóvenes realidades de los movimientos que construyesen formas más auténticas de relación con la vida ordinaria de la Iglesia. La relación a menudo problemática entre las Iglesias diocesanas y las parroquias, por un lado, y los movimientos eclesiales y las asociaciones laicales libres, por otro lado, debe ajustarse dentro de la relación más amplia entre las Iglesias particulares y la Iglesia universal. La Iglesia particular se erige como una forma en que la Iglesia universal puede encontrar hombres históricamente ubicados, llegando a ellos en los distintos ámbitos de sus vidas. De hecho, la parroquia, el lugar más próximo a la vida cotidiana, está configurada originalmente como la expresión de esta Iglesia local. De esta manera, el acercamiento de Dios hacia el hombre se manifiesta históricamente, dentro del contexto social en

el que vive: la única y total Iglesia de Cristo se particulariza. Visto en estos términos, la Iglesia universal y la Iglesia particular no son dos entidades diferentes, sino dos dimensiones de la única Iglesia de Cristo.

Del mismo modo, los movimientos eclesiales se refieren a la Iglesia como tal, en su dimensión universal y particular. Ahora las cambiantes y siempre diferentes situaciones de la vida imponen un replanteamiento de la presencia y el testimonio cristianos. Por el lugar y el tiempo vivido en las propias casas, la parroquia aún mantiene su precioso valor de comunidad en el que la fe se transmite, se vive y se sostiene gracias a la centralidad de la celebración eucarística. Por otro lado, sin embargo, se requiere un mayor dinamismo personal y una mayor creatividad en la evangelización: es la persona que vive en los diferentes y fragmentados entornos quien debe atestiguar en ellos la fe. Para la parroquia, la tarea de transmitir la fe y el acompañamiento de la persona requiere una creciente y desafiante apertura y comunión con todas las realidades eclesiales que lo hacen posible en los lugares de estudio, de trabajo, de compromiso público y social.

Las parroquias y los movimientos, en la comunión de las Iglesias particulares en la Iglesia universal, están llamados a colaborar, según sus propios deberes, con la única misión de la Iglesia. Por un lado, los movimientos pueden llegar a hombres y mujeres en el entorno de la vida de acuerdo con la sensibilidad espiritual de cada persona. Por otro lado, la parroquia ofrece la presencia de Dios entre las casas y salvaguarda la universalidad de un anuncio de salvación que se dirige a todos sin discriminación, gracias al territorio en el que simplemente residimos. El movimiento frenético de la vida contemporánea, la velocidad digital de las conexiones, junto con las migraciones masivas y los movimientos de los pueblos, requieren que la Iglesia esté presente en todas partes, sea flexible y esté siempre en camino.

La flexibilidad apostólica y las nuevas formas de vida comunitaria generadas por los carismas de los movimientos eclesiales parecen corresponder a estos nuevos rasgos de culturas posmodernas y digitales en el centro de las cuales hay una gran preocupación por las emociones y los sentimientos de los sujetos humanos. La libertad del Espíritu en la creatividad de los

movimientos eclesiales, de las asociaciones laicas y de las nuevas comunidades de vida cristiana responde a los nuevos desafíos del anuncio y del testimonio cristianos.



**Bautizados
y enviados**

Octubre
2019

MISIÓN DE LA IGLESIA, RELIGIONES Y CULTURAS EN DIÁLOGO

En su carta encíclica *Redemptoris missio*, san Juan Pablo II afirmó claramente que «el diálogo interreligioso forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. Entendido como método y medio para un conocimiento y enriquecimiento recíproco, no está en contraposición con la misión *ad gentes*; es más, tiene vínculos especiales con ella y es una de sus expresiones. En efecto, esta misión tiene como destinatarios a los hombres que no conocen a Cristo y su Evangelio, y que en su gran mayoría pertenecen a otras religiones. Dios llama a sí a todas las gentes en Cristo, queriendo comunicarles la plenitud de su revelación y de su amor; y no deja de hacerse presente de muchas maneras, no solo en cada individuo, sino también en los pueblos, mediante sus riquezas espirituales, cuya expresión principal y esencial son las religiones, aunque contengan “lagunas, insuficiencias y errores”. Todo ello ha sido subrayado ampliamente por el Concilio Vaticano II y por el Magisterio posterior, defendiendo siempre que *la salvación viene de Cristo y que el diálogo no dispensa de la evangelización*.

A la luz de la economía de la salvación, la Iglesia no ve un contraste entre el anuncio de Cristo y el diálogo interreligioso; sin embargo, siente la necesidad de compaginarlos en el ámbito de su misión *ad gentes*. En efecto, conviene que estos dos elementos mantengan su vinculación íntima y, al mismo tiempo, su distinción, por lo cual no deben ser confundidos, ni instrumentalizados, ni tampoco considerados equivalentes, como si fueran intercambiables» (RM 55).

La misión y el diálogo contienen respeto por el otro, fundado en la proclamación de la Buena Nueva de Jesucristo, reconociendo y promoviendo la libertad religiosa y el compromiso con el imperativo misionero.

Ambos afirman la necesidad de no imponerse nunca al otro, así como también la necesidad de proponer a Cristo, la fe en Cristo y la pertenencia cristiana a su Iglesia. Hay al menos dos entidades distintas en el diálogo y la misión, así como una serie de tensiones positivas y fecundas. No solo existen dualidades o dialécticas, sino que existen dimensiones que actúan en direcciones diferentes y que están motivadas por diferentes elementos culturales y religiosos. Por simplicidad, practicidad y claridad a menudo es útil considerar estos elementos de dos en dos, pues son algo más que fuerzas dialécticas entre dos polos: todas las dimensiones contribuyen a definir el resultado global, cada una con su peso y su dirección. La existencia de múltiples dimensiones confirma la complejidad de la única realidad de la misión (cf RM 41).

La misión y el diálogo tienen lugar cuando se encuentra la comunidad de fe con todo lo que constituye el contexto en el que vive y trabaja la comunidad cristiana. Toda la misión cristiana se realiza en la relación entre la Iglesia y el mundo, y las personas en el mundo. Tanto el depósito de la fe recibida de la Iglesia (las Sagradas Escrituras, los sacramentos y la caridad), como las culturas, los idiomas y las situaciones en las que se comunica esa Tradición están involucrados. Toda la fe y la teología son contextuales: el horizonte sociocultural es un factor esencial para la misión. Toda la misión tiene lugar dentro de áreas específicas y todas las teologías misioneras deben estar en una relación abierta y crítica con las culturas y religiones locales. Es únicamente a través del diálogo como los cristianos pueden entender a los demás y a las expresiones culturales y religiosas que Dios nos ofrece para amar y evangelizar. Al comprometernos a dialogar con estas realidades, podemos comprender en nuestro tiempo y en los diferentes escenarios de nuestro mundo las constantes del amor de Dios por la salvación de todos.

En la visión occidental del mundo, la cultura y la religión generalmente se consideran como entidades separadas: podemos reconocernos a nosotros mismos en la identidad cultural europea sin agregar ninguna referencia a la identificación de tipo religioso, por ejemplo, cristiana o musulmana.

Sin embargo, esta división relativamente clara entre la religión y la cultura en la identificación personal o social a menudo no se encuentra en otras realidades socioculturales del mundo. En muchos pueblos, la pertenencia religiosa es constitutiva de la propia identidad étnica. Es precisamente por causa de esta riqueza en las diferentes visiones del mundo que el diálogo propuesto por la Iglesia no debe llevarse a cabo solo a nivel interreligioso, sino también a nivel de interculturalidad.

Participar en la misión de la Iglesia necesariamente implica involucrarse en formas de diálogo. La misión como anuncio del Evangelio implica comunicación, discernimiento espiritual y conversión: esto significa tener la paciencia y la sabiduría para aprender el idioma, comprender los símbolos y las dinámicas culturales que le dan sentido e identidad a la persona con la que se quiere compartir la fe en Jesucristo. La acción y el compromiso por la justicia y la paz, por los pobres y los marginados, y por la integridad de la creación, requieren necesariamente comprender el contexto existencial de las personas, las formas culturales, sociales y religiosas con las que se convive, de donde han sido forjadas o bien limitadas y oprimidas. La proclamación del Evangelio en el diálogo puede requerir formas de testimonio y liberación que unen a cristianos y adherentes a otras religiones.

Un texto muy importante e influyente que recoge estos temas lleva por título: *Diálogo y anuncio*. Este es un documento conjunto, producido en 1991 por el Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso y por la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, que afirma los elementos significativos del diálogo, especialmente el diálogo interreligioso y los de la misión evangelizadora de la Iglesia, y al mismo tiempo la relación mutua que los une. Este documento se refiere a cuatro formas de diálogo (cf *Diálogo y anuncio*, 42), las cuales pueden considerarse dimensiones complementarias e interactivas:

a) El diálogo de la vida, donde las personas luchan por vivir en un espíritu de apertura y buena vecindad, compartiendo las alegrías y las tristezas, los problemas y los desafíos de la vida humana para una mejor comprensión y respeto mutuos;

b) El diálogo de la acción, en el que los cristianos y los demás creyentes colaboran para el desarrollo integral, la libertad religiosa y la liberación del prójimo;

c) El diálogo del intercambio teológico, donde los expertos tratan de profundizar la comprensión de sus respectivas herencias religiosas, sus Sagradas Escrituras y tradiciones para apreciar los valores espirituales de los demás;

d) El diálogo de la experiencia religiosa y la oración, en el que las personas arraigadas en sus propias tradiciones religiosas comparten sus riquezas espirituales, en relación con la oración y la contemplación, con la fe y los caminos místicos de la búsqueda de Dios o del Absoluto.

El papa Francisco enfatiza que la dimensión primaria del diálogo, esencial para la misión cristiana, es el diálogo con Dios (cf *Gaudete et exsultate*, 29 y 169). Nuestro encuentro fundamental y vivificante con el Absoluto nos transforma. Para nosotros, los cristianos, consiste en el encuentro con el Señor Jesús, muerto y resucitado, Dios del amor y de la santidad. Es a través de este encuentro que nuestra participación interior con Dios en Cristo, vivida como espiritualidad, se revela como una verdadera llamada a la santidad a través de la misión y el diálogo. «No imponemos nada, no usamos ninguna estrategia engañosa para atraer a los fieles, sino que testimoniamos con alegría, con sencillez, lo que creemos y lo que somos» (Discurso a los participantes en el Plenario del Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, 28 de noviembre de 2013).

El diálogo intercultural e interreligioso no está reservado a los especialistas, sino que representa el compromiso de toda la Iglesia. «Todas las Iglesias locales y todos sus miembros –liderados por el Papa y sus obispos– están llamados al diálogo» (*Diálogo y anuncio*, 43). Los miembros de la Iglesia ejercen diferentes formas de diálogo –de la vida, de la acción, del intercambio teológico, de la experiencia religiosa– de acuerdo con su experiencia, su responsabilidad en la Iglesia y su estado de vida.

El objetivo del diálogo intercultural e interreligioso en la misión de la Iglesia no es necesariamente la conversión al cristianismo, sino la conversión de las personas a una mejor comprensión mutua, a un conocimiento

honesto y al respeto mutuo, al servicio de la paz, de la armonía, de la justicia, de la reconciliación y de la promoción de la libertad religiosa. No obstante, los miembros de otras religiones pueden decidir libremente convertirse y abrazar la fe cristiana entrando en la Iglesia cuando son movidos por el Espíritu Santo y su conciencia les pide que lo hagan. La confianza y la apertura mutuas, basadas en la libertad religiosa, son la base del compromiso con un diálogo auténtico y fructífero.

«Aunque la Iglesia reconoce con gusto cuanto hay de verdadero y de santo en las tradiciones religiosas del budismo, del hinduismo y del islam –reflejos de aquella verdad que ilumina a todos los hombres–, sigue en pie su deber y su determinación de proclamar sin titubeos a Jesucristo, que es ‘el camino, la verdad y la vida’... El hecho de que los seguidores de otras religiones puedan recibir la gracia de Dios y ser salvados por Cristo independientemente de los medios ordinarios que él ha establecido, no quita la llamada a la fe y al bautismo que Dios quiere para todos los pueblos”. En efecto, Cristo mismo, “al inculcar con palabras explícitas la necesidad de la fe y el bautismo... confirmó al mismo tiempo la *necesidad de la Iglesia*, en la que los hombres entran por el bautismo como por una puerta”. El diálogo debe ser conducido y llevado a término con la convicción de que *la Iglesia es el camino ordinario de salvación* y que *solo ella* posee la plenitud de los medios de salvación» (*Redemptoris missio*, 55).

Octubre
2019

CARIDAD MISIONERA Y COMUNIÓN ENTRE LAS IGLESIAS

Un intercambio de puntos de vista sobre los métodos y posibilidades de una recaudación de fondos sistemática para el trabajo de las Obras Misionales Pontificias (OMP) llama nuestra atención sobre uno de los principales desafíos que enfrenta el trabajo diario de recaudar fondos para la misión de la Iglesia. La pregunta sobre los fundamentos de esta dimensión del trabajo de recaudación de fondos nos pone en una especie de dilema: la misión y el dinero no parecen llevarse bien entre sí.

Por un lado, somos conscientes de las instrucciones de Jesús a sus discípulos sobre la proclamación de la Buena Noticia en las ciudades y pueblos de Galilea: «Gratis habéis recibido, dad gratis. No os procuréis en la faja oro, plata ni cobre; ni tampoco alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón» (Mt 10,8-10). El servicio y la gratuidad caracterizan la credibilidad de quienes difunden la Buena Noticia del reino de Dios en un mundo en el que, por regla general, prevalecen actitudes completamente diferentes. De hecho, la acusación de que los misioneros han hecho su trabajo por interés personal o mediante el uso de incentivos materiales ha dañado repetidamente su reputación y, en consecuencia, ha desacreditado su causa. A la luz de esto, el documento conjunto ecuménico: *Testimonio cristiano en un mundo multirreligioso: Recomendaciones para la acción* (2011) declara inequívocamente que las situaciones de pobreza y necesidad no deben explotarse para alentar a las personas a convertirse mediante seducciones, incluyendo incentivos financieros u otro tipo de compensaciones (Principios, n. 4).

Por otro lado, el trabajo misionero, como una empresa sistemática diseñada para difundir la fe cristiana, necesitaba un objetivo y un plan desde

el principio, para ser implementado con éxito: requería planificación, organización, estructuras y estrategias. Pero, sobre todo, necesitaba recursos: personas capacitadas y equipadas para hacer el trabajo y, en última instancia, los medios financieros necesarios para traducir los proyectos en realidad. La aventura comenzó con la planificación de los viajes misioneros emprendidos por el apóstol san Pablo y sus compañeros. El deseo de proporcionar a los misioneros un amplio apoyo para sus esfuerzos ha sido siempre el principal estímulo para la fundación de las Obras Misionales Pontificias (1822/1922). Incluso hoy, para llevar a cabo su tarea de evangelización, la Iglesia continúa necesitando recursos espirituales y materiales adecuados, que no todas las Iglesias locales tienen a su disposición.

Está claro que la evangelización es imposible sin recursos financieros. Esto plantea la cuestión de cómo se puede recaudar dinero sin dañar la credibilidad de la Iglesia, o la base teológica y ética de los esfuerzos de recaudación de fondos dentro de la Iglesia, en el contexto misionero.

Referencias bíblicas

Lo que inmediatamente llama la atención es el marcado escepticismo de Jesús hacia los bienes materiales y el poder destructivo que pueden tener sobre nosotros. Sus palabras resuenan en nuestros oídos y en nuestros corazones: «No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6,24). «Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que entre un rico en el reino de Dios» (Lc 18,25). «No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, [...] haceos tesoros en el cielo» (Mt 6,19-20).

Por el contrario, en el Antiguo Testamento se da una importancia considerable al apoyo material a los pobres y a los desfavorecidos. Esto es cierto, en particular, para la prohibición general de la usura, para el perdón de las deudas en un año jubilar y para la entrega de limosnas. Las obras sociales de este tipo no estaban destinadas principalmente a servir a los intereses de los donantes para aumentar su prestigio social. Estaban orientadas, sobre

todo, al bienestar de los necesitados, y ante Dios tenían un significado en sí mismas. En sus agudas críticas a la sociedad, los profetas enfatizan la importancia de estas obras para los marginados y establecen un vínculo entre ellas y la historia de la fe del pueblo de Israel. Jesús toma estas reflexiones y las amplía. Por lo tanto, es Dios quien recompensa las buenas obras y la actitud que las inspira (cf Mt 6,1-4). De hecho, Dios es el que en última instancia se convierte en la buena acción porque se identifica tan estrechamente con el destino de los pobres y de los más humildes que, en cierta medida, ellos le representan (cf Mt 25,31-46).

De particular importancia para nuestra pregunta es la colecta que el apóstol san Pablo solicitó en las comunidades cristianas que fundó para apoyar a la primera Iglesia en Jerusalén. La razón por la que lo hizo fue porque esta Iglesia estaba necesitada: evidentemente, afrontaba una pobreza material a la que no podía hacer frente con los recursos disponibles dentro de la Iglesia de Jerusalén. Por lo tanto, la colecta estaba destinada a expresar el vínculo de la comunión espiritual y eucarística entre los cristianos judíos y los cristianos gentiles, un vínculo cuyo valor se manifestó, en forma de apoyo concreto, cuando surgió la necesidad real. Esta ayuda no era un acto de caridad, sino más bien un deber espiritual hacia aquellos de quienes se había recibido el don de la fe: un verdadero acto de comunión espiritual por el amor a Cristo y a la evangelización.

El fundamento teológico de la colecta abre así el acceso a la comprensión de la Iglesia por parte del Apóstol. Para san Pablo, las Iglesias no están aisladas entre sí, sino que están unidas por una pertenencia espiritual eucarística. Al igual que las partes de un cuerpo, las Iglesias están interconectadas e interdependientes, y viven en comunión (cf 1Cor 12,12-31). Para él, la experiencia espiritual que subyace y sostiene la unidad de este cuerpo eclesial es Jesucristo, en su revelación, en la predicación del Evangelio y en la Eucaristía. A través de su Espíritu, las partes individuales se integran en el cuerpo mediante el bautismo. En cierto sentido, todas las diferencias discriminatorias entre los seres humanos individuales se disipan en Cristo por el bien de una verdadera comunión fecunda. No hay más judíos y griegos,

esclavos y hombres libres, hombres y mujeres, porque todos son «uno» en Cristo (cf Gál 3,28). La nueva forma de ver las cosas de san Pablo se refleja, en particular, en el significado que él da a los miembros más débiles y humildes, porque «si un miembro sufre, todos sufren juntos» (1Cor 12,26).

Las Obras Misionales Pontificias

Esta imagen de un cuerpo y de sus muchas partes explica no solo la interdependencia de los miembros fuertes y débiles de una Iglesia, sino que también constituye el fundamento de las relaciones de comunión entre las Iglesias locales dentro de la Iglesia universal. Aquí también, los fuertes están obligados a apoyar a los débiles. Esta forma de compartir presenta una diferencia fundamental en comparación con el ofrecimiento de simples ayudas económicas. Si bien el flujo de donaciones es el resultado de una marcada división social entre el donante y el receptor, esta distinción queda abolida en Cristo por la pertenencia común de todas las partes al cuerpo espiritual de la Iglesia universal. Dentro de la comunidad espiritual de la Iglesia universal no se puede hablar de donantes y receptores. Por el contrario, cada miembro tiene algo indispensable que ofrecer, para contribuir a la comunidad de fieles inspirada en el espíritu. Este intercambio de dones permite a los participantes en un solo cuerpo convertirse en hermanos y hermanas que se encuentran en igualdad de condiciones.

Aunque desde el exterior pueda parecer que es una mera ayuda material, la comunión práctica dentro de la Iglesia universal tiene, sobre todo, un significado teológico espiritual. Es esta relación lo que está en la base de la importancia crucial que tuvo la motivación inspiradora de la venerable Pauline Marie Jaricot: la conexión entre la oración diaria por el trabajo de propagación de la fe y el apoyo práctico a los esfuerzos misioneros de la Iglesia a través de una donación regular («cada día un Padre Nuestro y una moneda por las misiones»). La misión se convierte entonces en un esfuerzo común de todos los creyentes, al que cada persona puede contri-

buir. Así la venerable Pauline Marie Jaricot abrió el camino, de una forma muy práctica, a la declaración hecha en el Concilio Vaticano II, según la cual la Iglesia en su conjunto es, por su propia naturaleza, misionera, y cada bautizado participa así en la tarea misionera de la Iglesia de predicar el Evangelio, testimoniando al Señor resucitado, compartiendo los sacramentos y viviendo el amor divino.

La motivación espiritual es la principal motivación para las donaciones y se ve reforzada por los esfuerzos activos. Esta conexión dialéctica es probablemente la razón del éxito rotundo de la idea de la venerable Pauline Marie Jaricot, quien intuyó anticipadamente uno de los elementos esenciales de una recaudación de fondos exitosa. Hoy en día, la recaudación de fondos se entiende como una actividad sistemática llevada a cabo por una organización caritativa con el fin de obtener todos los recursos necesarios para cumplir con su propósito estatutario al menor costo posible. Esto se hace asegurándose que hay una atención constante a las necesidades de los proveedores de recursos. La recaudación de fondos, por lo tanto, está orientada hacia la motivación de los donantes. Los donantes deberían poder saber que están apoyando las misiones a través de su donación material. Al mismo tiempo, el acto de unión fraterna expresado por sus ofrendas debería ser capaz de agregar valor espiritual y motivación a la propia experiencia de vida eclesial y de fe. El éxito de la recaudación de fondos, por lo tanto, tiene que ver ante todo con la motivación y la animación misionera de la fe.

La proclamación del Evangelio, la oración y la invitación a compartir material implican, tanto para quienes recaudan fondos como para quienes donan, una exigente llamada a la conversión. La recaudación de fondos siempre es una invitación a la conversión: todos están llamados a una nueva relación, más espiritual, con sus deseos, sus necesidades, sus intenciones y sus recursos. En esta visión particular, los que recaudan fondos no son los únicos que se benefician, porque también los donantes participan en una nueva comunión construyendo, en nombre del Evangelio, una red de intercambio y fraternidad. La recaudación de fondos como ministerio es un tema que rara vez consideramos desde un punto de vista espiritual.

Para el Evangelio, por otro lado, la recaudación de fondos no es solo una respuesta a una crisis, sino, sobre todo, una forma de servicio para promover la unidad y la comunión en la Iglesia. En cierto sentido, es una oportunidad adicional para proclamar nuestra fe y extender la invitación a otras personas para compartir la misión de difundir la Buena Nueva de Jesucristo y de su Iglesia. Por lo tanto, recaudar dinero es lo opuesto a pedir limosnas. Sabemos que se nos ha dado una tarea clara: toda la humanidad está llamada a ser salvada y a convertirse en un solo cuerpo en Jesucristo. Invitamos a los donantes a invertir libremente los recursos que Dios les ha dado –energía, oraciones y dinero– para este objetivo al que nos ha llamado nuestra fe común.

Recogida de fondos para las OMP

Las observaciones hechas hasta ahora tienen consecuencias prácticas para el trabajo de recaudación de fondos de las Obras Misionales Pontificias. El punto crucial de partida es la motivación del donante, la forma de estimularla y apoyarla. El éxito de la recaudación de fondos se basa en una actividad de animación misionera convincente y estimulante, cuyo propósito es tomar conciencia de la oportunidad que tiene cada cristiano de desempeñar un papel activo en la misión de evangelización de la Iglesia.

El trabajo motivacional debe ir acompañado de oportunidades prácticas para dar una expresión tangible a tal orientación personal. Este es el mayor desafío para el trabajo de recaudación de fondos de las Obras Misionales Pontificias. La comunicación a principios del siglo XIX se limitaba en gran medida a las cartas y publicaciones periódicas, mientras que hoy en día existen muchas formas y medios para mantenerse en contacto con la realidad del trabajo misionero en los distintos lugares. Las personas deben poder experimentar el hecho de que sus aportaciones los convierten en miembros de una red más amplia de personas y actividades que tienen un significado que va más allá de cualquier compromiso financiero. Por esta

razón, la recaudación de fondos para las misiones debe enfatizar constantemente que el dinero obtenido no es un fin en sí mismo. Es más bien una herramienta para promover actividades y obras que, en última instancia, ninguna cantidad de dinero del mundo podría comprar: la predicación del Evangelio de Jesús, la construcción de su Iglesia alrededor de la propagación de la fe cristiana, la celebración de los sacramentos y la realización de muchas obras de la caridad cristiana.

Se atribuye una importancia creciente a la presentación de objetivos concretos y claros que los donantes pueden apoyar y seguir de cerca. Independientemente de cuán importante sea cumplir las expectativas de los donantes, nunca debemos perder de vista el significado real y el propósito de la recaudación de fondos. En definitiva, se trata de participar en la vida de la Iglesia en todo el mundo. Las obras, precisamente porque son pontificias, garantizan el destino universal de los fondos, tratando de ofrecer una distribución justa para que ninguna Iglesia local carezca de lo necesario para evangelizar. Las OMP, al servicio directo del Papa, le sirven en su preocupación como Pastor de la Iglesia universal también en esta dimensión material y económica de la misión. Se trata de hacer posible que todas las Iglesias vivan su responsabilidad bautismal hacia la misión.

Deseando hacer hincapié en que todos los fondos recogidos durante el mes de octubre 2019 se ofrecerán al Papa para los costes de la evangelización, reafirmamos que la contribución de la experiencia de nuestros directores nacionales y diocesanos es extremadamente valiosa. Repensar la naturaleza eclesiológica y el papel de las OMP, confiando en su relanzamiento durante el Mes Misionero Extraordinario de octubre de 2019, también significa reconsiderar este aspecto. El apoyo material a la misión de proclamar el Evangelio siempre ha representado la extensión de la fe y las oraciones de un gran número de cristianos para la *missio ad gentes*. La construcción de iglesias y capillas para el culto y de lugares para la catequesis y la formación cristiana, junto con otras actividades como la traducción a los idiomas locales de la Escritura, de los textos litúrgicos, de los documentos de la enseñanza magisterial del Papa, necesitan gestos concretos de la

caridad cristiana para las misiones. La formación de los catequistas, de los agentes de pastoral y los católicos que participan en los asuntos seculares, además de la formación de los seminaristas y novicios, hombres y mujeres, siempre ha formado parte de la animación misionera de las OMP. Por lo tanto, la tarea de repensar la dimensión económico-material de las OMS, enraizándola en la misión de anunciar el Evangelio y de edificar la Iglesia, será de gran beneficio para todos.

Aunque la ayuda dada se debe usar para las necesidades específicas de las Iglesias locales individuales, y estas tienen el derecho a evaluar sus propias necesidades, la comunión y la universalidad de la Iglesia deben crecer gracias a este trabajo de concienciación y recaudación de fondos. En consecuencia, se deben establecer estructuras para coordinar las actividades de los diversos actores involucrados en esta obra misionera.

Por lo tanto, se debe atribuir gran importancia a la contabilidad, para verificar el uso correcto de las donaciones recibidas y cumplir con las reglamentaciones pertinentes vigentes en los distintos países. Nunca debe existir la menor duda de que el recaudador de fondos está haciendo todo lo posible para cumplir el objetivo común sin perseguir otros intereses. Debe prestar atención a la admonición de Jesús: «Gratis habéis recibido, dad gratis» (Mt 10,8b).

La recaudación de fondos y la misión no deben ser opuestas e irreconciliables. Sin embargo, es indispensable que haya una reflexión ética sobre las oportunidades de las actividades de recaudación de fondos y sus límites, en el contexto de las actividades de la Iglesia, ya que no todo lo que es posible es necesariamente correcto. Dentro del abanico de posibilidades abiertas, debe hacerse una elección acorde con el carácter específico de las Obras Misionales Pontificias. En definitiva, esto significa dar prioridad a las actividades que contribuyen a la realización del cumplimiento de la tarea misionera de Jesús.

MISIÓN, POBREZA Y JUSTICIA SOCIAL

La Doctrina Social forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia universal. «Con su enseñanza social, la Iglesia quiere anunciar y actualizar el Evangelio en la compleja red de las relaciones sociales. No se trata simplemente de alcanzar al hombre en la sociedad —el hombre como destinatario del anuncio evangélico—, sino de *fecundar y fermentar la sociedad misma con el Evangelio*. Cuidar del hombre significa, por tanto, para la Iglesia, velar también por la sociedad en su solicitud misionera y salvífica. La convivencia social a menudo determina la calidad de vida y por ello las condiciones en las que cada hombre y cada mujer se comprenden a sí mismos y deciden acerca de sí mismos y de su propia vocación. Por esta razón, la Iglesia no es indiferente a todo lo que en la sociedad se decide, se produce y se vive, a la calidad moral, es decir, auténticamente humana y humanizadora, de la vida social. La sociedad y con ella la política, la economía, el trabajo, el derecho, la cultura no constituyen un ámbito meramente secular y mundano, y por ello marginal y extraño al mensaje y a la economía de la salvación. La sociedad, en efecto, con todo lo que en ella se realiza, atañe al hombre. Es esa la sociedad de los hombres, que son “el camino primero y fundamental de la Iglesia” (*Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 62).

Los valores y la capacidad de orientación hacia el bien común, que desde siempre han sido la expresión y la fuerza de la Doctrina Social, hoy más que nunca requieren una aplicación concreta y una declinación en referencia a los temas de gran importancia y gravedad de la actualidad. La profunda crisis que enfrenta un gran segmento de la población mundial actualmente requiere desplegar urgentemente este gran recurso, capaz de:

«a) Un conocimiento iluminado por la fe; b) En diálogo cordial con todos los saberes» (*Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n. 11).

«La economía, como la misma palabra indica, debería ser el arte de alcanzar una adecuada administración de la casa común, que es el mundo entero. Todo acto económico de envergadura realizado en una parte del planeta repercute en el todo; por ello ningún gobierno puede actuar al margen de una responsabilidad común. De hecho, cada vez se vuelve más difícil encontrar soluciones locales para las enormes contradicciones globales, por lo cual la política local se satura de problemas a resolver. Si realmente queremos alcanzar una sana economía mundial, hace falta en estos momentos de la historia un modo más eficiente de interacción que, dejando a salvo la soberanía de las naciones, asegure el bienestar económico de todos los países y no solo de unos pocos» (*Evangelii gaudium*, 206).

El papa Francisco más de una vez ha recordado la urgente necesidad de: «generar nuevos modelos de progreso económico más directamente orientados al bien común, a la inclusión, al desarrollo integral, al aumento de trabajo y a la inversión en los recursos humanos» (Discurso a los Participantes en la Conferencia Internacional de la Fundación *Centesimus Annus Pro Pontifice*, 13 de mayo de 2016).

Los desafíos requeridos a los católicos laicos involucrados en el mundo de la economía para «generar nuevos modelos de progreso económico» son múltiples. Algunos de ellos se mencionan aquí:

1. Promover una concepción de la empresa al servicio del bien común, evitando la lógica unilateral de la maximización del beneficio.
2. Fomentar formas mixtas de negocios, es decir, intermedias entre organizaciones *for profit* y *non profit*, a menudo más adecuadas para llevar a cabo ciertas actividades de producción.
3. Desarrollar una nueva generación de empresarios atentos a los temas de la sostenibilidad y del bien común, en respuesta al gran desafío global, que es el del empleo.
4. Promover las soluciones de conciliación entre la empresa, el trabajo y

la vida familiar, también para apoyar la tasa de natalidad en aquellos contextos caracterizados por la crisis demográfica.

5. Fomentar la colaboración, para la creación de *partnership*, entre empresarios cristianos del Norte y Sur del mundo, para que la solidaridad asuma también el rostro del intercambio de conocimientos, de la transferencia de tecnología, del soporte en los accesos a los mercados, de la creación de cadenas de producción respetuosas del hombre y del medio ambiente.

Actualmente es justo y necesario repensar un paradigma de crecimiento que, aunque no es el único en estos momentos, ha sido ciertamente el dominante en las últimas décadas. Un paradigma basado en la idea de que el mercado siempre se autorregula, que el individualismo exagerado es una necesidad para el progreso y que el desarrollo de los países emergentes y no emergentes solo puede tener lugar adoptando ese paradigma. La Doctrina Social, desde este punto de vista, está llena de indicaciones concretas: se necesita un modelo de desarrollo basado en la mejora de la persona y en la mejora de las relaciones interpersonales de solidaridad.

Sobre todo, se necesita más atención para los pobres y los excluidos: «Cualquier comunidad de la Iglesia, en la medida en que pretenda subsistir tranquila sin ocuparse creativamente y cooperar con eficiencia para que los pobres vivan con dignidad y para incluir a todos, también correrá el riesgo de la disolución, aunque hable de temas sociales o critique a los gobiernos. Fácilmente terminará sumida en la mundanidad espiritual, disimulada con prácticas religiosas, con reuniones infecundas o con discursos vacíos» (*Evangelii gaudium*, 207). Si en el futuro queremos evitar nuevas y más dramáticas crisis, entonces será necesario encauzar los sistemas económicos nacionales e internacionales hacia un desarrollo real, sólido y sostenible en el tiempo, abandonando el consumo ilimitado de las últimas décadas y centrándose en cambio en las inversiones y el empleo.

La crisis, derivada del cambio irreversible que ha tenido lugar en las últimas décadas en las relaciones entre los países ricos y el resto del mundo,

actualmente requiere un profundo replanteamiento de las relaciones económicas internacionales y el redescubrimiento de la solidaridad dinámica que, además de la distribución de los recursos existentes, también se preocupa por la producción y se refiere a las relaciones Norte-Sur y Este-Oeste. Esta forma de compartir se expresa a través de los distintos componentes del desarrollo: el desarrollo económico promovido por las instituciones, por la sociedad y por las empresas, formado por empresarios y trabajadores; el desarrollo intergeneracional, que se basa en sistemas sostenibles de seguridad social y que conduce a la mejora de la familia basada en el matrimonio entre un hombre y una mujer; y el desarrollo social, que promueve la cohesión de la sociedad y los territorios.

«El bienestar económico de un país no se mide exclusivamente por la cantidad de bienes producidos, sino también teniendo en cuenta el modo en que son producidos y el grado de equidad en la distribución de la renta, que debería permitir a todos disponer de lo necesario para el desarrollo y el perfeccionamiento de la propia persona. Una justa distribución del rédito debe establecerse no solo según los criterios de justicia conmutativa, sino también según los criterios de justicia social, es decir, considerando, además del valor objetivo de las prestaciones laborales, la dignidad humana de los sujetos que las realizan. Un bienestar económico auténtico se alcanza también por medio de adecuadas *políticas sociales de redistribución de la renta* que, teniendo en cuenta las condiciones generales, consideren oportunamente los méritos y las necesidades de todos los ciudadanos» (*Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 303).

Hoy es urgente alentar y adoptar una visión a largo plazo, que sepa prescindir del egoísmo particularista y que, en cambio, pueda construir una política del bien común. «El principio del destino universal de los bienes invita a cultivar una visión de la economía inspirada en valores morales que permitan tener siempre presente el origen y la finalidad de tales bienes, para así realizar un mundo justo y solidario, en el que la creación de la riqueza pueda asumir una función positiva» (*Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 174). En este sentido, la subsidiariedad, como una mejora de la

persona y su autonomía y responsabilidad en la consecución de los objetivos del bien común, sigue siendo el principio cardinal de una democracia que quiere implementar una distribución equilibrada de funciones entre los ámbitos institucionales, sociales y económicos de mercado.

Una definición extraordinariamente eficaz del desarrollo orientado al bien común y a la promoción de la persona se puede encontrar en la combinación de subsidiariedad y solidaridad, tal como lo describió Benedicto XVI en la *Caritas in veritate*: «El principio de subsidiariedad debe mantenerse íntimamente unido al principio de la solidaridad y viceversa, porque así como la subsidiariedad sin la solidaridad desemboca en el particularismo social, también es cierto que la solidaridad sin la subsidiariedad acabaría en el asistencialismo que humilla al necesitado» (CV 58). De ello se deduce que solo mediante la interdependencia entre las instituciones, la sociedad y el mercado, dentro del paradigma de la subsidiariedad y la solidaridad, el desarrollo puede surgir en el pleno sentido del término.

Aquí están, tomadas en su conjunto, las indicaciones para un camino de desarrollo preciso, que también contienen directrices muy concretas para la respectiva vigilancia en los ámbitos económico, social y político. Y esta es precisamente la contribución de confianza y esperanza que la Doctrina Social brinda hoy a una humanidad con sus múltiples problemas, porque: «La Iglesia no tiene modelos para proponer. Los modelos reales y verdaderamente eficaces pueden nacer solamente de las diversas situaciones históricas, gracias al esfuerzo de todos los responsables que afronten los problemas concretos en todos sus aspectos sociales, económicos, políticos y culturales que se relacionan entre sí» (*Centesimus annus*, 43).

LOGO OCTUBRE 2019 SÍMBOLOS Y COLORES⁷

BAUTIZADOS Y ENVIADOS: LA IGLESIA DE CRISTO EN MISIÓN EN EL MUNDO

«El símbolo es siempre un puente que conecta lo visible con lo invisible y transporta el uno al otro» (Paul Evdokimov).

El logotipo del Mes Misionero Extraordinario de octubre de 2019 muestra una cruz misionera cuyos colores tradicionales recuerdan los cinco continentes. La Cruz acoge el mundo y conecta a los pueblos, poniendo en comunicación a las personas con la Iglesia universal y crea vínculos reales entre los pueblos. La Cruz es el instrumento y el signo eficaz de la comunión entre Dios y los hombres para la universalidad de nuestra misión. La Cruz es luminosa, llena de color, un signo de la victoria y de la resurrección.

El mundo es transparente, porque nuestra acción de evangelización no tiene barreras ni límites: es fruto del Espíritu Santo. La Cruz abraza a cada hombre y a cada mujer de este mundo y gracias a la Cruz estamos unidos, conectados y abiertos a la comunión por la misión.

La caridad cristiana y el mundo transfigurado en el Espíritu superan las distancias y abren la mirada de nuestra mente y de nuestro corazón. Es el amor de Jesús que no conoce límites ni confines.

Las palabras BAUTIZADOS y ENVIADOS, que acompañan a la imagen, indican los dos elementos característicos e inalienables de cada cristiano: el bautismo y el anuncio. De la Cruz viene el bautismo para la salvación del mundo al que hemos sido enviados a proclamar el Evangelio de Jesús.

⁷ Hace referencia al diseño del logo presentado en la portada de esta Guía de octubre de 2019.

Los colores de la Cruz son los tradicionalmente atribuidos a los cinco continentes: el rojo para América, el verde para África, el blanco para Europa, el amarillo para Asia y el azul para Oceanía. Cada color tiene un significado simbólico que hace posible la conexión entre los continentes a través de los pueblos, en la comunión de Dios con la humanidad.

El rojo recuerda la sangre de los mártires del continente americano, las semillas para una nueva vida en la fe cristiana. Es el color de la pasión de los misioneros que, habiendo llegado a un nuevo país, buscan la salvación de la gente. Incluso hoy es un signo de la pasión de todos los que permanecen fieles al Evangelio sin aceptar compromisos. El rojo recuerda la tierra y todo lo que es terrestre: es un color vivo y comunicativo.

El verde es el color de la vida, de la naturaleza, de la vegetación. Simboliza el crecimiento, la fertilidad, la juventud y la vitalidad. El verde es el color que armoniza el todo. El continente africano está llamado a tal armonía incluso en medio del desierto y del sufrimiento. También es el color de la esperanza, una de las tres virtudes teologales.

El blanco es símbolo de alegría, el comienzo de una nueva vida en Cristo. Es el desafío para la vieja Europa, para que pueda reapropiarse de la fuerza evangelizadora que la ha generado gracias a tantas Iglesias y tantos santos.

El amarillo es un color de luz que se alimenta de luz invocando la Luz verdadera. Asia es el continente donde nació Jesús, el Hijo de Dios, nuestro Sol, que nace de lo alto.

El azul es el color de Oceanía, formado por innumerables islas dispersas en el océano. Es el color que está más cerca de lo invisible, reclama la vida divina, recuerda el misterio y nos invita a la trascendencia en relación con todo lo que es terrenal y sensible. Es el color del agua de la vida que nos sacia y nos restaura a lo largo del camino hacia Dios. Es el color de nuestro cielo, signo de la morada de Dios con nosotros los hombres.

ORACIÓN
PARA EL MES MISIONERO EXTRAORDINARIO
OCTUBRE 2019

Padre nuestro,
Tu Hijo Unigénito Jesucristo
resucitado de entre los muertos
encomendó a sus discípulos el mandato de
«id y haced discípulos a todas las gentes»;
Tú nos recuerdas que a través de nuestro bautismo
somos partícipes de la misión de la Iglesia.

Por los dones de tu Santo Espíritu, concédenos la gracia
de ser testigos del Evangelio,
valientes y tenaces,
para que la misión encomendada a la Iglesia,
que aún está lejos de ser completada,
pueda encontrar manifestaciones nuevas y eficaces
que traigan vida y luz al mundo.

Ayúdanos a hacer que todos los pueblos
puedan experimentar el amor salvífico
y la misericordia de Jesucristo,
Él que es Dios y vive y reina contigo,
en la unidad del Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos.

Amén

OMNIS TERRA
PUBLICACIONES PUM CIAM

1. MERONI F. (ed.), *Mission makes the Church. 1916 - October 31 - 2016 Pontifical Missionary Union*, Aracne, Roma, 2017
2. MERONI F., GIL A. (coords.), *Laicado y Misión*, PPC OMP, Madrid, 2017
3. DIARRA P., *Évangéliser aujourd'hui – le sens de la Mission*, MAME, París, 2017
4. MERONI F. (ed.), *Youth, Catholic Church and Religions in Asia*, UUP, Roma, 2018
5. MERONI F., GIL A. (coords.), *La Misión, Futuro de la Iglesia. Missio ad-inter gentes*, PPC OMP, Madrid, 2018
6. TATAR M., ATŁAS T. (coords.), *Missio ad gentes and Laity*, Missio-Polonia, Varsavia, 2018
7. STANISLAUS LAZAR T. (ed.), *Prospects and Pathways in India: Missio Ad-Inter Gentes*, St. Pauls, Mumbai, 2019

Octubre
2019